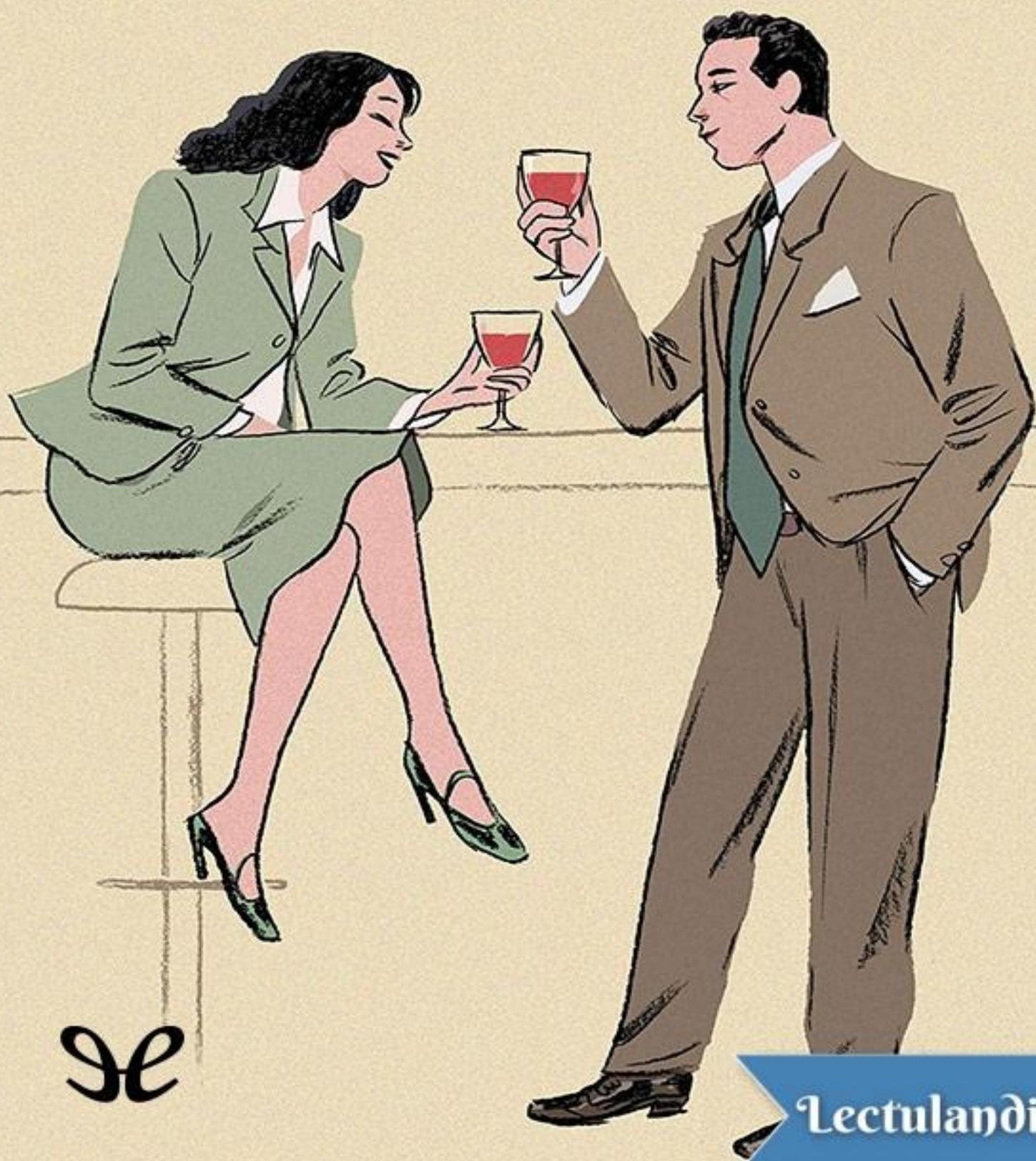




Ferran Torrent

Podar contarlo



se

Lectulandia

Valencia, año 1982. Messié y Llargo regentan varios negocios sospechosos, como una sala de juegos clandestina y combates de boxeo irregulares. Esta relativa calma se ve truncada cuando Messié convence a Llargo para rememorar los viejos tiempos y unirse a un antiguo socio y a dos jóvenes de extrema izquierda que planean robar el importante banco Intrans.

Mientras, la policía pilla a Gordo García vigilando un chalet para una banda que quiere robar las valiosas obras de arte que hay dentro. Con su currículum como carterista, parece que Gordo no tiene ninguna salida, pero Llargo llegará a un pacto con el comisario Tordera: si dejan en paz a Gordo, los agentes pueden llevarse todo el mérito de la detención de los ladrones del chalet.

Poder contarlo reúne unos diálogos endiabladamente rápidos, un gran retrato de la corrupción de nuestro país y un excelente fresco de los bajos fondos valencianos.

Ferran Torrent

Poder contarlo

ePub r1.0

Titivillus 05.04.2020

Título original: *Poder contar-ho*
Ferran Torrent, 2019
Traducción: Felip Tobar

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Poder contarlo

Valencia, noviembre de 1982

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

1 de marzo de 1983

25

26

27

28

Sobre el autor

Notas

Valencia, noviembre de 1982

Un piso del Eixample, las cuatro y cuarto de la madrugada. A grandes zancadas, el Largo se quejaba del humo y abría de par en par las ventanas de las tres salas de juego. Si uno tuviera que reflexionar sobre un espacio así, cualquier evocación sería confusa, porque cerrado tenía el aspecto de un lugar sórdido y opresivo. El Messié ordenaba con displicencia en fajos los billetes esparcidos sobre la mesita de un rincón. No levantaba la vista, ni siquiera le miraba. Era una actitud ensayada, una manera previa de manipular al Largo antes del debate que iba a dar comienzo. Estaba sentado en una silla wassily que habían robado del chalet de un arquitecto. Se repantigó, extendió los brazos. Ahora adoptaba un gesto de asco. Como si contar billetes fuera una ardua labor, cualquiera lo diría. Al final, resopló como un cajero de supermercado tras una jornada farragosa.

—¿Cuánto? —le preguntó el Largo junto a una ventana, mientras aspiraba el aire de la calle, no tan contaminado.

—Más o menos la recaudación de siempre. Una mierda. Un suicidio gradual.

La expresión fue del agrado del Largo. Se la anotó mentalmente, pero enseguida regresó al duelo que mantenían desde siempre.

—Una mierda que nos permite ir tirando bastante bien.

—Sigues siendo pobre de espíritu. Estoy harto de jugar en Regional Preferente.

El Largo inspiró a fondo, deshaciéndose de la roña ambiental consumida durante muchas horas, y dirigió la mirada hacia el Messié:

—Importa la rentabilidad —dijo.

—Con la rentabilidad no tienes ni para pipas.

El Largo se acercó al Messié.

—Pero llevamos una vida tranquila, como dos ciudadanos normales — obviando que ellos no habían sido nunca normales—. Prefiero eso que atracar joyerías, como antes, y pasarlas putas esperando a que la bofia se presente en

casa. La clave es adaptarse. Eres de memoria frágil. Estamos en un momento de esplendor.

—Piojosos espléndidos. Ningún ladrón que se precie deja de trabajar hasta que se evidencia su fracaso. Nosotros no fracasamos.

—Pero siempre teníamos que andar ocultándonos, alerta por si nos delataban. No teníamos ni un instante de paz. En cambio ahora...

—Ahora somos individuos sin nada que perder aferrándose al conformismo —el Messié se adelantó a la previsible protesta del Largo—. Hay cosas mejores y más rentables que las joyerías.

—¿Cuáles?

—Un banco.

—¡Un banco! No lo hemos hecho nunca. ¿Cuándo has llevado una vida más plácida? Todos los días sacamos algo, vivimos bien y nadie nos molesta.

—Claro, la bofia se lleva el treinta por ciento.

A propósito de la bofia, el Messié apartó unos fajos de billetes. En realidad pagaban mucho menos. La contabilidad general la controlaban ellos.

—Son los acuerdos que nos permiten una existencia digna. Todavía tenemos bastante —el Largo extendió los brazos hacia los lados, desperezándose, bostezando—. Me voy a dormir.

—Espera.

—¿Tienes algo que contarme?

—Sí. He hablado con Paul.

—¿Cómo está?

—Aburrido. Ahora vive en Montpellier. Escucha —el Messié se sentó en un taburete—. Paul y yo hablamos a menudo. Incluso nos reunimos en Barcelona.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—Nuestra convivencia de pareja mejoraría si no me ocultaras nada. No me lo habías dicho.

—Anda que no. Te dije que me iba unos días.

—Me dijiste que te ibas con una amiga, y me extrañó.

—¿Te extrañó? ¿Por qué? ¿A lo mejor eres el único que tiene éxito con las mujeres?

—Uy, uy... Perdona usted la ofensa, pero últimamente...

—Me ocupo de asuntos más importantes. No como otros —dijo el Messié en tono de reproche.

—Como otros señores, si te refieres a mí.

—¿Crees que no te he visto tontear con la crupier de la mesa dos?
—Le doy explicaciones sobre algún cliente del *black*.
—Con una sonrisa de oreja a oreja.
—Se llama tratar bien a los empleados. Además, en la cama hace más numeritos que Pinito del Oro. Al grano, Messié. Mi respuesta es no.
—Aún no sabes de qué hablamos.
—De tu obsesión por atracar un banco. ¿No es eso lo que hacías con él, en Francia? ¿No es eso, en definitiva, lo que provocó que te trincara la pasma y te tiraras tres años a la sombra?
—Interesa el presente. Lo llevamos adelantado. Es rápido, fácil y limpio.
—Pues adelante.
—Te necesitamos. Te ocuparás de la parte más sencilla.
—Si es tan sencilla no me necesitáis —el Largo movió la cabeza con gesto de persona sufrida. Preguntó—: ¿Qué banco?
—El Intrans.
El Largo revivió con aquella energía que le devoraba a veces.
—¡El Intrans! ¡En el centro de la ciudad! ¡Te has vuelto loco!
—Antes de ponerte como una puta cabra, ¿por qué no me escuchas? Dame un minuto.
—Concedido —frunció los labios—. Pero las preguntas son más. ¿Lo lleváis muy adelantado?
—Un veinticinco por ciento.
—No estaréis cavando un túnel...
—No he trabajado en mi vida. Ya te he dicho que es fácil, rápido y limpio.
—Explícate.
—Digamos que tenemos la estructura: un día de fallas, a la hora de la *mascletá*.
El Largo se separó de la mesa de *black jack* y volvió a la ventana. Desde allí dijo:
—No puedo creer que seas tan descerebrado —golpeó el alféizar. Se hizo daño en la palma de la mano. Refunfuñó. Se la frotó con fruición—. ¿Sabes cuánto tiempo dura una *mascletá*?
—Ocho o diez minutos.
—¿Y en ocho minutos pretendes atracar un banco?
—Que sean diez. Si lo tienes todo cronometrado es posible.
—No habrás estado husmeando en el banco...

—Ni siquiera he entrado. Para lo que queremos hacer, todos los bancos son iguales.

—Por aquella zona transita mucha gente.

—En efecto, y aún más en fallas. Pero todos atentos a la *mascletá*, con un estruendo brutal. Oye, Paul es un buen profesional, el mejor que he conocido.

—Al mejor y a ti os trincaron.

—Nos delataron.

—También podrían hacerlo ahora.

—Contaremos con personal de confianza.

—Si algún gremio anda escaso de confianza es el nuestro. Dime, ¿cuánta gente haría falta?

—Quizá cinco. Tenemos que hablarlo.

—Un momento, un momento... —el Largo volvió a la mesa a regañadientes—. No conozco, ni en el cine, ningún atraco a un banco, en el centro de una ciudad, que dure ocho o diez minutos. ¡Ninguno! ¿Te acuerdas de Selimeri?

—¿El atracador que conociste en el trullo?

—Sí. Me dijo que se tiraron año y medio urdiendo el golpe al Zaragozano.

—O era muy mentiroso o muy inútil. No te fíes, van de meticulosos profesionales.

—Por cierto, dime la verdad. ¿Cuántas veces has ido al Intrans?

—Tres veces en intervalos de semanas.

—¿Solo tres?

—Para no levantar sospechas. Me quedé en la entrada. Es un banco cuadrado, con mucho espacio. Lo observé todo. Ideal para la logística. O sea, para nuestros movimientos. Pero la logística previa será asunto tuyo.

—¿Y si me niego?

—Tendrás un problema.

—¿Cómo? —el Largo levantó la voz—. ¿¡Cómo!?

—No grites. Las ventanas están abiertas. Mira, si yo participo en esto y la cosa no sale bien, te implicarán. Tenemos un notorio historial de pareja.

—¿Me estás chantajeando?

—Sí, pero no grites. ¿No te parecería normal que te implicaran? Si fuera al contrario yo también sería sospechoso.

—Pues no lo hagas. Quiero vivir tranquilo.

—Si quieres vivir tranquilo oposita a la administración. ¿No imaginas de cuánto dinero hablamos?

—No quiero saberlo.

—De ochocientos o mil millones de pesetas.
—¡Hostia! —exclamó el Largo levantando los brazos.
—Sabía que te gustaría.
—Solo ha sido una expresión.
—Pero significativa.
—¿Cómo sabéis que la cantidad es esa? Quizá me estés embaucando.
—El Intrans es de capital francés asociado con capital autóctono. Paul tiene información.
—¿De quién?
—No me lo ha dicho, no lo dirá, pero me asegura que es muy buena. No es ningún idiota ni un loco aventurero. Tu aportación es la más fácil.
—No existen los atracos fáciles.
—He dicho tu aportación, no el trabajo. Tendrás cobertura. Además, todavía no me has preguntado cuál será tu parte. Oye, saldríamos a doscientos millones por barba. Bueno, eso también tenemos que hablarlo, pero millón arriba o abajo...
—Ya empezamos con los recortes.
—¿Quieres entrar tú y yo me quedo fuera?
—No. ¿Qué tendría que hacer?
—Observar por un tiempo, entablar amistad con el director, averiguar todos los detalles...
—En fin, que sería el más visible.
—Como lo son todos los clientes habituales. Es mucha pasta, Largo. ¿Has pensado lo que harías con ella?
—Tirar de manual: guardarla un año, sin gastar mucho, una vida sencilla...
—Hasta que se olviden.
—Mil millones de pesetas no se olvidan fácilmente y nos faltan dos tíos más.
—Debemos ser muy cuidadosos al elegirlos. No había contado con el Mítico Regino. Necesitaremos documentación falsa.
—¿Por qué?
—Paul necesita pasaportes falsos. Vendrá muchas veces antes del atraco y cada vez con un nombre distinto.
—¿Has hablado con Regino?
—No, pero aceptará. Solo tiene que hacer lo que suele hacer. Y es de confianza.
—¿Y los demás? ¿El Gordo García?

—Descartado, demasiado gordo para un golpe rápido.
—Y yo demasiado alto.
—No creo que te acusen de serlo. ¿O es que no tendrán clientes de tu estatura?
—¿Carpanta?
—Es un golfo. Demasiado indiscreto. A lo mejor el Manitas.
—Tiene artritis.
—Pues que los traiga Paul, pero tres franceses son demasiados. Llamarían la atención de todos los confidentes de la policía.
—Es complicado. Aquí no tenemos a mucha gente.
—¿Quién ha dicho que sería fácil?
—Tú, Messié: rápido, limpio y fácil. No has parado de decírmelo.
—El atraco, no el reclutamiento. No quiero trabajar con gente de otras ciudades. No los conozco. Bien, ¿estás decidido?
—No, tengo que pensarlo.
—Te diría que lo consultaras con la almohada, pero eres tan haragán que te dormirías. Me voy —espetó el Messié.
—Eh, no te escapes, aún tengo una pregunta: ¿me delatarías?
Se hizo el silencio. El Messié tenía el pomo de la puerta en la mano. Esbozó una sonrisa burlona.
—Si me torturaran cantarías hasta tu marca de calzoncillos.
—¿En serio?
—Con la más honda de las penas —cerró la puerta el Messié.

1

En la general de Alicante, a la altura del pueblo de Massanassa, pero a la izquierda de la carretera, una nave estrambótica, que aparentaba total ruina física, poco iluminada en los alrededores y con estrechas sendas entre naranjos. Allí se celebraban combates de boxeo clandestinos, una costumbre que se había retomado hacía unos años, después de que las nuevas autoridades democráticas dejaran de reprimir tanto la celebración de aquel tipo de espectáculos con apuestas.

El Largo apadrinaba a Felipe, un muchacho de dieciocho años de imponente figura que participaba en la categoría de los pesos pesados. Su alias deportivo era *The Caiman*, ocurrencia del Messié, cosmopolita. Pero *The Caiman* no era ningún gran experto en boxeo, ni en el manual de la astucia. Era un recién llegado. Aun así, si acertaba un directo, aunque fuese involuntario, el combate se zanjaba. El Largo se había percatado de ello en los numerosos entrenamientos del púgil que había visto, y por eso tenía depositada en *The Caiman* una fe ciega bajo la premisa de que solo le hacía falta poner el guante en el sitio adecuado en el momento oportuno. El puño izquierdo, infalible.

Así pues, el Largo le repetía en los vestuarios, una estancia que los organizadores tenían que fumigar cada semana, que debía soportar con paciencia que le golpearan hasta que estuviera seguro de replicar, con velocidad y potencia, con el puño izquierdo.

—¡Pías! ¿Lo ves? —dijo el Largo lanzando el brazo derecho—. Ya está. Solo eso. Messié, por favor, no fumes aquí —el Messié se marchó. El mánager que había al lado abanicaba con una toalla a su pupilo, tendido en la banqueta, con la cara como el trazado urbanístico de Castellón. *The Caiman* le echaba un vistazo—. No le mires, que es peor. Nada, no te pasará lo mismo que a él. Es un peso pluma. Caen solo con el aire. Tú eres fuerte. Fíjate en lo que te digo: fortísimo, invencible, inapelable —comentó el Largo, desarmando a Felipe con algún adjetivo incomprensible—. Paciencia y no pierdas de vista los movimientos del rival.

—Si no le hinchan las cejas antes —dijo el mánager que tenían al lado sin dejar de abanicar.

—Ocúpate de tu *crack* —respondió el Largo sin mirarle. El de la lipotimia combatía bajo el nombre del Bala y seguramente aquel fuera su último combate—. ¿Me has entendido, Felipe? —sí, con la cabeza. No era hombre de palabras obvias—. Tienes al rival acojonado. Ese es tu punto fuerte, que los matas antes de subir al *ring*. Felipe, el boxeo es psicológico. La convicción de que ganarás. Y tú, con tu físico, la tienes. Iré a ver cómo está el percal. Concéntrate, muévete.

No era el percal lo que le interesaba al Largo, sino el rival. Entró en el vestuario contiguo, todavía más mugriento, con las paredes de ladrillo, los primeros que pusieron, sin ninguna intencionalidad estética. El almacén se había construido a trancas y barrancas, a toda prisa para acoger acontecimientos deportivos que, durante el franquismo, alcanzaron gran popularidad entre los aficionados, que ahora retomaban la emoción de las apuestas clandestinas y el posible descubrimiento de otro Muhammad Ali (Cassius Clay) en la categoría máxima del peso, que era la que el público más apreciaba; porque al público, en general, solo le interesaban boxeadores con virtudes estilísticas más bien volátiles.

—Hola, Barto.

Barto, el mánager del rival de The Caiman, Martínez Barrios.

—¿Qué traes? —le preguntó Barto mientras dedicaba un masaje a los bíceps de Martínez.

—Una figura. Después de tantos años buscándola he dado con un diamante en bruto. Escucha —el Largo le dio la mano de forma automática, deportivamente, al boxeador, pero la pregunta se la hacía a Barto—. ¿Cuántos combates ha librado?

—Treinta y cinco. ¿Y el tuyo?

—Veintidós.

—No le conocía.

—Es de Mataró —era de la Fonteta de Sant Lluís—. Ya le he dicho que esté atento y no eche a perder al tuyo. Es una bestia. Es más alto que yo y tiene el doble de caja torácica.

—Tu caja no es nada del otro mundo. No te preocupes, Largo.

—Mucha suerte —se despidió.

El Messié estaba en el pasillo.

—Messié, cinco mil pesetas a favor de Martínez Barrios. Tiene unos abdominales imponentes. Se le ve entrenado. Un veterano de los que se saben todas las martingalas.

—Los había apostado por Caiman. En su mayoría, el público también.

—Perfecto. The Caiman recibirá más hostias que una alfombra.

El Largo volvió a su vestuario.

—Felipe, dalo por hecho. Calculo que tiene tu estatura, un palmo menos. Venga, muévete, calienta. Recuerda el lema de Cassius Clay: «Flota como una mariposa, pica como una abeja». Pero tú picarás cuando haga falta. Tranquilo, concéntrate, mantén la posición, suelta la izquierda con seguridad y a cobrar.

The Caiman golpeaba al aire, ahora un puño, ahora el otro, con la atención afilada, como si quisiera asestar el *jab* definitivo.

—¿Qué tal va el tuyo? —le preguntó el Largo al mánager que estaba al lado, que intentaba revivir al púgil.

—Creo que se ha dormido.

—Le gusta que le abaniques.

Se había desmayado.

Entró el árbitro. Pantalones negros, camisa blanca, pajarita negra.

—Dos minutos —avisó.

—Arbitro, atento a los golpes bajos.

—Largo, conozco el reglamento. Seis asaltos de tres minutos, ¿OK?

—Tiempo de sobra.

Se despertó el púgil inconsciente.

—Tengo hambre —dijo con cara de no saber nada de lo ocurrido; con un aire franco y afectuoso.

—Ahora cenaremos —el mánager le mostró tres dedos—. ¿Cuántos ves?

—Creo que tres.

—Coño, sí que se recupera bien —dijo el Largo.

El mánager siguió mostrándole los dedos, pero esta vez se los puso más cerca. El Largo se llevó a Felipe. Pero, antes, le puso un albornoz blanco con grandes letras negras detrás: THE CAIMAN.

—Estás guapísimo —le reconfortó.

En el almacén no había gradas; el numeroso público rodeaba el *ring*. Los dos púgiles coincidieron en el pasillo. Martínez Barrios daba saltitos y movía los brazos con cadencia profesional. El Largo le había dicho a Barto que saldrían los primeros. El otro aceptó. Así pues, The Caiman, flanqueado por el Largo y el Messié, desfiló hacia el *ring* en medio de una ovación y gritos de ¡Cai-man!, ¡Cai-man! El Largo saludaba a diestro y siniestro (la costumbre de contemplarlo todo como si fuera el protagonista). Subieron al cuadrilátero, le quitaron el albornoz. No tenía los abdominales marcados, pero su figura impresionaba. Los aficionados exhalaban un ¡oh! de admiración. Algunos

corrieron al rincón de las apuestas. Pesaba cien kilos según la báscula trucada del Largo. En realidad eran más. The Caiman dedicaba reverencias tímidas al público.

Acto seguido efectuó su entrada Martínez Barrios, igualmente ovacionado aunque no de manera tan ensordecedora. Pesaba menos, su estatura era menor, pero tenía un cuerpo fibroso que resaltaba todos sus músculos. Felipe ya estaba en la esquina. El Largo le ordenó que le trajeran el botiquín y un cubo de agua con la esponja. El *speaker* anunció a los boxeadores, que se encontraban en medio del *ring*. El Largo también había trucado el historial de Felipe. Una señorita, más bien gorda, con unos *shorts* plateados ceñidos a nalgas y muslos, paseaba un cartel anunciando el primer asalto. Últimos consejos:

—Felipe, tienes que cubrirte los flancos y la cara.

—Todo a la vez es imposible.

—Messié, el preparador soy yo. ¿Lo has entendido, Felipe? —sí, con la cabeza—. Recuerda lo que has aprendido en el gimnasio. Tú, espera. Ya se cansará. Se trata de fatigarlo y esperar el momento.

Sonó la campana.

Martínez Barrios se situó en el centro del *ring*. Felipe se acercó lentamente. Aún no había llegado allí cuando el otro dio tres pasos adelante y le metió un directo con la derecha en la cara.

El Largo protestó:

—Hombreeee... Primero tienen que saludarse —gritó al árbitro.

Segundo directo en la cara.

—¡Golpe bajo! —el Largo.

Felipe intentó la media distancia, se clavó y lanzó un gancho que el rival esquivó.

—Si acierta le mata —comentó el Messié—. Dile que se eche atrás para tener más recorrido en la pegada.

—Larga distancia —gritó el Largo a Felipe, pero The Caiman acababa de recibir un *jab* intenso en la cara. Por momentos pareció aislado como un barco a la deriva.

Felipe volvía a golpear el aire. Le faltaba el aliento. El asalto transcurría con The Caiman contra las cuerdas mientras el otro le machacaba los costados. Se abrazaba al contrario para recuperar el aire. El árbitro intentó separarlos. Terminó el primer asalto.

—Bien, Caiman, bien —le animaba el Messié.

—Perfecto. Tú, tranquilo. Ya se cansará. Recuerda el combate Frazier-Clay —pero Felipe no estaba para remembranzas. El Largo le frotó la cara con la esponja. Felipe se quejó. Había olvidado empaparla y le había arañado las heridas—. Para ser el primer combate estás haciéndolo muy bien. Tienes que hacer lo mismo que Clay, que mientras recibía le decía a Frazier: «¿Eso es todo lo que sabes hacer?». Provócale.

—Con el protector bucal no le entenderá —añadió el Messié.

No era el protector, sino que a duras penas podía hablar a consecuencia de los golpes en los lados.

La señorita gordita anunció el segundo asalto y recibió un montón de groserías.

—Aguanta tres asaltos, Felipe —optimismo desatado del Largo—. En el cuarto, rematas.

—Exacto —dijo el Messié.

Pero entonces The Caiman todavía pudo pronunciar una frase:

—¿En qué asalto estamos?

El síntoma clásico: estaba prácticamente grogui, pero el Messié le empujó adentro al sonar la campana.

—¡Remata, Felipe!

—¿No habíamos quedado en el cuarto? —preguntó el Messié.

—Da igual, él no sabe en qué asalto está.

Felipe descargó los puños con furia, pero con los objetivos equivocados. Martínez Barrios daba brincos a su alrededor, esquivándole. Quien no lo hacía, por excesiva precaución, era el árbitro, que se había situado cerca de ellos y recibió un espléndido *crochet* que le envió a la lona. The Caiman se quedó mirándole. Martínez lo aprovechó y conectó una serie de *jabs* con las dos manos contra Felipe. Acabó con un gancho de derecha a la barbilla. The Caiman cayó tendido al suelo.

El Largo saltó al *ring*.

—¡Combate nulo! —dijo levantando los brazos frente al público.

Barto recuperó al árbitro para que iniciara la cuenta del KO. Lo hacía como un idiota, mareado por el golpe recibido, apoyado en el hombro de Barto.

—¡Y diez! —dijo el árbitro.

—¿Después del cinco va el diez? —protesta del Largo.

—No se levantará ni contando hasta cien —réplica de Barto, que elevaba la mano de Martínez Barrios en señal de victoria.

Una parte del público no estaba de acuerdo con el veredicto, otros se fueron al rincón de las apuestas a cobrar, entre ellos el Messié. El Largo pidió asistencia médica, pero no había venido el médico o no había ninguno en la sala. Poco a poco, The Caiman se recuperó. Entre el Largo y Barto le pusieron de pie.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Largo a The Caiman para saber qué grado de consciencia tenía.

—Fe... Pe...

Barto miró al Largo:

—¿Eso es grave?

—No, es despistado.

Por precaución, camino del vestuario el Largo no saludaba al público. Felipe se sentó en la ducha mientras dejaba que el agua fría le devolviera al mundo real. Entró el Messié con un fajo de billetes. Los contaron, se los repartieron y dejaron una parte para Felipe. Se los escondieron en el bolsillo en cuanto vieron a Toni Butxana y Marc Sendra.

—Te has lucido, Largo —dijo el detective—. Menos mal que no me fío de tus descubrimientos. Es el nuevo Ringo Bonavena, me decía. Ah, os presento a mi amigo Marc. Es periodista.

—¿Periodista? —el Messié.

—No he venido a hacer una crónica.

—También ha ganado algo de pasta —Butxana—. ¿Dónde tienes al Caimán?

—Estoy bien —se oyó un hilo de voz desde la ducha.

Entró un chico joven y decidido. Alto, delgado, con gafas redondas de carey y el pelo por los hombros.

—Buenas noches, me han dicho que buscaban a un médico.

El Messié le miró.

—¿Tú lo eres?

—Estoy en segundo de carrera.

—Ah, ¡de acuerdo, Felipe! —gritó el Largo—. ¿Puedes salir? Ha venido el doctor.

Felipe salió todavía mojado, el Messié le dio una toalla. El aspirante a doctor le rogó que se tendiera en la camilla. Lo hizo como pudo, lentamente, frunciendo el ceño y los labios con un dolor casi ancestral. El aspirante a médico le tomó el pulso comprobándolo con su reloj. Pidió silencio con autoridad de especialista en la materia mientras observaba el techo, donde una

araña criaba a su familia plácidamente. Luego levantó un párpado y después el otro.

—Por favor, apártese un poco, que me tapa la luz —le dijo al Messié—. El pulso, normal —diagnosticó el estudiante, apartando los cabellos que le cubrían los ojos y mirando con satisfacción de experto al auditorio.

Pidió el botiquín y le desinfectó las heridas con alcohol. Felipe se quejó. Le había caído una gota en el ojo.

—Es el primero que curo —se disculpó el doctor—. Bien, no es nada grave, pero durante unos días tiene que limpiarse las heridas. Primero, agua y jabón, y a continuación alcohol. El aire del mar es bueno para que cicatricen.

—Le llevaremos a la playa de Pinedo —el Largo, displicente—. ¿Y en la cabeza?

—Por la superficie nada grave, por dentro necesitaría un quirófano. Ya sabe, una radiografía.

—¿Una radiografía en el cerebro? Vuelve cuando apruebes otro curso —le dio un billete de cien pesetas. El estudiante se fue—. Felipe, ¿me escuchas? —Sí.

—¿Me ves?

—Sí.

—¿Quién soy?

—El señor Largo.

—¿Cuántos dedos tengo?

—Diez.

—No, cuántos te enseño.

—Cuatro.

El Largo se volvió hacia Butxana y Marc.

—Me impresiona su fortaleza. Solo le falta práctica.

—¿Habéis perdido mucho? —preguntó Butxana.

—Lo más importante es la salud de Felipe —contestó el Messié.

—Pues preparaos porque Marc y yo iremos a vuestro garito. Lo tenéis abierto, ¿no?

—Hemos dejado al Gordo García.

—Eso es como poner a Al Capone de ministro de Hacienda.

Pasados los años, algunos ministros superarían a Al Capone.

2

Las tres salas del garito estaban llenas. En el ambiente flotaba el hachís, señal de una clientela joven que prefería jugar al póquer descubierto, mientras que los veteranos (aquí la niebla era de cigarro) se decantaban por las mesas de *black jack*. Las crupieres eran mujeres atractivas. Por simple que fuese tenía su fundamento psicológico de corte masculino: no era lo mismo perder contra un hombre, cuya sonrisa no aportaba ningún consuelo al perdedor, que la disposición sensual de una bella señorita, que, a menudo, mantenía a los clientes pegados a la mesa más tiempo del que les convenía.

La casa pagaba los bocadillos (una estrategia que evitaba que los jugadores abandonaran las mesas para bajar a la calle a por la cena). El alcohol, sin embargo, estaba prohibido y así se ahorraban trifulcas de malos perdedores. No era una norma inmutable, lo del alcohol; pero quebrantar la regla era un privilegio de la gerencia para mantener dócil el ecosistema del local.

El Largo y el Messié fueron al despacho. Por su parte, Butxana y Marc se sentaron en una mesa de *black jack*. Entró el Gordo García.

—Todo en orden.

—Gracias, Gordo —agradeció el Largo.

—Hazme una gracia.

Le dio mil pesetas.

—Gordo, ¿conoces a algún profesional bancario? —preguntó el Messié.

—A ninguno. ¿Por qué?

—Ojo al parche. Me parece que algo se está cociendo.

—Ya lo sabría. Los atracos a bancos son cosa de gente de fuera. Nosotros estamos muy controlados.

—Si te enteras de algo me lo dices. No queremos líos que atenten contra nuestro negocio.

—¡Y tanto! Ahora todo está muy tranquilo. Por cierto, en el garito hay dos maderos.

—¿De confianza?

—Sí, pero están jugando.

—Llama a uno.

El Gordo García se fue.

—¿Por qué coño le has tenido que decir lo del atraco? —se cabreó el Largo.

—Por las pistas falsas. Cuando llegue el momento le interrogarán y entonces responderá que nosotros estábamos preocupados.

—Cuanto menos se hable mejor. Ahora empezará a preguntar.

—Le he dicho que preste atención, no que hable por los codos. Largo, estás demasiado alterado.

—Aún no me he decidido.

—Pues cambia de almohada. Anoche Paul y yo hablamos del tema.

—¿De qué tema?

—De que eres un cagado.

Llamaron tres veces a la puerta. Era un madero.

—Hoy no es día de paga —le advirtió el Largo.

—Hemos venido a jugar.

—Ya. Y la crupier, como te conoce, es amable.

—Pensaba que no hacíais trampas.

—Más o menos como vosotros —el Messié.

—Podemos cerraros el local. Cuando queramos. Ahora mismo.

—El abuso tiene un límite. Si nosotros no sacamos beneficios, vosotros no podéis cobrar vuestra parte.

—Apenas ganamos.

—Un poco de aquí, otro poco de allá... —el Largo.

—Aceptamos comisiones de todos los locales, sin favoritismos.

—OK. Media hora más y os largáis a otros garitos.

El policía saludó con una sonrisa.

—No tienen ética —gruñó el Largo.

—Cobran poco. Y además han de repartir.

—Y ahora también tenemos a un periodista husmeando.

—Es amigo de Butxana.

—Messié, es periodista. Meten la nariz por todas partes. ¿Dónde trabaja?

—En *El Camí*.

—¡Son de izquierdas!

—Ahora todos lo son. Tienen que ponerse al día.

—¿No te preocupa? Fue a la nave y ahora ha venido aquí. Mataría por un reportaje: boxeo clandestino con apuestas, casas de juego ilegales... La ocasión la pintan calva.

—Largo, están ocupados con la política. Le tienen ganas al tema, hacía mucho que no practicaban. Pero el amigo de Butxana es de sucesos.

—Seguro que es un confidente.

—Es joven, no es como los de antes. Además, es amigo de Butxana. ¿Conoces a un detective más antibofia?

—No, pero no me gusta. Gente normal, eso es lo que necesitamos, del ambiente.

De nuevo llamaron a la puerta.

—¿Podemos entrar? —dijo Butxana.

—Pasa.

Iba acompañado de Marc, circunstancia que provocó un gesto de desaprobación del Largo.

—Así que trabajas en la sección de sucesos —le preguntó.

—Sí.

—¿Y tu presencia aquí?

—Toni me habló del local. Me dijo que organizabais partidas privadas y querría jugar alguna. Lo demás no me interesa. Si fuera así, ya habría hablado de ello. En Valencia hay treinta casas como la vuestra.

—Como la nuestra, no —el Messié.

—Cierto. Es más espaciosa y parece mejor organizada.

—Sí que estás informado.

—Soy periodista.

—Eso es lo que nos preocupa. Pierdes tres timbas y nos amenazas con publicarlo.

—Oye, Messié —intervino Butxana—, Marc es un tío serio. Hace años que le conozco. En algunos casos nos hemos ayudado mutuamente. De lo contrario no le habría traído. ¿Tenéis timba o no?

—El martes.

—¿Cincuenta y cuatro, copo o póquer? —pregunta de Marc.

—Cincuenta y cuatro.

—¿Con o sin resto invisible?

—Vas a por todas, ¿eh? Si hay resto invisible avisamos. Entonces vienen de otras ciudades. ¿Tienes dinero?

—Compruébalo.

—De acuerdo, tienes plaza. La partida empieza a las nueve, hacemos un descanso de media hora. Termina a las tres de la madrugada. Nadie se va si no es por una urgencia justificada o porque le han desplumado. Siempre damos cuatro rondas de gracia. Si pierdes y no puedes pagar, firmarás un papel de compromiso y abonarás la deuda en la próxima partida. Si eres farlopero te la esnifas en el lavabo, nunca delante de los demás, es un mal ejemplo, si...

—Messié, conoce las reglas —Butxana.

—Si va de resto invisible no hace falta que nos digas cuánto dinero llevas —continuó el Messié—, pero si la partida es normal no jugarás si llevas menos de diez mil pesetas. Y otra cosa: fuera de aquí, la boca cerrada. La bofia no conoce las partidas privadas.

—Y así os ahorráis una comisión —Marc—. ¿Por qué tendría que contarlo?

—Porque eres periodista —el Largo.

—¿Quién es la banca?

—Nosotros. La casa se queda un quince por ciento de los ganadores. Ah, y uno de nosotros juega: yo —el Largo—. Pero todas las barajas son nuevas. Con precinto. ¿Desconfiado?

—Como vosotros conmigo. Hasta el martes.

—Sigo pensando que el atraco es una locura —reiteró el Largo.

El Messié dejó los billetes de la apuesta de boxeo sobre la mesa con cierto desprecio en su actitud.

—¿Ves lo que hay aquí? Pues es una mierda como un piano, como la mierda que nos repartiremos del garito después de pagar al personal y a la pasma.

—A mí me va bien.

—¿Porque vives en un chalet con piscina, que has tenido que alquilar, porque solo quieres fardar y te falta pasta para comprarlo?

—Tengo aspiraciones acordes a mi nivel de vida.

—Te has pasado la vida queriendo ser un tipo normalucho, solo te faltan la parienta, las criaturas y el periquito; y no te das cuenta de que nosotros no somos normales. Si fabricaras coches, ¿no querrías que fuesen más y mejores? Pues no, no lo harías. Aún fabricarías biscúteres. Eso es lo que somos, un puto biscúter. Algún día en vez de treinta garitos habrá cuarenta. Y lo que es peor, algunos serán mejores que el nuestro y, por si fuera poco, la bofia de la Brigada del Juego te exigirá más, más...

—Calla y bebe, plasta de los cojones.

El Largo sirvió dos *whiskys* de la botella que el Messié escondía en el primer cajón de su mesa. El socio esbozó un gesto de reprensión, pero las copas eran una tregua. Tomaron un sorbo, la pausa que aportaba un poco de serenidad, el trago que les permitía hablar sobre el negocio, las novedades que

debían incorporar o lo que debían suprimir. Así habían llegado a ser un referente como casa de juego, pero el armisticio apenas duró un minuto.

—Messié, no estoy preparado.

—Winston Churchill tampoco lo estaba para la guerra y la ganó. Tu parte del trabajo es la más fácil.

—Churchill, ¿eh? ¿No tenías otro ejemplo a mano? Imagínate que yo cumplo, pero vosotros la cagáis.

—Largo, no te implicaría, palabra. Además, tú no entrarás al Intrans. En cierto modo estás fuera.

—En cierto modo... ¿Y los demás?

—Paul, por supuesto que no; y el resto, si los elegimos bien, tampoco.

—Pero llevaré seis meses entrando en el banco a menudo y hablaré con el director. Cada día. Seré el primero al que interroguen.

—Una casualidad, han atracado el banco en el que operas. Eres un palmo más alto que todos nosotros. Estabas descartado desde el principio, se lo diré a la policía si me trincan.

—Pero no en la logística. El comisario Tordera no se lo tragará.

—Aparte de que es un cenutrio, que diga lo que quiera. No podrá demostrarlo. El día del atraco habrás ido a la playa o al chalet.

—¿Y si llueve?

—Si llueve lo aplazaremos. Escucha, eso son excusas de mal pagador. Si Paul dice que es fácil, me lo creo. Tengo los huevos pelados de trabajar con él. Anoche me decía que no volveremos a tener una oportunidad así. Será la definitiva.

—Será la penúltima, eres un culo de mal asiento. Cuando nos dedicábamos a las joyerías me decías lo mismo: «Tranquilo, Largo, será la última». Pero ya tenías otra en la cabeza. ¿Te ha contado más detalles?

—No, ya te lo dije. No dirá nada hasta que el equipo esté completo.

—¿Has pensado en alguien en concreto?

—No.

—Lo haré yo.

—Sin decirles nada, solo si están dispuestos a llevar a cabo un golpe excepcional. Paul y yo tenemos que hablar con ellos. No queremos a torpes o desesperados. ¿Tienes a alguien en mente?

—Sí.

—¿Quién?

—Hay que tantearlos.

—Quién —el Messié, firme.

—Sara y el Gitano.
—¡Y una mierda! Son terroristas.
—Son de extrema izquierda, radicales. Ellos nunca me delatarían.
—¿Sabes qué harán con el dinero? Actividades políticas ilegales, algo que lo complicaría todo aún más.
—El padre Rafel me ha dicho que ahora trabajan. Al parecer se han olvidado del activismo.
—Cuesta creerlo.
—Messié, si ellos entran en el golpe yo también. Es mi condición *carpe diem*.
—*Sine qua non*, animal.
—Tú ya me entiendes. Además, aún ignoro si querrán participar.
—La aprobación final dependerá de Paul y de mí. Y no les digas de qué va el trabajo. ¿Me das tu palabra?
—Dada.
—Si entran en el grupo tendrán que acatar las normas.
—Se lo diré.
—Habla primero con el padre Rafel. Averigua a qué actividad política se dedican. ¿De acuerdo? Primero con Rafel.
Bebieron. El Messié continuó.
—Tú ya estás dentro. Sabes demasiado.
—Sí, pero bajo las condiciones que hemos pactado.
—Si ellos no aceptan, ¿tú tampoco?
—¡No me agobies, coño!
—Eres un timorato, un biscúter, un...
—Venga, continúa, me estás dando unos ánimos cojonudos para irme y tirarme un año sin volver.
El Messié decidió no cargarle más. Encendió un cigarrillo, dio una calada y tras expulsar el humo dijo:
—El sábado viene Paul.
—Los sábados tenemos el garito abarrotado. No es un buen día.
—Le diré que venga el domingo. O el lunes.
—Mejor el lunes.
—Quiero que escuches, que compruebes tú mismo lo fácil que será. También vendrá el Mítico Regino. En la reunión le comunicaremos cuál es su papel. Habla con Rafel.
—Te recuerdo mis condiciones —refunfuñó el Largo.

—Y yo que soy el *boss*, el que tiene la última palabra. Y siento darte una mala noticia, por si te lo piensas mejor a causa de las dificultades: en materia de organización soy un experto.

El Largo no le recordó los tres años de prisión en Francia. Estaba harto de discutir, aparte de que el *Messié* era de los que si algo se les metía en la cabeza no había forma de sacárselo.

3

En las afueras del barrio de Nazaret, el padre Rafel tenía un centro de acogida, un hogar polivalente al que acudían todos los que lo necesitaban. Por lo general, solían ir por problemas de pobres.

Lo precedía un gran patio en el que él mismo había plantado «árboles de sombra» y también pinos para dotarlo, con la mezcla, de un aire más estético (sin embargo, los pinos estaban en la entrada, ya que sus raíces eran largas y profundas y podían agrietar el suelo del centro). Rafel había comprado la casa y el terreno que la rodeaba con el dinero recibido de la herencia familiar, pero ya no le quedaba más (la familia, acomodada, conservadora y católica, le cerró el grifo). El Largo, el Messié y otros voluntarios le ayudaban para que el lugar siguiera funcionando, al menos el comedor y la escuela.

Tiempo atrás, al principio de la década de los setenta, el padre Rafel los había acogido una noche en la que los perseguía la policía. Rafel pensaba que eran activistas políticos; casi todas las semanas se refugiaba allí alguno. Aun así, cuando se dio cuenta de que eran ladrones, no le importó aceptarlos. Con el paso de los años, el asilo se reconoció como una deuda cuyo pago el cura jamás les había pedido, pero que apreciaba que satisficieran por las necesidades constantes del centro.

El Largo aparcó el coche junto al porche de la casa y, desde una ventana abierta, llamó a Rafel, que en aquellos momentos daba clase de matemáticas a discípulos que oscilaban entre los cinco y los diez años, hijos de parados crónicos o de gente obligada a buscarse la vida lejos de casa. Por eso, el padre Rafel también disponía de una estancia con literas, aunque no demasiado grande. Al oír al Largo, Rafel ordenó a los niños que siguieran con la tabla de multiplicar del nueve, la más difícil. Un alumno, quizá el más listo, salió a la pizarra y empezó a escribir los números, cantándolos con una cadencia que daba tiempo a que los demás los repitieran.

—Mira —dijo Rafel después de abrazar al Largo—, ¿has visto los árboles que he plantado? Nada de palmeras. Odio las palmeras. ¡Qué manía con plantarlas! Es un invento de los socialistas. Desde que gobiernan han plantado palmeras por todas partes. Son feas, no dan sombra y ni siquiera absorben la contaminación. ¡Son inútiles! ¿Sabes por qué las plantan? —el Largo no respondió, no tenía ni puta idea de árboles—. Porque son un símbolo del

Mediterráneo. Por supuesto, el Mediterráneo ha sido la cuna de la civilización moderna, pero de eso ya hace muchos años y no veo en las palmeras nada que lo recuerde. Además, a mí me gusta el Atlántico, aire fresco y agua abundante. ¿Tengo razón o no?

—Toda.

—Vamos a la cocina.

Era grande y estaba bien equipada en cuanto a fogones. Un par de voluntarias preparaban la comida en dos enormes cazos.

—¿Quieres chocolate? Recién hecho por mí. También tengo valencianas. Cómietelas, que se están poniendo como pasas y tendré que tirarlas.

—Ponme —el Largo, con desgana.

Se sentó en una silla metálica.

—¿Y la visita?

Antes de responder, el Largo dejó sobre la mesa unos cuantos billetes de cien pesetas. Rafel les echó un vistazo.

—Me vendrán muy bien para pintar la escuela y comprar una estufa. Una de las tres que tenemos está para el arrastre.

Para la estufa tendría que esperar a la próxima ocasión. Siempre que el Largo y el Messié iban por allí, aportaban la «voluntad». Era como una deuda permanente.

El Largo se preparó para escuchar el rosario de agravios habitual, la miniconferencia con la que Rafel justificaba la necesidad imperiosa de las reformas del local.

—Ahora llega el invierno y las criaturas pasan frío. Tenemos mucha humedad. ¡De eso no nos falta! ¡Cómo la casa tiene las paredes tan finas...! El otro día fui a la Diputación. Les conté que el arzobispado no quería saber nada de mí, que tengo antecedentes políticos y que no recibo ni un duro. No me hicieron caso. Deben de pensar que esto es un colegio de curas privado o algo así. Ahora bien, no me fui hasta que logré hablar con el segundo.

—¿Quién es el segundo?

—El que manda después del presidente.

—¿Le conoces?

—Ni de vista. Todos son técnicos y funcionarios. Pichaflojas que solo conocen sus presupuestos. Oye, le dije, eres socialista, ¿no? Yo también. Hemos luchado para que las cosas cambien. Respuesta: rellena estos papeles y veremos qué podemos hacer. Y mira —señaló un montón de papeles esparcidos por otra mesa—, no sé ni por dónde empezar. Papeles, papeles y

más papeles. Como si a la solidaridad le hiciera falta un reglamento. ¡Odio la burocracia!

—Rafel, eso es la puta administración. Tienen que cuadrarlo todo.

—¿Y el alma? ¿Dónde se la han dejado? Cuando durante el franquismo acogía a toda clase de perseguidos yo no pedía ningún papel, no les preguntaba de qué partido eran. Lo único que pretendo es que reconozcan la tarea que desempeño, la que no desempeñan ellos. ¡Estoy igual que antes!

—Algún día las cosas cambiarán.

—Algún día, algún día... —continuó Rafel, abrumado—. Ya hace veinte años que lo espero y es desesperante: unos no quieren saber nada de mí y los otros me dan papeles. Por cierto, ¿a qué viene esa obsesión del Messié por plantar una falla?

—¿Una falla? ¿Cuándo te lo ha dicho? —el Largo dio un respingo y se puso de pie.

—Siéntate. Hará una semana. Eh, a mí me parece bien, los nanos se lo pasarán pipa. Además, es una actividad muy creativa. Pobres, les hacen falta distracciones y si son imaginativas mejor. Por unos días no se acordarán del mundo al que los han traído. Aparte de eso, se sentirán integrados. Pero si hay alguien al que nunca me habría imaginado queriendo montar una falla es al Messié.

—Es un hombre con inquietudes culturales.

—Bueno, pero tiene que ocuparse él, yo no tengo tiempo.

—Seguro que le ayudará el Mítico Regino.

—¿Qué sabes de él? Llevo un montón de semanas sin verle.

—Vive en un hotel.

—Habrás falsificado un Picasso —rio a gusto Rafel—. Quiero proponerle que imparta clases de dibujo a los niños. Se le da muy bien.

—Al final, te quedará una escuela de lo más singular.

Rafel llenó de chocolate la taza del Largo. En el platito, un par de valencianas. Hundió suavemente un dedo en una y la masa se hizo pedazos.

—¿Qué tal va el garito? —Rafel.

—Bien, pero queremos mejorarlo.

—Seguro que tenéis calefacción central —una indirecta que el Largo no captó—. Tengo que ir a verlo.

—A la hora que abrimos tú ya te has acostado.

—*Xiquet*, acabo reventado. Los voluntarios tienen sus obligaciones y no pueden hacer más. ¿Quieres decir que si mejoráis el garito, y recaudáis más, la subvención aumentará? —Y antes de que el Largo respondiera—. ¡Esto es

un pozo sin fondo! Reparas un lienzo de pared y aparece una mancha de humedad en otro.

Rafel y sus inevitables reflexiones sobre el materialismo de la vida.

—Lo tendremos en cuenta. ¿Así que el malnacido del Messié quiere montar una falla? —el Largo intuía que el Messié preparaba las coartadas del atraco—. No me había dicho nada. Supongo que él será el presidente de la comisión fallera.

—¿Cómo lo sabes?

—Querrá dedicarse en cuerpo y alma. De repente se ha vuelto muy fallero. Ya lo verás, incluso se apuntará a la *ofrena* y llevará el ramo de flores más vistoso.

—Le advertí que los trajes de los nanos valdrían dinero y su respuesta fue que no me preocupara.

—Muy generoso.

—Bueno, ¿a qué has venido?

—Una visita de cortesía.

Rafel contó los billetes.

—Ven todos los días. Serás bienvenido.

—¿Qué sabes de Sara y el Gitano?

—Vienen a menudo, casi a diario.

—¿No trabajan?

—En una empresa que se llama Discarsa —dijo Rafel—. Venden carne a los carniceros. Entran a las cuatro de la madrugada, terminan a la una del mediodía, luego duermen la siesta y hacia las cinco o las seis se dejan caer por aquí. Me ayudan muchísimo en todo lo que pueden. La verdad es que llevan a cabo una gran labor. Cuesta mucho limpiar el centro, que se mantenga en buen estado. Ahora mismo no encontrarías ni un piojo.

Instintivamente el Largo se rascó el pelo.

—¿Están bien? —preguntó.

—Tienen buen aspecto. Me parece que Sara está embarazada.

—¿Cómo? —el Largo volvió a levantarse—. ¿¡Cómo!?

—Tómate el chocolate, que se te va a enfriar.

—¿Embarazada? ¿Te lo ha dicho?

—No.

—¿Y cómo lo sabes?

—Los veo felices. Ella está un poco más gordita. Siéntate, que veo que te ha impactado.

No podía imaginar cuánto. El Largo se sentó.

—Eso no significa nada. A lo mejor come más... la vida en pareja...
—No sé... pero tiene ese color de cara...
—Hombre, Rafel, te lo habrían dicho.
—Quizá estén esperando resultados.
—Me dejas de piedra.
—Deberías alegrarte. Crecerá la familia.
—Claro, claro... pero es una sorpresa...
—Ay, Largo, a ti también te haría falta una familia. Es bonito llegar a casa y que alguien te espere. ¿Quién te espera a ti, eh? ¿Quién?
—El perro. Y la bofia, de vez en cuando —pensativo—. ¿Dónde viven ahora?
—Aquí, en el barrio. Han encontrado un piso modesto. De alquiler.
—¿Se dedican a actividades políticas?
—Sé que van a reuniones, hablan de reivindicaciones vecinales. Ya sabes, que asfalten calles y cosas así. Cosas normales.
—Han estado metidos en cosas graves.
—De eso no quiero saber nada.
—Pues más de una vez les ofreciste protección.
—Son como hijos. También lo hice con vosotros cuando lo necesitabais.
—Iré a verlos. Rafel, ¿qué significa *carpe diem*?
—Pues es una expresión del latín: aprovecha el día o vive el momento. O sea, aprovecha la oportunidad. Es lo que yo hago, pero solo me dan papeleo.
—A mí me gusta más *sine qua non*.
—No sabía que fueras aficionado al latín. Es una lengua muerta, de sacristía. Pero salpicada aquí y allá queda muy bien.
—Ya lo creo. A mí me dará resultado.
—El Messié fallero, tú aprendiendo latín... Hoy no dejas de impresionarme.

En el *hall* de la Estación del Norte, el Messié y Paul se dieron la mano. Eran tan suspicaces que lo hicieron en una esquina, cerca de la salida. Por oficio y veteranía sabían que en las estaciones de trenes, autobuses o aeropuertos, solía haber policías de paisano o confidentes que se ganaban la vida facilitando información. Salieron a la calle enseguida.

De estatura mediana y huesudo, Paul vestía siempre de punta en blanco, con un rostro y unas manos en los que nunca faltaba la crema hidratante. De semblante serio, hablaba con lentitud y solo levantaba la voz cuando la

ocasión lo requería. En Francia no tenía amigos ni se le conocía familia, de modo que estaba acostumbrado a la inviolable soledad que exigía su oficio, pero confiaba en el Messié, el hombre que tras la última caída se mantuvo firme y evitó delatarle. Aun así, la policía francesa demostró su implicación en un atraco que se frustró desde el principio: en cuanto entraron en la sucursal bancaria, capturaron al Messié y a dos ladrones más mientras Paul trataba de situar el coche en la dirección más conveniente.

A Paul le denunció una señora que paseaba al perro, que había visto cómo los demás miembros de la banda bajaban del vehículo, se dirigían al banco prácticamente al trote y un momento antes de entrar se ponían las capuchas. Por sus antecedentes, la condena a Paul fue de seis años (una condena dura, dado que no tuvo tiempo de participar en el atraco), el doble que la del Messié. Nunca supieron quién los había delatado, pero el hecho de que hasta entonces no hubieran sabido nada más de los otros dos, añadido a que después del juicio los habían dispersado en cárceles distintas, les daba una pista. El francés tenía una espina clavada desde entonces.

El Messié paró un taxi, pero Paul le dijo que prefería caminar. El día era espléndido y llevaba muchas horas sentado en trenes. Su equipaje solo constaba de una bolsa con un poco de ropa y un neceser. Apenas se quedaría un día en Valencia. De hecho, faltaba media hora para que tuviese lugar la reunión acordada en el garito.

Nada más llegar, el Messié se encargó de presentar a Paul ante el Largo y el Mítico Regino. El Largo le dio la mano mientras lo examinaba minuciosamente, sin disimulos, como si se esforzara por averiguar dónde estaban las virtudes pregonadas por su socio. El Messié le había hablado tanto del personaje que sentía una gran curiosidad. Paul apenas le prestó atención. El Messié preparó unos *gin-tonics* mientras el francés echaba un vistazo a la casa.

—¿Te gusta el juego? —le preguntó el Largo.

—Sí.

También le preguntó si entendía el castellano correctamente.

—Me defiendo bastante bien. En Francia me he relacionado mucho con españoles.

Era uno de los *sine qua non* del Largo al Messié: en las reuniones se hablaría el idioma que todos conocían.

—¿En Francia juegas?

—No. Llevo una vida apartada. De hecho, me fui de París a Montpellier para no hacer vida social, con la intención de que se olvidaran de mí.

—¿Quién os delató?

—Nunca lo supimos —sí que lo sabía, pero no le apetecía explicarlo—. Tal vez alguno de los implicados. No pudimos averiguarlo.

—Si no tienes vida social, ¿cómo has recibido esa información?

Paul le puso una mano sobre el brazo:

—Esperemos a que llegue el Messié.

Se lo dijo con un gesto seco, quizá marcando territorio.

Se hizo un silencio. El Largo y Regino se miraron. Solo un instante, hasta que el Messié volvió con una bandeja y cuatro *gin-tonics*.

—¿Qué, ya os habéis preguntado por la familia?

—No es muy comunicativo —el Largo.

—Tomemos asiento —ordenó el Messié. Acercó una mesa pequeña para ponerla en medio—. Paul, ¿dejas que me encargue de la introducción?

—Adelante.

—Primero, un brindis. Por el golpe, claro.

Entrechocaron los vasos suavemente. El Largo con más delicadeza, como si el brindis no fuese asunto suyo. Paul le sonrió.

—Bien —dijo el Messié—. Paul, al que conozco desde hace mucho, me comunicó meses atrás que había surgido una gran oportunidad de atracar el Intrans.

—¿Por qué? —el Largo.

—Porque es cierto —Paul—. Pero no entraremos en detalles. Debéis confiar en mí. Eso sí, es una gran ocasión.

—Según lo que me ha explicado el Messié, lo veo muy difícil.

—Es imprevisible —matizó Paul—. No se lo esperan ni la policía ni el banco. Pero tiene que ser rápido y nos hacen falta dos hombres experimentados. Dos hombres más, quiero decir. O quizá tres.

—Aquí tenemos un problema —el Messié, con firmeza—. Verás, Paul, no queremos trabajar con personal extranjero. Ni los conocemos ni nos fiamos de ellos.

—¿No conocéis a nadie extranjero?

—Sí, pero no lo suficiente.

—Siempre hemos trabajado con gente de aquí —el Largo.

—¿Y...?

—Trabajos menores si los comparamos con el Intrans —el Messié—. Nunca han atracado un banco. Además, están muy fichados.

—Perfecto como coartada.

—¿Perfecto el qué? —el Largo a Paul.

—Pues que cuando atraquemos el Intrans los interrogarán a ellos. Perderán un tiempo valiosísimo.

—A nosotros también —el Largo.

—Estamos preparando coartadas —el Messié.

—¿Cuáles?

—El Mítico —señaló a Regino— está fuera de escena. Es el falsificador y es de absoluta confianza. El Largo será el responsable de la logística. De algún modo también se queda al margen. Tú te irás el mismo día a Francia y yo estaré inmerso en la fiesta, a todas horas.

—Nos faltan dos —dijo Paul.

—El Largo tiene una propuesta, aunque a mí no me termina de convencer. Son inexpertos.

—No lo son —replicó el Largo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imagino.

—Te lo imaginas... —repitió Paul con escepticismo—. No podemos reclutar a alguien con la idea de que te lo imaginas. Por sus características, el atraco al Intrans necesita profesionales, gente que nos proporcione la total garantía de que no nos fallará en los momentos clave.

—Pues deberías decirnos lo que necesitamos —el Largo.

Paul bebió poco a poco del *gin-tonic*.

—Tres entramos —dijo—, otro se queda fuera con el coche. Por cierto, aún no he visto la ubicación del banco y de las calles que lo rodean. De los dos que contratemos hará falta que uno sea buen conductor.

—Ella lo es —respondió el Largo.

—¿Ella?

—Todavía tenemos otro problema —intervino el Messié—. Son políticos radicales.

—No, no, no... De ninguna manera gente implicada en política —por una vez fue Paul quien pareció perder la calma—. Ni pensarlo. Eso lo empeoraría todo.

—Pues es lo que hay —el Largo.

—¿Tú qué dices, Messié? —le preguntó Paul.

—No lo sé... Por una parte, tiene razón al decir que no tenemos dónde elegir; por otra...

—¿Y tú, Regino?

El Mítico Regino se revolvió en la silla, inquieto.

—Me había hecho a la idea de escuchar sin intervenir en nada ajeno a mi trabajo. Al fin y al cabo, vosotros sois quienes más arriesgáis. La pregunta es incómoda y difícil de responder.

—Bueno, tenemos tiempo —dijo Paul—. Propongo que aplacemos el tema sin descuidarlo.

—Querría saber —dijo el Largo— por qué crees que es fácil.

—¿Fácil? Solo he comentado que era una oportunidad única. Como he dicho, las características del golpe hacen que sea imprevisible, por eso mismo creo que tiene muchas probabilidades de éxito. Mira, Largo, tú no me conoces. A mi edad no me embarcaría en un atraco de locos, ni siquiera en uno que tuviera muchas posibilidades de salir bien. Para mí será el último trabajo. Luego me retiraré.

—Si te retiras, supongo que lo harás cómodamente, porque en Francia, tras haber sido encarcelado, levantarás sospechas entre la policía.

—En el país donde pienso instalarme ni siquiera me conocen.

—¿Has hablado con Sara y el Gitano? —el Messié, cortando lo que amenazaba con ser un debate inoportuno.

—Aún no. Paul, el Intrans es muy céntrico —insistía, no obstante, el Largo.

—Tengo entendido que está justo al lado de la... la...

—*Masclatá* —el Largo.

—Según el Messié es muy ruidosa y la gente le presta mucha atención, justo lo que nos hace falta. En cualquier caso quiero verlo todo y ratificar esas informaciones.

—La policía, además, está muy entretenida con todo lo relativo a la fiesta por culpa de los gamberros y los borrachos —añadió el Messié—. Y no solo eso, sino que tendrán enormes dificultades para seguirnos el día del atraco. Como sabéis, conducir por el centro de Valencia en un día de *masclatá* es inmensamente complicado.

—Querría recordaros que durante las fallas tienen lugar muchos robos. Hay mucha gente que se marcha fuera de la ciudad, algo que aprovecha la delincuencia habitual. La policía está movilizadada, quiero decir.

—Pero, Largo, precisamente eso nos beneficia.

Como ha dicho Paul, de ninguna manera se lo esperarán. Un factor sorpresa para el que no están preparados. Les costará reaccionar porque no tendrán el dispositivo a punto.

—¿Qué día habíais pensado...? —preguntó el Largo, pero el Messié le interrumpió.

—A determinar, pero cualquier día de la semana fallera. O no —miró a Paul.

—Ya veremos —dijo el francés.

—Sea cual sea el día, nuestro conductor tendrá problemas.

—En absoluto, Largo. Lo ensayaremos todas las veces que haga falta para evitar obstáculos insalvables.

—Messié, ¿qué haremos con los insalvables?

—Bien —dijo Paul, zanjando cualquier hipotético debate—, el Messié y yo daremos una vuelta por la calle del banco. Nos vemos de nuevo a las tres. ¿De acuerdo?

4

Apie, el Messié acompañó a Paul hasta la calle del Intrans. De camino al centro de la ciudad, el francés le manifestó sus dudas respecto al Largo, en contraste con la buena impresión que le había causado el Mítico Regino, de quien ya tenía buenas referencias. Paul era un profesional que había desarrollado una aguda percepción desde el fracaso que supuso la última caída y, al Largo, le veía como obligado a participar.

—Tiene dudas por falta de ambición. Es cierto que en algo tiene razón, y es que ahora vivimos más tranquilos, pero no se da cuenta de que es temporal. Es de los que no ven el problema hasta que se les echa encima.

—¿Confías en él?

—Plenamente. Siempre hace lo mismo, pone impedimentos para todo, pero luego está la mar de contento. Es holgazán y conformista. En cuanto al resto del equipo, no tendremos más remedio que echar mano de Sara y el Gitano.

—No estoy convencido.

—Es el mal menor.

—¿Has trabajado con ellos?

—No, pero sé que han atracado alguna sucursal.

—¿Te lo ha dicho el Largo?

—He oído rumores. Él no me lo contaría.

—¿Por qué?

—Mantiene una relación especial con ellos. Los conocemos desde que eran adolescentes.

—¿Especial en qué sentido? ¿Sentimental?

—Sí, sobre todo con Sara. Pero me parece que fue todo muy platónico.

—¿Están fichados?

—Sí, políticamente. Respecto a los atracos, no han podido demostrar nada. Es un grupo minoritario y no demasiado activo. No creo que estén controlados.

—Pero una cosa es un atraco y otra muy distinta es que la policía lo interprete como un acto de política radical. Eso lo cambia todo en la actual situación.

—Es un peligro añadido, Paul, pero no les daremos su parte hasta que pase un tiempo; y además les prohibiremos, bajo amenaza de no cobrar, cualquier actividad política desde el instante en que llegemos a un acuerdo con ellos.

—Eso tampoco será normal y quizá no lo acepten si son muy radicales.

—Les interesa la pasta. Además, es cierto que ella conduce bien. Se ha hartado de robar coches.

—No lo haremos con un coche robado. Alquilaremos una furgoneta con un nombre falso.

El Messié detuvo a Paul:

—Mira, ese es el Intrans.

Señaló el banco, pero Paul observaba con sorpresa la calle.

—Messié, hay cuatro bancos además del Intrans.

—Ya lo sabía, claro, pero si te fijas todos tienen a los vigilantes jurados dentro. Probablemente, cuando empiecen las fiestas, todos cerrarán a la una o si no cierran tendrán muy poca afluencia de clientes.

—Debiste habérmelo dicho.

—Te lo estoy diciendo. El Intrans está aquí y eso es lo que tenemos. Mejor aún, tal vez algunos empleados se mezclen con el público de la calle y miren la *masclétá*. Suelen hacerlo.

—Eso refuerza la idea de que vengamos con monos de trabajo de una empresa. ¿Y si los empleados del Intrans están en la puerta mirando la *masclétá*?

—En la puerta no se quedarán, no la verían bien. En cuanto a los empleados de los demás bancos, no se darán cuenta de nada. Tres trabajadores no llamaremos la atención. ¿De qué empresa serán los monos que llevemos?

—Telefónica siempre da buen resultado.

—O una empresa de alarmas. Es urgente para los bancos.

—Ahora que lo dices, el ruido de la *masclétá* puede hacerlas saltar.

—No, todas las sucursales de la calle las desconectan. Ya lo saben de todos los años.

—¿Seguro?

—Sí, puedes estar tranquilo. Mira, te comento ahora la situación de la gente: una distancia aproximada de treinta metros, desde el banco hasta la plaza, estará a rebosar de personal. Todos mirando a la plaza. La *masclétá* empieza a las dos en punto y termina al cabo de ocho o diez minutos.

—¿Todas?

—No, pero hay poca diferencia. ¿Quieres que entremos en el banco?

—Ninguno de nosotros tiene que hacerlo excepto el día del atraco, con la salvedad, lógicamente, del Largo. Las cámaras de vigilancia no deben registrar ningún indicio previo al día del robo.

—Pero ese día sí que nos verán.

—Con monos de trabajo y capucha no lo tendrán fácil. Ya nos dirá el Largo dónde están, pero no las taparemos. Perderíamos un tiempo que necesitamos. Demos un paseo.

Se acercaron hasta la plaza. Antes de llegar, había una calle estrecha que llevaba a una bifurcación de dos calles igualmente estrechas.

—Por aquí será difícil conducir —dijo Paul.

—Pero no habrá gente, no verían la *mascletá*. El único problema es que hay direcciones contrarias para llegar a las calles anchas.

—¿Quieres decir que si nos encontramos un coche mal aparcado o de frente no podremos escapar?

—Exacto.

—Pues es un riesgo que tendremos que asumir. ¿Y la calle anterior al banco? Es más ancha.

—En esa circulará gente sin duda. Son mejores las estrechas, siempre puede haber alguien, pero menos que allí. A pesar de todo, observo un problema: tendremos que ir con las bolsas hasta el coche.

—Messié, la gente que mira la *mascletá* puede complicarlo.

—Tendríamos que abrírnos paso por la acera de la derecha, pegados a las fachadas. Simularemos una emergencia.

—Hay que dejar la furgoneta lejos de la calle donde se sitúa la gente, donde nadie la vea. Allí, justo en la bifurcación.

—¿Por cuál de las dos calles iremos?

—Vosotros sois de aquí, ya lo decidiréis. ¿Comemos? Por precaución, hay que hacer visitas breves a la zona.

—La costumbre francesa de comer temprano. Ya no me acordaba. Conozco un buen restaurante al otro lado del banco.

A las tres en punto se reunieron de nuevo. En la actitud del Largo permanecía el mismo escepticismo. Sin embargo, el Mítico Regino se sentía estupendamente. Estaba acostumbrado a los prolegómenos con sus clientes. Fue él quien tomó la palabra.

—Paul, ¿necesitas ya un pasaporte nuevo?

—Ahora no me hace falta, pero para las próximas veces sí.

—Entonces tendré que hacerte las fotos.

—También del documento de identidad.

—Pues necesito los dos documentos.

—Lo tenía previsto y te he traído dos duplicados perfectos para que compruebes cómo los quiero. Cuando los tengas me los envías. Necesito más y no quiero que me los hagan en Francia.

—Correcto. Las fotos deben ser con chaquetas distintas. Una con la que llevas y la otra...

—Le dejaré una —se ofreció el Messié—. Escuchad, hemos dado un paseo y parece que lo más oportuno es situar el vehículo en las calles estrechas.

El Largo iba a intervenir, pero el Messié le cortó:

—Sí, ya lo sabemos. Aún no has hablado con ellos e incluso en los callejones habrá gente. Lo solventaremos. Por otra parte, entraremos en el Intrans con monos de alguna empresa.

—¿De cuál? —el Largo.

—Ya lo hablaremos —la habitual placidez de Paul—. Descartada, eso sí, vuestra costumbre de pinturas de indio en la cara. Lo haremos encapuchados.

—Las pinturas de indio... —sonrió el Mítico Regino—. Tenían otra estrategia aún más delirante.

Paul miró al Largo y al Messié, pero ninguno de ellos dijo nada.

—¿Queréis contarlo? —preguntó el francés.

—Fue cosa del Messié —dijo el Largo.

Entonces el francés miró al Messié.

—Paul, parecía una broma pero daba buenos resultados —dijo como si se disculpara ante el maestro.

—Venga, cuéntalo.

—Pues cuando entrábamos en las joyerías... cuando entrábamos...

—Arrinconaban a los empleados —continuó el Mítico— como si fueran gallinas: titas, titas, titas...

—¿Eso es cierto? —se extrañó Paul.

—Además, lo hizo sin avisar —remató el Largo.

—Así no reconocían nuestras voces —el Messié.

—Claro, éramos una banda de barítonos —el Largo, socarrón.

—Daba resultado, ¿no? —se cabreó el Messié.

—Dejémonos de cofias: ni gallinas, ni indios; encapuchados y con mono de trabajo —Paul—. Largo, para la primera reunión quiero entrevistarme con

los dos con los que tienes que hablar. Tengo que conocerlos y ponerlos a prueba.

—Hablaré con ellos. El Messié me dijo que la cantidad rondaba los ochocientos o mil millones de pesetas. ¿Cómo lo sabes?

—Las fuentes no se revelan.

—¿Son fiables?

—Sí.

—¿Y el reparto?

—Según la cantidad obtenida y las responsabilidades asumidas.

—Es decir, que yo obtendré menos.

—¿Quieres cambiarte por alguno de nosotros?

—No, pero el Gitano...

—¿Qué pasa con él?

—Es un poco... ¿Cómo te lo diría? —dudó el Largo—. Depende mucho de Sara. Es un hombre sin iniciativa, todo lo contrario a ella.

—Que tiene demasiada —añadió el Messié.

—Cuéntame más —dijo Paul al Largo—. Pareces conocerlos mejor.

—Yo también los conozco muy bien —se adelantó el Mítico Regino—. Si se lo digo yo seré más imparcial, ¿eh, Largo?

—Sí, hazlo.

—Paul, ¿conoces al padre Rafel?

—El Messié me ha hablado de él.

—Pues a Sara y al Gitano los acogió después de que los padres de ambos murieran en un accidente de tráfico. El Gitano quedó muy afectado y a partir de aquel momento se juntó con Sara, una niña adulta por lo decidida que era. Te lo resumiré: el Gitano hará lo que ella le diga.

Paul lanzó una pregunta:

—Entonces, ¿pensáis que debería ser Sara quien entrase con nosotros?

—En eso no quiero intervenir —respondió el Mítico—. Ya lo he hecho demasiado, pero me parecía que era necesario.

—Sara es imprescindible como conductora. Lo ha hecho muy a menudo, desde que era prácticamente una niña. Si hay problemas, tanto antes como después del asalto, ella es la persona ideal. Tiene carácter y serenidad.

—Largo —dijo Paul—, parece que la conoces bien.

—Si acepta, pongo la mano en el fuego por ella.

—¿Has trabajado con Sara?

—No, no... no es mi estilo, pero la conozco desde que el padre Rafel los acogió.

—Aún tengo dudas. Son políticos radicales, ¿aceptarán nuestras condiciones? Son gente que va a su bola. Ya conocéis las reglas: el reparto no se hará hasta pasado un tiempo del atraco, tiempo que posiblemente será más o menos largo según las circunstancias. A propósito, necesitamos un lugar seguro para guardar el dinero.

Ante el silencio, el Mítico Regino volvió a hablar:

—Por lo que yo sé de atracos serios y profesionales, solo una persona debería conocer el escondite. Y por supuesto debería ser de confianza. Supongo que todos lo sois.

—¿Te harías cargo? —le preguntó Paul.

—No quiero esa responsabilidad. Cobraré por el trabajo y punto. Además, a mí me investigarán seguro. Siempre lo hacen. Soy como una rutina para la bofia.

—El centro del padre Rafel —dijo el Messié.

El Largo saltó:

—A Rafel no le implicaremos de ninguna manera. ¿Cómo se te ha ocurrido mencionarlo?

—Él no lo sabrá —el Messié.

—Si caemos, caerá él.

—En el hogar —prosiguió el Messié— hay muchos escondites para ocultarlo. La casa es grande. A él no le molestarán. Nadie lo imaginaría.

—Realmente es un buen sitio —añadió Paul.

—Pero lo sabremos todos —dijo el Largo.

—Menos Sara y el Gitano, que son, por desconocidos, los más problemáticos. Nosotros conocemos y respetamos las reglas —Paul—. En cualquier caso, solo uno de nosotros sabrá cuál es el sitio exacto. Propongo que seas tú, Largo.

Era la manera que tenía Paul de implicarle, de otorgarle importancia.

—No... No...

—Escucha —le dijo Paul—. En principio, eventualmente, dejaremos el dinero en un lugar que conoceríamos todos, incluidos Sara y el Gitano. Pocos días, cuantos menos mejor. Luego tú lo ocultarás. Hazlo donde quieras, pero que esté a buen recaudo. Para mí ya es un aval que no quieras aceptar. No hace falta que nos digas nada. Mira, si caemos no podremos dar ninguna información sobre el dinero.

Ahora bien, eso te obliga a ser muy precavido, a contar con una buena coartada.

—Me lo pensaré.

—Por supuesto. Tenemos tiempo. Pero antes habla con Sara y el Gitano y cerremos el asunto. Déjales las reglas bien claras.

—¿Y si cae el Largo? —preguntó el Messié—. Es el único que sabrá dónde está el dinero.

—Si caigo tendréis que buscarme el mejor despacho de abogados —el Largo efectuó una pausa—. Si queréis saber dónde he dejado la pasta.

—Ha sonado a advertencia —dijo Paul.

—Lo es —rubricó el Largo.

—Actuaremos como un ejército solidario, sin dejar atrás a ningún herido en el campo de batalla —concluyó el Messié—. Para Paul y para mí es una regla básica.

5

El piso era modesto, modestísimo, uno de esos inmuebles denominados «protegidos» que se construyeron en la década de los sesenta, con la pintura azul de la fachada desteñida y desconchada aquí y allá como augurio de una futura aluminosis. Tenía dos dormitorios, un lavabo y una salita de estar con cocina, que también hacía las veces de comedor, con el balcón que daba a la calle. En total cuarenta metros cuadrados más o menos. El edificio no tenía ascensor y el Largo subió tres pisos a pie. En el rellano, resopló por la falta de ejercicio y por excesos de diversa índole. Eran las cuatro y veinte de la tarde. Llamó dando tres golpes a la puerta dos veces, la segunda con más intensidad. Abrió Sara. En batín y con el pelo mojado.

—Siempre tan impaciente.

—Es el recibimiento que esperaba —pese a la indumentaria doméstica, al Largo siempre le parecía atractiva. También por su personalidad, que le tenía robado el corazón.

—Pasa.

Desde la puerta se veía la habitación del dormitorio abierta. El Gitano se vestía. El Largo levantó una mano para saludarle.

—¿Qué tal, Gitano?

—Bien —no era prolijo en sus respuestas. Y menos aún si le habían echado a perder la siesta.

—¿Quieres un vaso de agua? —le ofreció Sara.

—Sí.

—Es del grifo.

—Me gusta sin gas.

Se lo sirvió diciendo que hacía tiempo que no le veía por el centro de Rafel. El Largo le miraba la barriga, que el grosor del batín no permitía apreciar con nitidez.

—Fui hace unos días —el Largo se sentó en una silla de la mesa del comedor.

El Gitano también lo hizo. Era delgado, de piel morena y estatura normal, con el pelo muy negro y ojos que proyectaban una expresión ausente. Sara sirvió tres vasos de agua. Se sentó con ellos. Miró al Largo, esperando a que anunciara el motivo de su visita, tan repentina como extraña; pero el Largo

observaba la nevera, diminuta y probablemente poco llena. El estilo de vida que llevaban no requería más.

—Tengo que preguntaros por algo importante.

Ante el gesto serio del Largo, el Gitano miró a Sara de reojo, dado que los asuntos importantes eran algo que él dejaba en sus manos.

—Venga.

—Antes de entrar en materia: ¿estás embarazada?

Sara adoptó una mueca casi de enfado, casi de hostilidad.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé... vivís juntos desde hace tiempo y he pensado que quizá...

—No lo estoy y de momento no lo tenemos planeado.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentirte? ¿Por qué debería ocultártelo?

—Es cierto, no tienes por qué hacerlo. Perfecto, me alegro, no lo estás — el Largo iba a coger el vaso, pero recordó que era agua y se llevó la mano al pelo—. Estamos urdiendo un plan —esperó una respuesta que no se produjo. Al contrario, ambos prestaron atención—. Un banco.

Calló. Él también pretendía estimular su atención.

—Me parece que deberías ser más explícito —le pidió Sara.

—Iré al grano. ¿Participarías en un atraco bancario? —silencio del Largo.

—Sigues siendo poco explícito —Sara—. ¿Cómo crees que deberíamos responderte con tan pocos datos? ¿Qué banco y con quién?

—El Intrans, con el Messié y Paul, un amigo francés del Messié. Tiene experiencia. El proyecto es suyo. Nos faltan dos más. Según Paul, es un trabajo rápido y fácil.

—¿Fácil y rápido? ¿El Intrans?

—Sí, soy consciente de que es una zona céntrica. Y quizá todavía te extrañe más cuando te mencione la fecha: la semana fallera. No está decidido, pero será en fiestas.

—¿El Intrans, en fiestas?

—Parece una locura, ¿eh? Pero es, sobre todo, imprevisible. ¿No crees? La policía no espera un atraco en fallas y en el centro urbano.

—Lo encuentro sorprendente. ¿Cuál es el plan?

—Como aún no me has dicho si participaréis solo te daré un adelanto: durante la *mascletà*, ocho o diez minutos. Yo me encargo de la logística, tú serás la conductora y el Gitano entrará con Paul y el Messié.

—¿Ya lo tenéis todo preparado? ¿Con tanto tiempo de antelación?

—Solo la estructura. Todavía hay que hablar largo y tendido. El botín es espléndido. Todos estamos de acuerdo en que seas la conductora.

—Nosotros decidiremos cuál será nuestro papel.

Sara estaba de acuerdo, pero no le gustaba que se lo dieran hecho.

—Sara, decide Paul. Es un trabajo distinto a lo que hacéis. No convocaremos una asamblea para decidir entre todos cómo llevarlo a cabo. ¿Me entiendes? —ella se quedó mirándole, sin decir nada—. Si la respuesta es no, tienes que decírmelo ya. Si no estáis seguros de vuestra participación, quiero decir.

—¿A qué viene tanta prisa? Queda tiempo. ¿No nos estarás presionando...?

—Te seré sincero: no nos sobra gente a la que recurrir para las dos plazas que nos faltan.

—¿Y quién nos ha propuesto?

—Yo. Me he tomado la libertad de hacerlo. También podemos hablar sobre los papeles que, en principio, os hemos asignado, aunque creo que son los idóneos. Lo del vehículo es importante por el tema del tráfico y de las calles cortadas en fallas. Supongo que los dos ya os habéis ocupado de golpes como este.

No le respondieron, pero el Largo lo sabía por el Mítico Regino. Sara había recurrido a él con motivo de identidades falsas, sobre todo, por si necesitaban pasaportes.

—A pesar de todo —prosiguió el Largo—, el Intrans es distinto, entre otras cosas por el botín, que, como he dicho, será ingente.

—¿Cuánto?

—Dicen que en torno a los ochocientos o mil millones de pesetas.

—Dicen... —Sara, escéptica, con aquel gesto suyo que imponía respeto. En general, en la previa de los atracos, los organizadores siempre exageraban la cantidad. Era una forma de motivación—. ¿Cómo pueden saberlo?

—Paul, que es el cerebro de todo, no quiere revelar detalles.

—¿El Messié está de acuerdo en que participemos?

El Largo dudó por un instante. Sara y el Messié no se llevaban bien. No era una enemistad declarada, pero cada uno desconfiaba de las formas y de los objetivos del otro.

—Le he convencido. A Paul también, pero antes quiere hablar con vosotros y haceros unas pruebas. Es normal —añadió para no ofenderlos en su profesionalidad—. No obstante, antes de la entrevista, tenéis que estar seguros de querer hacerlo.

—Tenemos que pensármolo.

Sara miró al Gitano.

El Gitano asintió con la cabeza.

—¿Queréis saber cómo se hará el reparto?

—De momento, no hace falta.

—Mejor, porque aún no lo hemos concretado. Paul recibirá una parte mayor. Es el cerebro de todo y es justo. ¿Cuántos días necesitáis? ¿Una semana?

—Una semana está bien.

—Confío en vuestra discreción.

—Nunca te hemos dado motivos para dudar de nosotros.

De nuevo, Sara se había molestado.

—Lo sé, Sara, pero me sentía obligado a decírtelo. Yo respondo por vosotros ante ellos —el Largo se levantó—. ¿Andáis metidos en algo?

—¿Qué es para ti «algo»?

—Bueno... activismo...

—No.

—Perfecto. Informaré de lo que hemos hablado, pero se supone que solo os he dicho lo imprescindible. Si me he extendido es por la confianza.

Sara y el Gitano se pusieron en pie. El Largo besó a Sara en la mejilla y le dio la mano al Gitano.

—Me alegro de haberos saludado.

Y sobre todo se alegraba de que Sara no estuviera embarazada.

Se fue. No había tomado ni un sorbo de agua.

El Largo estaba ordenando las barajas nuevas para la partida de cartas privada que empezaría a las nueve de la noche. Lo hacía distraído, tanto que repitió la acción varias veces. El Messié, que llevaba un carrito de bebidas a la habitación (en las privadas se permitía beber), le preguntó por qué estaba tan meditabundo.

—Pensaba en Sara y el Gitano.

—¿Has hablado con ellos?

—Sí, hoy.

—¿Por qué no me lo has comentado?

—¿Me has explicado tú lo de la coartada fallera que tienes preparada en casa de Rafel?

—Es una minucia. Aun así, lo habrías sabido con antelación —dijo el Messié sin dar importancia al hecho—. Bien, ¿qué te han dicho?

—Me han pedido una semana de plazo —dejó las barajas sobre una silla—. Me sabe mal meterlos en el equipo. Tienen su vida.

—Una vida de mierda.

—Messié, es la suya. Si pasara algo...

—Sería porque ellos, y solo ellos, aceptaron involucrarse.

—Pero yo me sentiría mal. Han optado por otra vida. De algún modo les he hecho creer que son imprescindibles y eso los obliga.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? ¿Tuviste una relación con Sara?

—Eso forma parte de la vida privada.

—Es importante, más aún si van a participar en el golpe.

—No, un no rotundo.

—Si es tan rotundo no era privado.

—La habría tenido si no hubiera estado el Gitano de por medio.

—¿Ella quería?

—Nunca abandonaría al Gitano, por no mencionar que a ella y a mí nos separan mundos irreconciliables.

—En efecto, no te veo salvando a la humanidad.

—Messié, no quiero hablar del tema. ¿A quién has dejado en las salas?

—A tu púgil, Felipe. Le he contratado. No es un gran boxeador, pero parece buen chaval. Además, con su físico ningún cliente se atreverá a llevarle la contraria. A propósito, acaban de llegar Butxana y el periodista...

—Marc.

—Vienen acompañados por otro.

—¿Le conoces?

—No, pero su cara me suena.

El Largo consultó qué hora era.

—Todavía es pronto. Falta media hora para la partida. Supongo que el acompañante no jugará. La partida se ha completado. Voy a ver quién es.

—Voy contigo.

Los tres estaban en la sala de las mesas de *black jack*. Toni Butxana les daba explicaciones sobre las normas de la casa, que no obligaban a la crupier, como era norma general, a plantarse con un diecisiete. Presentó a su acompañante ante el Messié y el Largo.

—A Marc ya le conocéis. Él es Héctor.

El Largo frunció el ceño al mirarle. Dio un paso atrás para tener una mejor panorámica de su cara.

—Te conozco —le dijo.

—Sabía que le reconocerías —dijo Butxana con satisfacción.

—Sí, pero ahora mismo no recuerdo de qué.

—Julio, plaza de toros de Valencia, año 1974 —le ayudó Butxana.

—¡Hostia, claro, eres Héctor Barrera!

—El mismo —dijo Héctor dando la mano a ambos.

—Campeón de Europa de peso ligero —completó el Messié.

—Peso welter —le corrigió Héctor.

—Es un honor recibirte en mi casa —el Largo—. ¿Sois amigos?

—Héctor trabaja conmigo —intervino Marc.

—¿También periodista?

—De sucesos —Héctor.

—Tu visita es muy oportuna —se alegró el Largo—. Precisamente estos días he descubierto una nueva figura del *ring*.

—Figura... figura... —ironizó Butxana.

—Mira, es aquel que está de pie en la esquina.

Héctor le observó. Felipe estaba de pie como un pasmarote, controlando la sala.

—Le sobran unos veinte kilos —dijo Héctor—. Con tanto peso será muy lento.

—¿Vendrías a verle?

—No, no... No quiero saber nada de boxeo. Me harté por completo. ¿Cómo se llama?

—The Caiman —Butxana, con ironía.

—Una bestia —añadió el Largo.

—Bestiecilla, mejor dicho —dijo el Messié—. Solo un combate y lo ha perdido. ¡Felipe! —le llamó—. Ven un momento.

Con paso parsimonioso, Felipe se les acercó.

—Héctor Barrera, campeón de Europa de pesos ligeros.

—Welter.

—Mucho gusto, señor —Felipe, educado y tímido.

—Igualmente, gracias. Me han dicho que eres una bestia.

—Hombre... yo...

—No es de muchas palabras —le excusó el Largo—, pero dentro de unos meses más de entrenamiento ya no le quedarán rivales.

—Lo celebro —Héctor.

—Felipe, ¿quieres preguntarle algo? —el Largo.
—No lo sé. Es que yo...
Héctor Barrera le sacó del aprieto.
—Un día iré a verte.
—Gracias, señor.
Felipe volvió a su rincón.
—Esa fuerza de la naturaleza estallará algún día —afirmó el Largo.
—Si es hábil. ¿Quién le entrena?
—Mejor hablemos del juego —interrumpió Butxana—. Oye, Messié, nos quedaremos Héctor y yo en la sala. Marc jugará con vosotros —le frotó un billete de mil pesetas por la espalda para darle suerte—. Héctor y yo vamos a medias con él —dijo mirando al Messié y al Largo.
—¿Te recito otra vez las reglas?
—No hace falta.
—Pues a las nueve te esperamos en la sala del fondo.
—De acuerdo.
El Messié y el Largo se fueron al despacho.
—¡Otro periodista! —se quejó el Messié—. No teníamos bastante con uno y Butxana nos trae otro. ¿No te parece extraño ahora que...?
—¿... Que preparamos el golpe del Intrans?
—Sí, no te resulta...
—No seas paranoico. Messié. Es una casualidad.
—No ha venido un periodista en años, y ahora...
—¿Cómo imaginas que lo sospechan? Puestos a malpensar la filtración vendría de ti.
—¿'De mí?
—Tú eres el que habla con Paul desde hace tiempo. Ambos lo habéis estado preparando. Quizá os habéis paseado en exceso por la calle. Está llena de bancos.
—Oye...
—Dime, ¿cuántas veces ha venido Paul?
—Una y solo estuvimos diez minutos por la calle del Intrans. ¿Tú crees que en ese breve espacio de tiempo alguien puede relacionarnos con el banco? ¿O quizá es una nueva excusa de las tuyas?
—No, por descontado. Pero desde que lo hablamos han aparecido dos periodistas. Ah, y dos maderos que vienen cuando no toca. Tendríamos que hablarlo con Butxana.
—¿Lo del Intrans? ¡Ni pensarlo!

—Es de confianza.

—Largo, no se trata de eso. Es un asunto estrictamente de equipo. De hecho, ya lo saben dos más que aún no han decidido si participarán.

—Comprenderás que no me quedaba más remedio que hablarlo con ellos.

—No perdamos los nervios. Hablemos con Butxana, pero solo de la presencia de los dos periodistas.

El Largo le llamó. Butxana llevaba unas fichas de *black jack*.

—La señorita de la mesa dos no es tonta —dijo al entrar—. Está bien enseñada.

—Toni —le preguntó el Messié—. ¿Los dos periodistas son de confianza?

—¿Crees que os traería gente extraña? Estáis un poco nerviosos y tendríais que contarme por qué.

—A los periodistas les gusta hurgar en todo —el Largo.

—¿Tenéis algo que esconder?

—Te recuerdo que supuestamente esto es un local clandestino.

—Tú lo has dicho, Messié: se supone. Al menos la bofia lo tolera. Traerlos ha sido idea mía. Nos vemos de vez en cuando y he pensado que aquí se divertirían. Les gusta el juego. ¿Por qué tanta histeria? Coño, tampoco es que estéis planeando atracar el Banco de España...

Aguijonado por la sorpresa, el Largo intervino enseguida con una gran plasticidad en sus palabras:

—Puedes estar seguro de que, si le conocemos, aquí no entra ni un robagallinas. Evitamos al personal que pueda causar problemas.

—Largo, cabrón, pero si tienes al Gordo García desfilando todos los días por el local.

—El Gordo es de casa.

—Escuchad, ninguno de los dos tiene la más mínima intención de hablar profesionalmente del local. De hecho, Marc me ha hablado mucho de vosotros. Tiene buenas referencias. Confía en la casa. Yo respondo por ellos. ¿Estáis más tranquilos?

—Claro —el Largo—. Pretendíamos que nos lo confirmaras —se miró el reloj—. Dile al periodista que empezamos la partida.

6

Exceptuando la posición del Largo, que siempre presidía la mesa, los demás jugadores sortearon los lugares que ocuparían a la carta más alta. Eran cinco. El Messié, que no jugaba, presentó a Marc al resto de los jugadores. Les dio la mano a todos, entre los que uno llamaba la atención por su cabellera abundante y escarolada bajo un sombrero. Enseguida llegaron al acuerdo no obligatorio del resto inicial para todos: cinco mil pesetas. El del sombrero sacó diez mil.

Antes de que empezara la primera ronda, el Messié repitió lo usual en las partidas: la casa prestaría dinero al jugador que lo perdiera todo con la condición de que debía firmar un papel de reconocimiento de la deuda, que tenía que pagar en la próxima partida. Dicho eso, sirvió las bebidas (Marc pidió un *gin-tonic*) y se fue, no sin haberles deseado buena suerte a todos.

En los primeros envites, Marc, sin buenas cartas, dedicó su tiempo a observar la forma de jugar de los demás. El aspecto psicológico, podríamos decir, aunque habría necesitado mucho más tiempo para estudiarlos a fondo. En la tercera ronda, Marc habló:

—Disculpadme por no haberlo dicho antes, pero soy periodista y estoy de cierre.

—¿Cierre? ¿Eso qué es? —preguntó el Largo.

—Si tiene lugar alguna noticia importante he de volver a la redacción. Un colega me ha sustituido, pero no tiene experiencia. Por eso, de vez en cuando, tengo que salir para llamarle por teléfono. O sea, que tengo que bajar a la cabina de la calle.

—Bien, la partida continuará. Si cuando vuelvas estás en último lugar para repartir, tendrás que aceptarlo.

—Lo acepto.

—Y no hace falta que bajes a la calle, llama desde mi despacho. ¿Estáis todos de acuerdo? —los demás asintieron—. Perfecto, pero yo aún tengo una pregunta. ¿Cómo sabemos si tu presencia en la redacción es importante o si te vas porque ganas?

—En primer lugar, el colega que me ha reemplazado no sabe dónde estoy; por otra parte, aunque lo supiera, no puede imaginarse si gano o pierdo, y además cuando llame tú estarás delante.

—Me has convencido. Señores, continuemos.

No obstante, tuvo lugar un incidente durante el sexto reparto de naipes. Marc sería el último en recibirlos y el de la cabellera rizada el primero. Ya se habían dado las cinco cartas. El primero pasó, el Largo y los otros dos dejaron las suyas sobre la mesa y Marc se jugó tres mil pesetas, hecho que ocasionó la inmediata respuesta contundente del jugador del sombrero, que no solo aceptaba el envite sino que se jugaba el resto. Era una jugada extraña, a Marc se lo parecía, y dudó unos instantes a pesar de que, al final, la aceptó. Y ahí se originó la discusión, porque el jugador que iba de mano, que habiendo pasado los demás era el del sombrero, tenía una puntuación de cincuenta y cuatro, la máxima jugada. Al mostrar sus cartas, el Largo se levantó indignado de forma súbita:

—Tenías cincuenta y cuatro y has pasado —le acusó.

—Sí, ¿y qué? Es legal.

—Legal, pero inmoral. Con esas cartas deberías haber aumentado la apuesta inicial.

—Estoy harto de hacerlo.

—Lo habrás hecho en garitos de mala muerte. Aquí, no. No es profesional, es mala fe.

—A mí no me lo habían hecho nunca —dijo Marc—. De ninguna manera podía imaginar que no apostarás con cincuenta y cuatro. Mira —Marc enseñó las cartas—. Tengo cincuenta y tres, es normal que aumentara la apuesta. He dudado porque creía que llevabas una jugada alta, pero no la máxima.

—Se lo has hecho porque es nuevo en la partida, pero hay reglas no escritas que deben respetarse. Esto no es la jungla. Tu jugada no tiene nada que ver con las habilidades de un jugador. No has venido a jugar, has venido a por nuestra cartera con malas artes.

Los demás se mostraron de acuerdo con las palabras del Largo. El del sombrero evidenció su intención de coger el dinero del centro de la mesa. El Largo le paró los pies.

—No lo toques.

—Escuchad —dijo entonces uno—, la jugada no es correcta, pero tiene razón en que no hay ninguna regla escrita que se lo impida.

El Largo miró a Marc y este asintió.

—Bien —dijo el Largo—, llévate el dinero, pero no quiero verte más. Deja el quince por ciento.

Se produjo un silencio tenso mientras el del sombrero recogía el dinero. El Largo llamó a Felipe. Pretendía humillarle con aquella expulsión de la casa,

como si fuera un delincuente.

—Felipe, acompaña a este individuo hasta la puerta de la calle.

—Ya sé por dónde salir —se enojó el jugador.

—Felipe, llévatelo del brazo y asegúrate de que no robe nada.

—¡Oye...!

El jugador se enfrentó al Largo, pero Felipe le puso una mano en el hombro. En casos así, pese a su torpeza boxeando, era de extraordinaria utilidad. El del sombrero se estremeció al notar la presión de aquella mano en su hombro. Sin miramientos, Felipe le sacó a empujones de la sala.

Con cuatro jugadores, la partida podía continuar, pero Marc comunicó al Largo que no llevaba más dinero, dado que también había perdido su resto.

—¿Quieres un préstamo?

—Sí.

—Ven conmigo al despacho. Volvemos en cuanto el señor haya firmado el papel.

Salieron. Entraron en el despacho. Marc se sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa.

—No hace falta que me lo firmes.

—No me importa hacerlo. Además, Butxana y Héctor tienen parte.

—Por eso mismo —el Largo abrió un cajón con una llave—. Me ha gustado tu actitud de pagar. Yo no lo habría hecho.

Entró el Messié.

—¿Qué ha pasado con el tío del sombrero?

El Largo se lo explicó.

—¿Por qué se lo has consentido?

—Se lo he consentido yo —respondió Marc.

—Me encargaré de que no juegue en ninguna timba de Valencia —dijo el Messié.

—¿Cuánto necesitas? —le preguntó el Largo a Marc.

—No lo sé... quizá cinco mil.

—Dale diez mil —intervino el Messié—. Me siento responsable. A ese individuo le traje yo.

—La verdad es que nunca habíamos tenido ningún problema —el Largo—. Debe de estar desesperado. Toma, diez mil.

Marc lo cogió sin contarle.

—Gracias. Si lo pierdo te lo devolveré en la próxima partida.

El Largo y él regresaron a la sala. El Messié cerró con llave la puerta del despacho y les contó lo ocurrido a Butxana y a Héctor Barrera. Tras

deshacerse de la basura, Felipe subió al piso acompañado por el comisario Tordera y el subcomisario Marcelino. El Messié se puso al lado de una crupier y pulsó un botón que había bajo la mesa. En la sala de la partida privada se encendió varias veces una luz roja. El Largo, que estaba frente a la bombilla, dio la alarma mientras recogía las cartas.

—Atención, esconded el dinero.

Fue a la sala del *black Jack*. Marc le siguió.

—Buenas noches, señor comisario —saludó a Tordera.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a Marc.

—Necesitaba un lavabo.

—Tan joven y jodido de la próstata. ¿Qué te parece, Marcelino?

—Mala vida.

—En efecto, periodista y vicioso. Largo, enséñame el garito.

—Con mucho gusto, señor comisario.

Los clientes jugaban con fichas con una banderita valenciana y con la inscripción «Escuela Valenciana de Ajedrez» en el reverso. El comisario cogió una.

—¿Y los tableros de ajedrez? —preguntó.

—No ha venido el profesor —contestó el Largo.

—Ya me lo suponía. Seguro que le has despedido.

—También enseñamos a jugar al póquer y al *black jack*.

—Todo muy cultural —refunfuñó. Descubrió la presencia del detective Butxana y de Héctor—. ¿Qué, también aficionados al ajedrez?

—Aprendemos mucho —respondió Butxana.

—¡Calla, piojoso!

Siguió dando una vuelta a través de las salas acompañado por Marcelino. El Largo le explicaba lo inexplicable.

—Comisario, solo se juegan las fichas. Eso sí, cobramos las clases de aprendizaje.

—No me tomes por idiota, ¿quieres? No he venido a cerrarte el garito.

La sala de póquer estaba llena de gente joven.

—¿Tienen la edad reglamentaria? —preguntó Marcelino.

—Aquí todo es reglamentario.

—Hasta los porros. ¡Vaya pocilga! ¡Abrid las ventanas, coño! —se quejó y ordenó Tordera.

El Largo las abrió en el acto. Echó una reprimenda a la clientela.

—He dicho un montón de veces que el hachís está prohibido. Pero, señor comisario, no puedo estar en todo. Si me permite la pregunta —dijo el Largo

con suma educación—, ¿a qué se debe la visita? No me molesta, ¿eh? Todo lo contrario, siempre es bienvenido.

Tordera no respondió. Volvieron a la sala de *black jack*. Formaron un círculo con Marc, Butxana, Barrera y el Messié.

—A ver, eminencias, ¿habéis visto al Gordo García?

—No viene por aquí —el Messié.

—No es eso lo que me han dicho.

—Se deja caer el día de la Purísima. Le da suerte —el Largo.

—O sea, que mide tres metros de ancho y pasa desapercibido el resto del año.

—Viene mucha gente —el Messié.

—Claro, ahora todo el mundo juega al ajedrez. Largo, ¿sabes por qué aún tienes abierto el garito?

—Pues...

Se quedó en el «pues».

—Te lo diré: mientras estáis aquí mangando al personal no estáis atracando a gente honrada.

—Yo pensaba que redondeaban el sueldo de los agentes de la Brigada del Juego —dijo Héctor.

—Un gracioso, ¿eh? —Tordera le hizo un gesto a Marcelino.

—Mucho, pero vamos al grano —el subcomisario—. El domingo pasado, en el campo de Mestalla, hubo denuncias concatenadas de robo de carteras.

—«Concatenadas»... —rio Héctor Barrera.

—Se supone que conoces el diccionario, periodista —ironizó Tordera—. El Gordo viene aquí. Lo sé.

—¿Le ha buscado en su casa? —preguntó el Messié.

—Tres veces, y eso es lo que más me mosquea.

—El Gordo no tiene tanta movilidad para robar tantas carteras concatenadas —dijo Marc con sorna.

—El Gordo y su banda. Han esperado a que viniera el Madrid para dar el golpe.

—Es que es del Levante —Butxana.

—Escuchad, no estoy para cofias. Me ha llamado por teléfono el gobernador civil...

—¿Por unas carteras? —Barrera.

—Diez carteras y todas en la gradería de aficionados del Madrid.

—Por una vez que les roban a ellos... —Butxana.

—Os lo diré muy claro, tanto a los que sois periodistas como a los dos delincuentes...

—Presuntos —se defendió el Messié.

—En dos días —continuó Tordera— quiero al Gordo en comisaría. Que se entregue voluntariamente. ¿Estamos? Si no lo hace, os cerraré el garito temporalmente.

—Nosotros no tenemos la culpa. No podemos responder por toda la delincuencia.

—Por el Gordo sí. Viene a tu garito, es amigo tuyo y quizá salgáis a repartir. Tráemelo, ¡pero ya! Lo que ha hecho atenta contra la buena imagen del club y de la ciudad.

—Hablas —le dijo Marc— como si en Valencia solo hubiese ladrones.

—Mira, desde que me nombraron comisario jefe, aunque de forma provisional, no se han producido atracos de importancia. El gobernador civil ha recibido una queja del Madrid, el club está indignado...

—El problema es del gobernador...

—El problema es el orden, el orden y el orden —Tordera, imperativo—. ¿Entendido? Largo, tienes dos días.

—Intentaré ayudarle.

—¡De intentarlo nada!

—Si es que aprecias tu garito —añadió el subcomisario Marcelino.

Tordera dio media vuelta en dirección a la puerta.

—Ya que has venido —le dijo Marc—, ¿por qué no intentas jugar?

—No soy adicto.

—Tú te lo pierdes, la bófia siempre gana.

Casi las cuatro de la madrugada. El Messié contaba billetes y los ordenaba en fajos según la cuantía en una mesa de la sala de póquer.

—Abre la puta ventana. Huele a hachís por todas partes —le dijo al Largo sin dejar de contar billetes.

—Pareces Tordera —el Largo la abrió de par en par—. Tenemos que aclarar eso del Gordo.

—¿Ahora eres un delator?

—Messié, o el Gordo o nosotros.

—Nosotros. Pero fíjate en lo que ha dicho Tordera. Tenemos el garito abierto porque le interesa. ¿Cuántos locales hay abiertos? Treinta. De manera

que tiene a treinta presuntos delincuentes entretenidos y él se pone la medalla de que todo está un poco más calmado. ¡Menuda firma!

—Más razón para aclarar el caso del Gordo. Voy a buscarle. Sé dónde le encontraré.

—¿Dónde? —el Messié.

—Hace meses el Carpanta me dijo que el Gordo y Andresín llevan bisnes entre manos. Estará en su garito o, por lo menos, él sabrá dónde se esconde. Es un peligro.

—Lo sé, pero me revienta ayudar a la bofia.

—Pactaré con Tordera.

—¿Cómo?

—Alguien, arrepentido, ha devuelto las carteras. Asunto zanjado.

—Sería el primer arrepentido de la historia de los carteristas. Es mejor que negocies con él ofreciéndole las carteras a cambio de que no moleste al Gordo. Ni a nosotros, claro.

—Sí, a lo mejor es lo que hago. ¿Se lo contamos a Paul?

—¿Estás loco? No tiene ninguna importancia.

—Pues al Gordo tendremos que insinuárselo.

—Pero no lo exageres porque se olerá algo. Quizá deberíamos contratarle en exclusiva por una temporada. Así le controlaremos.

—Buena idea —asintió el Largo—. A propósito del periodista, el amigo de Butxana, es buen tío.

—Cuando pague la deuda lo sabremos.

—Es un hombre de palabra. Lo ha demostrado en el juego. Sabe perder y eso es buena señal.

—De acuerdo, Largo, pero no deja de ser periodista. Ve a por el Gordo.

El garito de Andresín era una planta baja de la calle Alboraya. A la sala de juego la precedía un bar, no muy grande, cuatro mesas y una barra por cuya parte izquierda, donde también había un lavabo, se accedía a un espacio amplio. Por una de las ventanas del bar, el Largo vio la luz. Aporreó la puerta varias veces. De repente se apagó la luz y él volvió a aporrearla. Se acercó un individuo con una linterna, le enfocó la cara y abrió la puerta. Era Andresín.

—Buenas noches —saludó el Largo.

—¿Vienes a jugar? —preguntó Andresín, que medía casi un metro noventa, exluchador de *catch* en los años setenta bajo el nombre del Gran

Andrés. No le gustaba que le llamaran Andresín, ya que pensaba que aquello socavaba los méritos de su espectacular físico, ahora en decadencia.

—Vengo a por el Gordo, Andresín.

Al oír el diminutivo, el Gran Andrés hizo un gesto de mal humor, pero no entró en el juego de provocaciones del Largo.

—¿El Gordo? Hace tiempo...

—No te molestes, iré a por él.

El Largo se disponía a entrar en la sala, pero Andresín se lo impidió al ponerle una mano en el pecho, que era también una señal de fuerza, para dejar claro quién mandaba en su local.

—Tómame una copa —Andresín, con desprecio pero sin mostrarle hostilidad, aunque evitando que el Largo, competencia directa, curioseara entre el personal.

—Te espero.

El Largo pasó al otro lado de la barra y echó un vistazo a las botellas. La destilería era piojosa, como la casa de juego, a juego con los clientes. Se sirvió una Mirinda de naranja. Dio un trago y la dejó en una mesa asqueado por el sabor. En el compás de espera sopesó la idea de montar un bar minúsculo en su garito, para aumentar los ingresos, pero la rechazó de inmediato ante la previsible respuesta del Messié, que sin duda le diría que era un despropósito, otra miseria. Andresín llevó al Gordo hasta allí.

—Hola, Largo. ¿Me buscabas?

—Eres el hombre más buscado.

—¿Yo?

El Largo ensayó un gesto de paciencia.

—Escucha, Andresín, explícale con todo detalle que si no devuelve las carteras de Mestalla Tordera nos chapará el garito.

—¿Y el mío, por qué?

—Porque le he dicho al comisario que además de proporcionarle cobertura al Gordo vendes alcohol de contrabando.

—No sabía que fueras tan hijoputa.

—Deberías saber más cosas. También le he dicho que, a veces, trabajáis juntos, y él ha supuesto que andas metido en el tema de las carteras, aunque es extraño, le he respondido. Ya ves que soy un buen colega. A pesar de todo, si en dos días no aparecen las carteras...

—Andresín no tiene nada que ver. He sido yo.

—¿Tú y quién más?

El Gordo calló.

—Muy bien, no me digas quiénes son los demás, pero devuélveme las carteras.

—¿Qué pasará con el Gordo? —se interesó Andresín.

—Lo arreglaré con Tordera.

—El comisario no pactará. Se ha publicado en prensa. Gordo, ya te dije que no era buena idea.

—Si hasta se han enfadado en Madrid. Hay mucha gente molesta por el incidente. La cosa es grave, Andresín. Podéis agradecer que sea un hijoputa normal, porque mi primer impulso fue enviaros a Tordera aquí. Pero me he dicho: Largo, a ti no te gustaría que te lo hicieran. Al fin y al cabo somos del mismo gremio y debemos ayudarnos.

—Aún me harás echar la lagrimita. Gordo, trae las carteras.

El Gordo volvió a la sala tras unos momentos de duda.

El Largo aprovechó la circunstancia.

—Andresín, ¿cuánto pagas a la bofia?

—El veinte por ciento, ¿y tú?

—El treinta. Tendré que hablar con ellos.

—No digas nada de mi porcentaje —no les diría nada, pagaba menos—. Confío en que has impedido que venga Tordera.

—¿Lo dudas?

—¿Por qué le has dicho lo del alcohol?

—Es competencia desleal, pero no ha hecho ni caso. Tienes buenas amistades en el puerto, ¿eh? ¿Podrías conseguirme unas cajas de *whisky*? Escocés, no la mierda que tienes aquí.

—¿Cuántas quieres?

—Cinco, para probar.

—¿Tabaco?

—¿Americano?

—Sí.

—Cien cartones. ¿Trabajas con el Gordo?

—Solo le he dado cobijo por unos días.

—Con comisión, supongo.

—Acabas de jodérmela.

El Gordo García volvió con una bolsa con las carteras. El Largo sacó unas cuantas, las abrió, comprobó que hubiera dinero, las metió en la bolsa.

—¿Está todo?

—Sí, aún no había hecho el reparto.

—Qué raro.

—Si no lo hubieran publicado los periódicos...

—¿Cómo explicarás a los demás que las has devuelto?

—Acabo de decírselo —aclaró Andresín.

—Saludos de mi parte.

—¿Las llevarás tú?

—He asumido la responsabilidad.

—Así te ganarás el favor de Tordera.

—No nos cerrarán el negocio. Ni a ti. Me debes una. Un buen precio en lo del contrabando me haría feliz.

—No me delatarás, ¿verdad, Largo? —el Gordo García.

—De eso hablaremos en el coche. Bueno, Andresín, acuérdate de traerme el *whisky* y el tabaco. Pago contrarrembolso. Gordo, quedas arrestado.

—¿Por qué?

—A partir de ahora te quiero ver todos los días en mi casa. Te coges la baja laboral y te pasas quietecito una temporada.

—¿Y de qué viviré?

—Se descarta trabajar. Ahora lo solucionamos. Andresín, saluda al Carpanta y compañía.

El Gordo subió al asiento del copiloto del coche del Largo. Lo echó hacia atrás para embutir su cuerpo allí.

—Gordo, te nombro gerente de la empresa.

—¡No tengo ni idea de contabilidad!

—A veces nos hace falta alguna cartera.

—¿Alguna cartera? ¿Al Messié y a ti?

—No por el dinero, sino por la documentación. A propósito, ¿entre las carteras de Mestalla había alguna de piel de cocodrilo?

—No.

—Tienes que hacerme un favor personal.

—Dime.

—Si encuentras una me la traes. No he tenido nunca ninguna y me hace ilusión.

—Puedes comprártela.

—¿Pretendes que te lo explique a ti, que las robas?

—Claro, claro... si encuentro una es tuya.

—Te puedes quedar con el contenido. Como te decía, nos haces falta en el garito —el Largo también tenía sus estrategias pensando en el Intrans—. Vienen individuos a husmear. Quiero saber quiénes son. Les soplas las carteras y al día siguiente las devuelves.

- Excepto si son de piel de cocodrilo.
- En mi local no, se supone que somos honrados. Hazte a la idea de que ahora trabajarás para un empresario.
- ¿Cuánto me pagarás?
- Siempre pensando en el dinero. Deberías alegrarte, vas a trabajar para una casa con pedigrí.
- Ya lo sé, la mejor, pero ¿y el sueldo?
- Será suficiente para que te compres traje y corbata. Vestirás como un marqués.
- Nunca me he puesto uno de esos.
- Porque no son de tu talla. Conozco una tienda que los vende de segunda mano.
- Será de un muerto.
- Los limpian antes de venderlos.

El Largo entró con una bolsa con diez carteras en la recepción de la comisaría central y preguntó por el señor Tordera. Llevaba un traje azul marino con una camisa blanca sin corbata. Aun así, el policía, con pelos frondosos bien visibles en las orejas, le miró con cierta desconfianza, vaciló porque había preguntado por un superior saltándose a todos los cargos intermedios. Entonces el Largo le dijo que se trataba del asunto de Mestalla, que el señor comisario estaba al corriente, que le esperaba con urgencia. El policía llamó por teléfono. Al cabo de cinco minutos, una señora que se presentó como Adelina, la secretaria del comisario jefe, le acompañó hasta el despacho de Tordera, en la quinta planta.

—Buenos días.

—Pasa, Largo, pasa. Siéntate aquí delante. Gracias, Adelina.

El Largo se sentó mientras observaba atentamente la decoración del despacho, con una colección del *Reader's Digest* en español en la estantería de un pequeño armario y una mesa enorme atiborrada de papeles. Detrás, un par de cuadros del rey y de la reina, y en un rincón una escultura de la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia, de la que el comisario era un gran devoto. Tordera parecía ufano en aquel espacio que dominaba con prepotencia, en las antípodas del Largo, que se sentía un poco cohibido, anhelando, aunque no desesperadamente, que el tiempo pasara deprisa. El edificio, con todos los recuerdos que albergaba, le deprimía.

Levantó la bolsa con las carteras.

—Aquí las tiene, señor comisario.

—Formidable, ayer te las pedí y hoy las tengo. Extraña rapidez.

—No tengo nada que ver.

—Ya sé que no eres un carterista. ¿Y los ladrones?

—A ver...

—No harás lo mismo que el casoso de tu amigo, el detective —se refería a Toni Butxana—, que nunca entrega al malhechor.

—Es distinto.

—Vaya, hombre.

—Con su permiso, he llegado a un acuerdo.

—Yo no he acordado nada.

—Sin ese pacto no las habría recuperado. Usted sabe que en estos casos hay que negociar. Y, lo que es más importante —dijo el Largo con énfasis—, las víctimas recuperarán las pérdidas.

—¿Cómo crees que puedo explicarlo?

—Diciendo que se las han enviado anónimamente. Es un gran éxito para usted. Su figura impone. Lo ha resuelto en un día.

—¿Las carteras están intactas?

—Intactísimas. Lo he comprobado.

—Eso lo dirán sus dueños. Pero te felicito, Largo. Has llevado a cabo una gran labor. Me siento satisfecho de tu colaboración. Le tienes cariño al garito, ¿no?

—Sí, francamente. Pero no es solo eso. He pensado mucho en lo que nos dijo usted, que desde que es comisario la ciudad está más tranquila, y mire por dónde a nosotros, que ahora llevamos una vida correcta, también nos conviene.

—Correcta, correcta...

—Correctísima.

El comisario se levantó y se puso al lado del Largo.

—¿Qué te parecería si yo divulgara que me las has traído?

—Hombre, exceptuando a la gente que lo sabe, unos cuantos, me crearía un problema. Me tomarían por un confidente.

Tordera le puso una mano en el hombro.

—No lo haré, por supuesto, pero necesito tu ayuda.

—Ya se la he dado.

—No, no. Una ayuda, digamos, provisional. Tu calidad de vida mejoraría.

—Estoy contento con la que tengo.

—Se trataría de una ayuda discreta. Que hayas encontrado las carteras con tanta rapidez demuestra que conoces el gremio al dedillo. Por cierto, ¿ha sido el Gordo García?

—No, está fuera de la ciudad.

—¿En un balneario? ¿Para adelgazar?

—Más o menos, comisario.

—Más o menos... Has levantado la voz y las carteras han aparecido al instante. Eso significa que te respetan, que eres una autoridad en el mundillo. Y yo necesito a un colaborador como tú, alguien que levanta una ceja y los trae a todos de culo —la pelotería de Tordera chocaba contra el escepticismo del Largo, pero el comisario persistía—. Mira, la tarea de un policía es

efectiva desde la prevención del delito para evitarnos disgustos como el que hemos tenido.

El Largo evaluaba si la propuesta era conveniente o no, pero estaba confuso.

—No pretendo que seas un clásico delator, tu ética de delincuente veterano te lo impediría. Nadie lo sabrá. A tu garito van muchos fulanos a jugarse el dinero que han robado. Tampoco hace falta que me lo cuentes todo.

—Pero...

—Tendrás el local más intocable de la ciudad. Por cierto, ¿cuánto les pagas a los de la Brigada del Juego?

—Es variable.

—Así que variable.

—Depende de las ganancias.

—¿Quieres que te lo afine?

—Déjelo estar. Ya me va bien —con todos los planes que quedaban por ejecutar, el Largo prefería calmada a una parte de la policía—. Oiga, eso del pacto entre usted y yo...

—Me da en la nariz que no tendrás más remedio que aceptarlo. Es un buen trato para ambos. Para ganar hay que arriesgar, Largo.

—Pues ganemos.

—Buenos reflejos mentales. No te doy la mano porque me sisarás el reloj.

—Pero, señor comisario, ¿qué quiere exactamente?

—Información. Toda la que puedas recabar. Luego nosotros ya elegiremos la que nos interese.

—Puedo hacerlo mejor, evitar, si me entero, que se cometa el delito.

—¡Eh, ni loco! Ese trabajo es mío. Cada uno a lo suyo. Y cuanto mejor sea la información que me proporciones, mejor será tu calidad de vida.

El Largo trató de aprovechar la situación para comprobar la nómina de Tordera:

—Usted debe de contar con informadores muy solventes.

—No creas. Poco a poco estoy elaborando una lista. Aquí nadie te regala nada, en la central, quiero decir. Cada uno tiene sus colaboradores y no son intercambiables. No lo parece, pero es un gremio envidioso; más aún: rencoroso. Están al acecho por si fracasas para sustituirte. Solo llevo cuatro meses en el cargo, que como debes saber es provisional, y tengo que presentar un buen balance en un año, ahora que los socialistas son los nuevos amos. Largo, tú me ayudarás a demostrarles que soy el comisario jefe que necesitan. ¿Sabes?, tengo hándicaps. Vengo del régimen anterior y me están poniendo a

prueba. Pero cuento con la veteranía. Como tú. Ya ves, tenemos algo en común.

—Yo lo he dejado.

—Sí, hombre, sí, eres un angelito, o mejor dicho, un pajarito que vendrá a piarme de vez en cuando. ¿Verdad?

—Como usted diga —Se levantó el Largo resignado con la bolsa de las carteras.

—Largo, la bolsa sobre la mesa.

—Perdone, ha sido un gesto automático. —Claro, la costumbre.

A las cinco de la tarde el Largo acudió al garito. Al entrar, vio al Gordo García, sentado en el sofá del vestíbulo, ataviado con una chaqueta de color marrón, una camisa a cuadros blancos y rojos y una corbata azul.

—¿Quién te ha abierto?

—Tu socio.

—Espérate aquí —pasó al despacho—. Messié, no sabes qué conversación acabo de tener con Tordera.

El Messié levantó la vista de una lámina en la que dibujaba. El Largo la miró.

—¿Qué haces?

—Un plano de la calle del Intrans.

—¿Y lo haces aquí?

—Lo guardo en un cajón bajo llave. No nos conviene pasear por la calle haciendo fotos. ¿Qué pasa con Tordera?

—Quiere que colaboremos con él. En realidad, nos obliga.

—¿Colaborar?

—¿No te parece cojonudo?

—Seremos delatores oficiales. Nos señalarán y aquí no vendrá nadie.

—Despierta, es perfecto para nosotros. Nadie lo sabrá. Además, del trabajo sucio se ocupará el Gordo.

—No querrá.

—He pensado cómo hacerlo.

El Messié escondió el plano en un cajón, lo cerró y se guardó la llave en el bolsillo.

—¿Qué has pensado? —le preguntó no sin suspicacia.

—Ahora lo verás —llamó al Gordo García.

—Siéntate, Gordo.

El Gordo, empapado en sudor, se aflojó el nudo de la corbata. Pidió un *whisky*. Se lo sirvieron. El Largo estaba de lo más atento con él.

—Gordo —le dijo—, te he quitado un muerto de encima, pero Tordera te ha puesto condiciones.

—¿Cuáles? He devuelto las carteras.

—Me ha costado Dios y ayuda convencerle de que no te enchirone, pero pide contrapartidas. Irá a por ti si no colaboras. Tienes que hacerlo.

—No soy un delator.

—Tú serás lo que haga falta —el Messié—. Ya va siendo hora de que hagas algo de provecho.

—Además, no hace falta que colabores directamente. Me lo cuentas a mí y yo se lo comunico.

—¿Ya no soy el gerente?

—¿Qué gerente? —se extrañó el Messié.

—Anoche le nombré para el puesto.

—Te dije que le contrataras, pero como gerente...

—Nominal.

—¿Con esas pintas? —rio el Messié.

—Es una buena coartada. Por la mañana, escuchando de extranjis, y por la tarde y por la noche, aquí, como un señor.

—Pero...

—Oye, Gordo, nos jugamos mucho. Nosotros, el garito; tú, ir a la cárcel. Tiene un historial tuyo como una biblia, de lo que has hecho y de lo que te endosará. Te lo hará pagar todo si no colaboras. Me he peleado mucho con él para librarte de la desgracia, pero solo he podido impedir una parte. Tú cuéntame y ya decidiremos qué le decimos. Por cierto, deberíamos darle algo pronto, para que compruebe que quieres colaborar. ¿Qué sabes?

El Gordo García echó un trago y se secó el sudor de la frente. La corbata le apretaba el cuello, los botones del traje no llegaban a los ojales. El Largo no había tenido tiempo de comprarle el traje de segunda mano y el Gordo llevaba el único que tenía, que había estrenado en la boda de su cuñado.

—Un chalet —dijo aflojándose el nudo de la corbata.

—Miseria —constató el Messié.

—Un chalet importante.

—¿Muy importante? ¿Cuándo? —el Largo.

—El puente de la primera semana de diciembre. El chalet es del presidente de la patronal. Se va a esquiar con la familia.

—¿Tú participas?

—Me lo estaba pensando, pero finalmente he decidido quedarme fuera, vigilando la entrada de la urbanización.

—Ideal —aprobo el Largo, aunque sabía que unos profesionales no le darían más responsabilidades—. Pero necesitamos otros detalles. ¿Por qué ese chalet? ¿Una buena caja fuerte?

—Cuadros.

—¿Muy buenos? —el Messié.

—Sí.

—O sea, que es un trabajo para peristas. Esto es una bomba. El presidente de la patronal, cuadros valiosos, peristas...

—¿Andrésín sabe algo del tema? —el Largo.

—No.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Mejor. No sospechará de nosotros. Entonces, ¿con quién trabajarás?

—Tengo un contacto.

—¿Te ha dicho quién anda metido?

—Gente de fuera.

—¿De fuera? Cada vez pinta mejor. ¿De dónde?

—No lo sé. El contacto...

—¿Quién es el contacto?

—¡Coño, Largo, me estás interrogando!

—Gordo, ahora trabajamos para Tordera. Pero si abres la boca te capo. Dime, ¿quién es el contacto?

—Un tipo que se hace llamar Antonio.

—¿De aquí?

—Sí.

—Necesitamos saber de dónde son los demás. Como supongo que te reunirás con ellos, averígualo y nos lo dices.

—Largo, no creo que el contacto me deje verlos. Escuchad, me estáis pidiendo algo muy peligroso. Pueden matarme.

—Lo haremos de modo que no tengas nada que ver. No obstante, tienes que saber de dónde son.

—¡Uf! —dijo el Gordo García.

—Es lo más importante. Y tranquilízate —irrumpió el Messié—. Termínate el *whisky* en la sala. Tienes que dejarte ver, oficialmente eres nuestro gerente, por increíble que resulte. Ah, y cámbiate de camisa, parece que te hayas puesto un mantel encima.

—¿Cuándo me compraréis el traje de segunda mano?

—Estamos esperando a que palme algún chaval de tu talla. Vete a hacer de gerente.

El Gordo García se fue andando como si le hubiera caído encima todo el peso de la ley.

—Mañana hablaré con Tordera del chalet.

—Largo, espera y no seas ansias. Es demasiado pronto y creerá que ya lo sabías. Ahora mismo tienes asuntos más urgentes: que Sara y el Gitano te digan algo, conocer al director del Intrans... Paul vendrá esta semana. Tenemos que contarle lo de Tordera.

Paul llegó desde Barcelona, donde se había instalado unos días. Llamó por teléfono al Messié para decirle que no le recogiera en la Estación del Norte, que a partir de ahora, sobre todo por Valencia, no tenían que verlos juntos. En el local, les informó de que, en Francia, había cambiado de residencia, sin darles la nueva dirección. Para evitar recelos añadió que, en caso de caída, nadie podría dar más datos de él, que, al fin y al cabo, era el cerebro y por tanto quien más arriesgaba. Empezaba la cuenta atrás. Su presencia la había requerido el Messié sin explicar el motivo.

—Hay una novedad que debes saber.

—¿Sara y el Gitano?

—Han aceptado —respondió el Largo—. Vendrán luego.

—Pero, aparte de eso, el Largo y el comisario Tordera han llegado a un acuerdo —dijo el Messié no sin prudencia.

—¿Un acuerdo? —Paul expresó algo de sorpresa, pero también un gesto de preocupación—. ¿Un acuerdo con la policía?

Entonces el Largo le explicó lo del robo de carteras, la amenaza de Tordera y su oferta. Paul no lo veía claro y el Messié le relató lo que les había contado el Gordo García.

—Pensamos que es una buena colaboración —dijo el Largo—. No teníamos intención de decírtelo, pero creemos que debes saberlo todo, ya que se trata de una situación nueva. Eso sí, tanto al comisario como a nosotros nos interesa que las cosas estén tranquilas. Se trata de un robo con el que ganará puntos ante sus superiores y que le convencerá de que nuestra cooperación es sincera y desinteresada, algo que nos deja fuera de toda sospecha. Como si para nuestros negocios, que él conoce, nos molestara cualquier ruido capaz de complicarnos la vida.

—La colaboración tendrá que ser puntual —replicó Paul.

—En efecto —aprobo el Largo—, solo las imprescindibles. El robo afecta a un personaje conocido de la sociedad. Eso acrecienta el interés del comisario. Los autores son de fuera.

—¿De dónde?

—Pronto lo sabremos. Es una información —dijo el Largo— impagable para Tordera.

—¿Vosotros estáis cubiertos? ¿Los autores no sabrán nada?
—Absolutamente nada —el Messié.
—Me parece bien si lo lleváis con tacto. ¿Cuánta gente lo sabe?
—Aparte del comisario, el Gordo, el Messié y yo.
—¿Y el Gordo...?
—Es de confianza. Está amenazado si no coopera con discreción.
—De acuerdo, Largo, pero recordad que no podéis colaborar asiduamente. Sería sospechoso y se sabría.
—No levantaremos sospechas.
—¿Cuándo hablarás con el comisario? —preguntó Paul al Largo.
—La semana que viene.
—Deberías escalonar la información. No dársela toda de golpe, como si estuvieras investigándolo.
—Lo había pensado.
—No te veas con él en la comisaría.
—También lo había pensado.
—Y habla solo con él. Plantéalo como una condición irrenunciable.
—Tiene un subcomisario, Marcelino, con el que va a todas partes. Ambos necesitan reivindicarse ante el nuevo escenario político.
—No importa, dile que solo hablarás con él. Eso da seriedad a tu cooperación.
—Es cierto —añadió el Messié.
—Pues así lo haré.
—Perfecto. De acuerdo en eso —dijo Paul—. Largo, ¿dices que Sara y el Gitano ya han aceptado?
—Sí. Están a punto de llegar.
—Largo, tienes que abrir una cuenta en el Intrans. Dirígete siempre al director y gánate su confianza. Cuanto antes mejor.
—Mañana mismo.
El Messié sacó un plano de un cajón.
—Son las calles y los edificios desde la perspectiva de la plaza. No es perfecto, pero de momento servirá. No quiero que me vean tomando notas y fotografías de la calle.
—No tienes por qué hacerlo.
Lo extendió sobre la mesa.
—El Largo —dijo el Messié—, que irá a menudo al banco, nos facilitará detalles del interior y del exterior —el Messié puso un dedo en un callejón—. Tal como pensábamos, hay que estacionar la furgoneta aquí. Se encuentra a

cien metros del banco. No será fácil llegar a este punto por la gente que habrá, pero tiene la ventaja de una circulación en coche más fluida.

Con el dedo recorrió el plano señalando por dónde tenía que ir el vehículo hasta salir de la ciudad.

—He pensado —prosiguió el Messié— que deberíamos atracar el Intrans el 1 de marzo, el día que empiezan las *mascletaes*. Si queremos sorprenderlos es el mejor día. Además, aún no estarán plantadas las fallas y tendremos menos dificultades para largarnos.

—El primer día se llenará de gente —opuso el Largo.

—Sé que es más difícil llegar con la furgoneta, pero será más fácil irse.

—OK, pero me dijisteis que lo haríamos la semana fallera —dijo el Largo.

—Las *mascletaes* empiezan el primer día de marzo.

—¿Cuánto tiempo calculáis que tardaremos en llegar al vehículo?

—No lo sé, Paul, no es fácil de calcular.

—¿Diez minutos? —insistió Paul.

—No, no, menos.

—Si la *mascletá* dura diez minutos la gente se dispersará por las calles. El atraco, pues, tiene que durar cinco minutos como máximo —indicó Paul.

—Junto a las fachadas no hay tanta gente. La mayoría está en la calle, de una acera a otra —explicó el Messié—. Cuando nosotros caminemos hacia el vehículo, la *mascletá* estará a punto de terminar o habrá terminado ya. La gente se irá y nos facilitará el acceso. Casi todos suelen dirigirse a la plaza. En cualquier caso, el callejón es el único lugar posible.

Llamaron a la puerta.

—Largo, abre.

El Largo hizo pasar a Sara y al Gitano.

—Bienvenidos.

Sara miraba el local con curiosidad insana.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—No.

—Pues Paul nos espera.

Pero Paul y el Messié salieron del despacho y se cruzaron con ellos en el vestíbulo.

—Hablaemos en la sala de *black jack*, es más espaciosa y cómoda —indicó el Messié.

Sara y Paul se miraron evitando escrutarse.

—Sentaos, por favor —dijo el francés.

Pese a la desconfianza que el Messié manifestaba hacia Sara y el Gitano, se comportaba con amabilidad como medida higiénica a favor de la unidad del grupo. Se sentaron en círculo. El Largo al lado de ellos, como si en aquella posición los apadrinara. Paul y el Messié, enfrente. El Largo les ofreció una bebida, pero la rechazaron. ¿Quizá un vaso de agua? Tampoco les apetecía.

—Bien, yo soy Paul. Ya sé unas cuantas cosas de vosotros. Tenemos que hablar de ciertos temas. El Largo me ha dicho que habéis dejado el activismo político.

—No del todo —Sara.

—Explícate.

—Si te refieres al más activo, sí. Pero estamos en la asociación de vecinos del barrio.

—Ningún problema si eso no pasa de pedir que os asfalten una calle. Durante una temporada no debéis sobresalir en nada. Digamos que debéis llevar una militancia pasiva, de presencia. Supongo que el Largo os ha comentado qué queremos de vosotros.

—Por encima.

—¿Estáis de acuerdo?

—Preferiría entrar en el banco con vosotros —respondió Sara—. Tengo más experiencia.

—Nosotros también y no nos hace falta. En cambio, la conducción es más necesaria. Es clave —afirmó Paul—. Si falláramos en eso todo se iría al garete. Me han dicho que eres buena conductora.

—Me harían falta más detalles.

—Los tendrás a su debido tiempo. No todos, claro está. Cada uno de nosotros sabrá qué movimientos debe hacer. Ahora bien, si te refieres al reparto, como todavía desconocemos la cantidad exacta del botín no te puedo adelantar nada excepto que yo me llevaré la mayor parte.

—¿Qué parte?

—Ambos estaréis satisfechos con la vuestra. Eso sí, no la recibiréis hasta pasado un tiempo. Es la norma. También hay otra cuestión no menos importante. Cuando tengáis vuestra parte no la podréis utilizar para el activismo político. Llamaría la atención sobre el atraco y sobre nosotros.

—No puedo aceptarlo, pasado un tiempo no tiene por qué existir relación con el Intrans.

—Me esperaba la respuesta —dijo Paul—. Por eso tengo un remedio para el problema. Robad en la sucursal de algún pueblo y reivindicadlo. Es un

golpe relativamente fácil. No es muy rentable, pero servirá de coartada.

—Es una buena solución —añadió el Largo.

—Durante un tiempo, hasta el momento del reparto —prosiguió Paul—, no sabréis dónde se ocultará el dinero.

—¿No te parece que es demasiada desconfianza? —Sara.

—El Largo se encargará. Solo él conocerá el escondite.

—Habíamos quedado... —el Largo.

—No, no será el centro del padre Rafel.

—¿El centro? ¿Habíais pensado en el centro?

—Tranquila —la calmó Paul—. He cambiado de opinión —se dirigió al Largo—. Busca el refugio y únicamente tú sabrás cuál es. Tiene que ser así, por precaución. Tú eres el que menos posibilidades de caer tiene.

—¿Cuánto tiempo pasaré reteniendo el dinero?

—Hasta que todo se haya calmado por completo. El tiempo que haga falta. Sin prisas. Os interrogarán a todos. El Largo no sabrá nada del atraco, nosotros no sabremos nada del dinero.

—¿Quién vendrá en el vehículo?

—Durante una parte del trayecto, todos. Iremos apeándonos escalonadamente. Luego te quedarás sola y te reunirás con el Largo en un punto de la ciudad que solo vosotros conoceréis.

—¿Quién alquilará la furgoneta?

—Yo.

—Tu acento es francés.

Al Messié le incomodaban las preguntas de Sara, pero para Paul era un punto a favor de ella.

—Mira, Sara —dijo Paul—, que piensen que se trata de una banda extranjera. Cuantas más pistas falsas, mejor. Me iré el mismo día, pero no sabréis adonde —Paul miró al Gitano—. ¿Estás dispuesto a entrar con nosotros?

—Sí.

—¿Lo has hecho otras veces?

—Sí.

Sara le miró, no debería haber contestado a la última pregunta. Paul se dio cuenta.

—Necesito saber que tiene experiencia —le recriminó Paul—. También tú deberías hacer pruebas con el coche. Me han hablado bien de ti, pero quiero comprobarlo. Si no es por una emergencia, vosotros y el Largo no debéis

veros, y si os veis tendría que ser en algún lugar discreto. Es más, vuestra discrepancia debería ser pública.

—Lo es —Sara.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de nuestro entorno —contestó el Largo—. De hecho, nos vemos muy poco.

—Pues que siga así. Y otra cosa, ya no nos reuniremos aquí. Buscad un sitio apartado. Yo solo vendré cuando haga falta, como hasta ahora. ¿Alguna pregunta?

—Necesitaríamos más respuestas.

—Las tendrás, Sara —contestó Paul—. Poco a poco. Aún no lo he urdido todo.

—Quiero insistir —dijo Sara— en que no es buena idea que alquiles tú el vehículo. No es necesario que crean que se trata de una banda extranjera. Ninguna pista es mejor que una.

—¿Y qué propones? —le preguntó Paul.

—Robar una furgoneta la noche anterior.

—Quedaría poco tiempo. ¿Y si no es posible?

—Siempre es posible.

—¿Por qué estás tan segura?

—Son vehículos de empresa aparcados al lado de la nave, en un solar.

—¿No las vigilan?

—Paul, no hace falta que te comente más. El robo es seguro.

El francés entendió que alguien de la empresa facilitaba la acción. A pesar de todo, aún preguntó:

—¿Están limpias? Quiero decir...

—No las han robado nunca y, sí, están limpias, blancas sin ninguna inscripción.

—Si la robas de noche y la restituyes de día la echarán de menos —intervino el Messié.

—Sería una estupidez que propusiera una acción logística problemática. ¿No os parece? —Sara cerró el debate con un deje de arrogancia.

9

El Largo convocó al comisario en un sendero entre pinos de la playa del Saler. Cuando Tordera llegó en su coche y comprobó que venía solo, le hizo una señal con la mano. El Largo llevaba una gorra deportiva y gafas oscuras. El comisario se dirigió al sendero cruzándose con un reducido grupo de jubilados extranjeros en bicicleta. Quizá fue el año que marcó el inicio de la invasión turística.

—Será importante si me has citado aquí —protestó Tordera observando con desdén los alrededores.

—Lo es.

—He tenido que inventarme una visita al oculista para venir. Y como me la he inventado sobre la marcha, Marcelino no se lo ha creído. Lo único que me faltaba sería ponerme en contra al único ayudante de confianza que tengo. ¡Largo, estamos en horario laboral!

—Se supone que los policías siempre están de servicio.

—Porque los delincuentes también lo estáis. No te entretengas y suelta lo que tengas que soltar.

El Largo miró a un lado y luego al otro. Por otro sendero, pinar adentro, salió un joven con gorra y gafas de sol. Ambos le observaron hasta que se alejó.

—Estoy en trámites para aclarar el atraco a un chalet.

—En trámites... Ya usas vocabulario de burócrata. ¿Para esto tanta clandestinidad? Podrías habérmelo dicho por teléfono. ¡Tengo mucho trabajo!

—Por teléfono solo la cita.

—¡Es una minucia!

—No levante la voz, no sabemos qué hay detrás de los árboles.

Justo en ese momento salió otro joven, también con gorra y gafas oscuras.

—No es tanto el chalet, comisario, es el cliente. Se trata del líder de la patronal.

Tordera se lo quedó mirando. De repente la cita había dado un giro excepcional.

—Largo, estás ganando puntos.

—No le molestaría por un atraco normal —el Largo, con una pizca de suficiencia.

—De esos no hace falta que me hables, en efecto. No, no, rectifico: tienes que hablarme de todo. Ya te diré lo que es importante.

Empezaron a andar. Una pareja de mujeres haciendo *footing* los adelantó. Dejaron que se perdiera por el sendero.

—Preste atención: son cuadros valiosos. Por tanto, hay un perista.

—¿Quién?

—Aún no lo sé.

—¿Y el informador?

—La fuente es cosa mía.

—Hum...

—Debe respetar el trato.

—¿Tampoco me dirás cómo se llaman los delincuentes?

—No, porque no lo sé. Pero no son de aquí.

—Tengo que reconocer que la información es buena. Evitaré el atraco. ¿Cuándo será?

—El puente de la primera semana de diciembre, pero no lo evitará.

Tordera se detuvo y puso una mano sobre el pecho del Largo.

—¿También me dirás cómo hacerlo?

—Estoy implicado. Oiga, si lo evita, usted no tendrá ningún mérito. Una información y punto. En cambio, si los atrapa durante una investigación será un gran trabajo. Además, no quiero que trinque a mi informador, que participará vigilando.

El comisario se lo pensaba.

—Bien, bien... quizá tengas razón. Pero ¿y si escapan? Son de fuera. Por cierto, ¿de dónde?

—No lo sé... acabo de decírselo.

—Largo, no sabes ni una puta mierda.

—No sea impaciente, si tiene al perista lo tiene todo. Y otra cosa, no tiene que arrestarlos con rapidez. Sería sospechoso. Debe haber una investigación. Tiene que respetar el trato.

—Desde que he venido no has dejado de imponerme tratos. Tardaré una semana en descubrirlos.

—Cuatro.

—Tres.

—Hecho.

En la mente de Tordera anidaba la idea de no cumplir su parte del convenio.

—Me estás poniendo muchas condiciones.

—Son indispensables para que la colaboración funcione. ¿No lo entiende? No quiero ser sospechoso de delación. Por cierto, cuando lo investigue se dejará caer por mi garito. Un viernes por la noche, tiene que evidenciar que me investiga.

—De modo que tenemos los datos y al cliente. Necesito ya el nombre del perista.

—Estoy en ello.

—A lo mejor lo sabes y no quieres decírmelo.

—Le he dicho que no, pero si lo supiera tampoco se lo diría. No quiero que se precipite con la emoción. He de cuidar a mi informador. Y a mí.

—¿Me estás dando lecciones?

—Estoy cubriéndome. Coño, el asunto es importante y debemos hacerlo bien. Ah, hasta que no llegue el momento no tiene que saberlo Marcelino, su ayudante.

—Es un hombre de absoluta confianza. Tal vez el único.

—Le dice que ha sido una información de última hora. Aún queda tiempo y cuantas menos bocas más discreción. ¿Estamos de acuerdo?

—Lo estamos —el comisario, de mala gana.

—Aún tengo alguna cosita más.

—Parece que seas tú el que dirige la operación.

—Normal, soy el que tiene la información y sé cómo utilizarla para que no me perjudique. Me juego mucho.

—Va... va... ¿Qué más quieres?

—Bueno... Es un poco delicado.

—Tratar contigo siempre es delicado.

—Espero que no se enfade —el Largo expulsó el aire—. En esta clase de trabajo, como usted sabe, siempre hay agradecimientos...

—No termino de entenderte.

De nuevo el Largo espiró.

—Pues que la aseguradora, y también el cliente, dado el valor de lo recuperado, se lo compensarán.

—Oye...

—Un momento, comisario...

—¡Yo no acepto sobornos! ¿¡Qué te has creído!?

—La aseguradora se ahorrará mucho dinero y el cliente quedará muy contento. En fin... nos lo arreglarían bien.

—¿Me insinúas que debemos repartirlo? ¿Por quién me has tomado?

—De acuerdo, de acuerdo, no se hable más. Aunque algo tendré que darle al informador.

—Al informador, que me barrunto que es el Gordo o el Carpanta, le basta con que no le enchirone. ¿Estamos?

—Estamos.

—Además, eso de la «cosita» estoy seguro de que es una idea que ha salido de ti, que no puedes evitar ser un chorizo ni delante de la ley. Cíñete al trato y no te despegues ni un milímetro. Y te lo repetiré, en mi vida he aceptado propinas. Yo no soy como otros.

—Quedaría entre nosotros, nadie lo sabría...

—¡Largo!

—Oiga, si se lo he dicho es porque es práctica habitual.

—Estás acostumbrado a tratar con los de la Brigada del Juego. Pero, mira por dónde, yo soy un policía íntegro.

—No lo pongo en duda, señor comisario. Solo pretendía ganarme la información y agradeceréelo al informador. Si usted ganara prestigio, yo debería ganar...

—Si no te molesto ya estarás bien pagado. Mira, como la información es buena, lo reconozco, puedo cerrar algunos garitos para que no tengas tanta competencia. Temporalmente. No quiero líos con los colegas de la brigada.

—Inmensamente agradecido. Disculpe por el consejo de la propina. Y ahora, si me hace el favor, vaya al *parking* usted primero y luego iré yo.

De la pineda salió otro joven. Sin gorra, sin gafas. A pelo.

—Ya es el tercer tío que veo saliendo entre los árboles —comentó el comisario.

—Son chaperos.

—¿Chaperos? ¿Quieres decir que hay maricones en la zona?

El comisario hizo amago de adentrarse en el pinar, pero el Largo se lo impidió.

—Oiga, no monte un cristo. Nos conviene ser discretos.

—Pero... pero... ¡eso es un escándalo!

—Tienen que ganarse la vida.

—¿A mamadas?

—Es que ahora mandan los socialistas.

—Cuidado con esa boquita, Largo. Ahora son mis superiores.

—Lo digo por la promesa electoral que hicieron de los ochocientos mil puestos de trabajo. A lo mejor han creado una nueva industria.

El interior del Banco Intrans era grande y de planta casi cuadrada. Por lógica, el Largo supuso que la caja fuerte estaba al fondo, en algún despacho. No había ninguna escalera que llevara a un sótano. Era una buena señal por la duración que debía tener el atraco. Buscó las cámaras con toda la naturalidad que pudo. Lo hizo desde la puerta de entrada y se dio cuenta de que allí mismo, separadas una de otra por cinco metros aproximados, había dos que cubrían el local entero. Para taparlas les costaría traer una escalera, circunstancia que dificultaba la operación. Aquello lo retrasaría todo, más aún en un atraco insólito que a lo sumo debía durar entre cinco y ocho minutos. Seguramente había más cámaras, pero, para no llamar la atención de pie mirando el techo, se dirigió al único empleado que en aquel momento no atendía a ningún cliente, situado a escasos metros a su izquierda.

—Buenos días, quiero hablar con el director.

—¿Tiene cita?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Soy un cliente nuevo, aún no tengo cuenta corriente. Por eso he de hablar con él.

Le dijo su nombre y el empleado fue hasta el fondo y entró en un despacho. Mientras esperaba, miró los rincones del techo en busca de más cámaras. También se hizo un plano mental con la situación de los empleados y del vigilante jurado, sentado ante una mesita en medio de la sala, pero a la derecha, con un periódico abierto, quizá intentando resolver un acertijo de las últimas páginas.

—El señor director le recibirá ahora mismo.

Por la parte interior, o sea, por detrás de las mesas de los empleados, junto a las ventanas que daban a la calle, le acompañó hasta el despacho.

El director era un hombre de unos treinta y cinco años que le saludó con marcado acento francés. Estaba sentado en una silla giratoria ante una gran mesa con documentos y expedientes para su estudio. Al otro lado, un par de butacas para los clientes, más bajas; probablemente una estrategia para marcar una distancia dominante. En el rincón, un perchero con una chaqueta y, al lado, una puerta cerrada. El Largo, de traje gris y corbata azul marino, presentó sus credenciales.

—Quiero abrir una cuenta corriente.

—Encantado de atenderle, pero podría haberlo hecho cualquier empleado.

—Ya, sí, pero es una cuenta un poquito especial —lo dijo con cierta reticencia.

Al oírlo, el director le ofreció tomar asiento. Los clientes singulares recibían una atención distinta.

—Usted dirá, señor...

—Iré al grano. Tengo un negocio de juego, también especial, pero no hará falta que me prodigue en detalles.

—No hará falta —sonrió el director.

—Todos los días tenemos beneficios, todo en metálico, de manera que necesito efectuar ingresos cada día. Por las características del negocio... supongo que usted me entiende.

—Le entiendo perfectamente.

—Pues eso, que debo tratar solo con una persona y prefiero que sea con usted.

—¿De qué cantidades hablamos?

—Variables, pero importantes. De hecho, también quiero abrir un depósito de ahorro para no tenerlo todo en la cuenta corriente.

—¿Con qué banco trabajaba?

—Con tres, pero imagino que si lo hago con uno solo será más agradecido en sus atenciones.

—Ni lo dude. Para sumas importantes tenemos depósitos especiales. ¿Va a abrir uno ya?

—No, pero dentro de un par de meses, teniendo en cuenta que ingresaré dinero todos los días, estaremos en disposición de hablar.

—¿Vendrá cada día a la misma hora? Se lo digo porque así siempre le atenderé personalmente y no tendrá que esperar.

—De acuerdo. ¿Me abre una cuenta corriente?

—¿A nombre de la empresa o particular?

—Particular. A mi nombre.

De un cajón, el director sacó un folio.

—Ponga aquí sus datos.

El director abrió otro cajón. Le dio una estilográfica Mont Blanc que eligió de un estuche con modelos de varias marcas. Antes de cumplimentar la hoja, el Largo se sacó del bolsillo interior de la americana un sobre con cuatro fajos de billetes.

—El primer ingreso —le dijo.

El director empezó a contar el dinero. El Largo consignó sus datos y firmó el papel.

—Espero que esté a buen recaudo —dijo el Largo con una sonrisa.

—Usted es un bromista —sonrió también el director mientras acababa de contar el dinero—. ¿Sabe? A mí me gusta el juego. Entiéndame, no apuesto grandes cantidades. Solo para distraerme. ¿Qué juegos tienen?

—Póquer normal, descubierto y *black jack*. Pronto tendremos ruleta francesa.

—Me encanta el *black*.

—Déjese caer algún día por allí. Seguro que tendrá suerte —el Largo, con complicidad.

Había terminado de contar los billetes de los fajos. Los apartó en una punta de la mesa.

—Por favor, tutéeme. Me llamo Pierre.

—Toma, aquí tienes una tarjeta del local. Si vas a venir, llámame por teléfono antes. Trato vip.

—Gracias, señor... —Pierre cogió el folio para buscar su nombre.

—El Largo, Pierre. Si preguntas por mi nombre como cliente bancario nadie sabrá quién soy. Ese dinero... en fin, ya te lo he insinuado antes, pero dejémoslo claro. Si el negocio es especial, el dinero también.

—No hacía falta ni mencionarlo. Lo he entendido desde el primer momento. Sabemos cómo hacerlo.

—Por cierto, ¿tenéis cajas de seguridad?

—Sí, ¿quiere verlas?

—Ya lo haré si algún día me hacen falta. Un placer, Pierre.

—Igualmente, señor Largo.

El director miró el dinero: si una cantidad similar se repetía en negro y a menudo, pronto le harían falta un depósito y una caja de seguridad.

El mismo día, por la tarde, el Largo se presentó en el vestíbulo del periódico *El Camí*. Preguntó a la telefonista por Marc Sendra, de la sección de sucesos. No le gustó que el comisario fuese tan rácano con el agradecimiento o la deferencia que sin duda tendrían con él (y que repartiría con Marcelino) la aseguradora y, por supuesto, el jefe de la patronal por haber recuperado los cuadros. Por experiencia, tanto él como el Messié sabían que ese tipo de compensación, en casos así, alcanzaba una cifra estimable. Parecía que no le bastara con el éxito profesional del caso y el Largo pretendía controlarle, a modo de aviso, pactando con Marc, el periodista, que tan buena impresión le había causado en el incidente de la primera partida.

Cuando bajaba por la escalera de mármol que conectaba la redacción con el vestíbulo, Marc Sendra se sorprendió al ver la visita.

—¿Vienes a cobrarme la deuda?

—No. Pagarás en la próxima partida. Son las reglas. Supongo que volverás al garito.

—Por supuesto, pero antes Héctor y Butxana tienen que darme su parte de la deuda. Jugábamos a medias y solo no llego. Entonces, ¿tu visita...?

—Profesional.

—Interesante. Por lo general, me entrevisto con las fuentes en un lugar más discreto, fuera del periódico.

—¿No es buena idea hacerlo aquí?

—Algunos colegas son cotillas, profesionalmente hablando, y hacen preguntas inoportunas. Ven conmigo.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en una habitación que había bajo la escalera. Era reducida y solo tenía una mesa de vidrio y dos sillas.

—Siéntate. ¿Quieres un café? Es de máquina.

—Gracias, no me apetece. Verás, Marc, aunque no nos tengamos confianza y apenas nos conocemos quiero ofrecerte una buena información.

—Soy todo oídos.

—Pero es tan confidencial que es intransferible.

—Solo para mí.

—En efecto. Ni siquiera para Héctor Barrera ni Toni Butxana. Sé que eres muy amigo de Toni.

Marc levantó un brazo a la altura del hombro, simulando estar ante un jurado.

—Palabra.

—Me he reunido con Tordera. Me obliga a colaborar con él y le he dado un buen soplo. Impagable, vaya: el atraco al chalet del jefe de la patronal.

—Coño, es una gran información para él. No sé si sabes que está en período de prueba.

—Lo sé, pero no quiero hacerle la vida tan fácil. Ahí entra en juego nuestra relación profesional.

—Tú me cuentas los detalles del atraco y yo controlaré los pasos del comisario.

—Ni más ni menos —asintió el Largo.

—Así quizá no se lleve todo el mérito. Pero tenemos un problema: nos ha visto juntos. Sabe que voy por tu local, de modo que sospechará que me has proporcionado la información.

—Pero un periodista de sucesos tiene varias fuentes.

—Incluso en la comisaría central, ahora mismo un barco con vías de agua abiertas por todas partes.

—Eso imaginaba.

—Si vamos a establecer una relación profesional, necesito saber ciertas cosas sobre ti.

—¿Cuáles?

—La razón por la que me lo confías.

—Ya te lo he dicho: no quiero hacerle la vida tan fácil.

—¿Por qué?

—Si él me amenaza y me controla tiene que saber que existen unos límites. O sea, que yo también dispongo de armas.

—Pero a cambio de la información te habrá ofrecido algún tipo de pacto.

—No chaparme el garito, pero eso es falso. Son los de la Brigada del Juego quienes me controlan el local.

—Tú quieres sacar otro beneficio —sonrió Marc, pese a su juventud era perro viejo en lo que respectaba a información confidencial—. Si la amenaza de cerrarte el local no es del todo cierta, por fuerza tiene que haber algo más.

El Largo calló. A Marc le pareció que dudaba. Decidió auxiliarse.

—Escucha —dijo Marc—, siempre, siempre, respeto mis fuentes. Es una regla inmutable. Por nada del mundo te traicionaría. Todo lo que me digas

quedará entre nosotros. Es más, antes de publicar cualquier cosa te lo consultaré para que no te perjudique de ninguna manera.

—Los periodistas sois como los policías, queréis saberlo todo.

—Pero no amenazamos ni chantajamos. Además, te recuerdo que has venido a buscarme tú. El asunto tiene que beneficiarnos a ambos —Marc encendió un cigarrillo—. Déjame ayudarte. ¿Quizá se trata de lo que solemos llamar la propina?

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No había otra: teníamos una amenaza y una información. Si la amenaza no lo es tanto, resulta obvio que buscas algo más. Sinceramente, lo mereces. La información es extraordinaria. Pero insisto en que el comisario se percatará de nuestra relación.

—¿Tú crees?

—Tienes que estar preparado, pero no debe preocuparte. Yo lo trabajaré de modo que no le reste todos los méritos de la operación, para que no se enfade tanto. Aun así, quiero que sepa que me guardo información que podría desmontárselo todo.

—Se llama tener a alguien cogido por los huevos.

—La definición es exacta. Supongo que el objeto del atraco son cuadros de gran valor.

—Supones bien, pero aún no te lo puedo contar todo.

—Entre otras cosas, el jefe de la patronal es célebre por su colección de arte. Pero no es un robo fácil, requiere de grandes profesionales y aquí no conozco a ninguno.

—Son de fuera.

—No podía ser de otro modo. Así pues, tu motivación es en metálico.

—Eso y que no me controle totalmente. ¿Y la tuya?

—Una buena información y adelantarme a los demás diarios.

—¿Cómo te las arreglarás?

—Extorsionando sutilmente al comisario. Que todos los días, mientras dure la investigación, me suelte algo. Como una serie. Por capítulos.

—Se enfadará mucho con nosotros.

—Callará. Al gobernador civil le dirá que no puede controlar las filtraciones en la comisaría central. Envidias gremiales. Sabe cómo hacerlo.

—¿Y qué harás con lo que guardas en el cajón?

—Favorecerle recordándoselo. Tordera, para que obtengas buena parte del mérito, me callo una parte. Tampoco nos conviene asfixiarle del todo. El

negocio es de tres, y los tres tenemos que salir ganando. Es lo justo. ¿Cuándo será el robo?

—El primer puente de diciembre.

—¿Lo tienes controlado?

—Solo a la fuente, pero poco a poco lo sabré todo. De hecho, solo me hace falta saber quién es el perista, que es la base de todo —el Largo cogió un cigarrillo del paquete de Marc—. Qué curiosa relación hemos establecido.

—¿Qué habrías hecho si no me conocieras?

—No lo sé. Quizá el Messié y yo nos habríamos inventado algún modo de convencer al comisario para que fuese agradecido. Pero, claro, tratándose de nosotros es más difícil. Un periodista es distinto.

—Buena reflexión. Si a algo teme ahora Tordera, es a la prensa. Necesita que proclamen sus éxitos a bombo y platillo. Generalmente, nosotros, *El Camí*, no tenemos muy buena relación con el cuerpo policial.

—Ya, sois de izquierdas. Pero ahora mandan los socialistas. De momento, en cuanto a la policía, no se atreven a tocar nada.

—En ese aspecto están atados de pies y manos, han consentido en una transición y no osarán tocar ni a la policía ni al ejército. Alguna novedad y punto. Pero la política es cosa de mis colegas. Los de sucesos vivimos al margen. A nuestro aire.

El Largo se levantó.

—Trato hecho, ¿no? —dijo dándole la mano a Marc.

—Hecho. Supongo que tu socio sabe lo nuestro.

—Se lo contaré —aún no lo tenía claro—. Oye, tu deuda con nosotros queda saldada.

—No, no, siempre pago las deudas de juego.

—Me gusta, quería ponerte a prueba. No eres un sinvergüenza.

—Además, tendría que explicarles a Barrera y a Butxana por qué me has perdonado la deuda. Ellos tienen parte de ella.

—No me acordaba.

—En cualquier caso, si la deuda fuera solo mía, también te la habría pagado.

—Pues ya sabes que todos los martes tenemos partida privada.

—Si puedo, asistiré.

—Serás bienvenido.

—Si pago.

—Si pagas, claro. Es la norma.

—Me parece que es la única que cumplís.

El Largo dudaba si explicarle o no al Messié su trato con Marc Sendra. En asuntos delicados, se consultaban los planes uno a otro antes de llevarlos a cabo. Pero ahora él quería el protagonismo que entre el Messié y Paul le habían arrebatado en el asunto Intrans. Se lo habían dado todo hecho y no es que se sintiera herido, pero sí un poco tocado en su amor propio. Así que le contó al Messié el encuentro con el comisario Tordera y, de momento, obvió la conversación con el periodista, a pesar de que le había dicho a este que se lo comunicaría a su colega.

—¿Dónde te has visto con él? —le preguntó el Messié.

—En el Saler, paseando por un sendero. Hablando del chalet...

—¿Se lo has contado todo?

—Todo lo que sabemos, que no es mucho. Te decía que hablando con él se me ocurrió pedirle parte de la propina. Será jugosa.

—Será una mierda si depende de él. Cíñete a la información y olvida lo demás. Cuanto menos trato tengamos con Tordera, mejor. —Pues se lo he pedido.

El Messié miró al Largo. Hasta ese momento estaba inmerso en unos papeles de estadísticas de cada mesa de juego, cuánto ganaban en cada una aproximadamente y cuáles habían reducido sus beneficios en las últimas semanas.

—¿Se lo has pedido?

—Claro, es una forma de darle a entender que solo tenemos en marcha el negocio del local, que no tenemos otros intereses, que necesitamos más ingresos. Es normal que individuos como nosotros quieran sacar provecho.

—Tendrías que habérmelo consultado. ¿No te parece?

—Tenía que ser en ese momento. Se me ocurrió sobre la marcha. Pero se ha hecho el longuis.

—Me alegro. Tenemos algo importante entre manos. En la medida de nuestras posibilidades, hay que pasar desapercibidos.

—Eso es un error. Es más realista intentar sacar algo a cambio de la información. Si no nos da nada y le estamos agradecidos es más sospechoso. Como te he dicho es lógico que nosotros...

—Te he dicho que no. Déjalo estar.

—Messié, es una forma de controlarle. Si reparte con nosotros no nos involucrará en nada. Imagínate el cuadro: Tordera acepta darnos una comisión y tenemos foto del momento en que lo hace. El comisario jefe pagando parte de la propina a dos presuntos delincuentes.

El Messié reflexiona, el Messié habla:

—La idea no está mal —con la boca pequeña, prácticamente lamentando que no se le hubiera ocurrido a él—. Pero se opondrá por completo al trato. Si accediera nos demostraría que acepta que le unten.

—Todavía tengo otra idea.

—Coño, Largo, preferiría que tuvieras el cerebro plano.

—Y yo que me dejaras tener iniciativa.

—Deberías ser como el Mítico Regino, callar y cumplir con tu trabajo. ¿Ya has pensado dónde esconderás el dinero?

—No.

—Pues eso es fundamental.

—¿Te gustaría saberlo?

—Sí, me quedaría más tranquilo. Por cierto, aquí, en el local, ni se te ocurra.

—Estoy hasta los huevos de ser un peón.

—En este caso lo eres. La idea del Intrans es de Paul y mía.

—Pero tengo otras, no directamente relacionadas pero igualmente productivas.

—Largo, encárgate de tu parte y no la cagues. La idea de pedirle una comisión a Tordera es nefasta.

—Acabas de decirme que no estaba mal.

—Ha sido un reflejo profesional —dijo el Messié, que, en efecto, había tenido un arrebató gremial. Volvió a los papeles.

—De acuerdo, genio. Pero si sale bien te lo recordaré.

—Largo de aquí —el Messié, sin mirarle.

El Largo salió del despacho, pero con las ideas intactas. De ninguna manera se quedaría al margen de lo que suponía un atraco de renombre sin jugar un papel decisivo en él. Quizá no sería el cerebro, pero lo periférico, todo lo necesario para el éxito, lo aportaría él. Sin decirlo, considerándolo un hecho consumado. No se resignaba a ser un simple ayudante en un golpe que haría historia. Ya que el Messié le había metido en ello sin que su consentimiento fuese determinante, actuaría por su cuenta. Tenía al comisario Tordera bien sujeto y contaba con la alianza con Marc. No obstante, aún tenía otra idea que le parecía esencial.

Se dirigió a casa de la Jennifer, el prostíbulo más lujoso y discreto de la ciudad, un local que visitaba con cierta frecuencia. Allí era bien recibido por su generosidad y buen comportamiento. De hecho, Jennifer incumplía una norma con él: siempre entraba en la misma habitación con la misma mujer. Le gustaba Dolores. La confianza que se concedían hacía que el encuentro pareciera el de dos amantes. Y era eso precisamente lo que Jennifer evitaba con el resto de clientes, para que a ninguna mujer terminara por gustarle el cliente, o viceversa, y decidieran verse lejos de la comisión monetaria que cobraba la casa. Cuando alguien pedía varias veces a la misma mujer, Jennifer respondía que no estaba. El Largo tenía carta blanca a cambio de que la madama, de vez en cuando, ganara jugando en su garito, lejos, también, de las sospechas del Messié.

Como de costumbre, Jennifer le sirvió un *gin-tonic*, hablaron un rato de sus respectivos negocios, y luego llamó a Dolores, mientras el Largo esperaba en el sofá de la habitación.

—Hola, Largo.

—¿Qué tal, Dolores?

Se dieron un beso amistoso. Dolores le quitó la chaqueta.

—Antes quiero hablar contigo —dijo el Largo.

—Siempre hablamos.

—Será una conversación especial. Necesito que me hagas un favor.

Con la chaqueta todavía en las manos, Dolores se le quedó mirando:

—¿Quieres que nos veamos fuera de aquí? Ya sabes que...

—No es lo que te imaginas. Es un favor importante que solo puedes hacerme tú.

—¿Cuál?

El Largo fue al grano, explicándoselo brevemente pero lo mejor que podía.

—Tienes que embaucar a uno de mis clientes —antes de que Dolores le respondiera, el Largo se lo impidió poniéndole una mano en la boca—. De verdad, es importante.

—¿Lo sabe Jennifer?

—No. Solo lo sabremos tú y yo. Te lo pagaré bien.

—No es cuestión de dinero, es que no lo he hecho nunca. Supongo que tendré que tirármelo...

—Dolores, es fundamental para mí.

Entonces ella colgó la chaqueta en el perchero. Se quedó allí, de espaldas al Largo, que dejó que se lo pensara. No quería agobiarla. Eran amigos antes

que amantes venales. Ciertamente, y Dolores lo sabía, el Largo la ayudaría si lo necesitaba. Después de dos años tratándose ella estaba casi segura. Dolores abrió el grifo de la bañera redonda, pero el Largo seguía sin quitarse ni prenda. Dio unos pasos hasta donde estaba ella y le puso las dos manos sobre los hombros con la cara de malicia que la ocasión requería.

—¿Lo harás?

—No sé si sabré hacerlo.

—Para ti no será difícil, límitate a utilizar tus encantos. Como si fuera un cliente más.

—¿Dónde tengo que hacerlo?

—Primero le conocerás en mi local.

—¿Quién es?

—Eso no hace falta que lo sepas —decidió ocultárselo no por desconfianza, sino para protegerla—. Es un tío que me ha gastado una putada.

—¿Le harás daño?

—En absoluto, pero dejará de molestarme. Para tu tranquilidad no es ningún madero. No es nadie que pueda causarte problemas.

—¿Seguro?

—Palabra. Nunca te pediría nada que te perjudicara. Me conoces y sabes que no lo haría.

Dolores suspiró y permaneció un rato en silencio.

—De acuerdo —soltó finalmente.

Entonces sí, el Largo se quitó la ropa.

Sara y el Gitano acudieron al lugar donde el Messié los había citado para la prueba del coche. Allí también estaba Paul, que había ido a Valencia expresamente. Antes, el francés se había reunido con el Mítico Regino, que le entregó una de las identificaciones falsas, que usó para registrarse en el hotel.

Paul exigió llevar a cabo más de una prueba, la primera dentro de la ciudad. Los cuatro montaron en el vehículo. Para sorpresa del francés y del Messié, el Gitano ocupó el asiento del conductor.

—Ponle a prueba —le dijo Sara a Paul antes de que este protestara—. Yo puedo seros más útil si entro en el Intrans.

—Va, no perdemos nada con examinarle —dijo el Messié.

—Pues vamos al centro —resolvió Paul con cara de pocos amigos. No le gustaba que fueran cambiándole los planes.

Estaban en la avenida del Puerto. El Gitano puso en marcha el coche, miró por el retrovisor y dio media vuelta rumbo al parque de Viveros. Aceleró adelantando a los coches, cruzó el puente, dejó a la izquierda Capitanía General y se adentró por la calle de la Paz. De vez en cuando, el Gitano echaba un vistazo a las caras del Messié y del francés por el retrovisor. Llegaron hasta la entonces llamada plaza del País Valenciano (un par de meses antes, pasados casi ocho años de la muerte del dictador, el Ayuntamiento había retirado la estatua del caudillo entre la división de opiniones del público presente; una escena más de una transición política que cuarenta años más tarde aún tenía demasiadas similitudes con el pasado). Luego condujo por la calle del banco. Entonces Paul le ordenó que llevara el vehículo por los callejones.

El Gitano obedeció. Acto seguido el Messié le indicó que diera un par de vueltas más por el centro. En cuanto las dio, Paul dijo que ya era suficiente y que se dirigiera al lugar donde se habían reunido. Llegaron allí y el Gitano aparcó a un lado de la avenida. Sara se volvió hacia ellos, a la espera de una respuesta.

—Al principio has conducido demasiado rápido. Podrías llamar la atención —dijo Paul—. También te he visto un poquito nervioso. Y solo era un ensayo. Puedo imaginar cómo lo harás cuando sea real.

—En la calle de la Paz te has saltado un semáforo en rojo —añadió el Messié.

—¿Y eso te parece un problema? —preguntó Sara.

—Depende. Para un guarda aburrido que estuviera allí por casualidad lo sería.

Sara se disponía a responder, pero Paul la detuvo.

—Que hable él.

El Gitano tenía la vista fija en la avenida. Poco o nada acostumbrado a hablar, se tomó su tiempo.

—Es cierto que estaba un poco nervioso —lo dijo tartamudeando en la primera palabra—, pero solo al principio. Si lo hubiera hecho a solas...

—El día del atraco nos llevarás a nosotros y las bolsas del dinero —le recordó el Messié.

—Sara, conducirás tú —Paul, taxativo—. Una mujer entre hombres sería demasiado visible.

—¿Por el pelo? Me lo puedo cortar.

—Siempre lo has llevado largo —dijo el Messié—. Eso también sería una prueba. Después del atraco, la policía os interrogará. Hablará con todos los

sospechosos.

—La respuesta será sencilla: ¿no puedo llevar el pelo corto?

—Basta. El Messié tiene razón. Cuantas menos pistas les lleven a nosotros mejor. Tú conducirás. El éxito en la conducción sería fundamental si tuviéramos problemas. Repitamos la prueba. Messié, bajad el Gitano y tú.

Ambos salieron del coche. Sara se sentó al volante y Paul al lado. El vehículo arrancó.

—¿Qué, Gitano, se te ocurre algún tema de actualidad para nuestra tertulia mientras esperamos? —el Messié, resoplando por lo que suponía que iba a ser un rato inolvidable.

El Gitano se encogió de hombros.

—¿Quieres tomar un café?

El Gitano asintió con la cabeza.

Andresín llegó en furgoneta a la calle donde el Largo y el Messié tenían el local. Desde una de las ventanas del piso, Felipe le vio y avisó al Largo. Ambos bajaron. Le saludaron con desgana.

—Aquí traigo el material.

Abrió la puerta de atrás y señaló seis cajas.

—Tres son de *whisky* y tres de tabaco americano.

—¿Qué marcas? —preguntó el Largo.

—Dyc y Camel.

—¿Dyc?

—Largo, lo tuyo no es el Ritz.

—Quedamos en que fuera escocés.

—Todo viene de allí.

El Largo sacó una botella y comprobó que los tapones estuvieran precintados.

—No he añadido agua.

—Claro, para no rebajar la calidad —el Largo le dio un fajo de billetes—.

No los cuentas en la calle.

—Por supuesto que los cuento.

—Felipe, sube las cajas.

—Un momento —dijo Andresín mientras contaba los billetes.

Felipe permaneció de pie con dos cajas de *whisky* en las manos.

—Aquí falta dinero.

—Normal, ya imaginaba que me traerías un *whisky* casposo.

—No hay trato.

—Andresín, no le he dicho al comisario dónde he encontrado las carteras. Eso también tiene un precio.

—¿Cada vez que te traiga un cargamento tienes que hacerme lo mismo?

—La deuda ya ha quedado saldada, pero para el próximo quiero Chivas de doce años. Ayúdanos a subir las cajas.

—No soy tu mayordomo.

—No podemos hacer viajes de acá para allá a la vista de todos. Hay municipales.

De mala gana, Andresín cogió dos cajas y dos más el Largo. Las dejaron en el rellano del primer piso.

—Lárgate, Andresín, no quiero que te vea el Messié. No le caes bien. Y recuerda que el *whisky* tiene que mejorar.

—El precio también. No te lo traeré hasta que no me pagues.

—Necesitamos más. ¿Cuándo lo tendrás?

—La semana que viene. Ah, y ven a mi local a recogerlo o te cobraré el transporte.

—Escucha —se le encaró el Largo—, ¿sabes que te puedo joder el negocio?

—¿Mamándosela al comisario?

—No, comprándolo directamente en el puerto.

—Si pudieras ya lo habrías hecho.

—Te equivocas. Me gusta que todo el mundo se gane la vida.

—¿Pagándome la mitad?

—Todavía habrás ganado el cien por ciento.

—El que se arriesga soy yo.

—Merece la pena pagarte más para no oírte —le despidió el Largo.

—Sabias palabras.

Andresín bajó por las escaleras, el Largo metió la llave en la cerradura, pero fue el Messié quien abrió la puerta desde dentro.

—Lo he visto por la ventana. ¿Qué es eso?

—*Whisky* y tabaco.

—Felipe, entra las cajas. Largo, ven a mi despacho.

El Largo le dijo a Felipe dónde tenía que dejarlas.

—¿Estás como una regadera? —exclamó el Messié levantando los brazos—. ¿Otro lío? ¿Con Andresín, que tiene una foto en todas las comisarias? ¡Madura de una vez!

—Cálmate, que te cuesta pensar. Siéntate y ponme un *whisky* —el Messié hizo amago de salir del despacho—. El de Andresín, no. Es para la clientela.

—Siempre vienes a beber a mi despacho. Mama del tuyo.

El Largo se sirvió de una botella que el Messié escondía en el primer cajón de la mesa.

—Mira —dijo después del primer trago—, es un buen plan, tenemos que despistar a Tordera con multitud de actividades. Con todos nuestros negocios, ¿por qué deberíamos atracar un banco? El comisario pensará, con lógica, que si nos va bien no nos interesa arriesgarnos con un golpe que nos podría hundir

la empresa y hacer que nos cayeran un montón de años en la cárcel. ¿No lo ves?

El Messié no dijo nada.

—Ya veo que me entiendes. Si no fuera así me habrías dicho de todo.

—Me molesta que tomes decisiones por tu cuenta. Es fundamental que estemos coordinados, que Paul y yo sepamos las cosas antes de hacerlas. Cualquier cosa.

—Lo que realmente te molesta es que ponga en duda tu condición de jefe.

—En el caso del Intrans lo soy. En eso y en todo lo que lo rodea.

—Es decir, que a pesar de mi contribución extraordinaria en el asalto soy un mierda.

—No tan extraordinaria. ¿Quieres que cambiemos de papeles?

—¿No habíamos quedado en que soy demasiado alto, demasiado visible? ¿Quién da la cara en el banco? ¡Yo! Pues soy yo el que más arriesga.

—Todos arriesgamos.

—Perfecto. Lo único que pido es que me lo reconozcas.

—Hostia, de acuerdo. Pero quiero saber qué pasos das.

—Muy bien, ya sabes que compro tabaco y *whisky* de contrabando.

—¿Qué *whisky* has comprado?

—Chivas de doce años.

—Y una mierda te ha traído Andresín eso.

—Se ha equivocado y ha traído el Dyc, pero la semana que viene tendremos del otro.

—¿Dyc? Eso no se lo bebe ni la cabra de la Legión.

—Lo serviremos gratis —el Largo tomó un trago—. Tengo otra idea.

—¿Otra?

—¿No me has dicho que te lo consulte?

—¿Ya la has llevado a cabo?

—Esta noche.

—¡Me cago en la puta! Te acabo de decir que tenemos que trabajar en equipo y me sueltas...

—Es muy buena —le interrumpió el Largo—. Tanto que me felicitarás.

—Vomita y no te mames la polla.

—He contratado a una amiga para que se lleve a la cama al director del Intrans.

—¿Y la tía...?

—No sabe nada. Ni siquiera quién es. Le he dicho que es un tío que me molesta.

—¿Y si al tío no le gustan las mujeres?

—Te lo tiras tú. Oye, tendremos un dossier del pollo con unas fotos que serán un primor.

—A Paul le gusta tenerlo todo controlado.

—¿Qué pasa? ¿Somos idiotas sin ideas?

—No le conoces. Nos armará una buena.

—No se lo digas.

—Anda que no. Mañana mismo le llamo por teléfono. Largo, te has reunido con Tordera, te has metido en asuntos de contrabando y ahora quieres embaucar al director.

—Lo primero lo sabe Paul, lo segundo no tiene importancia y lo tercero es tan bueno que solo se me podía ocurrir a mí. Soy yo quien tiene el trato con el director, le conozco y sé cómo pillarle. Llama a Paul, ahora. A ver si tiene cojones de decir que no lo haga.

El Messié dudó unos segundos con la mano sobre el teléfono.

—¿Has dicho esta noche?

—Sí. Vendrán ella y el director.

—¿Juntos?

—¿Te has vuelto idiota? Aún no se conocen.

—Prefiero no decirle nada a Paul.

—Bien hecho. Debemos tener iniciativa propia.

—Ahora bien, si la cosa va mal le diré que no lo sabía —amenazó el Messié.

—La rata abandona el barco, pero, si la idea funciona, ¿dirás de quién ha sido?

—¿Te parece bien tu puta madre?

—Todo queda en casa.

El Largo dio media vuelta para salir del despacho.

—¡Largo! —el grito del Messié se oyó en todo el local—. No lo volveré a decir: quiero saberlo todo. Por cierto, ¿ya sabes en qué sitio se verán y cómo harás las fotos?

El Largo volvió a la mesa.

—Estoy en ello, sin prisas. Aún no se conocen. Sería demasiado sospechoso que se lo ligara la primera noche. El único tío que canta bingo en la primera cita soy yo. Y ahora quiero oír como dices: Largo, qué bueno eres.

—Largo, vete a tomar por culo —el Messié en voz baja, casi inaudible, dándole la espalda.

Dolores llegó al garito. No había casi mujeres, así que algunos hombres la miraban hasta que se acostumbraron a su presencia, como se habían acostumbrado a las crupieres. A pesar de todo, según las indicaciones del Largo, vestía de una forma que no llamaba la atención, aunque las ojeadas lascivas eran inevitables. Era alta y de físico estilizado.

El Messié llamó al Largo, que salió a la sala y, con un gesto de la cabeza, le señaló a Dolores en qué mesa de *black jack* tenía que jugar. Pero antes el Largo le susurró algo al oído a una crupier. Dolores cambió el dinero por fichas y se sentó en uno de los taburetes de la mesa a la que enseguida acudió la crupier. Jugaron una contra otra.

Aproximadamente media hora después apareció el director. El Largo le recibió como un cliente vip. Le presentó al Messié. Mi socio, le dijo. Le pidió disculpas: tenía que tratar un asunto en su despacho. El Messié le enseñó el local.

El Gordo García esperaba al Largo.

—Gordo, ahora, cuando vuelvas a la sala, verás a un señor bien vestido acompañado por el Messié. Necesito su cartera.

—¿Y el Messié?

—Le distraerá para ti. Ya lo sabe.

El Gordo tardó diez minutos en llevarle la cartera. El Largo anotó la dirección del carnet de identidad. Echó un vistazo a la foto familiar, con una mujer y dos niños ante una barbacoa campestre.

—Dile que se le ha caído —dijo el Largo devolviéndosela—. Que no se pierda nada por el camino.

El Gordo García esbozó un gesto de preocupación.

Al cabo de un rato el Largo se reunió con el Messié y Pierre, el director del Intrans.

—Disculpa, pero me quedaban asuntos contables pendientes y tenía que cuadrarlos.

—Mucho gusto —el Messié se despidió de Pierre—. Ahora soy yo quien tiene que ocuparse de otros asuntos. Le desearía suerte, pero el garito es mío.

—¿Te gusta el local? —le preguntó el Largo.

—Sí, tiene de todo. Y parece de confianza.

—¿Por qué lo dices?

—Un cliente acaba de darme la cartera.

—¿Cuál?

—Uno muy gordo.

—Ah, claro. Es uno de nuestros vigilantes. Puedes estar muy tranquilo. Mira, también tenemos cámaras —el Largo señaló un rincón del techo—. Tenemos éxito porque somos honrados.

—Pero el local es ilegal, ¿no?

—Pongamos que tolerado.

—¿La policía no dice nada?

—En confianza, Pierre. La policía es nuestra aliada. Si vemos a un individuo que no nos gusta, se lo comunicamos enseguida.

—Ya lo entiendo, como un *quid pro quo*.

—Más o menos. Nos ayudamos para mantener el orden. ¿Quieres jugar?

—Sí.

—Te aconsejo... a ver... Ve a aquella mesa donde solo hay una mujer.

—¿Quieres decir que allí ganaré? —sonrió Pierre.

—Pruébalo —el Largo, con complicidad.

Pierre se sentó al lado de Dolores. No obstante, la crupier le dijo que tenía que cambiar el dinero por fichas.

El Gordo García, que estaba al acecho, se presentó allí.

—No hace falta que se moleste, señor, yo mismo le traeré las fichas.

Pierre le dio las gracias. El Gordo inclinó levemente la cabeza, no estaba acostumbrado a que nadie le agradeciera nada.

El Largo llamó la atención de todo el mundo haciendo sonar una cuchara en un vaso de tubo.

—Señores, barra libre para todos. A partir de hoy se podrá beber alcohol. Con prudencia, eso sí. Como es el primer día, invita la casa.

En una barra provisional instalada en el mismo rincón donde estaba la cámara falsa del techo que le había enseñado a Pierre, Felipe empezó a llenar una hilera de vasos con muchos cubitos, para diluir el Dyc. Todo el mundo acudió.

—Tú no, Pierre —dijo el Largo—. Ahora te traerán uno que alimenta más.

—¿Usted no bebe, señorita? —preguntó Pierre a Dolores.

—No tomo alcohol, gracias.

—¿Y un cigarrillo?

—Se lo agradezco, pero me sienta mal.

—¿Le molesta que fume?

—En absoluto. Su acento... ¿Es extranjero?

—Francés. ¿Conoce París?

—Es una pena, pero aún no he ido.

—No me importaría enseñársela.

Dolores dibujó una sonrisa tímida, como turbada por un ofrecimiento inesperado.

—Si coincidiéramos allí, quiero decir —lo enmendó Pierre con delicadeza.

—Claro, claro... —Dolores, todavía algo apocada.

El Gordo García le trajo a Pierre las fichas y un *whisky* sin cubitos.

—Gracias, es usted muy amable.

El Gordo no supo responder, con el agobio que llevaba. Incluso lamentaba haberle robado temporalmente la cartera.

El Largo le deseó suerte y se fue al despacho del Messié.

—Me parece que este tío es un picador de primera. Ya la ha invitado a visitar París.

—¿Preocupado por si te quitan el título de bragueta más rápida del país?

—Va muy embalado, pero Dolores sabe lo que tiene que hacer.

—Eso espero.

Pocos minutos antes de las tres de la madrugada, Felipe desalojó a los clientes que aún quedaban en las distintas salas. Algunos se resistían con la excusa de querer recuperarse. No entendían aquel refrán autóctono que aconsejaba que vale más perder que perder más. Dolores se había ido a las doce. Al día siguiente tenía que trabajar, le dijo a Pierre, que la acompañó hasta la puerta y volvió de inmediato al juego. Esta vez lo hizo en la sala de póquer, aunque el *black jack* le había proporcionado beneficios con licencia de la casa. Una hora después se despidió del Largo.

—Me voy, que a las ocho de la mañana tengo que ir al banco.

—El director debe dar ejemplo.

—Así es.

—¿Has ganado?

—Casi cinco mil pesetas —dijo Pierre sacándose los billetes del bolsillo.

—Excelente noticia.

—Lo he pasado muy bien.

—Incluso has hecho amistades —el Largo le guiñó el ojo.

—Bueno... sí... era una chica muy simpática.

—Suele venir todas las semanas.

—Me ha dicho que vendrá el jueves. ¿La conoces?

—Sí, es muy educada y discreta.

—¿Sabes si está casada?

—No lo creo. Siempre va sola.

—No me he atrevido a preguntárselo.

—Todo un caballero. Así pues, te espero el jueves, ¿no?

—Me parece que vendré —sonrió el francés.

—Seguro que lo harás, tienes mucha suerte en el juego... y con las mujeres. Quizá seas el primero que burla el refrán. Buenas noches, Pierre.

El Largo le abrió la puerta, estrechó su mano y se dirigió al despacho del Messié.

—Volverá el jueves —informó el Largo.

—¿Ha quedado satisfecho?

—Mucho, sobre todo por haberla conocido. Y tú, ¿lo estás?

—Veremos cómo acaba todo.

—Pues yo lo estoy tanto que voy a tomarme una copa con el Gordo.

—No deberíais ir juntos por la calle. Y en nuestra situación no deberías beber tanto. El alcohol provocará que hables por los codos.

—Yo no bebo tanto.

—Ningún borracho se ve la joroba.

—Déjate de paranoias y relájate, Messié. Todo funciona como un reloj suizo.

El Largo llamó al Gordo García.

—Gordo, nos vamos de copas. Has hecho un buen trabajo y ahora te lo pagaré.

—¿Quién era el de la cartera? —preguntó el Gordo mientras bajaban por las escaleras.

—No seas *dotor* —salieron a la calle—. Qué gusto respirar el aire a estas horas de la noche —dijo estirando los brazos y aspirando profundamente.

—¿Adónde vamos?

—Al Corral de la Pacheca.

—¿A pie?

—Te conviene caminar.

Se fueron en dirección a la Gran Vía Marqués del Turia.

—Gordo, ¿nunca has pensado en ponerte a dieta?

—Todos los días, pero cuando lo intento paso mucha hambre. Pasé tanta cuando era niño... Tendrías que haberme visto cuando hacía la mili. Pesaba sesenta kilos.

—¿Y ahora?

—La última vez que subí a una báscula, noventa y dos.

—Trúcala.

Atravesaron la Gran Vía. Al Gordo García, que jadeaba, le costaba seguir los pasos del Largo.

—Gordo, ¿no sabrás por casualidad qué significa *quid pro quo*?

—Tiene pinta de ser alemán, ¿no?

—Ni puta idea.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Esta noche me lo ha soltado un fulano.

—Habérselo preguntado.

—Hombre, si lo preguntas quedas como un tío sin formación cultural. Intellectualmente hablando dejas de encajar.

—Es que yo soy más de lo manual.

—Gordo, la cultura y los idiomas abren la mente.

—¿Tú sabes idiomas?

—Una palabrita por aquí y otra por allá. Me defiendo.

—¿En inglés también?

—Y tanto: plis.

—¿Plis y qué más?

—Plis a secas. De latín sé unas cuantas cosas más. —El Largo se detuvo en seco, pensativo. El Gordo lo agradeció—. Hostia, claro, el *quid pro quo* es latín —el Largo retomó la marcha.

—¿Ese tipo te hablaba en latín?

—Cagoenlaputa, Gordo, desde la época de don Pelayo que nadie habla latín en Valencia. Lo que pasa es que los individuos de nivel se adornan con latinajos. Tú, por ejemplo, dices: mañana me voy a trabajar *sine qua non*.

—¿Qué significa?

—Más o menos que no tienes más cojones que trabajar.

—Largo —el Gordo, resoplando—, yo no tengo más cojones que descansar. Vas muy deprisa y tengo flato.

—Venga, un minutito.

El Gordo García apoyó la espalda contra la pared de un edificio, junto a un portal. El Largo se encendió un cigarrillo.

—No te des la vuelta —dijo el Gordo, asustado, casi con la voz rota, con las palabras entrecortadas.

—¿Qué pasa?

—Cincuenta metros por detrás de nosotros, en la otra acera, están el comisario Tordera y su ayudante, Marcelino. Disimula, no te des la vuelta.

—Ya te he oído, hostia —molesto, el Largo—. Te siguen a ti. ¿Has dicho algo del robo del chalet?

—¿Yo? ¡Ni pensarlo!

—¿Estás seguro de que nos siguen?

—Segurísimo. Ahora se han puesto de espaldas. Míralos.

—No. Tenemos que despistarlos. Venga.

—¡No puedo más!

—En la otra calle conozco un local. Venga, que son dos minutos.

Fueron cinco. Entraron en el Palacio del Chulo.

Enseguida el Largo buscó al propietario, que servía una copa en el extremo interior de la barra.

—Miki...

Miki llevaba los labios pintados de un rojo violento y los ojos con un toque morado.

—Hola, Largo, qué raro verte por aquí.

—Espero tener la reputación intacta cuando me vaya. Oye, si entran dos individuos preguntando por mí, no me conoces o no me has visto.

El *pub* discoteca estaba lleno de hombres de todas las edades. Unos eran homosexuales, otros chaperos redondeando el jornal. La mayoría bailaba en la pista. El Largo cogió de la mano al Gordo. Pero, antes, le dijo a Miki que pusiera música más lenta.

—Conozco tus gustos —respondió Miki pestañeando.

Sonó *Proud Mary* de Creedence Clearwater Revival.

Tordera y Marcelino entraron. Miki fue a recibirlos. El comisario observó el local, primero con tranquilidad y luego con franca alarma.

—Marcelino...

—Dime, Tordera.

—¡Este local es de maricones!

—Y de chaperos. Es el Palacio del Chulo.

—¿Lo conocías?

—¡No, hombre, no! Pero es obvio. Casi tiene fama mundial.

Miki se presentó:

—¡Holaaaa! Me llamo Miki, ¿en qué puedo ayudarles?

—Lleva los labios pintados —el comisario a Marcelino, como una queja.

—Tordera, vamos al grano.

Para el comisario, aquel fue el momento en que dio comienzo el hundimiento de la civilización. Marcelino le rescató de sus pensamientos.

—Tenemos que buscarlos —le apresuró el ayudante.

Tordera hizo de tripas corazón y se decidió a preguntar a Miki:

—Acaban de entrar dos individuos, uno alto y delgado y el otro de mediana estatura y gordo como un tonel —dijo con voz firme.

—Aquí entra mucha gente.

—¿A estas horas? ¿Sabes con quién hablas? —lo dijo con orgullo. Tordera le enseñó la placa—. Si te haces el sueco te cierro el local.

Marcelino asió por los hombros al comisario y en voz baja le dijo:

—Comisario, este local es legal.

—¿De maricones y es legal?

—Sí.

—Últimamente he visto más que en cuarenta años.

Miki sonrió tras invitarlos a pasar y volvió al interior de la barra. El comisario y Marcelino decidieron dar una vuelta por el local.

El Gordo García y el Largo estaban en el centro de la pista, buscando confundirse con el personal.

—Señora, ¿bailamos?

—Señorita —le corrigió el Gordo.

El Largo seguía con la mirada a los otros dos. Cogió al Gordo por la cintura.

—Gordo, acércate más.

—¿Más aún?

—Como todos. Ponte un poco empalagoso.

Tordera y Marcelino, a pesar de la oscuridad, buscaban por las mesillas. Sin querer, Tordera tropezó con el torso de un joven amorrado entre las piernas de otro. El joven levantó la cabeza.

—¡No molestes!

—El carnet —exigió Tordera.

—¿Por qué?

—Por hacer el marrano en un lugar público.

—Es un local privado —se defendió el joven.

—Tordera, déjalo estar —Marcelino se lo llevó—. Centrémonos en dar con ellos.

—¡Desgenerados! —se indignó Tordera.

—Degenerados, Tordera. Sobra la ese —le corrigió Marcelino.

—Lo que sobra son marranos.

En la pista de baile:

—Gordo, ¿te has empalmado?

—Yo... yo... Son las llaves.

El Largo bajó la mano hasta la bragueta del Gordo García y la palpó.

—Cabrón, tienes la polla como la pata de una mesa.

—Ha sido un acto reflejo. La oscuridad... el ambiente...

—Échate atrás que aún me dejarás preñado.

Miki se les acercó:

—Largo, me has traído a la policía.

—Han venido voluntariamente.

—Sea como sea, tenéis que largaros.

—¿Cómo?

—Por la puerta. No os queda otra. Aprovechad ahora que están buscando al otro lado del local.

Ambos siguieron a Miki. Antes de subir por las escaleras que llevaban a la salida, el dueño echó un vistazo al local.

—¡Ahora!

Con rapidez, el Largo y el Gordo García salieron a la calle.

—Gordo, aquí está pasando algo raro.

—Ya te he dicho que ha sido un acto reflejo.

—No hablo de tu polla de burro. Que a las tres de la mañana estos dos vengan siguiéndonos no es normal.

—Yo creo que te están vigilando a ti. La pregunta es por qué.

—¿Qué insinúas?

—Yo no soy tan importante. A mí no me han seguido nunca.

La deriva de la conversación no interesaba al Largo. El Gordo iba un par de pasos por detrás de él, sin dejar de jadear.

—Por favor, Largo, no corras tanto. Me dará una angina de pecho.

—Con tus tres patas tendrías que volar.

El Largo se volvió. Ni rastro de los dos policías. Aminoró.

—Gordo, ¿estás seguro de que no eres de la acera de enfrente? No pasa nada, soy un tío muy comprensivo. Es curiosidad. Eso del acto reflejo... A mí no me ha pasado.

—No lo sé... habrá sido cosa de los nervios. Pero volvamos al tema de Tordera.

—Ya lo averiguaré. Ahora coge un taxi y descansa —se lo dijo porque venía uno. El Largo levantó la mano. A trompicones, el Gordo García se embutió en el vehículo—. Adiós, cariño. Cuídate.

El taxista, con orejas de soplillo transparentes y un cigarrillo en los labios, se dio la vuelta para mirar al Gordo, rojo como un tomate, y le dijo:

—Tranquilo, hace veinte años que hago el turno de noche y estoy acostumbrado a encontrarme con toda clase de depravados.

Mientras tanto, en el Palacio del Chulo, cuando Tordera y Marcelino se cansaron de buscar volvieron a hablar con Miki.

—¿Ha tenido suerte, comisario?

—Sé que han entrado aquí. Lo hemos visto.

—¿Ha mirado en los lavabos?

—Todavía no.

—Tordera —intervino precavido Marcelino—, será mejor que lo dejemos.

—¿No quieren tomar una copa? Invita la casa.

—Preferiría un vaso de sulfumán —Tordera, despreciando con un gesto de la mano—. Oye, he visto cosas que darían para cerrarte el local si preparo un informe. En aquella esquina de las mesitas están todos mamándose.

—No veo nada.

—Esto es una cuadra y si no me dices si han entrado poco antes que nosotros cada noche te enviaré una inspección.

—Pero, hombre, yo no puedo controlar lo que hacen los clientes.

—¿Han entrado o no, dos individuos tal como te he descrito?

—Sí, señor. El Largo y el Gordo García.

—Hombre, hombre, hombre... Por fin has recuperado la memoria. ¿Y se puede saber por qué no me lo has dicho antes?

—Porque los he visto cuando se iban. Solo un instante, cuando salían por la puerta. Aquí no dejo que entren delincuentes.

—¿Y todos estos qué son? —el comisario señaló con un dedo el local.

—Homosexuales —Miki, con orgullo.

—¡Haciendo marranadas!

—Desde aquí la barra eclipsa todo lo demás. Mire, cuando vuelvan el Largo y el Gordo le aviso inmediatamente.

—No volverán, no son maricones.

—Homosexuales —le corrigió el ayudante.

—Marcelino, no me toques tú también los cojones.

—Nos podría denunciar por insultos —le dijo al oído Marcelino.

—¡Dónde hemos ido a parar, maricones denunciando a la policía!

Las ocho de la mañana. El timbre del teléfono en la habitación del Largo, por inusual, tenía el aire de un desastre anunciado. Tras algunos torpes intentos, por fin encontró el aparato, todavía con un adormecimiento que le arrastraba hacia el sueño.

—¿Sí? —con voz ronca.

—Parece que has dormido poco.

—Identifícate.

—Tordera, el comisario jefe Tordera. ¿Es que no me conoces?

—Y yo soy Bond, el Largo Bond.

—Largo, malnacido, no me faltes al respeto. Que tengamos un acuerdo no te otorga licencia para el gamberrismo.

—Disculpe, no le había conocido.

—¿Dónde estabas anoche?

—En el garito, como siempre —se despertó de inmediato, pero todavía con la voz casi quebrada.

—¿Y luego?

—Tomé una copa en un local de bujarras.

—¿Y cómo es posible que yo no te viera?

—Había muchos aficionados.

—A uno le conozco. Tenías por pareja al Gordo García. Él y tú entrasteis porque sabíais que os seguíamos. ¿Es así?

—No, no... —el Largo se incorporó contra el cabecero—. Entramos en el Palacio del Chulo por error, de ahí que nos fuéramos enseguida. ¿Por qué nos seguía?

—Porque sospecho que no me lo cuentas todo. Mi pájaro preferido pía poco. Tenemos un trato y unas condiciones que me harán darte un disgusto si no me son favorables.

El Largo resolló aturdido por las horas que eran y por el sobresalto que le había provocado el *ring* telefónico.

—Palabra, no sé más de lo que le he contado. Precisamente quedé con el Gordo para sonsacarle información. Él es la clave de todo y me lo trabajo poco a poco.

—¿Y qué hay de lo mío^[1]?

—Nada. El Gordo tuvo una lipotimia.

—A lo mejor se metió en la boca algo indigesto.

—No está bien, comisario. Le sobra peso. Se lo ha dicho el médico.

—Pues que vaya aligerando con todo lo que sabe. ¿Lo has entendido? Mañana quiero novedades.

El comisario colgó.

El Largo se sentó en una esquina de la cama. Mateu, un perro perdido que rondaba por la zona y al que había acogido, entró en la habitación y se tendió a sus pies. Le acarició la testa mientras reflexionaba sobre la extraña actitud de Tordera, siguiéndole a horas intempestivas. No vigilaba al Gordo García, de eso estaba seguro. El asunto de las carteras ya estaba resuelto y no quedaba nada pendiente con él. Tampoco sabía de la implicación del Gordo en el chalet. ¿Le habrían dicho que iba cada día al Intrans? ¿Y qué? De momento aquello no tenía ninguna importancia. Si el comisario, por otra parte, se hubiera enterado de la reunión con Marc Sendra se lo habría dicho. Los periodistas le sacaban de quicio y querría averiguar el porqué del encuentro. Se levantó, se duchó y se preparó el desayuno siempre con el perro detrás. Reconocía a su dueño, pero apenas le veía. A Mateu, le conocía más la mujer de la limpieza que él.

El comisario Tordera y el subcomisario Marcelino esperaban en la antesala del despacho del gobernador civil. Tenían cita a las nueve de la mañana. Ambos vestían de punta en blanco. Tordera estaba un poco nervioso. Para él, sobre todo, era una reunión importante, la primera que tenía con un nuevo cargo político que podía decidir su futuro profesional.

—Tordera, acuérdate de presentarme como Marcel-lí. Las formas son fundamentales.

—Marcelino... o Marcel-lí... Estos lo saben todo de nosotros. ¿No crees que quedará impostado?

—Tal vez, pero valorarán el esfuerzo de adecuarnos a la nueva administración.

—Entendido. ¿Y qué más? Veo que te has puesto al día.

—Al antiguo régimen lo llamaremos «dictadura».

—O «franquismo». Ellos lo dicen —el comisario se repantigó en el sofá—. ¿Sabes? No tengo todos los cambios en la cabeza. Además, Marcelino...

—Marcel-lí. Tienes que acostumbrarte.

—Además, están desorientados. No creo que tuvieran pensado gobernar tan pronto. También ellos nos necesitan. No saben a quién recurrir. Aportamos experiencia.

—De ciertas experiencias es mejor ni hablar.

—¡Hombre, no hemos trabajado en la Brigada Político-Social!

—Pero también hemos repartido alguna hostia.

—A cualquier cosa la llaman tortura. ¡Qué delicados!

—Hay que ser muy escrupulosos. Incluso podríamos quejarnos de la Social, de sus métodos.

—Marcel-lí, ninguno de estos ha pasado por la Social. No son comunistas, afortunadamente. Pero tienes razón. Si hace falta, nos quejaremos de la brutalidad de la Social. Pensándolo bien, eran unos cabrones.

—Y cobraban más.

—Y tenían gratis todos los *cabarets* y restaurantes.

—Y...

—Señores —un joven con un traje marrón claro de pana, gafas de carey redondas y barba se presentó—. Me llamo Agustí Vendrell. Soy el secretario del señor gobernador. Usted debe de ser el comisario Tordera, ¿no?

—El mismo.

—Y usted Marcelino...

—Marcel-lí —corrigió enseguida Tordera.

Siempre igual, pensó el comisario, cada uno pretende ponerse a la altura del otro y todo se desequilibra. No estaba seguro de ir cambiando el vocabulario, aunque ellos también lo hicieran. Todo el mundo se esforzaba por resituarse.

—Pasen al despacho, por favor.

—Gracias, señor Agustí —dijo Marcel-lí a un pelo de llamar compañero a un funcionario que tenía pinta de no haber visto una fábrica del gremio de la metalurgia ni en foto.

El gobernador civil era un individuo de estatura estándar y barriga prominente, rozando los cincuenta años con entradas visibles en las sienas. Se levantó de inmediato para saludarlos, circunstancia que sorprendió gratamente al comisario, como también la gran foto del rey Juan Carlos I, retratado con el traje de faena, de militar, quizá el mismo que había llevado el 23-F.

Habituado a la foto de Franco, también de militar, en Tordera el hecho de que el gobernador les recibiera sonriendo y con la mano tendida produjo un efecto tan deleitoso que de repente se sintió tranquilo, como en casa.

—Señor Tordera, ¿cómo está?

—Muy bien, señor gobernador. ¿Y usted?

—Estupendamente.

—Le presento a Marcel-lí, mi ayudante.

Otro apretón de manos.

—Por favor —dijo el gobernador señalando dos butacas. Dio media vuelta y se sentó en su sitio—. ¿Conocía el despacho?

—Sí... bien... vine una vez a ver al gobernador don José Martínez Zubiría de la Riva, que en paz descanse.

—Que en paz descanse —repitió el gobernador sin mucho entusiasmo—. Le contaré un secreto —aquello prometía—. Era tío de mi mujer.

—Son una familia muy completa —dijo Tordera.

Marcel-lí se agitó en su asiento.

—En efecto, tenemos de todo. —Ansioso por ir al grano, el gobernador inclinó la cabeza para consultar los folios de una carpeta, ocasión que aprovechó Marcel-lí para golpear la rodilla izquierda de Tordera, como una advertencia de que controlara el entusiasmo verbal—. Bien, aquí tengo las estadísticas actualizadas —sin perder la sonrisa. Los demás, a la expectativa—. He comprobado con satisfacción que en los últimos meses ha bajado la criminalidad. Enhorabuena.

—Gracias —los dos a la vez.

Tordera:

—Nuestra prioridad es la seguridad de los ciudadanos.

—La nuestra y la de nuestros colegas —añadió Marcel-lí.

—Pero... —el gobernador levantó una mano con la vista clavada en los folios—. Pero hay una pequeña anomalía, señor Tordera.

—¿Cuál?

—Según observo en la estadística, existe un incremento significativo de la criminalidad —qué obsesión con la palabra criminalidad, pensó Tordera, como si hubiera asesinatos cada día— respecto al año 1981, es decir, que en un año ha aumentado en un veinte por ciento. Tenemos que mejorar los resultados progresando como en estos últimos cuatro meses.

—Mire, señor gobernador —respondió Tordera—, en un año ha aumentado la población, es obvio que cuanto más personal, más delincuencia. Además, también ha aumentado el paro y eso incide en las estadísticas.

—Es algo lógico, pero el crecimiento demográfico no justifica el aumento de la criminalidad. Tampoco es tan significativo. En cuanto al paro, los socialistas tenemos planes para reducirlo.

De repente, al comisario se le pasaron por la cabeza los chaperos del sendero del Saler, pero en el acto rechazó la imagen.

—Supongo —continuó el gobernador— que tendrá un plan para reducir la criminalidad.

—¡Por supuesto, señor gobernador!

—Ah, ¿trae el informe?

—Todavía no lo he redactado. Lo tendrá en la mesa dentro de unos días.

—¿Me podría adelantar algo?

Si algo no figuraba entre las virtudes de Tordera, y menos aún por escrito, era la capacidad de análisis. Por eso se decidió por un ejemplo:

—Anoche, Marcel-lí y yo montamos guardia personalmente hasta altas horas de la madrugada para controlar a un par de individuos.

—¿No tienen personal que desempeñe esas funciones?

—Sí, pero hemos querido hacerlo nosotros. Si hace falta, no se nos caen los anillos por pasar la noche en vela. Sospechamos que es importante.

—¿De qué se trata?

—Aún no lo sabemos, pero hemos detectado detalles y estamos recapitulando, procurando que encajen las piezas del rompecabezas.

—Pero ustedes no pueden dedicarse a esas tareas. Al día siguiente estarán agotados.

En realidad no confiaban en sus colegas. En la central se libraba una lucha abierta entre comisarios candidatos a dirigirla.

—Solo ha sido una noche —intervino Marcel-lí— para poder establecer un plan que seguirán los subordinados.

—Así es —corroboró Tordera.

—¿Necesitan más efectivos? Me da la sensación de que hay suficientes. En ese aspecto no me han pedido nada.

—No, andamos bien de efectivos. A lo mejor algún vehículo camuflado...

—¿Cuántos?

—Dos, tres... cuatro.

—Envíeme un informe.

Otro informe. Por suerte, Adelina, una secretaria veterana, sabía redactarlos.

—Por otra parte —prosiguió el gobernador civil—, somos conscientes de su provisionalidad en el cargo, señor comisario —el gran momento que esperaba Tordera—. El nombramiento de un cargo tan importante no es algo que se lleve a cabo de un día para otro —querían resultados—. Tenemos que

asesorarnos para elegir a la persona adecuada, dado que hablamos de una gran responsabilidad.

—Enorme, la responsabilidad, aunque es un honor asumirla. Señor gobernador, se lo digo con toda la humildad de la que soy capaz: tengo una gran experiencia.

—Lo sé, pero hay muchos aspirantes. De hecho, contamos con sugerencias de comisarios de otras provincias.

¿De otras provincias? Pero ¿no habíamos quedado en que éramos una autonomía? Reflexión, ahora, de Marcel-lí.

—Lo entiendo, tienen que elegir al mejor. Pero, mientras tanto, quisiera pedirle un favor.

—Dígame, señor Tordera.

—¿Podría nombrarme oficialmente provisional?

—No acabo de entenderle.

—Pues que si hiciéramos un nombramiento en la intimidad, aunque fuese provisional, por ejemplo, en mi despacho, con su presencia, el cargo tendría, como mínimo, algo de institucional, cosa que provocaría un efecto positivo sobre el resto del colectivo, al que es un honor dirigir.

Tordera tuvo una ocurrencia genial. Si le nombraban, aunque fuese a puerta cerrada, él se encargaría de filtrarlo a la prensa. ¿Cómo osaría el gobernador, pasados unos meses, destituirle? Eso implicaría una crisis institucional, titulares en la prensa y un mal asunto para el gobernador, que se vería obligado a dar explicaciones, y que necesitaba, siendo nuevo en el cargo, poco ruido.

—Oiga, eso no puede ser. Existen normas burocráticas que debemos respetar. Un cargo provisional es provisional hasta que deja de serlo. No tendría ningún sentido, administrativamente, lo que usted propone.

—Yo lo decía por lo de la autoridad. Parece que un cargo provisional no tiene la fuerza de uno oficial y...

—¿Me permite, señor gobernador? —Marcel-lí, echándole una mano al confuso Tordera.

—Adelante.

—Bastaría con que nos hiciera una visita.

—Una visita no oficial, querrá decir.

—Exacto —Tordera—. Un apoyo simbólico. En fin, de cortesía. Sin prensa.

—No lo sé... Tengo que pensarlo.

—Levantaría el ánimo a todo el mundo. Los cambios, por leves que sean, siempre acarrearán inseguridad, desorientación.

Y todo el mundo sabría que, extraoficialmente, Tordera era el hombre que, a medio plazo, resultaría elegido, circunstancia que pondría fin a las intrigas que tanto le molestaban.

—Lo del ánimo es de suma importancia —añadió el ayudante—. La policía, por los años de la dictadura, no está bien vista popularmente. Si usted, socialista y demócrata, viene y saluda a todo el mundo, será un gesto muy apreciado, como si se sintieran reconocidos por la nueva autoridad.

—Me lo pensaré.

Por supuesto que lo pensaría. Procuraban no dar ni un paso en falso. ¡Les faltan cojones, determinación de autoridad! Tordera estaba interiormente indignado.

—Se lo reflexiona —le dijo—. Le aseguro que es una buena estrategia.

El gobernador civil no estaba convencido. Pese a la poca experiencia que los socialistas tenían en la administración, si acudía a la central, con la lucha entre jefes que se libraba allí, crearía un mal precedente confirmando la provisionalidad del comisario Tordera; por no mencionar que, con toda probabilidad, se filtraría a la prensa. No tenía muy lejos a quienes se ocupaban de las filtraciones. La mayoría de los funcionarios provenían del régimen franquista.

—Poco a poco, señor comisario. La prioridad es que mejoren las estadísticas.

El gobernador se levantó súbitamente del asiento (parecía una consigna del partido recibir a la policía y al ejército con buena cara, como si transmitieran el mensaje de un cambio tranquilo; que apenas se note que gobiernan los socialistas).

Les dio la mano con energía y llamó a Agustí para que los acompañara, tal como solía hacerse con las personalidades importantes.

Agustí Vendrell volvió impaciente al despacho.

—¿Qué tal ha ido?

—Lidiando como he podido. Me han confirmado sin decírmelo la lucha interior de la central. Querían que hiciera una visita particular.

—¡Ni lo sueñes!

—Para que no me dieran la tabarra le he dicho que me lo pensaría. Nos hacen falta, Agustí. Además, estamos entre la espada y la pared. Los demás candidatos son iguales, todos vienen del franquismo.

—Son problemas previsibles. En Portugal lo tuvieron más fácil.

—En Portugal tenían al ejército a favor del cambio. En cualquier caso, para atrapar delincuentes tampoco es preciso que hayan leído a Marx.

—Nosotros tampoco lo hemos leído.

—Pero nos hacemos una idea aproximada. ¿Qué visita viene ahora?

—La Asociación de Mutilados de la Guerra Civil. Han tenido el detalle de no venir uniformados —Agustí, con ironía.

—¡Joder, vaya mañanita! —se quejó el gobernador—. No habrá venido la prensa, ¿verdad?

—¡No, hombre, no! Pero algún funcionario cabronazo seguro que ya los ha llamado.

—No nos queda más remedio que, de momento, recibirlos a todos. Que no nos acusen de reabrir heridas. Todo sigue muy presente.

—Ah, quieren una foto contigo.

—Llama a nuestro fotógrafo y que traigan el libro de firmas. Con eso se darán por satisfechos.

—¿El libro antiguo o el nuevo?

—¡El antiguo, Agustí! No estoy para bromas.

Tordera y Marcel-lí acababan de salir del despacho cuando se toparon con la directiva de la Asociación de Mutilados de la Guerra Civil. Eran cuatro en total y permanecían sentados en un sofá a la izquierda de la antesala. Tanto el comisario como el ayudante intentaron darles la espalda nada más verlos, pero uno de ellos —de pelo canoso a lo cepillo— se levantó enseguida para saludarlos, e insistió especialmente con Tordera, que le respondió con monosílabos y a toda prisa ante Agustí Vendrell. El mutilado —no se atisbaba en él ningún problema físico— le tuteó con familiaridad y le dio testimonio de su reconocimiento.

—Sí que es mala suerte visitar al gobernador y encontrarse con esa escoria de los mutilados.

—¡Y delante del secretario! —remató Marcel-lí, ambos andando hacia el centro de la ciudad—. Seguro que ha tomado nota.

—¿Qué impresión te ha dado la visita, Marcelino?

Recuperaban la normalidad onomástica.

—Tordera, recuerda que soy Marcel-lí.

—Si te llamo Marcel-lí en la central se descojonarán. Qué manía con los nombres. Agustí, dice el secretario que se llama. Por una letra montarían un cristo.

—El mío tiene una dificultad añadida: lleva una ele geminada.

—¿¡Qué es eso, por el amor de Dios!?

—Entre ele y ele lleva un punto a media altura.

—¿En serio?

—Lo llaman «punto volado». Lo leí en una gramática valenciana que compré.

—¿Pero se pronuncia «li» final?

—Li, li, ningún problema.

—El punto volado ese no está en la máquina de escribir.

—Da lo mismo, se pone un punto bajo y funciona igual. Tampoco hace falta ser tan meticulosos.

Tanto cambio en tan poco tiempo abrumaba al comisario, en busca de un estándar de corrección actualizada.

—En fin, ¿qué te ha parecido la reunión?

—No es fácil extraer conclusiones. El gobernador no quería mojarse. Pero algo cierto hay, Tordera: hagámoslo bien y no le quedará otra que nombrarte oficialmente. No tendría excusa.

—La prensa se le echaría encima si no lo hiciera.

—La de derechas.

—No imagino a los izquierdosos de *El Camí* defendiéndome.

—Por ahora no se te han puesto en contra.

—Espérate a que la cague y verás cómo se las gasta el malnacido de Marc Sendra.

—Que, por cierto, estaba en el garito del Largo.

—Es un ludópata.

—¿Le abrimos un dossier?

—¡Bah! No serviría de nada. La mayoría son borrachos y jugadores. ¡Periodistas! No surtiría efecto en absoluto. ¡Si el Sendra es amigo de Butxana!

—Le pasa información para reportajes. Me apostaría lo que tengo en el bolsillo a que ya sabía que teníamos cita con el gobernador. Cuentan con confidentes por todas partes. Tordera —Marcel-lí, pensativo—, ¿y si el dossier se lo hacemos al gobernador?

Se detuvieron frente a una tienda de ropa. El comisario lo meditaba.

—Tenemos a gente nuestra, de confianza —añadió el ayudante.

—Es peligroso.

—Muy delicado, pero es una gran arma.

—Damos por sentado que es un vicioso de alguna clase.

—Es lo que hay que averiguar.

—No tiene pinta de serlo.

—Todos los gobernadores que hemos conocido eran puteros.

—Marcel-lí, aquellos mandaban de verdad y no tenían que dar ninguna explicación. Si les hubiéramos hecho un dossier el capitán general nos habría fusilado. Olvidémonos del dossier —Tordera miraba el escaparate de la tienda, con jerséis y americanas de hombre—. A veces pienso que deberíamos cambiar de estética. Ir al compás de los tiempos, a la moda.

—¿Socialista?

—Por ejemplo.

—Es fácil, van con pantalones y chaquetas de pana.

—Ya lo sé, pero con el salario que cobramos... No debemos llevar cualquier pana, como si fuésemos pastores.

Marcel-lí tuvo una idea.

—Tordera, lo de los cuadros que te ha filtrado el Largo podría ser una solución.

—¿Por la propina?

—Sí, es una tradición. No es ilegal, no es ningún soborno y nos iría bien para renovar el vestuario.

—Lo tengo presente. ¿Sabes que el Largo quería una parte?

—Normal, es un delincuente —Tordera dedicó un reproche con la mirada al ayudante—. En general, quiero decir.

Pero las inquietudes del Largo permanecían centradas en el interés nocturno y personal de Tordera por él. Que un comisario y su ayudante le siguieran era algo que nunca le había sucedido, y menos aún a las tres de la madrugada. Sentado en su despacho, fumando un cigarrillo y con la mirada perdida en un punto del techo, sopesaba las posibles causas y no llegaba a ninguna conclusión. A regañadientes, decidió que se lo contaría al Messié precisamente cuando él entraba y, sin darle siquiera los buenos días, le decía señalándole con un dedo acusador:

—¿Qué, ya estás contento? —el Largo continuó con la mirada ausente—. Te lo advertí, no puedes ir con el Gordo por la calle. Si se le ve a tres kilómetros —se sentó frente a él—. A las cuatro de la mañana me llamó Miki.

—Oye, serénate y deja que te lo explique.

—¿Por qué fuiste al Palacio del Chulo?

—Nos dirigíamos al Corral de la Pacheca, pero Tordera y su ayudante nos seguían desde aquí abajo. Si hubieras salido primero te habrían seguido a ti. Estoy haciéndome preguntas. ¿Por qué nos sigue un comisario a esas horas?

—No pluralices.

—¿Tú tienes respuesta?

—Sí, llevar una vida normal: del local a casa y viceversa. Y ahora, la pregunta del millón: ¿habrán visto a Sara, al Gitano, al Mítico Regino o a Paul? ¿Sospechan algo? O peor aún, ¿saben que conoces al director del Intrans?

—Imposible. El bocazas de Tordera me lo habría dicho. La quimera le domina.

—Quizá te llame para que se lo cuentes.

—Ya me ha llamado, a las ocho de la mañana.

—Lo primero que tendrías que haber hecho es decírmelo.

—Aún no habías llegado.

—Tengo teléfono.

—Intentaba reflexionar sobre los hechos y no sé cuál es la causa.

—Pues tendrás que averiguarla, pero antes debemos cerciorarnos de que no controlen el local todo el día.

—Lo solucionaremos. Yo creo que quiere saber más cosas del atraco al chalet. No se fía de mí.

—Es que no tendrías que haberle pedido parte de la propina y ahora intenta resolverlo sin tu ayuda.

—No, no... Hay algo más. Mañana tengo que hablar con él.

El Messié se levantó.

—Esto tenemos que hablarlo con Paul. Hay demasiado en juego.

—Espera, me ocuparé de aclararlo todo.

—Pues aire.

Salió.

—¿Adónde vas?

—Tengo que arreglarlo, ¿no?

Una de las posibilidades que tenía el Largo era hablar con el periodista Marc Sendra. Entró en una cabina y llamó por teléfono a la redacción. Le pasaron con Héctor Barrera, el Largo se identificó y entonces le dio el número de Marc. Quedaron en una cafetería del centro.

Andando por la calle se detuvo en varias ocasiones y, disimulando, observaba si le seguían. Entonces recurrió a la fórmula que utilizaban los espías. Cogió un taxi. Le dijo que le llevara al paseo de la Pechina, junto al río. Luego cogió otro. Sin embargo, antes volvió a observar los alrededores. No vio nada sospechoso. Así pues, se dirigió al *pub* Rodrigo, un local situado en un callejón estrecho y poco transitado. Antes de entrar miró a ambos lados. Me estoy volviendo paranoico, se dijo.

—Llegas media hora tarde. Estaba a punto de irme —Marc leía un periódico y se había tomado dos cafés.

—Aunque te burles te lo contaré —Marc plegó el diario—. He dado una vuelta por Valencia antes de venir, por si me seguían —el periodista mostró un gesto de sorpresa—. Anoche, en plena madrugada, Tordera y Marcelino nos siguieron al Gordo y a mí.

—¿De madrugada?

—Hacia las tres. Cuando cerramos el local.

—Qué raro.

—Por eso quería hablar contigo.

—¿Lleváis entre manos algo aparte de lo habitual?

—No. El chalet y punto.

—No me escondes nada, ¿eh?

—Ni por asomo.

Marc pidió otro café. El Largo un *gin-tonic*.

—No tiene ningún sentido —dijo Marc en cuanto el camarero los hubo servido—. A ver, en la central van a hostias para quedarse con el cargo de Tordera, que está provisional. Lo único que se me ocurre es que no se fía de ti y quiere adelantarse a las informaciones.

—Le he dicho todo lo que sé. Dependo del Gordo García.

—A lo mejor le seguían a él. Esta mañana, por cierto, han ido a ver al gobernador civil.

—¿Sabes para qué?

—El contenido, no. Pero probablemente los presionan. Los socialistas necesitan buenas estadísticas en lo que respecta al orden público. Los miran con lupa y quieren quedar bien con todos —Marc terminó con el café de un trago—. ¿Cuánto rato te siguieron?

—Ignoro desde qué hora. Supongo que nos esperaban en la puerta del local, pero los despistamos cuando entramos en el Palacio del Chulo.

—Pasaron de largo.

—No —rio el Largo—, entraron.

—¿Marcelino y él? Eso sí que es noticia.

—Hombre, entraron por nosotros.

—Da lo mismo, solo por joderlos ya vale la pena decir algo al respecto.

—¿Escribirás un artículo?

—Tenemos una sección de breves llamada «Rumores». Es la más leída del diario. Me limitaré a decir que los han visto allí.

—Pues será una putada...

—Calculada.

—Acaban de visitar al gobernador —recordó el Largo.

—Tendrán que dar explicaciones.

—Le fastidiarás el ascenso.

—Tienen la excusa del seguimiento, pero en la central se burlarán. Mira, ignoro si lees la prensa, quiero decir, la sección de política.

—Estoy tan politizado como un pollo de granja. Hazme un resumen actualizado.

—Está la derecha, una herencia del franquismo; el PSOE, de los que no sabíamos nada desde la Guerra Civil, y el zoológico de la izquierda, veinte o treinta partidos que entre todos no levantan ni a un gato por el rabo. Dado que

hay cierta confusión general con los socialistas, ideológicamente no se sabe muy bien lo que son ni se atreverán a efectuar cambios radicales, pese a que deberían hacer limpieza y arrasar con todo. Ni siquiera cambiarán a Tordera. Estoy seguro de que le ratificarán en el puesto, a no ser que pase algo muy gordo. Pero si todo va normalmente, incluso con ciertas pegas, no tocarán nada. No quieren ruido, servidumbres de la transición política. ¡Pero si esta mañana han recibido a una asociación de mutilados de guerra que son falangistas! A Tordera, el asunto del chalet le irá muy bien. Es algo ideal: el jefe de la patronal, cuadros valiosos... Con eso bastará para que le confirmen. La patronal le prestará su apoyo.

El Largo pensó en el Intrans, en las repercusiones para Tordera.

—¿Qué es —preguntó— lo que debería pasar para darle un disgusto?

—Cualquier cosa que sea anormal en esta ciudad y que tenga una gran repercusión mediática.

De golpe y porrazo, el asunto Intrans desapareció de la mente del Largo. Concluyó que la mejor forma de guardar un secreto es no pensar en él.

—Entonces, ¿no sabes por qué me seguía?

—Solo puede ser por el chalet. Lo más probable es que siguiera al Gordo. Tal vez piensa que es tu informador. Está impaciente por colgarse alguna medalla.

—Si no fuera porque necesito al Gordo le mandaría de vacaciones. Me falta el perista.

—Es el más importante. Si cuenta con él, Tordera lo tiene resuelto.

—Y nosotros le tenemos a él —concluyó el Largo.

—Pues adminístralo bien.

Era el día de las reuniones: primero el Messié, luego Marc Sendra, ahora el Gordo García. El Largo se desplazó hasta el barrio de Marchalenes, al otro lado de un río que desde hacía años era una acequia, pero servía para dividir la ciudad y orientarse mejor. No recordaba exactamente en qué bloque de pisos vivía y preguntó en un bar. Un cliente le informó de que estaba en su local, indicándole qué planta baja era.

La persiana metálica estaba a media altura y el Largo la subió del todo. El ruido le provocó un sobresalto al Gordo García, sorprendido en pleno entrenamiento.

—Coño, Largo —se llevó una mano al corazón—. ¡Me has asustado!

Era una planta baja tan minúscula que a duras penas cabría un vehículo. En medio, había un maniquí de figura fina con campanitas esparcidas por todo el cuerpo, excepto por la zona de las piernas. El entrenamiento consistía en quitarle suavemente una cartera que colgaba de uno de sus flancos sin que ninguna de ellas sonara.

El Largo no lo había visto nunca y le dijo que le hiciera una demostración. Entonces el Gordo, por detrás del maniquí, se frotó las manos, tendió un brazo lentamente y sacó la cartera de allí sin hacer ningún ruido. El Largo lo intentó varias veces sin éxito.

—¿Quién te enseñó?

—Mi padre.

—Y seguramente tu abuelo también era carterista.

—No le conocí. Ahora ya tengo mucha experiencia.

—¿Cómo lo haces?

—Confianza, seguridad en que saldrá bien. Y las manos —se las miró—. Son regordetas, pero hábiles. Largo...

—Déjalo, no hace falta que te disculpes. Lo de anoche fue un acto reflejo, pero no volverás a bailar conmigo.

—De acuerdo, pero no lo airees. Si el personal se entera...

—He venido a hablar.

El Gordo miró el reloj, un Festina que había robado en el último mundial de fútbol.

—En diez minutos llegarán los alumnos.

—¿También das clases?

—Los chavales tienen que ganarse la vida. Solo enseño a dos.

—Al grano, pues. Necesito saber quién es el perista.

—No me lo dirán.

—Pero tienes un contacto, ¿no? Le seguiremos. Debes decirme cuándo quedas con él. ¿Te avisa con antelación?

—El mismo día. Me deja una nota en este local. Tres horas antes me indica el lugar de la cita.

—Son profesionales.

—Siempre en cafeterías, pero a veces llego allí y el camarero me da otra nota con una cafetería distinta.

—¿El camarero?

—No tiene nada que ver. Se lo deja en un sobre cerrado a mi nombre.

—Posiblemente él anda cerca comprobando si te siguen.

—Supongo.

—¿Qué dura la reunión?

—Veinte o veinticinco minutos.

—¿Qué te encarga?

—Nada. Hasta los últimos días no me lo dirá todo. Me hace preguntas.

—Y te preguntará cosas que ya te ha dicho. Por si incurres en contradicciones. Te vigila.

—Siempre le digo la verdad.

—¿Le has dicho que trabajas para mí?

—Sí, en la última cita.

—La has cagado. La próxima reunión, si la hay, será para despedirte.

—No lo creo, sé demasiadas cosas.

—¿El tipo es peligroso?

—No. Le conozco.

—Es decir, que si no hay más citas sabrías dar con él.

—En efecto.

—Eso está bien. Cuando quedes con él me avisas en el acto y me encargaré de que le sigan.

—¿Quién lo hará?

—Ya pensaré en alguien. Recuerda que debes decírmelo enseguida. Y recuerda que me debes una cartera de piel de cocodrilo —el Largo intentó de nuevo coger la cartera del maniquí y aquello parecía una fiesta callejera con el tintineo de todas las campanillas—. Lo mío es el naipe. Adiós, Gordo.

Cuando se disponía a irse aparecieron los dos alumnos. No eran jóvenes, tenían más de cuarenta años y un currículum notable en el paro crónico.

—¿En qué curso estáis?

Ambos miraron al Largo alarmados. Luego miraron al Gordo García.

—Pasad, es de confianza —les dijo de espaldas a la puerta.

El Largo tenía claro quién se ocuparía de seguir al contacto del perista: Toni Butxana. Pero prefirió no decírselo. El Gordo García era un cagueta y si le interrogaban cantaría y en ningún caso quería implicar al detective.

Fue al despacho de Butxana, un pisito de dimensiones reducidas en un edificio céntrico. Subió en ascensor al tercer piso. Investigaciones, decía la placa con un fondo negro y las letras amarillas de la puerta del piso. Llamó al timbre y abrió una señorita.

—Vengo a ver a Toni —mirándola a ella, escrutándola.

—¿Tiene cita?

—¿Cita? —aquello sí que era una novedad—. Dile que soy el Largo.

—Ahora mismo está ocupado con un señor. Pase, por favor.

Le señaló un sofá. La señorita se sentó en su sitio y retomó la tarea de archivar unos papeles.

—¿Cómo te llamas?

—Natalia.

—Eres nueva, ¿no?

—Sí, hace un mes que trabajo para el señor Butxana.

«Señor», otra novedad.

Tendría unos veinte o veintidós años. No era una belleza, pero sí que era atractiva, con un estilo dulce y suave de líneas marcadas por el conjunto de camisa y falda ceñidas al cuerpo.

—¿Te paga bien?

Le miró, sorprendida. Se notaba que se sentía incómoda.

—Estoy contenta —dijo por fin.

—¿Qué días libras? —no dijo nada—. Tengo un local de juego. Si vinieras, serías bien recibida. Aunque antes podríamos ir a cenar, tomar unas copas...

La puerta del despacho se abrió. Toni Butxana acompañaba a un señor de unos cincuenta años, calvo y delgado. Llevaba un sobre entre las manos en actitud profundamente turbada.

—Natalia, hazle un recibo al señor. Mucho ánimo —Butxana estrechó la mano del cliente de forma caritativa—. Ven —le dijo al Largo.

—Has progresado mucho, Toni.

—Pobre hombre —respondió todavía pensando en el afligido señor—. He pasado un mes buscando a su hija. La he encontrado en una comuna de *hippies* de Ibiza. No quiere volver y no puedo hacer nada. Es mayor de edad.

—Entonces puede hacer lo que quiera.

—El hombre es viudo y es la única hija que tiene.

—Y encima tiene que pagar.

—Solo le he cobrado los gastos. Es un trabajador. No puede permitirse un detective, pero venía recomendado por un amigo.

—A ver si te acuerdas de que yo también soy trabajador.

—Ya tengo cubierto el cupo.

Butxana se sentó en su silla giratoria. Detrás tenía un gran ventanal que daba a la plaza del País Valenciano. El Largo se acercó para ver las vistas. Señaló con languidez la plaza.

—Cientos de personas, cientos de problemas. Por eso te va bien. Hasta tienes secretaria.

—Es mi prima. Ni la mires.

—No toco a familiares de conocidos.

El Largo se sentó frente a él, al otro lado de una mesa en la que no había ningún papel; nada, excepto un botecito de porcelana repleto de bolígrafos de distintos colores y un cenicero.

—Necesito un favor, Toni.

—Ya me lo imagino.

—En realidad son dos.

—También lo suponía.

—Y a precio de recomendado.

—El detalle es innecesario. Te ganas bien la vida, no tengo ninguna intención de hacerte un descuento. Dime.

—Para empezar tienes que alquilarme un piso.

—¿A mi nombre?

—Que te lo arregle el Mítico Regino.

—¿Por qué no te lo arregla a ti?

—Porque no quiero que se entere. Pensará que es un asunto de tu trabajo.

—Hecho. Es fácil.

—No tanto. Quiero que instales cámaras muy discretas en el piso.

—Eso es ilegal.

—Probablemente el noventa por ciento de lo que haces es ilegal.

—Pero lo hago para mí. ¿Para qué quieres el piso?

—Para cazar a un incauto. Me debe dinero y no quiere pagarme.

—¿Le conozco?

—No, ni te importa.

—Te costará el cincuenta por ciento de la deuda, por maleducado.

—Estás robándome.

—Lo tenías todo perdido y recuperarás la mitad. ¿Qué te debe?

—Mil pesetas.

—¿Me tomas por imbécil?

—Las deudas de juego son sagradas.

—Déjate de tópicos y dime qué cantidad.

—Ya hablaremos. Eso sí, el alquiler lo pagaré.

—Eso será el adelanto. Vayamos al segundo favor.

El Largo se encendió un cigarrillo. Cogió el cenicero y se lo puso sobre los muslos.

—El segundo es un poco más complicado. Tienes que seguir al Gordo García.

—A ver, Largo, el Gordo trabaja para ti. ¿Te roba? ¿Espía para la competencia? Si no me dices por qué no le seguiré... Ni alquilaré el piso ni haré nada de lo demás. ¿Y si se trata de un problema grave? Podrías ordenar que le siguieran y en cambio me lo encargas a mí.

Mientras fumaba, el Largo eludía la respuesta. Cogió del bote un bolígrafo de color verde y empezó a hacerlo girar con dos dedos en cada extremo.

—¿Es muy delicado, lo del Gordo? —preguntó Butxana con franco interés.

—Es discreto.

—Pues más motivo para que me lo cuentes. Y ahora, cuando acabes de jugar con el bolígrafo, vuelves a meterlo en el bote.

—Es una mierda de bolígrafo.

—Correcto, pero cada color tiene una función.

El Largo dejó el bolígrafo en el bote, pensativo.

—¿Quedará entre nosotros? —preguntó.

—Me obliga el código deontológico.

«El código deontológico», otro chiste del detective.

Entonces el Largo le contó lo del atraco al chalet, el cometido del Gordo García y la conversación que mantuvo con el comisario Tordera en el sendero del Saler. El detective se incorporó hasta que tuvo la espalda recta sobre la silla.

—Interesante, pero no me cuadra que necesiten al Gordo para que vigile.

—Butxana reclamó al Largo el cenicero, que bailaba entre sus piernas. Se

encendió un cigarrillo—. ¿Para qué quieren a un centinela en la entrada de la urbanización? Son profesionales y lo tendrán todo planificado.

—Ahora que lo dices, también me parece raro.

—El Gordo es el señuelo —afirmó Butxana.

—Explícate.

—Como es lógico, saben que trabaja para ti o al menos que sois conocidos. Así que le hacen creer que se trata de cierta urbanización y...

—O cuentan con él para cargarle el muerto.

—También podría ser.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Seguir al enlace —afirmó Butxana—. Mira, algún día le dirá al Gordo quién es el perista o se lo pondrá fácil para averiguarlo. Una pista falsa. Como seguramente no se fiarán de él, se lo pondrán todo del revés. De modo que desde ya tenemos que seguirle y el Gordo que siga haciendo el idiota. ¿Sabes dónde encontrar a ese enlace?

—No, pero el Gordo sí.

—Pues me pongo en contacto con él y que me diga quién es. Le controlaré —Butxana dio una calada al cigarrillo—. Oye, ¿le has pedido parte de la propina a Tordera?

—Sí, pero no traga.

—La reacción típica cuando te pillan. Será sustanciosa y, por tanto, quiero un porcentaje.

—Ya somos demasiados. Él, Marcelino, yo...

—No pensaba en ti.

—No es un pensamiento cristiano. La idea fue mía, fui yo quien se arriesgó a pedírsela. Pero no le digas nada.

—Ni una palabra. Le fotografiaré hablando contigo. Tráemelo a un sitio discreto. Que tenga perspectiva.

—Mañana tengo que verle en la central. Me lo ha ordenado.

—Tienes que convencerle de que no conviene que os vean juntos.

—Lo intentaré. ¿Harás todo lo que hemos comentado tú solo?

—Cuento con ayudantes esporádicos.

—¿Son muchos?

—En hoteles, cafeterías, restaurantes, algún taxista...

—Te costará pasta.

—Solo si la información da sus frutos. Un porcentaje del total que gane. No los engañe nunca. Los cuido, si no tienes información no tienes nada. Conozco a todos los personajes importantes que vienen a Valencia: políticos,

empresarios, cantantes... Aparte de los que viven aquí, que a veces hacen sus travesuras de incógnito. ¿Sabes?, no te cobraré por el trabajo del piso.

—Gracias.

—Espera. Tú me perdonarás la deuda de juego.

—El periodista jugó por ti y por Héctor Barrera. Solo te perdono la tercera parte.

—Toda. Instalar cámaras es grave. El tipo me podría denunciar.

—Alquilarás el piso con un nombre falso.

—Da lo mismo. Además, tengo que pagarle al Mítico Regino. Por cierto, vive en el Hotel Astoria.

—¡Hostia, son diez mil pesetas! —el Largo pensaba en la deuda del juego

—. El Messié se pondrá hecho una puta furia si te lo perdono.

—No hay trato.

—Te lo perdono —y antes de que Butxana le respondiera—. También la de los dos periodistas.

—Ahora hablemos del tema del Gordo.

—Te has quedado la propina de Tordera.

—A lo mejor te lo compenso. Lo haré todo yo: el contacto, el perista, tus fotos con el comisario... El álbum quedará precioso.

Butxana se levantó. El Largo también lo hizo. Salieron del despacho. Natalia tecleaba ante la máquina de escribir. El Largo observó que llevaba las uñas demasiado largas para aquel trabajo.

—Natalia —le dijo el Largo—. Olvida nuestra cita.

—Ya la había olvidado —sonrió.

—Así que una cita. ¿No quieres quedar conmigo? —Butxana.

—¿En el Palacio del Chulo?

En la misma plaza, el Largo llamó al comisario desde el teléfono de la cafetería San Patricio.

—¿Quién te ha dado el número directo? —Tordera, cabreado.

—Usted.

—Ah, bien. Dime. Tengo trabajo.

El Largo se puso de espaldas a la barra, para evitar que los clientes curiosearan.

—Mañana no iré a la central.

—¿Cómo que no? Levanta la voz, que apenas sé lo que dices.

—No puedo, hay público.

—Mañana, a las nueve aquí.

—Me conocen muchísimos policías. Ya fui el otro día con las carteras. Tenemos que llevarlo con mucha discreción. ¡Piense, coño! Cuando resuelva el tema del chalet sabrán que le he ayudado y eso le restará méritos. ¿No lo entiende?

Pero el comisario entendía lo contrario, que el desfile de delincuentes por la central denotaba que ejercía el control, que dominaba la situación.

—Hágame caso —insistió el Largo—. Lo que nos traemos entre manos tiene que parecer una investigación exclusivamente suya, el resultado de una labor impecable.

Se hizo un silencio justo después del peloteo a regañadientes. Buena señal. Se lo estaba pensando.

—¿Tienes alguna novedad?

—Alguna, sí... —el Largo, dudando.

—Quedemos ahora.

—¿Ahora? —era lo que el Largo pretendía, pero forzaba la situación para que fuese él quien tomara la iniciativa—, ¿ahora?

Lo consiguió. Además, al estilo Tordera.

—¡He dicho ahora!

—Bien —con fingida resignación—. Un lugar discreto, al aire libre. Venga solo, ¿eh?

—No me des órdenes.

—Conozco un sitio, junto a los arrozales. Solo hay algún labrador.

—¿Por dónde está?

—En la salida sur de la pedanía de Castellar. Le esperaré cien metros más allá de donde terminan las casas.

—Nos vemos en media hora.

—Una hora. Todavía tengo que ir a por mi coche.

No solo era el vehículo, también tenía que avisar a Butxana y que estuviera disponible.

—Una hora. Sé puntual —Tordera, estricto.

El Largo colgó, sacó una pequeña agenda y marcó el número de Toni Butxana. Escuchó la voz de Natalia. ¿Cómo era posible que una chica tan joven y atractiva fuese prima suya? Ya lo averiguaría. Se puso el detective.

—Dentro de una hora me veré con Tordera en la salida sur de Castellar.

—No pensaba que fuese a ser tan pronto.

—Me lo ha ordenado él. Es tan imbécil que cae solito en la trampa.

—¿Qué vas a contarle?

—Aún no lo sé. Ven y nos haces fotos.

Colgó. Butxana salió del despacho. Antes pidió disculpas a una clienta aduciendo que se trataba de un asunto familiar grave.

—Disculpe, vuelva por la tarde.

Bajó al garaje de la plaza de Sant Agustí. Del maletero del coche sacó una mochila, una gorra y una cámara fotográfica. También unas zapatillas y unos pantalones vaqueros. Se cambió de ropa allí mismo.

El Largo llegó al punto de encuentro y aparcó ante la última casa. Se puso una gorra y unas gafas de sol y caminó hacia los campos de arroz.

Diez minutos después pasó el detective, que dejó el coche en la zona de acceso a un almacén de madera. Enseguida buscó el lugar ideal para hacer las fotos. El Largo reseguía sus movimientos, ya que tenía que llevar a Tordera de frente en la dirección de la cámara. Volvió hasta la casa mientras se encendía un cigarrillo. Una mujer tendía ropa en el pequeño secadero que tenía al lado de la casa; un labrador pasó con una Mobylette. Detrás llevaba una pequeña cesta con un perrito. Saludó al Largo con la cabeza, pero no vio a Butxana, sentado, esperando, tras las hojas altas de juncia que había junto a una acequia.

Llegó Tordera. Aparcó su coche enfrente de donde lo tenía el Largo. El comisario miró a un lado y a otro con actitud de costumbre policial mientras se subía los pantalones por encima del ombligo.

—Buenos días, comisario.

—Dispara, tengo prisa.

—¿Por qué nos siguió ayer?

—¿Ya estás pidiéndome explicaciones otra vez?

—¡Pues claro que se las pido! Quería emborrachar al Gordo para sonsacarle más detalles del chalet y usted lo echó a perder. Ahora está muerto de miedo.

—Pues tranquilízale. Dile que te seguía a ti.

—Eso he hecho. ¿No se da cuenta de que trabajo para saber quiénes son los demás? Debemos tener claro cuál es el cometido de cada uno.

El Largo anduvo hasta situar al comisario en el punto que necesitaba Butxana.

—Si su ayudante y usted nos siguen, el Gordo abandonará. Le necesitamos. Sin él no tenemos nada.

—Sinceramente, Largo, no estoy seguro de confiar en ti.

—¿Qué interés cree que tengo en el chalet aparte de quedar bien con usted?

—Tienes muchos.

El Largo siguió caminando hacia Butxana.

—Para y hablemos.

—Tenemos que andar como si fuésemos dos amigos que disfrutaran de la naturaleza. Quietos llamamos la atención. Usted debería haber venido sin chaqueta y corbata. ¿Por qué no confía en mí?

—Porque sabes que la patronal te lo agradecería muy bien si advirtieras del atraco.

—Es buena idea, pero no lo haré. Me putearía durante el resto de mis días y aprecio la tranquilidad que disfruto ahora. Usted tendrá en cuenta que le he ayudado. Sin que nadie lo sepa, claro está.

Unos pasos más del Largo. Calculó que era el lugar perfecto para el detective. El Largo se quitó un momento la gorra mirando al objetivo sin separarse de Tordera.

—Comisario, todos tenemos que salir ganando. Deje que me trabaje al Gordo y no tenga tanta ansiedad, porque lo mandará todo a la mierda.

—¿El Gordo sigue con lo suyo?

—Seguía. Ahora tengo que convencerle de que usted me seguía a mí por algo de mi local. Desconfía. Olvídense de él.

Tordera se lo pensaba.

—Necesito presentar resultados. Adelantarme al atraco.

—No es lo que habíamos acordado.

—He cambiado de opinión. Me presionan. Si lo resolviera antes...

—Es muy arriesgado. Si descubren que lo está investigando se echarán atrás. Son profesionales. Míreme a los ojos —que equivalía a mirar a la cámara—. Como ladrón que he sido, cualquier movimiento extraño que percibía a mi alrededor cambiaba mis planes de inmediato. Ahora tengo al Gordo lleno de dudas. Está cagándola, comisario —le sometía.

Tordera se dio la vuelta moviendo la cabeza. Vacilaba. El Largo lo necesitaba mirándole de frente.

—Comisario, escúcheme bien —le puso una mano en el hombro y Tordera dio media vuelta, posición idónea para Butxana—. No vamos mal encaminados, aunque tendré que trabajarme de nuevo al Gordo. Es cuestión de paciencia, de que las piezas encajen...

—¿Qué piezas tienes?

No había manera, la ansiedad le abrumaba.

—Solo tengo al Gordo. ¡Que no es poco! Pero a medida que me informe me llevará hacia los demás. Mire, ya he olvidado la propina. No me interesa, de verdad.

—¿Crees que estoy pensando en la propina? —era una idea recurrente en todos aquellos que estaban en el caso del chalet—. ¡Me interesa el caso!

—¡Si a usted le ven conmigo y con el Gordo en el Palacio del Chulo el caso se irá a tomar por culo!

—No me han visto.

Marc Sendra: la sección de «Rumores» del diario *El Camí*, mañana. El Largo pensó si era adecuada la publicación.

—Por una vez tiene que confiar en mí. Estamos en el mismo bando. A ambos nos interesa que resuelva el caso del chalet.

—¿Alguien sabe que me estás echando una mano?

Casi media Valencia.

—Solo usted y yo.

—Que siga así. ¿Cuál es la novedad que tenías que contarme?

—Lo que hemos hablado. ¿Le parece poco? Era absolutamente fundamental que dejáramos las cosas claras sin caer en errores irreparables. ¿No cree? —ni le dejó hablar—. Reflexionando, me di cuenta de que no seguíamos la senda correcta —de repente vio que Butxana andaba en dirección contraria a ellos con la mochila, la gorra y la cámara colgando. Parecía un ornitólogo. El Largo fue hacia las casas—. Era indispensable comentarlo.

—Te he citado yo.

—Sí, yo quería hacerlo esta tarde. Ha tenido una buena idea. Supongo que está de acuerdo con la conversación.

—O sea, que no te controlo.

—Ni a mí ni al Gordo.

—No andarás preparando algo por tu cuenta y pretenderás que te deje a tu aire...

—Coño, comisario, con desconfianzas no vamos a ninguna parte. Le informaré puntualmente de todo lo que ocurra, pero recuerde que ahora tenemos que convencer al Gordo y no será fácil. Y de la propina no hablemos más.

—Ya te dije que no acepto ese tipo de pagos. ¿Entendido?

—He insistido por si le preocupaba.

—Me preocupas tú. Y ahora espera aquí hasta que me vaya.

—Perfecto, nadie tiene que vernos juntos.

Siguió con la vista a Tordera hasta que subió al coche y dio media vuelta en dirección a la ciudad. Entonces le levantó una mano a Butxana.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Fabuloso —exclamó el detective.

—Vía libre. No me seguirá.

—No te descuides.

—No lo haré. Ahora ocúpate del Gordo y del piso.

—¿Cuándo lo necesitas?

—Ya.

—Tengo pensado cuál.

—¿Dónde?

—Como tengo tres, aún no me he decidido.

—¿Ya los has usado?

—Uno sí.

—Pues alquílalo. El dueño ya te conoce.

—Cuanto más repites, más abusan. Prefiero uno nuevo y recurrir a un nombre falso.

El comisario Tordera y su ayudante, Marcelino, desayunaban en la cafetería que había detrás de la central. El local era privado, pero la clientela estaba compuesta casi exclusivamente por policías. El dueño, hijo de un inspector jubilado, sabía a quién tratar con un punto de cortesía por indicación familiar. A Tordera y a Marcelino les sirvió, justo después de que se sentaran, el café

con leche y los cruasanes recién hechos en la panadería de la esquina y un botellín de agua sin gas para cada uno. Eran las siete y cuarto de la mañana, una hora inusual para la presencia de altos cargos, pero los dos estaban decididos a dar ejemplo.

Los policías de uniforme que entraban los saludaban tímidamente, sin los cumplidos habituales de los subalternos, y tomaban café de pie en la barra.

—¿No hay nada que te parezca raro, Marcel-lí?

—Marcelino, Tordera. Estamos en territorio comanche. ¿Por qué lo dices?

—La tropa nos mira de otra manera.

El comisario captaba una especie de sensación inquietante, un ambiente de conmoción, por inaudible que fuese.

—A lo mejor es que hay más respeto. Habrá corrido la noticia de que nos ha recibido el gobernador. Buena señal.

Pero los motivos de la tropa no eran exactamente esos. Cuando el comisario llegó a su despacho tenía sobre la mesa el resumen de la prensa, como cada día, con algunas noticias subrayadas con un rotulador verde claro por la eficiente Adelina. Tordera echó un vistazo a las incidencias que afectaban al orden público. Pasaba las hojas con detenimiento hasta que se topó con la noticia del diario *El Camí*, la sección de «Rumores», con una nota breve que solo tenía marcados su nombre y el de su ayudante:

¿Qué hacían anteanoche el comisario Tordera y el subcomisario Marcelino en el Palacio del Chulo, un local de homosexuales? Según nuestras fuentes, los dos policías llegaron en torno a las tres y media de la madrugada y se interesaron muchísimo por la clientela mientras daban una vuelta por todo el local. ¿Estaban de servicio a esas horas? ¿Buscaban diversión? No lo juzgaremos. Quizá los nuevos aires de libertad han abierto también de par en par los armarios encastados de una institución que no hace mucho perseguía los *delitos* de la clientela del Palacio. El periódico *El Camí*, fiel a la vía de las libertades, les da la bienvenida.

—¡Qué cabrones!

El comisario lanzó las hojas por los aires. Marcelino, que entraba en el despacho con un diario en la mano, abierto por la página de «Rumores», las recogió y las dejó sobre la mesa.

—Ha sido Marc Sendra —acusó.

—¡Es un malnacido! Que si hemos salido del armario, que si nos interesábamos muchísimo por la clientela, que si buscábamos diversión...

—Y nos da la bienvenida. ¡Está hecho con toda la intención de humillarnos, Tordera! Se lo ha soplado el Largo.

—No lo creo. Ayer hablé con él y no le interesaba este lío. Que venga el de prensa.

—No llega hasta las nueve. Habrá sido el dueño del local. Miki, se hace

llamar.

—Hay que redactar una nota para dejar claro que estábamos de servicio. Y que no tenemos nada en contra de los maricones.

—Por suerte, le dijimos al gobernador civil que estábamos de ronda.

—Sí, ya... Pero no le gustó que lo hiciéramos nosotros. ¿Le llamo?

—No, Tordera. Le daríamos más importancia a la noticia. Al fin y al cabo es una seccioncilla de breves nada rigurosa de un diario de izquierdas.

—¡Tan de izquierdas que critica incluso a los socialistas!

—El gobernador no hará caso. Él también sufre *El Camí*. Tordera, quizá lo más conveniente sea no responder. Aprovecharán para replicarnos y la noticia se difundirá aún más.

—Es la sección más leída del periódico.

—Pero no es creíble.

—Creíble o no, Sendra sigue dándonos por saco. Ahora le llamo.

Buscó el número de teléfono particular del periodista.

—Tordera, ¿lo consideras oportuno? —el comisario se detuvo en el tercer dígito marcado—. Si lo haces, sé amable.

Entonces el comisario efectuó unas inhalaciones profundas para calmarse y marcó todos los dígitos. Marc Sendra no descolgó hasta que hubo sonado siete veces.

—¿Sí? —respondió aún sumido en el entumecimiento.

—Buenos días, Marc.

—¿Quién coño eres?

—El comisario Tordera —voz normal, como si le despertaran desde la recepción de un hotel.

De repente Marc se desentumeció. Miró el reloj.

—¿Ha pasado algo grave? —preguntó pese a saber a qué se debía la llamada.

—Quería felicitarte por tus contactos, activos incluso en plena madrugada.

—Ah, ya lo entiendo. Me pareció una noticia curiosa.

—De manera que tú la has redactado.

—Esta, sí. Las del resto de la sección, no.

—¿No te das cuenta de que la noticia induce al malentendido?

—Pensé que el hecho de que dos cargos importantes de la policía visitaran el Palacio del Chulo era un acto de normalidad. Tordera, esto os conviene.

—Que lo has hecho por nosotros, vaya —el comisario levantó la voz. Marcelino le pidió calma con las manos—. Tengo que reconocer que la nota es simpática.

—Tan simpática que me has despertado para decírmelo —Marc, disfrutando.

Respiraciones profundas del comisario antes de responder.

—¿Podrías escribir otro rumor diciendo que estábamos de servicio?

—¿A cambio de qué?

—¿Todo debe tener una contrapartida?

—Son las reglas del juego —seco, directo.

—Qué cabrón —en voz baja, tapando el auricular mientras miraba a Marcelino—. Precisamente pensaba que hoy quería darte una buena exclusiva: ayer visitamos al gobernador civil...

—Tordera, eso es una puta sepia al sol. Aunque, claro, si puedes adelantarme algo del contenido de la reunión...

—Fue una visita de cortesía. Pura rutina, intercambio de opiniones entre dos altos cargos.

—El tuyo aún es provisional. Me interesan las opiniones del gobernador.

—Está contento.

—Yo, no. Buenos días.

—¡Espera! ¿No entiendes que hay cosas que no se pueden filtrar a la prensa? Sabrían que he sido yo. —Tordera tuvo una idea—: Te daré algo de lo más divertido para la sección de breves. Ni te imaginas la visita que tenía el gobernador después de la nuestra...

—La Asociación de Mutilados de la Guerra Civil.

Desesperado, el comisario extendió los brazos. Casi se le cayó el teléfono al suelo.

—Continúa negociando —le alentó Marcelino.

—Marc, te juro que cuando tenga una noticia interesante te la paso.

—Gracias, Tordera. Cuando me la comuniques rectifico el rumor.

El periodista colgó, el comisario se quedó con el auricular en la oreja.

—¡Estoy hasta los huevos de que todo el mundo la tome conmigo! El Largo, el Gordo, Marc Sendra...

Aún no sabía nada de las fotos de Toni Butxana.

—Por una parte, la prensa de izquierdas, y por otra los presuntos colegas que quieren usurparnos el cargo... y ahora también se ha añadido un hatajo de delincuentes. Estamos solos, Tordera.

—Nos urge elaborar un listado de la gente de la central que está con nosotros y trabajar con ella prescindiendo de los demás. Si no lo hacemos nos hundirán. ¿Qué podríamos darle al malnacido de Marc Sendra? Si no deja de publicar rumores así, estamos vendidos.

—Hablaré con el de prensa.

—Sendra no se conformará con cualquier cosa. Ya lo has visto.

—Parece que tiene más información que nosotros.

—Algún mamón de la central, pero ¿quién?

—Vete a saber, Tordera. Hay tantos que nos tienen ganas que podría haber sido cualquiera.

—¿El de prensa?

—Pons. Se relaciona con él, pero es normal. Lo hace con todos los periodistas. Recuerda que desde el 23-F decidimos, para limpiar nuestra imagen, cambiarle y poner a otro más joven y con un carácter distinto.

—A lo mejor es demasiado distinto.

Llamaron a la puerta.

—¡Pase! —Marcelino.

—Buenos días, señor comisario —un policía de uniforme—. Ha habido un atraco en una sucursal de una caja de ahorros en Benetússer.

—Que me traigan todos los detalles.

—Nos ha avisado la policía municipal de la población.

El policía salió, el comisario descolgó el teléfono y llamó de nuevo a Marc Sendra.

—Marc —tono familiar—, un atraco en Benetússer. Ahora mismo. Dentro de un rato te paso un informe.

—A ver, Tordera, esa noticia es para mañana. Lo publicarán todos.

—Tendrás detalles concretos.

—¿Cuáles?

—Coño, ya te lo diré.

—Llámame a la redacción.

—Eh, no cuelgues. Teníamos un trato.

—Lo respetaré, pero asegúrate de que sean concretos. Tengo un mercado exigente.

Colgó.

—Marcelino, pide un par de coches. Tú y yo nos vamos a Benetússer.

El atraco había tenido lugar en una sucursal del Banco de Valencia en Benetússer, población industrial de l’Horta Sud, en la antigua carretera del Camino Real, cerca del cruce de los Quatre Cantons. Los parados y los jubilados, que habitualmente se congregaban en torno a los cimientos de la construcción de edificios, estaban todos allí, de modo que los municipales las pasaban canutas para alejarlos de la puerta de la sucursal, hasta que llegó la policía nacional y estableció un perímetro con cinta amarilla.

Dos policías abrieron paso al comisario Tordera y a su ayudante, que caminaban con preeminencia casi divina. Entraron en la sucursal. El director y los empleados formaban un corrillo en medio del local y comentaban el incidente entre ellos.

—Buenos días, soy el comisario jefe Tordera. ¿Quién es el director?

—Yo, señor. Pedro Martínez, a su disposición.

Acto seguido, avanzó hacia el comisario un hombre de unos sesenta años, vestido con elegancia, bastante nervioso, frotándose las manos.

—¿Hay algún herido? —preguntó Marcelino.

—No, no... Ha sido esta noche. Un butrón —los acompañó hasta un agujero notable en la pared del lado derecho—. Han entrado por aquí.

El comisario metió la cabeza por el agujero, pared medianera con una planta baja repleta de utensilios domésticos apilados por todas partes.

—Ya hemos avisado al dueño —dijo el director—. Vive en Valencia, pero no tardará en venir.

Cerca del agujero estaba la caja fuerte, abierta con un soplete que había dejado un círculo en la plancha lateral de la caja.

—¿Cuánto dinero había? —Marcelino.

—Un millón y medio de pesetas. Por lo general no tenemos esa cantidad, pero...

Tordera se llevó aparte al director para hablar con él en privado.

—Señor Pedro, ¿los empleados son de confianza?

—Hombre... sí, supongo. No tengo queja. ¿Usted cree...?

—Si precisamente han robado cuando tienen una cantidad extraordinaria, quizá sea porque los ladrones lo sabían.

—No sé qué decirle.

Un policía de uniforme trajo a un hombre ante Tordera.

—Señor comisario, el dueño de la planta baja.

—Gracias. ¿Cómo se llama?

—Vicent Baixauli.

Otro al que le faltaba una letra. Era alto y delgado como un espantajo, todavía joven pero con la piel de la cara tan seca que sus dos mejillas resaltaban con arrugas que la cruzaban. Le dio la mano al comisario.

—¿Cuánto tiempo llevaba sin venir a la planta baja?

Baixauli frunció los labios mientras efectuaba el cálculo.

—Quizá tres meses. La uso como trastero.

—¿Usted a qué se dedica?

—Soy profesor de filosofía en un instituto de la ciudad.

Ahí estaba la e que le faltaba al nombre. Tordera, Marcelino, el director y el recién llegado Baixauli se desplazaron hasta la puerta de la planta baja. Habían serrado el candado de la persiana metálica. Tordera lo cogió, se lo mostró al dueño.

—Este candado puede abrirlo una criatura.

—No me imaginaba que pudiera pasar algo. De hecho, el año pasado el banco reforzó su pared.

Avisaron a Tordera de que habían llegado los de dactilares.

—Ahora voy —y a Baixauli—: ¿A usted le han arrestado alguna vez?

—Sí, en las manifestaciones estudiantiles del año 62 —parecía que hinchaba el pecho, o eso le pareció a Marcelino—. ¿Soy sospechoso?

—No, por supuesto. Pero, señor Vicent —Tordera pronunció la «t» con fuerza—, el candado no es correcto.

—No tengo nada de valor.

—Usted no, pero los que hay al lado sí. Tiene que pensar en la comunidad.

—No imaginaba que un banco fuese un vecino.

Tordera no encontró la manera de replicarle.

—Bien, si le necesito le llamaré para que declare.

Pero, antes de irse, el comisario aún vio en la planta baja algo que le arrastró hasta una mesita. Era una máquina de tamaño medio, plateada, con una palanca manual y un cilindro de un extremo a otro.

—¿Eso...? —señaló Tordera.

—Una vietnamita, señor comisario —aclaró Vicent Baixauli—. Cuando era joven militaba en el Partido Comunista.

—Ya decía yo que el aparato me sonaba. Con eso hacían ustedes la publicidad...

—La propaganda clandestina. Es un recuerdo.

—Por si vuelven los viejos tiempos —dijo con simpatía Tordera.

—El año pasado, el 23 de febrero, estuvieron a punto de volver —Vicent Baixauli lo expresó en serio.

El comisario Tordera le puso una mano en el hombro.

—Nada, hombre, nada, cuatro pirados.

—Pirados, pero sintomáticos.

—Tranquilo, está todo controlado. Hágame el favor de darle el teléfono a mi ayudante. No toque nada del almacén.

Se despidió cordialmente de Baixauli y regresó a la sucursal. La expectación entre el público, más numeroso, había aumentado. Habló con los de dactilares y citó al director y a los cuatro empleados en la central.

—Esta tarde, a las cinco —de inmediato, Marcelino y él subieron al coche.

—Tordera, tenemos que controlar a Vicent Baixauli. Es comunista.

—¡Pero si todos estos han jurado la Constitución!

—¿Y si se ha radicalizado? Los bolcheviques igual caen de un lado que de otro. Están divididos, atomizados. Algunos se sienten traicionados por Santiago Carrillo. Normal, de Paracuellos al Congreso. ¡El Baixauli tenía una mierda de candado!

—No le podemos detener por eso.

—Y de la coartada, ¿qué me dices? Tres meses sin ir al almacén. No me lo creo. Interrogaré a los vecinos. Si han utilizado una taladradora habrán oído ruido, y si lo han hecho poco a poco, viniendo cada noche...

—O de día, por la tarde, cuando la sucursal está vacía, aprovechando el ruido del tráfico.

—También. Sea como fuere, a lo mejor algún vecino ha visto gente entrando o saliendo de la planta baja.

—Hazlo, pero sin levantar polvaredas. Los comunistas tienen muchos abogados. Están acostumbrados a lidiar en los tribunales. Mira, Marcelino, encarga este caso al inspector Sospedra. Para nosotros ya es demasiado. Tenemos que concentrarnos en el tema del chalet.

—¿Sospedra es de los nuestros?

—Yo creo que sí. En cualquier caso se alegrará de que se lo encarguemos. Será una demostración de confianza. Le tendremos a favor y cada suma, en nuestra situación, cuenta.

El Messié llamó por teléfono al Largo, que aún dormía.

—Largo, ¿has oído las noticias de la radio?

—¿Cómo? ¿Qué?

—Pon la radio.

—Coño, Messié, un día que podía quedarme en la cama.

—No digas nada y ven al local.

—¿Ahora?

—Desayuna conmigo.

El Messié pidió un almuerzo completo en la cafetería de abajo, incluso un par de zumos de naranja. Cuando llegó el Largo, el café con leche estaba tibio, lo apartó y se tomó el zumo de un trago. Ya había oído las noticias.

—¿Ha sido cosa de Sara? —el Messié.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó el Largo, estirando las piernas sentado en una butaca—. ¿Crees que me lo diría?

—Ahora tendría la obligación, ¿no crees?

—Si no recuerdo mal fue idea de Paul que lo hicieran, por si necesitaban dinero...

—¿Para actividades políticas?

—No lo creo.

—Pues si lo han hecho para eso deben tener claro que nada de activismo en una temporada.

—Si lo han hecho lo reivindicarán.

—No nos conviene —refunfuñó el Messié.

—Al contrario. Quedarán descartados en el Intrans. Tienes que llamar a Paul, que venga mañana.

—Paul está en Valencia.

—Siempre soy el último en enterarse.

—Vino anoche. Hay que contárselo todo.

—Antes hay algo que debes saber.

—Ahora el último en enterarse soy yo. ¿Qué has hecho?

—Una jugada maestra, Messié.

—En tu humilde opinión...

—Toni Butxana me alquilará el piso por el asunto, del director del banco. Instalará cámaras. Pero existe un problema.

—Ya empezamos...

—Le he perdonado la deuda de juego.

—La tercera parte, ¿no?

—Toda.

—Oye, generoso, ¡que son diez mil pelas y también son mías!

—La trampa del piso es más cara. Aún hay más: me he reunido, en las afueras de Castellar, con Tordera por lo del Gordo García.

—¿Tienes novedades?

—Ni una. Pero hemos aprovechado el encuentro para hacerle fotos conmigo.

—¿Las ha hecho Butxana?

—Sí.

—Entonces quiere joderle la propina.

—Pues... sí.

—Largo, te dije que lo olvidarás.

—Ya se las arreglará él con la propina.

—Pero Tordera sabrá que le has tendido una trampa.

—Le tendré cogido por los huevos.

—Estás puteándole demasiado.

—Es más: Butxana se encargará del enlace del Gordo. Todo entra en el mismo precio.

—Si tienes al Gordo, ¿para qué le quieres a él?

—Porque tenemos la sensación de que el Gordo es un señuelo para despistar.

El Messié tras meditarlo un rato:

—Sí... es posible.

—Buena idea, ¿no?

—Bien, sí... pero tenemos que contárselo a Paul. Por cierto, no podemos volver a reunirnos aquí.

—Ya nos lo dijo Paul.

—Ahora menos, Tordera te controla.

—Hemos pactado para que nos deje tranquilos, al Gordo y a mí.

—¿Y te lo crees? No te vigilarán ni su ayudante ni él, pero enviará a otro.

—Tomaré precauciones. ¿Dónde quedamos con Paul?

—En el almacén de boxeo. En los vestuarios. De día no va nadie por allí.

Sonó el teléfono. El Messié descolgó. Asentía con la cabeza. Puso fin a la conversación, muy breve, sin pronunciar palabra alguna.

—Era Paul. Quiere hablar con Sara. A solas. ¿Sabes dónde trabaja?

—Sí, me lo dijo el padre Rafel.

—La espera en el Hotel Reina Victoria, a las cinco de la tarde, sin el Gitano. Habitación 302.

Diez minutos después de las cinco de la tarde, Sara llamó a la puerta de la habitación. Paul abrió. Con la mano le indicó que pasara. Sara observó la estancia con la mirada de alguien que contempla un lujo desconocido, con parqué, una cama grande con dos mesillas de noche que aparentaban ser clásicas con herrajes dorados, una butaca de piel junto al balcón que daba a la calle de las Barcas, casi enfrente del Teatro Principal. Había unos papeles en un escritorio de estilo clásico inglés. Todas las luces de la habitación encendidas. Paul recogió los papeles y sacó un botellín de *whisky* de la nevera.

—¿Una copa?

—No, gracias.

Paul se sirvió una.

—Siéntate.

Sara se sentó en la silla del escritorio; Paul, en una esquina de la cama.

—¿Quién lo ha hecho?

—¿El qué?

—Sara, tendremos una conversación sincera. Entre colegas. Vayamos al grano: el atraco de Benetússer.

Ella no dijo nada, incluso le miró fijamente, como un desafío, como si él no pintara nada.

—Interpreto el silencio como una confirmación. Si no me lo cuentas, estáis fuera del Intrans.

De repente, la habitación se impregnó de una evidente tensión. Paul no dejaba de escrutarla.

—Lo teníamos planificado antes de contactar con vosotros. Era fácil, sin ningún riesgo. Recuerda, además, que tú mismo nos lo aconsejaste.

—Pero tenías que habérmelo dicho.

—Ya sabes que en estos asuntos cuanta menos gente lo sepa mejor.

—Yo no soy cualquiera, soy el que organiza, el que manda. Y tú eres una más del grupo. No estoy enfadado porque lo hayáis hecho, sino porque no sabía cuándo lo haríais. ¿Lo reivindicaréis?

—No.

—Pues tenéis que hacerlo.

—¿Por qué?

—Para la policía quedaréis descartados del Intrans, ya que no lo reivindicaremos políticamente. Por otra parte, creerán que no necesitaréis el dinero. Eso también os descarta. ¿Cuánta gente ha intervenido?

—Tres.

—Supongo que para ti son de confianza.

—Absoluta.

—¿El Gitano también? —nuevo silencio de Sara—. Acostúmbrate a responder a todas mis preguntas.

—Sí, pero no hace falta que te diga quién es el otro.

—Por las características del golpe, el dueño de la planta baja estaba conchabado con vosotros. No lo llevasteis a cabo en una sola noche, demasiadas horas y demasiado ruido. ¿Y si os ha visto algún vecino?

—Seguro que no.

—Cada noche que ibais la puerta estaba sin el candado. La última lo serrasteis. Pero habéis cometido un error. Era demasiado fácil de romper. Eso convierte al propietario de la planta baja en sospechoso de connivencia con vosotros. ¿Está fichado?

—No.

—¿Cuánto dinero habéis sacado? —la interrogó sin tapujos.

—Ha sido una sorpresa, pensábamos que habría menos, pero nos hemos encontrado con un millón doscientas mil pesetas.

—Las noticias hablan de un millón y medio.

Quizá por el seguro. Siempre hacen lo mismo. ¿Qué haréis con el dinero?

—Repartirlo con familias que lo necesiten.

—Demasiado personal, alguien cometerá un error.

—No lo haremos enseguida. Además, del reparto se ocupará otra gente. Saben cómo hacerlo. Lo hemos hecho otras veces.

—Pero ellos sabrán que habéis sido vosotros.

—No. Sabrán dónde recoger el dinero. Cuando la situación se calme lo repartirán.

—Hay demasiada gente implicada —insistió Paul—. Siempre hay un bocazas, interesado o ingenuo.

—Como te he dicho, tenemos experiencia. Si alguno de ellos cayera no aportaría nada significativo a la policía. No saben quién lo ha hecho.

—Veo que estáis organizados, pero aun así hay factores imprevisibles. De manera que debemos llegar a ciertos acuerdos. En primer lugar, ni el Largo ni el Messié deben saberlo; segundo, no tocaréis el dinero hasta que haya pasado una temporada desde el atraco del Intrans. Los necesitados tendrán que esperar. Y tercero, lo reivindicaréis en nombre de una organización falsa. Por ejemplo, una célula anarquista.

Militante de extrema izquierda, Sara odiaba a los anarquistas.

—Me estás pidiendo demasiado.

—Entiendo que por el éxito político que supone no te gusta reivindicarlo en nombre de otros, pero ahora tenemos un asunto importante entre manos.

—Tendré que convencer al tercer miembro.

—Impónselo.

—No actuaremos con vuestros métodos.

Paul notó un deje de desprecio, pero lo dejó estar. Era un detalle menor que no le interesaba discutir.

—Tienes que decir que la policía ha ido a verte, que sospechan de ti. Y que también sospechan del dueño de la planta baja. No hacen falta muchas explicaciones para que lo entienda. ¿El dueño de la planta baja es de los vuestros?

—Es colaborador, un exmilitante desengañado del Partido Comunista. No es sospechoso. Es profesor de filosofía.

—Un profesor de filosofía siempre es sospechoso —Paul se levantó y dio una vuelta por la habitación con el vaso de *whisky* en la mano. Descorrió un poco la cortina y miró a la calle por unos instantes mientras pensaba en la proposición que quería hacerle. Se dio la vuelta y se acercó a Sara—. ¿Tiene experiencia el tercer miembro?

—Sí.

—¿Tanta como para entrar en el Intrans?

—Es un trabajo distinto, pero...

—¿Cómo es su carácter? Impulsivo, tranquilo... Piensa en el tipo de golpe que llevaremos a cabo.

—Es expeditivo.

—¿Tiene coartada?

—Todos tenemos una. Trabaja en una fábrica de muebles. ¿No encontráis a nadie más?

—No es eso. Si le implicamos en el Intrans, no tendrás que convencerle de lo de la reivindicación de Benetússer. Lo entenderá, pero necesito saber si es disciplinado, si cumplirá en todo con los ojos cerrados.

—Lo haría.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque le conozco, porque se lo diré yo.

Era eso lo que buscaba Paul: su autoridad.

—Nos citaremos con él —se bebió de un trago el *whisky* que quedaba—. ¿El Largo te ha preguntado algo sobre el atraco de Benetússer?

—No, pero tenía ganas. Ya sabe cuál sería la respuesta.

—Esta tarde me reuniré con el Messié y con él. El Gitano y tú no hace falta que vengáis. Prefiero que hables con tu compañero, el tercero, que le tantees sin revelarle detalles fundamentales. Y otra cosa: si la policía os llama, a los otros dos o a ti, quiero saberlo. Y por supuesto, nada de activismo a partir de ahora.

—¿Nada?

—No me importa tu presencia en reuniones de vecinos. Incluso es bueno. Pero no te hagas visible en huelgas o manifestaciones ilegales. Te podrían detener y no es momento de añadir problemas.

—Será raro.

—Tienen que entender que no siempre puedes estar en primera línea. Se supone que vosotros no tenéis líderes, que nadie es imprescindible. Tampoco desaparezcas. Activismo normal. Dame tu palabra de que lo harás.

—La tienes.

—Te creo.

Paul era consciente de que debía darle señales de confianza. Ahora la necesitaba más.

José Pons era la flor en el desierto de la central. Tenía estudios de sociología, le gustaba el periodismo, pero no le habían nombrado jefe de prensa por aquello. En jefatura urgía una persona joven, sin antecedentes políticos en el franquismo y con una estética que, gracias al uniforme de pana, diera un aire distinto al gabinete de comunicación de la policía. Con Pons, el periodismo progresista se hallaba más satisfecho no solo en las formas, sino también en el lenguaje. Marc Sendra y Pons empalizaron enseguida. El periodista sospechaba que Pons estaba en el cargo precisamente por profesionales como él.

—¿Quieres un café, Marc?

—¿Con sabor a bofia? No, tengo el estómago delicado.

Pons encajó la broma con una sonrisa.

—Entonces te pondré un vaso de agua. La traen de Benassal.

Sirvió uno para cada uno.

—Una broma pesada, el rumor del Palacio del Chulo que has publicado sobre Tordera —dijo Pons dejando un vasito de plástico en el lado de la mesa que ocupaba Marc.

—¿Se ha cabreado mucho?

—Bastante.

—Esa era la idea. Me llamó por teléfono a las ocho de la mañana. Fue muy agradable, pero ahora sabe que me debe una.

—¿Por el atraco de Benetússer? Todavía tendrá poca cosa.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó Marc.

—Lo del informe que me han pasado.

—Y lo tienen todos.

—Pues claro. Yo no hago distinciones entre periodistas. No debo hacerlo.

—No debes, pero puedes. A lo mejor Tordera te ha dicho que seas simpático conmigo.

José Pons le tendió un par de folios. Marc se los leyó en diagonal.

—Todo muy normal —dijo al dejar los folios sobre la mesa.

—Hará cosa de media hora hemos recibido una llamada que reivindicaba el atraco.

—No lo he visto en el informe.

—No lo hemos puesto.

—¿Por indicación de Tordera? —silencio de Pons—. ¿Un regalito para mí?

—Lo facilitaremos mañana.

—¿Quién lo ha reivindicado?

—Acción Proletaria. Anarquistas.

—Y mi abuela fuma —sonrió Marc.

—Quizá sea lo primero que hacen.

—¿Te ha dicho Tordera que me lo dieses?

—¿No te gusta la exclusiva?

—Necesito más guarnición.

—Si el grupo es inexistente, podrías añadir algo de cosecha propia.

—¿Quién es el dueño de la planta baja que linda con el banco? Le interrogarán, ¿no?

—Sí —Pons bebió agua del vasito—. Es un exmilitante del Partido Comunista. Como es obvio no te he dicho nada, has hablado con el vecindario y te lo han contado. Más de uno le conocerá desde hace muchos años.

—Así lo escribiré. Si mañana público que han sido los de Acción Proletaria tendrás un problema con los demás medios.

—Va incluido en el sueldo.

—De modo que tienes permiso para filtrármelo.

—También va en el sueldo. Ya conoces la fórmula...

—Según fuentes de la central...

—Y la fuente de la central puede ser cualquiera. Tampoco es que a Tordera le falten enemigos.

—Entonces, para cubrirte, emitirás un comunicado oficial afirmando que la reivindicación es falsa, que lo hacen para despistar. No está mal el regalito de Tordera, pero me hace falta otro detalle que mantendré en la estricta intimidad: el nombre y la dirección del dueño de la planta baja —Pons levantó un brazo exclamativo, de protesta—. Eh, no lo publicaré, palabra. Si me pregunta cómo he descubierto dónde vive, le responderé que he ido al Registro de la Propiedad o que me lo ha dicho un vecino, como me has sugerido.

—No, al registro. ¿Por qué no vas?

—Para no perder el tiempo, así mañana publicaré un reportaje más completo.

—¿Nada más?

—Sería suficiente... de momento.

—Queda todo saldado.

—¿Con Tordera? Sabía que me has convocado por indicaciones tuyas.

Pons le facilitó el nombre, los apellidos, la dirección y el lugar de trabajo de Vicent Baixauli, el propietario de la planta baja.

—Gracias.

—Lo hago por Tordera.

—¿Estás muy unido a él?

—Verás, todo es aún provisional. La lucha por su puesto es encarnizada. No es el peor, ni por asomo.

—Una pelea interesante. Es un buen reportaje.

—Sensacional, pero no puedo decirte nada.

—¿Por prudencia o porque no lo sabes?

—Por prudencia.

—Dame un esbozo extraoficialmente.

—Confío en ti, tengo buenas referencias. De los cuatro que optan a comisario jefe hay uno, exmiembro de la Brigada Político-Social, que sería terrible que ocupara el cargo. Es mil veces peor que Tordera.

—Por muy hijoputa que sea el de la Social, que seguro que lo es, se adecuaría a las nuevas formas.

—¿No te parece que sería un escándalo que ascendieran a un individuo como ese?

—¡Si todos los de la Social han pasado a la Brigada de Información! ¡No se han cargado a ninguno!

—En Información no son tan visibles.

—¿Por qué me has dicho que, de momento, optas por la prudencia?

—Si el individuo en cuestión se posiciona bien, te pasaré un informe.

—Pensando profesionalmente, solo profesionalmente, me conviene que nombren a un crápula de la Social. Un tipo así daría mucho más juego desde el punto de vista periodístico.

—Te entiendo, pero piensa también en mí. Me fulminaría de inmediato. Se sabe que estoy en prensa por petición del comisario Tordera.

—¿Eres un hombre suyo?

—Es el mal menor.

Era un día de pleno otoño que amenazaba tormenta y los naranjales, también por la hora, estaban desiertos. Algunos tenían cestas amontonadas entre los primeros árboles. Al día siguiente acudirían los recolectores. Paul (con una

bolsa en la mano), el Messié y el Largo entraron en el almacén que acogía los combates de boxeo. Se dirigieron a los vestuarios.

Antes de llegar, Paul echó un vistazo al almacén. Estaba sucio, con colillas por todas partes y un ambiente sin ventilar. Si arrastraban los pies levantaban algo de polvo en forma de neblina.

—¿Aquí celebráis combates de boxeo?

—Clandestinos —el Largo.

—Es una pocilga.

—Al público le es indiferente, pero lo desinfectamos con zotal una vez al mes. El verano del año pasado tuvimos una plaga de pulgas y nos vimos obligados a cerrar por unas semanas.

—¿Vosotros sois los organizadores?

—Sí, con otros.

—¿Y si un día se presenta la bofia?

—Pagaríamos una multa, pero están satisfechos con su comisión y no estorban —intervino el Messié.

—Tenéis a demasiados en nómina —resumió el francés.

—Son las reglas que nos evitan problemas. Paul, el Largo quiere informarte de las últimas novedades.

Como la elipsis era algo ajeno al Largo, y además quería dar importancia a su trabajo, necesitó quince minutos para relatarlo todo.

—¿No te has dejado nada?

—Creo que no, Paul.

—Yo ya tenía pensado algo sobre el director del Intrans, pero me parece bien lo que has urdido. No obstante, que sea la última vez que no me lo comunicas con antelación. Debemos actuar como equipo y todo tiene que pasar por mí para evitar sorpresas desagradables. Si no tengo todos los datos no puedo planificar nada bien. Respecto al atraco del chalet estoy de acuerdo en que, seguramente, el Gordo García sea un señuelo.

—Paul —dijo el Largo—, he olvidado contarte un incidente.

—¿Grave?

—Diría que no, pero tienes que saberlo.

El Largo le contó el seguimiento al que Tordera y su ayudante les habían sometido, al Gordo y a él.

—¿Un comisario te sigue de madrugada y no te parece grave?

—No lo es. Lo hace porque cree que le traicionaré contándoselo al propietario del chalet. Ya sabes, por la propina del agradecimiento.

—Y también porque lo quiere desarticular. Conseguiría más méritos —añadió Paul—. Pero lo tiene fácil montando guardia alrededor del chalet.

—Por eso pensamos —dijo el Messié— que el Gordo es un señuelo, que no se trata de ese chalet. Como no confían en él y, además, le utilizan para despistar, le pasan información falsa.

—Pero lo tenemos controlado —el Largo—. Como te he contado ya, un detective amigo nuestro sabrá quién es el perista con la ayuda del Gordo.

—El comisario —dijo Paul— también querrá saber quién es el perista.

—Se lo diremos —aclaró el Messié—, pero midiendo los tiempos. Nos interesa que lo resuelva con éxito.

—Nos conviene que siga siendo el comisario jefe, al menos hasta lo del Intrans. Si le hemos ayudado se convencerá de que no hemos participado en ello. Él sabe que apreciamos la tranquilidad de nuestros negocios. En este caso, Tordera es un aliado.

—No creáis, el Intrans será un asunto serio y estará tan desesperado que hará una gran redada. Habrá mucha repercusión, recibirá presiones por todas partes: del banco, de la aseguradora, de los políticos... Los pondrá en evidencia.

—Pero nosotros no seremos prioritarios. Ganaremos tiempo —dijo el Largo.

—Ganar tiempo siempre es primordial —Paul extrajo unos folios de la bolsa y los esparció por encima de una litera de escay con agujeros por todas partes—. He estado haciendo cálculos con la calle del Intrans y con la callejuela en la que, en principio, debería situarse el vehículo. Antes de continuar, este trabajo será el que hagas tú a partir de ahora —le dijo al Largo—. Como vas a menudo al banco no serás sospechoso si te ven por la calle.

—Sí, mejor —el Messié.

—¿De qué trabajo hablamos? —preguntó el Largo.

—No hace falta que sea todos los días, pero de vez en cuando debemos revisar los planos por si tenemos que efectuar algún cambio o mejorarlos. Esta es la conclusión a la que he llegado —juntó los folios—. Tenéis razón en que el vehículo debe esperarnos en la bifurcación de los dos callejones. Como sabéis, solo uno es el de la buena dirección. Aquí situará Sara el vehículo —puso un dedo justo en la bifurcación.

—También te dijimos que entre el Intrans y el vehículo hay un trecho.

—No es largo si no fuera por la gente que, según vosotros, no se situará junto a los edificios.

—No suelen hacerlo —el Messié—. Además de oír la *mascletá*, les gusta verla.

—Nos abriremos paso rápido y como sea. Algunas alarmas saltarán por el estruendo de la *mascletá* y pensarán que es una urgencia. No he puesto ningún nombre en los planos por precaución, pero supongo que conocéis los edificios teniendo en cuenta que el Intrans es eso —Paul señaló una figura cuadrada.

El Messié puso un dedo en la entidad bancaria y lo desplazó hasta donde estaría el vehículo.

—He calculado que el recorrido durará entre tres y cinco minutos —miró al Largo y al Messié—. Tenemos que hacerlo en tres.

—El margen es escaso —el Messié.

—Lo sé, por eso tenemos que ganar un par de minutos o tres en el banco.

—¿Cómo? —el Largo.

—Entrando antes de que empiece la *mascletá*. Los empleados que la quieran ver saldrán antes.

—Eso seguro. Todos quieren una buena ubicación cercana a la plaza.

—Empieza puntual, ¿no, Messié?

—Sí, sobre todo si es la primera. ¿Ya tienes decidido si lo haremos el primer día?

—No, pero es posible. El factor sorpresa es crucial. El primero en salir del banco serás tú, Messié. El segundo, el Gitano, y por último yo. Por cierto, nos hace falta otro miembro. ¿Lo tenéis?

—No —el Messié—. ¿Por qué nos hace falta?

—Dos metemos el dinero en las bolsas, otro controla al vigilante y a los empleados que se hayan quedado y el otro corta todos los cables telefónicos.

—Oye, Paul, en vez de cortar los cables llevad a todos los empleados a un despacho y encerradlos allí —resolvió el Largo.

—¿Y si alguien se resiste? —preguntó Paul.

—Las armas son persuasivas. Ninguno de ellos se jugará la salud por el banco.

—Creo que el Largo tiene razón, Paul. De ese modo, el que tenía que cortar los cables ayudará a llenar las bolsas.

—Para ayudar con las bolsas había contado con el director. Me lo pensaré.

—A pesar de todo, no será fácil encontrar otro —admitió el Largo.

—En ese caso me ocuparé yo —Paul.

—¿Francés? —el Largo.

—Tendréis noticias cuando lo resuelva —Paul recogió los folios y los guardó en la bolsa—. Largo, cuando llegue el momento, deberás tener una conversación con el director. Ha de mantener la caja fuerte abierta y el dinero en una posición idónea para meterlo con rapidez en las bolsas.

—¿Cuál será su excusa?

—Había abierto la caja para meter la recaudación del día. En cualquier caso él sabrá, después de hablar contigo, cuál es la mejor.

—Hablando de recaudación —preguntó el Largo—. ¿Cómo sabes que habrá tanta pasta? ¿Cómo sabes que habrá tanta el primer día de la *mascletá* y no el segundo ni el tercero?

—Respecto a eso no hacen falta más preguntas.

—Por mí de acuerdo —respondió el Messié mirando taimado al Largo.

—Pero ya que estás tan interesado en el dinero —Paul miró al Largo—, el reparto será al cincuenta por ciento para mí y la otra mitad para los demás, sea cual sea la cantidad.

El Messié asintió.

—¿Y tú, Largo?

—Pensaba en los demás.

—¿Los demás? Nunca conseguirían tanto dinero si lo hicieran ellos —el Messié.

—Me reuniré con ellos y se lo diré —dijo Paul—. Si no quieren participar en el golpe este es el momento.

—Si se van ahora entrañará un gran problema —replicó el Messié.

—Tendríamos tiempo de arreglarlo —Paul se colgó la bolsa de un hombro—. Pasado mañana vuelvo a Francia, pero no nos veremos hasta la próxima reunión. Messié, infórmame de cualquier novedad.

Dejaron a Paul en la entrada de Valencia, en la avenida Peris i Valero. Cogería un taxi para volver al hotel, evitando que alguien los relacionara. Entonces llegó el momento del Largo:

—Da una vuelta por la ciudad, quiero hablar contigo.

—¿Tienes alguna duda?

—Sí.

—¿Por qué no se lo has expuesto a Paul?

—Porque se trata de él.

El Messié se dirigió al puente de Peris i Valero.

—Yo confío en Paul —el Messié—. Siempre ha cumplido lo que dice.

—Messié, es una cantidad anormal. ¿Cómo sabe que ese día el banco la tendrá? ¿Cómo sabe que el mismo día que vayamos la cantidad será esa?

—También me parece raro, pero lo más importante es que así sea.

—Nos esconde algo.

—Largo, insisto en que es un tipo de confianza. Hay cosas que no hace falta decir. A ver, ¿en qué nos afecta si lo sabemos o no?

—En un aspecto importante, la falta de confianza en nosotros. Ni siquiera te lo ha dicho a ti —el Largo se encendió un cigarrillo y bajó dos dedos la ventanilla del copiloto—. O quizá te lo ha dicho.

—No sé nada, no me interesa.

—Él quiere saberlo todo de nosotros, pero en cambio...

—Es el organizador, es el *boss*. Lo ha planificado todo. Necesita saberlo todo. Vive en Francia...

—Pero no sabemos dónde. Cambió de residencia y no nos ha dado la nueva.

—Precauciones, Largo. Tú no tienes experiencia en esto.

—Pero todos estamos a la intemperie. Sí, ya sé que le conoces, que has trabajado con él y toda la mandanga, pero...

—Pero ¿qué, Largo? ¿Insinúas que nos la está jugando? —levantó la voz el Messié.

El Largo suspiró y exhaló una humareda.

—Yo no le conozco. Tengo derecho a la suspicacia. Lo del dinero no me cuadra.

—A mí, sí. Paul intenta evitar un error, una filtración, una... no sé, cualquier cosa que lo mande todo a la mierda. Es normal que no sepa o todavía no quiera decirnos el día exacto. Ya lo hará, pero sin tanto tiempo de por medio. ¿De qué desconfías?

—De que esté tan seguro de la cantidad de dinero. Además, ¿por qué se lleva la mitad? No es justo, aunque sea el organizador. Pero la cuestión es cómo lo sabe.

—Probablemente tiene a alguien en Francia, una fuente importante que debe proteger.

—Muy importante tiene que ser, por eso le dará su mitad o una buena parte.

—Muy bien, ¿y qué?

—Pues que hay un tipo que se agenciará mucho dinero sin arriesgar nada. Tenemos que negociarlo.

—Se trata de una fuente con información fundamental. Si yo la tuviera, también me pondría en valor. Piensa en lo que te llevarás y no en lo que ganará el otro. Sé práctico.

—Bien —dijo el Largo relajándose—. Soy yo quien ocultará el dinero. De repente el Messié aparcó a un lado.

—¿Qué insinúas?

—Que el trato es injusto y lo negociaré.

—¡Y una mierda! ¡Eso es traición! En ningún caso te lo consentiré. ¿Me has entendido? Eh, ¿me has entendido? —el Messié estaba realmente hecho una furia—. De todos nosotros, tú eres el que menos arriesga y ganarás lo mismo que yo. Si tiene que haber una caída, caeremos nosotros.

—Yo también caeré. ¿Quién me garantiza el silencio de Paul? Confío en Sara y en el Gitano pero...

—¿Y en mí?

—He dicho en Paul. No le conozco.

—Pero yo sí. No participaría en un golpe tan importante si no fuera con un hombre como él. Oye, o las cosas están claras o abandonas.

—¿Abandonar? Ya no puedo.

—No quieres, que es distinto. Conseguiremos un dinero que ni imaginábamos y lo sabes.

—Vale, cálmate.

—Todo está como estaba, ¿no? —silencio del Largo—. Responde.

—Sí, pero quiero aportar una idea que nos afecta, a ti y a mí: el cincuenta por ciento para él, pero nosotros negociaremos con los demás el reparto.

—¿Y cómo tienes pensado hacerlo? ¿Serás capaz de hablar con Sara y el Gitano? Ellos son dos y tendrán el doble que tú.

—He dicho que lo negociaremos.

—¿Y si están de acuerdo con el reparto de Paul?

—Entonces me callaré.

—Pues cuando Paul se lo comunique ya sabrás qué quieren. De modo que no te adelantes a la respuesta. Ni vuelvas a poner en duda a Paul. Para mí es como un hermano.

—No lo haré, pero me gustaría saberlo todo, absolutamente todo, desde el principio.

—Sara y el Gitano tampoco lo saben y no hacen preguntas. Son más profesionales que tú.

—¿Más profesionales que yo? —el Messié había tocado el punto más sensible—. Te recuerdo que he sido yo quien ha embaucado al director,

esencial para ganar tiempo en el banco. Y a Sara y al Gitano los he traído yo y...

—Yo, yo, yo... Eres un egocéntrico.

El Largo se anotó mentalmente buscar la palabra egocéntrico. Tenía la certeza de que le había insultado.

El Gordo García iba de copiloto, Toni Butxana conducía. Era la tercera vuelta que daban por dos calles del barrio de Russafa. El Gordo no recordaba exactamente en cuál de las dos calles vivía el contacto del perista y menos aún en qué edificio. Por seguridad, el Gordo llevaba un sombrero blanco de ala ancha y unas gafas sin graduar que le había dado el detective, que para las ocasiones que requerían un disfraz guardaba un vestuario bastante completo en el maletero del coche.

—Creía que sabías dónde vivía —reproche de Butxana.

—Estoy confuso.

—Para otra vez coge una referencia.

—¿Qué es una referencia?

—Una farmacia, un bar, una tienda de ropa... En fin, algo que al hacer memoria sitúes enseguida. ¿Recuerdas alguna?

—Sí, creo que al lado del edificio donde vive hay una tienda de esas en las que venden... —el Gordo se llevó una mano a la frente, presionándosela por si daba con una referencia—, venden hierbas, pastillas de menta... como una farmacia, pero no lo es.

—¿Una herboristería?

—¡Equilicuá! Me ha venido a la cabeza cuando has dicho eso de la referencia.

—Pues no he visto ninguna. ¿Seguro que estamos en el barrio correcto?

—¡Sí, hombre, Russafa!

—Russafa tiene muchas calles. Haz un esfuerzo mental en tu vida y sitúate. El mercado está en el otro extremo. ¿Entendido?

—Ya lo sé.

—¿Él sabe que tú sabes dónde vive?

—No. Le seguí un día de los que quedé con él. Mira, Toni, es que no me acabo de fiar.

—¿Y le viste entrar en un edificio?

—Sí.

—¿Y cómo sabes que vive allí?

—Porque no volvió a salir. Era de noche y estuve espiando hasta la una de la madrugada y había entrado a las nueve. ¿Querrán implicarme en el robo?

—rumiaba el Gordo.

—Hombre, ya lo estás.

—Sí, pero quizá para despistar.

No es tan tonto como parece, pensó Butxana.

—¿Para qué me quieren dando vueltas por la urbanización? —se preguntó el Gordo.

—Por si ves a algún madero camuflado. Tú los conoces.

—Yo creo que no es el chalet que me han dicho. Ellos piensan que lo filtraré.

—Pues tienen razón, pero da igual. Tendremos al perista. Pero antes debemos saber quién es el contacto. Doy otra vuelta por las dos calles y si no vemos la herboristería será otra.

—Estamos dando demasiadas vueltas. A ti no te conoce, pero a mí sí.

—No te reconocería, pareces un cantante de folk. Pero como ahora ya sé qué buscar, echa atrás el asiento y tumbate.

Más lentamente, Toni Butxana guio el coche por cuarta vez a través de las dos calles mientras el Gordo se peleaba con sus patas para estirarse. El detective miraba a un lado y a otro. Detuvo el coche. La herboristería estaba allí, pero con la persiana metálica bajada y el toldo recogido. La reconoció porque en una de las dos ventanas estaban escritos en tinta blanca el nombre de tres productos y su precio. Todo de oferta.

—Gordo, levanta —le señaló la tienda—. ¿Es esa?

Se puso una mano delante de las cejas, como una visera.

—Sí.

—¿Cuál es el portal, el de la derecha o el de la izquierda de la tienda?

—El de la derecha.

—Los dos son iguales.

—El de la derecha, el de la derecha.

—¿Cómo se llama?

—Se hace llamar Antonio Llopis.

—¿Se hace llamar o es Antonio Llopis? Hay una diferencia.

—Le conozco como Antonio Llopis.

—Espérame aquí.

Había aparcado diez metros por delante para evitar que identificaran al Gordo. Su volumen, aunque dentro de un vehículo aparentaba reducirse, era notorio. Fue hasta el portal. Allí coincidió con un hombre mayor que cargaba con dos grandes bolsas de la compra. Se ofreció a llevarle una hasta el

ascensor. El hombre se lo agradeció en grado sumo, ya que, por lo general, la artrosis y la edad convergen en el tiempo.

—¿Sube conmigo? —le preguntó el señor.

—No, subiré a pie para hacer un poco de ejercicio.

—Usted es joven —sonrió de refilón el hombre.

Cerró las puertas del ascensor. Butxana miró los buzones en busca de Antonio Llopis, que no figuraba allí. Como lo había hecho deprisa lo repasó con el mismo resultado.

—Gordo, no hay ningún Antonio Llopis.

—¿Lo has mirado bien?

—Dos veces. O te ha dado un nombre falso o es el que utiliza en el ambiente. Has hecho bien al no fiarte. Aun así, algunos buzones solo tenían un nombre de mujer. Habrá que esperar —bajó del coche y fue hasta la puerta del acompañante—. Te regularé el retrovisor hasta que puedas ver el portal de la finca. Levanta la mano cuando lo tengas a la vista —manipuló el retrovisor. El Gordo levantó una mano. El detective volvió al asiento del conductor—. Bien, a la puta espera de siempre.

—Eso me pasa a mí a menudo, que tengo que esperar el momento que toca.

—¿Y qué oportunidades son las mejores? —Butxana trataba de matar el tiempo.

—Las celebraciones apasionadas como los partidos de fútbol emocionantes, el traslado de la *Mare de Déu*, los castillos de fuegos artificiales...

—¿Qué haces con las carteras?

—Quedarme con la pasta. Si llevan el carnet de identidad las devuelvo. No me gusta ir gastando putadas.

—Si encuentras una buena me la podrías regalar.

—Supongo que la quieres de piel de cocodrilo.

—Están de moda.

—Tendrás que esperar. El Largo también quiere una.

—Te la pagaré a precio de amigo.

No tendría que esperar.

Con una cartera de piel color marrón claro, el Largo fue al Intrans y se dirigió al despacho del director saludando a algunos de los empleados. Pierre consultaba unos papeles cuando oyó dos golpes en la puerta.

—Buenos días, Pierre.

—Buenos días, pasa —le dijo ansioso, como dispuesto a contarle un secreto.

—Te veo un poco preocupado —el Largo sacó de la cartera fajos de billetes ordenados según la cuantía y una bolsita de plástico con monedas—. Están contados, pero a veces me equivoco.

—Se lo pasaré a un empleado. Quiero hablar contigo.

Salió con la cartera. El Largo se imaginaba de qué quería hablar. Pierre volvió.

—Dime, te escucho.

—Verás, Largo, se trata de Dolores.

—¿La has visto?

—Sí, hemos tomado café tres veces. Me gusta mucho, pero...

—Estás casado —el Largo se sentó—. Un hombre como tú, francés, moderno... ¿Qué inconveniente hay?

—¿Y si me enamoro?

—Tendrás dos. Oye, yo en esto soy un profesional. Tienes que actuar como un amante. Has de citarla en un hotel. Sé de unos cuantos que hacen la vista gorda.

—Me ha citado ella en su piso, pero no sabe que estoy casado y tengo mala conciencia.

—Si le preocupara te lo habría preguntado.

—¿Tú crees?

El Largo se levantó y le dio unas palmaditas fraternales en la espalda.

—Es lo primero que hacen, pero Dolores es una mujer muy discreta.

—Pero ¿no es raro que la conozca el mismo día que voy por primera vez a tu local...?

—Pierre, está mal que lo diga yo, pero habrás observado que allí no entran hombres tan elegantes y educados como tú. No creas que no lo han intentado, pero Dolores no se va con el primero que encuentra.

—Tal vez quiere algo más de mí y por eso esperaba a un hombre como yo.

—El tiempo dirá qué quiere. No te adelantes a la situación —el Largo cambió el rumbo de la conversación—. Oye, mi socio y yo queremos hablar de los depósitos. ¿Tienes alguno especial? Pero muy especial, ¿eh?

—Si ella quiere ir más allá, ¿qué hago?

Nada, el director estaba llevándolo a un extremo patológico.

—Cuéntaselo. Aunque, tal como han ido las cosas, no creo que vayan por ahí los tiros. Pierre, aquí los tiempos han cambiado mucho. Esto ya no es como antes, cuando las viudas de cuarenta años se vestían de negro de pies a cabeza para siempre. ¿No ves las minifaldas por la calle? Las mujeres se han liberado. ¡Si yo te contara...! Exceptuando a las casadas, que no me enrolló con ellas porque si llega el marido no encuentro un armario a mi medida, lo de bajarse los pantalones es un deporte para mí. Pierre, esto es Sodoma y el otro pueblo que ahora no recuerdo. En fin... Es obvio que tras vuestros encuentros le gustas y quiere pasar a la segunda fase.

El empleado entró con la cartera y un papelito con la cantidad anotada.

—Gracias, Martínez —Pierre esperó a que saliera—. ¿Sabes?, yo jamás he tenido una amante.

—Trabajas demasiado. Tómate un respiro. ¿Cuándo has quedado con ella?

—Mañana por la noche. Me ha invitado a cenar a su casa.

—Trae una buena botella de vino.

—Por supuesto. También quiero hacerle un regalo.

—Un ramo de flores, quedarás muy bien y es romántico.

—El romanticismo es justo lo que quiero evitar. ¿Y si se enamora de mí? No sé mucho de ella, ignoro cómo es.

—Es una mujer de su tiempo, trabaja y no necesita a nadie. Mira, Pierre, Dolores quizá es de ese tipo de mujeres que están hartas del amor; quizá ha tenido decepciones y al final lo que busca es un hombre educado y discreto que no le cause problemas. A ver, ¿tenías ganas de que te pasara algo así?

Pierre se frotó la barbilla.

—Sí... pero no me lo esperaba.

—¿No es emocionante, extraordinario, conseguir lo que no esperabas?

—Hoy he dormido poco. Temo que mi mujer note algo extraño en mí.

—Porque es la primera vez. Con los días todo será muy normal. No te preocupes más y aprovecha la ocasión. Si dejas que pase, algún día te arrepentirás de no haberlo vivido —el Largo debía evitar que el malestar de Pierre se asentara—. Pensando en tu mujer creo que es mejor que quedes con Dolores por la tarde.

—Tienes razón, normalmente trabajo por la tarde. Es muy buena idea.

—Para eso estamos los amigos. Ya me contarás.

—Por cierto —dijo el director mirando el papelito que le había traído el empleado—, has traído veinte mil pesetas. ¿Era eso?

—Exactamente. Y no pienses tanto, no es bueno para el estómago.

Se dieron la mano. Pierre se quedó con una inquietud aventurera. El Largo salió del banco y de inmediato se dirigió al despacho de Toni Butxana. Saludó a la secretaria cordialmente. El detective le recibió sentado en su silla.

—Vengo de hablar con el individuo de Dolores.

—Mañana por la noche tienen la primera cita en el piso.

—He logrado que sea por la tarde.

—¿Por qué cojones lo has cambiado, Largo?

—Porque está cagado. Le aterra que su mujer note algo raro en él. ¿Cómo le explicaría que llega en plena madrugada? Tiene que volver a casa a la hora habitual para saludar a los críos.

—Dolores trabaja por la tarde.

—Se lo diré. Toni, sería extraño que Dolores no le propusiera que se quedara toda la noche. Además, con luz natural todo se ve con mayor claridad.

—La iluminación está prevista, pero quizá tienes razón y lo ideal es por la tarde, a partir de las seis. Es mejor para ella. OK a este cambio, pero haz el favor de no ser manitas y deja de retocarlo todo. ¿Quién es ese tipo?

—Ya te lo dije. ¿Qué tal llevamos lo del Gordo? —un regateo rápido a la curiosidad de Butxana.

—Ya he ordenado seguir al contacto. Aparte de ti, del Gordo y de mí, ¿quién más lo sabe?

—El Messié y Marc Sendra. Tendríamos que reunirnos para ver qué hacemos.

—Todos tenemos claro nuestro propósito. Marc controlar la noticia, yo hacer lo mismo con la propina y vosotros quedar bien con Tordera. Y hay que pactar con el comisario para que no detenga al Gordo.

—Lo pactaremos. La pregunta es si se lo decimos ya a Tordera, quiero decir cuando sepamos quién es el perista, o esperamos a que pase el robo.

—Después. Antes podría meter la pata.

—Tengo que darle algo. Me presiona.

—De ninguna manera tienes que facilitarle al perista antes del atraco —se obstinó Butxana—. Lo único que tienes que decirle es que el Gordo está haciendo su trabajo y que es un aliado.

—Imagino que le estará siguiendo.

—Entonces tenemos que cambiar de planes. Lo arreglaremos por la vía rápida. Queda con Tordera. Entre todos le diremos qué tiene que hacer y cómo.

Si Paul le hubiera buscado, jamás habría contactado con el joven que se presentó como Kim. Acostumbrado al ambiente francés, en el que las formas eran muy distintas, la estética del que sería el nuevo miembro del grupo le resultaba molesta: pantalones vaqueros que necesitaban un lavado, una camisa a cuadros rojos ribeteados de blanco que evocaba a un leñador canadiense, unas zapatillas deportivas que debían de ser blancas y todo rematado con una barba y una melena con la raya en medio que le caía sobre los hombros. Todo él era un anuncio explícito de su ideología radical, aparte de esbozar un gesto depredador que indicaba hostilidad hacia el mundo. Qué manera de rebelarse tan absoluta y, a la vez, tan ineficaz, pensó el francés.

Paul había alquilado un coche con una de las identidades falsificadas que le había proporcionado el Mítico Regino. Había aparcado al otro lado del Pont de Fusta, cerca del que fue Vallejo, el antiguo campo del Levante U.D. y ahora un edificio de viviendas de clase media-alta. A su lado, sentado en el asiento del copiloto, Kim; detrás, Sara. Aunque le desagradaba la estética, Paul observaba a Kim en actitud amistosa.

—¿Qué te ha dicho Sara? —le preguntó.

—Que querías hablar conmigo.

—Nada más —añadió Sara.

—Bien —ahora Paul le miró fijamente—. Sara me ha contado lo del trabajo de Benetússer —se detuvo para comprobar la reacción, pero él no dijo nada, una señal del ascendiente de ella—. Necesitamos a una persona más para un golpe muy importante.

—¿Importante en qué? —preguntó Kim.

—En dinero y en peligro. ¿Qué experiencia tienes?

—Ha participado en todo lo que hemos hecho hasta ahora.

—Sara, tiene que responderme él.

—Pues ya lo has oído —dijo Kim—. Si la pregunta es si participaría, la respuesta es afirmativa. No obstante, y supongo que te parecerá lógico, querría saber de qué se trata. A lo mejor no estoy preparado.

—Confío en Sara y, si ella te ha recomendado, lo estás. Pero, antes, tienes que saber, como lo sabe ella, que usamos métodos diferentes. En principio, nada de violencia. Prefiero un fracaso a un herido o un muerto. ¿Entendido?

—Lo he entendido, pero si traemos armas puede pasar cualquier cosa. Son momentos de tensión.

—Ya hablaremos del tema. Contigo, el grupo lo formaríamos cinco personas. Cuatro entraríamos, Sara es la conductora.

—¿Por qué una mujer?

La pregunta molestó a Paul.

—Oye, no soy corto de entendederas. Siempre busco que cada pieza encaje en el mejor sitio. A propuesta de Sara probamos otro pero el resultado no fue satisfactorio. —Paul todavía estaba enfadado, por eso le preguntó—: ¿Tomas drogas?

—No tengo vicios decadentes.

—Una respuesta muy marxista. Si te he dicho que utilizamos métodos distintos a los vuestros es para que entiendas, y lo que te diré es absolutamente primordial, que en el grupo mando yo. Todo tiene que pasar por mis manos. Agradeceré aportaciones que mejoren el plan, pero la última decisión es mía. Ahora es el momento de decirme si estás de acuerdo en eso, si no lo estás no volveremos a vernos.

—Lo estoy —con seguridad—. Aunque todavía no sé de qué hablamos.

Sí que lo sabía, más o menos, pensó Paul. Nadie va a ciegas a un trabajo así, pero le parecía normal.

—Todo se andará, pero antes quiero que te quede claro que a partir de ahora tu visibilidad pública debe quedar en segundo plano. ¿Estás fichado?

—Nada importante, un arresto por incitar a la huelga universitaria.

—¿Cuántos sois en vuestro grupo? —Paul miró a Sara.

—Cinco, si te refieres a trabajos como el de Benetússer.

—O sea, si descontáramos al Gitano, quedarían dos.

—Dos —repitió Sara—. Pero no han intervenido en el último golpe.

—Pues bien, esos dos no tienen que saber nada de lo que hablemos. Me da igual que sean de absoluta confianza. He dicho nada.

—¿Cuándo será el golpe? —preguntó Kim.

—En un par de meses o poco más. ¿Qué saben del trabajo de Benetússer los otros dos?

—Nada —Sara—, pero pueden imaginárselo.

—Dado que se lo imaginan, incluso sería bueno que lo insinuarais. Comprenderán que por un tiempo estéis quietecitos. También entenderán que por un tiempo paséis a un segundo plano de activismo. Me refiero a huelgas y manifestaciones. Es lógico después de un trabajo como el de Benetússer.

—Hablares con ellos y se lo explicaremos —resolvió Sara.

—¿Puedes contarme ya de qué trabajo hablamos? —Kim.

—¿Te ha quedado claro el método jerárquico?

—Si Sara lo ha aceptado, yo también —Kim ya había captado el carácter seco de Paul.

No obstante, aún quedaba algo más.

—Personalmente, no tengo nada contra tu vestuario, pero es demasiado llamativo. Después del golpe de Benetússer, lo lógico sería que te lo cambiaras.

—¿De un día para otro?

—No, hazlo gradualmente.

—Si no nos dedicamos al activismo y cambia de vestuario quizá sea demasiado sospechoso —dijo Sara.

El francés lo meditó.

—Los prejuicios existen, más aún para la policía —dijo Paul, que también tenía—. Resulta evidente que llevas un cartel encima. Sara, quiero gente de apariencia normal, personas que no llamen la atención. Un cambio poco a poco pasará desapercibido. No discutiré, tienes que hacerlo.

—Lo hará —Sara.

El otro asintió mirando a Paul.

—El banco es el Intrans. Quizá lo hagamos el primer día de las fiestas falleras. Ya lo confirmaré. Tiene que ser un trabajo rápido, rapidísimo, ocho o diez minutos...

—¿Ocho o diez minutos? Lo veo imposible.

—No lo es.

—Hay alguien dentro que...

—No te incumben los detalles —Paul le cortó en seco—. El dinero no se repartirá hasta que todo se calme. Solo una persona sabrá dónde está guardado. El reparto, y esto también es una novedad para Sara, será el cincuenta por ciento para mí y el otro cincuenta para los demás —Paul dejó pasar un silencio—. Si queréis discutir cómo repartir vuestro cincuenta por ciento no me importa, pero, cuanto antes quede claro, mejor. Calculo que nos repartiremos entre ochocientos y mil millones de pesetas. Sea cual sea la cantidad, la división no se tocará. Insisto en que el reparto entre vosotros debe quedar claro. Bajo ninguna circunstancia consentiré dudas o malas caras. Todos tenemos que centrarnos en un trabajo que requiere concentración máxima. Cuando nos reunamos conoceréis más detalles, tenemos que ensayarlo. Ya os dirán el día y la hora —Paul se esforzó por ser amable, consciente de que era el líder del grupo, pero también de que no debía tensarlo más de lo necesario—. Por ahora no tengo nada más que decir. Bienvenido al equipo, Kim.

Le dio la mano con un gesto de proximidad, de pacto sellado.

La estrategia profesional de Marc Sendra en sus reportajes era dosificarlos. Para reclamar la atención de los lectores, siempre destacaba la novedad en un resaltado. Así fue como publicó la reivindicación política del atraco a la sucursal de Benetússer, noticia que no constaba en los demás medios. En una columna aparte se preguntaba quién era Acción Proletaria, de tendencia anarquista, que «debutaba en esta plaza».

En todo el Estado no había un grupo parecido, pero estamos en la época, decía, de la atomización de los grupos radicales, o bien era una reivindicación de falsa bandera, dejando en el aire una incógnita. ¿Quizá eran partidarios de la extrema derecha, que, huérfanos del franquismo, también se habían multiplicado a causa de la traición de la derecha parlamentaria? Él sabía que no era exactamente así, dado que la extrema derecha, con la tolerancia oceánica que disfrutaba, se inclinaba por la violencia sabedora de su impunidad. Estaban subvencionados y no les hacía falta correr el riesgo de un atraco. Pero con aquellas preguntas fomentaba las dudas, tenía más material informativo y despistaba a la competencia.

Para el día siguiente había proyectado una entrevista con el dueño de la planta baja cuya pared lindaba con el banco, Vicent Baixauli. Con ese objetivo, se desplazó hasta el instituto donde ejercía de profesor de filosofía. Se lo preguntó al bedel, un gordito de estatura media, calvo, con barba incipiente y piel lechosa y llena de pecas, que le indicó que el señor Baixauli estaba en la sala de profesores, probablemente preparándose la clase. Él mismo le acompañó. Allí había dos profesores, una colega que parecía corregir exámenes y Baixauli, leyendo un libro. El bedel se retiró. Mientras la colega seguía inmersa en sus papeles, Baixauli se volvió hacia la puerta donde estaba Marc. Demasiado joven para ser un padre, de manera que se acercó hasta él. Marc se presentó:

—Hola, me llamo Marc y trabajo para el diario *El Camí*.

El periódico disfrutaba de cierto prestigio entre la gente de izquierdas, pero Baixauli le recibió con el entusiasmo que se reserva a una colonoscopia. No obstante, se decidió por no mostrarse esquivo. Debía actuar con normalidad.

—Supongo que vienes por el atraco —Marc asintió casi preocupado, como si se disculpara por el descubrimiento—. No me interesa la publicidad. Al fin y al cabo no tengo nada que ver.

—En algo estás relacionado.

—Ya se lo he contado todo a la policía.

—Podrían buscarte problemas, tienes antecedentes.

—¿Porque milité en el Partido Comunista? Ya lo pagué. Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

—Por el registro de la propiedad.

—No dice dónde trabajo.

—Preguntando se llega a todas partes. Oye, vengo a proponerte una entrevista.

—No, no... nada de entrevistas.

—Será corta. Además, si no me la das, mañana tendrás aquí a un grupo de colegas. Si publico tu nombre y tu lugar de trabajo, identificándote como el propietario de la planta baja por la que han entrado en el banco, al día siguiente los tendrás aquí y, además, con fotografías. En cambio, si hacemos la entrevista el tema quedará zanjado. Yo no necesito fotos, ni tampoco tu nombre (te puedo poner las siglas cambiadas); solo una pequeña entrevista que completará la información.

—¿Qué puedo decir, aparte de que he sufrido la desgracia de tener una propiedad medianera con la sucursal?

—Lo que has dicho ya es una respuesta —Marc tomaba notas y, de paso, le enviaba el mensaje de un hecho consumado: ya estaba entrevistándole.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó Baixauli.

Marc miró a la profesora, ajetreada con los papeles. Si se aproximaban quizá despertarían su curiosidad.

—Estoy acostumbrado a escribir de pie. ¿Por qué tenías una cerradura tan floja?

—Allí no tengo nada de valor. Nunca había pasado nada. No voy a menudo. Vivo y trabajo en Valencia.

—¿Qué opinión tienes de los bancos?

La pregunta le pilló desprevenido, tanto que instintivamente se frotó la cadera. ¿Tenía que responder lo que pensaba?

—¿Es necesaria esa pregunta? Puede inducir a equívocos. A propósito, ¿podrías evitar escribir que he militado en el Partido Comunista? También se puede malinterpretar, y más aún con las facilidades que han encontrado los ladrones.

—Lo evitaré.

—Gracias.

¿Un alivio o una precaución ante las suspicacias? Marc decidió hurgar en el asunto.

—Facilidades, en efecto, han encontrado muchas, empezando por el candado y por el hecho de que hacía unos meses que no ibas al bajo. ¿No estarás implicado?

—Imagínate que lo estuviera. Es una suposición, evidentemente, pero ¿crees que te lo diría?

—Es obvio que no.

—Con estas preguntas seré el primer sospechoso.

—No lo serás. Te estoy agradecido por la entrevista.

—Entonces, ¿por qué me la haces? En general, los periodistas buscáis titulares.

—Es cierto, pero ahora no es mi caso.

—Pues no lo entiendo. Al principio he pensado que me chantajeabas.

—Te debo una disculpa, pero es una cuestión estrictamente profesional. Nos hemos adelantado con la reivindicación de Acción Proletaria y mañana lo haremos con tu entrevista. No es tan importante lo que me digas como el hecho de que vamos un paso por delante de los demás medios. ¿Te tranquiliza?

—Sí, y mucho.

Marc Sendra cerró la libreta y se guardó el bolígrafo en el bolsillo superior de la cazadora.

—Baixauli... Personalmente creo que estabas implicado.

—Yo...

—Un momento. Ambos tenemos la misma opinión de los bancos. Si no ha habido desgracias, miel sobre hojuelas. Pero la policía te hará más preguntas.

—Obtendrán las mismas respuestas.

—*Off the record*: ¿te crees la reivindicación?

—No.

—¿Quién, pues?

—Ladrones.

—Eso, en filosofía, se llama axioma.

—Lo introdujeron los matemáticos griegos en el período helenista. Soy de filosofía clásica.

—Es una materia muy interesante.

—A los alumnos les importa una mierda. ¿Puedo hacerte una sugerencia?

—Claro.

—Resalta, sobre todo, que llevaba más de tres meses sin ir por la planta baja. La policía ha comprobado que había mucho polvo. Incluso vieron una vietnamita.

—¿Puedo ponerlo?

—No sé si es conveniente...

—Es anecdótico. Además, es oportuno que lo digas antes de que alguien de la prensa husmee. Parecería que lo ocultas y ciertos periodistas de la derecha tienen buena relación con la policía.

—Tú también pareces bien conectado.

—Sí, pero por otras vías. Y yo no tengo ninguna intención de perjudicarte. Es, como te he dicho, un asunto profesional. Si me das un teléfono, te leeré la entrevista antes de publicarla. Por otra parte, el hecho de que tengas una vietnamita no te convierte en sospechoso por tu antigua militancia. Perfectamente la habrías podido comprar en un rastro.

—Le dije al comisario que fui exmilitante comunista.

—¿Un tal Tordera?

—Sí. Pese a los prejuicios que tengo hacia ellos, la verdad es que se comportó de forma amable conmigo.

—También ellos han tenido una militancia de la que deben renegar. Más aún con personas como tú. Escucha, agradecido por la entrevista. Ya has visto que es corta, solo para que se sepa que dominamos la información del caso.

—Gracias a ti.

En aquel «gracias a ti» había una especie de reconocimiento que no pasó desapercibido a Marc.

—El de prensa se ha pasado con la información —se quejó el comisario Tordera mientras leía el reportaje y la entrevista a Vicent Baixauli, firmada por Marc Sendra.

—Le ordenaste que se portara bien con él —le recordó Marcelino—. Además, estar bien informado no significa saber qué pasa. Y hemos conseguido lo que queríamos: que rectificara el rumor de nuestra presencia en el Palacio del Chulo.

Marc había publicado en la sección de «Rumores» que el comisario Tordera y su ayudante Marcel-lí (no pudo evitar la facecia del cambio de nombre del subcomisario, enviando así una señal de buena intención teñida de mala leche) estaban de servicio la noche del Palacio del Chulo.

—El cabronazo te ha puesto «Marcel-lí».

—Con el punto volado correcto. Tendrán máquinas de escribir modernas.

—Y algún funcionario mamón en el Gobierno Civil. ¿Crees que habrá sido de Agustí, el secretario del gobernador, la broma de ponerte Marcel-lí?

—Tiene todos los números, lo cual sería preocupante por la falta de respeto. Tordera, ¿y si desde el mismo despacho del gobernador nos están haciendo la cama? No me he presentado como Marcel-lí ante nadie más.

El comisario se rascó el pelo y se subió los pantalones. Su barriga visible necesitaba unos tirantes. No había caído en ese detalle.

—Podría ser —se lamentó—. De hecho, nos reconocía que en los cuatro meses que llevo en el cargo la estadística era buena, pero me recordaba que durante este último año había aumentado la criminalidad. En cambio, de momento no hemos recibido ninguna llamada del gobernador relacionada con el atraco a la sucursal.

—No lo considerarán importante, o bien nos han dado unos días para resolverlo.

—¿Cómo lleva Sospedra el caso?

—Ha interrogado al director, a los empleados, a algunos vecinos y al propietario de la planta baja.

—Al tal Baixauli tenemos que descartarle. No habría concedido la entrevista si estuviera implicado en el robo.

—Y si lo estuviera no podríamos acusarle ni de negligencia.

—Negligencia que Sendra se ha asegurado de no publicar.

—Habrá mercadeado con la entrevista. Por cierto, Tordera, me ha dicho el inspector Sospedra que el vecindario no ha visto ni oído nada de nada.

—Dile que interroge a los radicales de extrema izquierda.

—La reivindicación nos la inventamos para darle algo extra a Sendra.

—Pero es importante que desde el Gobierno Civil sepan que estamos por todas partes. Marcelino, necesitamos un golpe de efecto.

—El chalet será una bomba. Medalla y propina.

—Por partida doble, el seguro y el dueño. ¿Qué crees que es más importante, que lo impidamos o que lo investiguemos y al cabo de una semana lo resolvamos?

—A ver, Tordera, impedirlo significa que ejercemos un control férreo de la delincuencia, connota que en la central la planificación, el orden y la disciplina son inflexibles, y, por tanto, que desde que tú mandas todo cristo funciona como un solo hombre. Da una gran impresión de...

—Ya, pero no ha funcionado en el atraco a la sucursal, que parece que habían pasado días y noches preparando.

—Eso quería añadir. Si lo solucionamos investigando con rapidez, eficacia y resolución inmediata demostraremos que estamos preparados. Pero tenemos el problema del Largo marcando las pautas.

—Ese malnacido lleva días sin decirme nada.

No fue casualidad que el Largo tuviera en mente llamar por teléfono al comisario, pero Tordera, llevado por la impaciencia, se le adelantó.

Cinco minutos después, Tordera resumió la conversación.

—¡Qué jeta! Dice que justo en este momento iba a llamarme.

—¿Tiene novedades?

—Sí, pero no quiere contármelas por teléfono.

—En eso tiene razón. No me fío del personal de centralita. ¿Dónde te ha convocado?

—En un *pub* del centro. Me ha dicho que vaya solo y que me asegure de que no me sigan.

—Debe de ser muy importante.

Lo era tanto que al llegar al *pub* el único camarero que había le entregó una nota que indicaba que la cita tendría lugar en el garito, copiando la estrategia que el contacto del asunto del chalet le marcaba al Gordo. Tordera comprobó de nuevo que no le siguieran. De hecho, si sospechaban del personal de la centralita telefónica, también los colegas interesados en su actividad sabrían qué pasos daba. Por una vez le sorprendió la diligencia del Largo.

No obstante, la sorpresa fue el grupo que le esperaba en el garito. Abrió la puerta Felipe, que con gesto cordial le hizo pasar y le indicó una sala de juegos grande. Felipe se fue, Tordera se quedó de piedra, pero eso fue un instante después de saludar al Largo, que le había recibido en el *hall*. ¿Sabéis lo que es saludar a una persona y en medio de la conversación darse cuenta de que uno se ha equivocado de individuo pero sigue hablando con él por no hacerle un feo? Pues Tordera saludó así al grupo que le esperaba sentado. No necesitaba presentaciones: el Gordo García, Marc Sendra, Toni Butxana, el Messié y el anfitrión, el Largo. Ciertamente, podría decirse que el saludo de Tordera fue parco o quizá tímido. Por un instante se sintió abatido. Pero recuperó su aliento de comisario jefe cuando los demás, con una acción como mínimo malintencionada, le pusieron una silla en medio como si fueran a interrogarle; a él, al comisario jefe Tordera, pese a la provisionalidad del cargo.

Así pues, cogió con autoridad la silla y la llevó al lado del Gordo, que era el primero por la izquierda y que hizo un pequeño movimiento con su asiento para dejar al comisario un espacio que no hacía falta. Fue una actitud de respeto que a Tordera no le pasó desapercibida. No era así con los demás, algunos con las piernas estiradas y todos mirándole con aires que solo presagiaban una trampa. El Largo, que seguía de pie, habló:

—Señor comisario, le hemos convocado para mantener una conversación seria.

—¿Sería? No me lo parece por el público presente —Tordera, manteniendo la dignidad.

—Todos estamos metidos en el caso del asunto del chalet —dijo Marc Sendra, y el comisario miró al Gordo, que miraba hacia otro lado, como si se avergonzara, como si aquella situación no fuera con él—. Como ha dicho el Largo, la conversación será seria y franca.

—A mí, vosotros no me impondréis nada.

Tordera levantó la voz y acompañó sus palabras con un enérgico gesto de una mano, dedo negador incluido. Entonces llegó el momento de Toni Butxana. De una carpeta sacó unas fotos que, de uno en uno, fueron pasándose hasta que llegaron al comisario. Eran las fotos que el detective había tomado del encuentro de Tordera con el Largo en las afueras de la pedanía de Castellar. El comisario echó un vistazo y las dejó sobre una mesa de *black jack*. Definitivamente comprendió que se la habían jugado, pero incluso así mostró un punto de altivez.

—Señor Tordera —el tono del Largo fue sumamente respetuoso, o quizá tenía un deje de mala conciencia—, ha sido su impaciencia apretándome las tuercas lo que ha provocado la reunión.

—Me dijiste que solamente lo sabíamos tú y yo.

—Y era cierto —mintió—, pero me he visto obligado a buscar ayuda.

—¿No has pensado que a mí también me aprietan las tuercas desde las alturas?

—Estamos aquí para ayudarte —dijo Butxana.

—¡Calla, sinvergüenza! ¿Ayudarme? Queréis hundirme. A saber si no os habéis puesto de acuerdo con algunos de mis colegas que...

—Pare y fume, comisario —intervino el Messié—. ¿Qué nos habría impedido contárselo todo a uno de sus colegas? Es precisamente al revés, queremos que tenga éxito.

—Pero con nuestra estrategia —añadió Marc Sendra—. Tenemos que hablar mucho del caso y de ahí la presencia de profesionales...

—Exprofesionales —se apresuró a corregirlo el Messié.

—En cualquier caso, con experiencia. Largo, tienes la palabra.

El Largo, al que le encantaban los auditorios cuando era el centro de atención, seguía de pie. Dio unos pasos y se situó en el centro, desde donde dominaba el semicírculo que ocupaban los demás, pero dirigiéndose a Tordera.

—Hemos sopesado la situación, nos hemos reunido y hemos trazado un plan porque el asunto es más complejo de lo que parece.

—¿Y qué pinto yo?

—Calla y escucha. Y no te esfuerces con los tratos. No hay —Marc era el único dotado de la autoridad para darle una orden tan contundente—. El Largo tiene puntos de vista organizados. Continúa.

—Utilizando al Gordo nos están tendiendo una trampa. Se lo aclaro: al Gordo le ponen un contacto que, de hecho, si exceptuamos que le tendrán vigilando la urbanización el día de autos, no servirá de nada. ¿Para qué les hace falta allí?

—Absurdo —dijo el Messié.

—En efecto. El Gordo es el señuelo que saben que trabaja para mí.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Tordera al Largo.

—Porque cometió el error de decírselo cuando se lo preguntaron. Y a partir de entonces quizá cambiaron los planes: nosotros seguimos al contacto, que nos tiene que llevar hasta el perista, pero ambos, o los tres si incluimos al Gordo, son señuelos. ¿Lo entiende?

—Tengo una idea aproximada. Pero ¿quiénes son los auténticos?

—El contacto —prosigue el Largo—. Tienen que contar con alguien que fabrique la trampa.

—Le pondré vigilancia.

—De eso nada —Marc, sin vacilar—. ¿O es que aún no te has dado cuenta de que en este guión eres un secundario?

Hasta hacía unos meses, el mundo profesional de Tordera había sido uniforme: unos mandaban y otros obedecían a ciegas. Estaba momentáneamente desorientado. ¿Tanto habían cambiado las cosas para que tres delincuentes, un detective piojoso y un reportero izquierdista le dictaran lo que tenía que hacer?

—Marc, querría hacerte una pregunta, a ti, que eres un demócrata.

—Según de qué democracia, Tordera.

—Te la hago igual. ¿Esta reunión te parece normal?

—Desde el punto de vista formal, no; pero desde el material, absolutamente. Lo hacemos por tu bien. Todos tenemos intereses y si llevas el caso, con el ansia que te abrumba, la cagarás. Sé qué problemas tienes en la central, incluso puedo entender tus prisas, pero precisamente por eso tienes que apartarte.

—¿Y te parece lógico?

—No, pero hay una serie de elementos que nos obligan a intervenir.

—A dirigir —matizó Butxana a fin de que Tordera no incurriera en equívocos.

—¿Podéis imaginaros siquiera el ridículo tan espantoso que haría si todo esto se supiese?

—Nadie lo sabrá bajo ninguna circunstancia —dijo Marc.

—También pensaba que solo lo sabíamos el Largo y yo.

—Es distinto —el Largo, por alusiones—. Ahora el grupo está completo y es compacto.

—Correcto. Pero aparte del interés profesional de Marc, que entiendo y respeto, ¿cuáles son los vuestros? —Miró a los tres delincuentes—. ¿La propina, Largo?

—Usted me dijo que no aceptaba sobornos.

—Nosotros, sí —Butxana.

De repente apareció en escena otro delincuente. Eran cuatro.

—Y qué esperáis, ¿que la pida y nos la repartamos?

—Algo de trabajo tendrá que hacer —el Largo—, ya que nosotros lo haremos todo.

—Y lo de repartir tendremos que hablarlo —incidió Butxana—. Tú te llevarás el mérito profesional, que no es poca cosa. De eso se ocupará Marc. Que un diario de izquierdas hable bien de tu trabajo será de inestimable ayuda. ¿Verdad, Marc?

—Ya lo creo. Para que no haya equívocos lamentables, no tengo nada que ver con la propina. Todavía no soy un periodista venal. Tengo bastante con el premio de la exclusiva.

—Me queda otro detallito por comentaros.

—Adelante, señor comisario —el Largo hacía de todo con tal de que Tordera se sintiese cómodo.

—¿Qué le cuento, a Marcelino? Se pega a mí como una lapa y me hará preguntas. ¿Qué se supone que debo contarle? Él sabe que tenía una reunión con el Largo. ¿Qué le digo?

—Es muy sencillo —dijo el Messié—. El Largo ya tiene al contacto, una novedad que justifica el hallazgo. Pero no quiere revelarle quién es.

—¡Eso es un desprecio a mi autoridad!

—Pero como eres un hombre práctico tienes que ceder. Él lo entenderá, ya que tenéis los mismos intereses. Al fin y al cabo, lo que cuenta es el resultado final —aconsejó Marc.

—De todas formas yo iré informándole —el Largo.

—Por eso, Tordera, lo sabrás todo —añadió Marc.

—Ya que habéis sido tan amables de adoptarme, ¿podría dar algún consejo? El seguimiento del contacto, por ejemplo. Tienen que cambiarse los hombres que le vigilen cada día.

—Tordera, estás muy anticuado —le riñó Butxana—. Eso es cosa mía y estoy harto de hacerlo.

—¿Estáis seguros de que el contacto es el único miembro real de la banda? ¿Y si es el señuelo de los señuelos? ¿Y si solo le han dado esa tarea pero no sabe nada más? ¿Y si no es el chalet del jefe de la patronal?

—La única posibilidad que tenemos es el contacto —dijo Butxana—. Y si solo tenemos una es la mejor.

—¿Y si no nos lleva a ninguna parte?

—A ver —Marc pidió la palabra—. En Valencia solo se conocen dos coleccionistas de arte importantes y uno de ellos es el jefe de la patronal. Me lo ha comentado un colega de la sección de cultura. En mi opinión, el objetivo es el jefe de la patronal.

—¿Por qué estás tan seguro? —Tordera.

—Porque ellos te hacen creer que te han puesto un señuelo precisamente para que pienses que te están engañando. Ni siquiera me extrañaría que el contacto te llevara al perista, que, a su vez, te conduciría al sitio equivocado. Insisto, ellos quieren que tú creas que te están engañando. Es una vieja artimaña. No han cambiado de planes desde que se enteraron de que el Gordo trabaja para el Largo, simplemente te hacen caer en la trampa diciéndote la verdad.

—Entre otras cosas, porque un robo de esa magnitud no se improvisa —intervino el Messié—. Hace falta mucho tiempo para prepararlo. Oiga, cuando uno trabaja en algo así es muy probable que haya filtraciones. Tienes que hablar con mucha gente hasta que encuentres al personal adecuado. Ellos mismos son conscientes de ello y controlan la filtración, y lo hacen de tal manera que no te la creas.

—Pero vayamos al grano: si el contacto en tres días no nos lleva a una pista fiable hablaremos con él —aportó el detective.

—¿Hablaréis? ¿Creéis que tendrá la gentileza de cantar?

—Entonces, como policía del franquismo que has sido, le dejaremos contigo un rato para que le convenzas.

—Marc, eso es una broma de mal gusto. Yo no he trabajado para la Político-Social.

—Pero los tenías al lado y algo habrás aprendido.

—Eh, no discutamos —puso orden Butxana—. El tío tiene que cantar, por fuerza debe saber cosas.

—Recapitulemos —dijo el Largo.

—No hace falta, ya sé lo que hay que hacer: apartarme y esperar —Tordera, un poco indignado.

—Mientras esperas puedes coleccionar maquetas de avión —sugirió Butxana.

—Gracias por su comprensión —agradeció el Largo—. Puede llevarse las fotografías.

—Muy amable, las pondré al lado de la foto del rey.

—No desentonarían —remató Marc Sendra.

Qué hatajo de hijos de la gran puta, pensó el comisario al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa tensa.

Embotado por sus pensamientos, el comisario jefe provisional entró en la central sin responder a los saludos que recibía de sus subordinados. Con la misma ofuscación subió en el ascensor hasta la quinta planta y ordenó a la secretaria, sin molestarse ni en saludarla, que llamara al subcomisario Marcelino. Al entrar en su despacho se quedó quieto a dos palmos de la efigie de la patrona de la ciudad, mirándola sin rezar, quizá porque el problema no estaba al alcance de una solución divina. Así, de espaldas a la puerta y frente a la Virgen de los Desamparados, le encontró su ayudante.

—¿Me has llamado, Tordera?

Tan concentrado estaba que la voz de Marcelino le provocó una leve sacudida en el cuerpo.

—Me la han pegado —expresó Tordera con preocupación.

En principio, el ayudante pensó que le habían robado la cartera, motivo de burla tradicional en el ambiente tratándose de un policía. Tordera se sentó y el comisario también frente a él.

—¿Qué quieres decir?

—Me tienen cogido por los huevos.

—¿Es grave?

—Cuando te lo cuente no te lo creerás. Como sabes, me había citado con el Largo. Me olí algo raro cuando llegué al *pub* y me había cambiado el punto de encuentro. Ha insistido mucho en que me asegurara de que no me siguieran. Todo era muy extraño. Me ha hecho ir al garito. ¿Y quién estaba allí?

—¿Quién? —ansioso, el ayudante.

—Una panda de impresentables. ¿Lo adivinas?

—El Largo, el Messié y Butxana.

—No has hecho el pleno: también Marc Sendra. Ah, y el Gordo García, que no ha dicho nada, porque supongo que también se la habían jugado.

—Adiós, propina.

—Eso, adiós. Pero lo peor es que me chantajeen.

—¡No puedes tolerarlo! ¡Eres el comisario jefe!

Tordera sacó las fotos y las esparció sobre la mesa. Marcelino las miró con atención. El Largo con gorra y gafas oscuras con una mano en el hombro de Tordera no era una foto para enmarcar, tampoco la que le mostraba a cara descubierta con el comisario, mirando a cámara como en un día de excursión inolvidable. Pero para no amargarle más prefirió no comentarlas. Antes que ayudante era amigo.

—¿Qué quieren?

—Dirigir el asunto del chalet. Lo tienen todo planificado, pero no quieren que intervengamos.

—¿Con qué fin?

—Marc, la exclusiva; los demás, la propina.

—¡Será un escándalo!

—Me han prometido que el mérito será nuestro. Es la parte positiva, pero estoy herido en mi dignidad de policía. Además, ¿quién me garantiza que no se filtrará nada? Si se supiera estaríamos muertos.

—Muertos y ridiculizados. Me veo de uniforme por la calle.

—No obstante, conservemos la calma. A ellos también les interesa que salga bien. Aun así, no me quito de la cabeza la humillación.

—Te entiendo y me solidarizo contigo, habrás pasado un mal rato. Seamos prácticos. Si el caso es nuestro, que se lleven los aspectos materiales. ¿No quieren que hagamos nada de nada?

—Nada. Me informarán y punto. El convidado de piedra.

—No deja de ser buena señal que te informen. Sin embargo, no entiendo que no quieran nuestra ayuda, les habríamos dado gustosamente todo lo que nos pidieran.

—Es cuestión de desconfianza mutua. En fin, hay que trabajar con lo que tenemos. Llama al inspector Sospedra y centrémonos en el caso de la sucursal.

No obstante, el inspector Sospedra (un subordinado de confianza, educado y sin aspiraciones de conspirar contra Tordera, aunque el comisario, a aquellas alturas y tras la escena vivida, había perdido el sentido de la intuición) no tenía ninguna novedad. En la sucursal bancaria, dijo, había una cantidad de dinero que no era habitual. Por lo que pensaba que el director necesitaba vigilancia. También sospechaba del dueño de la planta baja, a quien, en su opinión, tenían que controlar. Así pues, como a Tordera le habían exonerado del trabajo del chalet, dijo que sí, que los vigilaran a ver si eran capaces de sacar algo en claro. Entonces, el inspector Sospedra dijo que le hacían falta cuatro hombres o quizá cinco o seis. De manera que el comisario sacó de un cajón un listado de nombres de policías a los que creía que se les podría asignar la tarea. La lista era escasa y, en realidad, un acto de fe. Desconfiaba de todo el mundo.

Después de terminar la reunión y de que los presentes celebraran el éxito del encuentro con Tordera con una botella de champán, en el garito se quedaron Felipe y el Gordo García limpiando el local (el Gordo protestó aduciendo que era el gerente, pero le recordaron que era un cargo nominal) y el Largo y el Messié, que se reunieron en un despacho para tratar de reordenar todos los planes que el Largo había puesto en marcha.

—Repasemos —dijo el Messié—. Situación actual del director y tu amiga.

—En marcha. Ya han tenido el primer encuentro.

—¿Y el resultado?

—Aún no he hablado con Pierre.

—No le preguntes nada, haz como si no te acordaras. Si te lo cuenta en cuanto le veas será buena señal.

—Lo había pensado.

El Messié esperaba la respuesta tanto como el Largo la pregunta que le hizo enseguida:

—Todavía estoy esperando que me digas que todo funciona.

—Todo funciona —de soslayo, sin mirarle—. Butxana se ocupará del contacto y tenemos que esperar.

—Correcto.

—Pero tenemos que alimentar a Tordera, de modo que poco a poco vas informándole —y adelantándose al Largo—: Ya sé que lo tienes pensado. Queda un asunto pendiente: la propina. Ha quedado clara la dimisión de Tordera en este aspecto, pero Butxana no ha dicho nada del reparto.

—¿Ahora te interesa?

—La situación ha cambiado.

—Pues ahora soy yo quien no tiene ningún interés.

—Será muy jugosa.

—Tenemos un premio mejor —el Messié prestó atención. Últimamente el Largo andaba fino—: las fotos. Siempre tendremos atrapado al comisario.

—¿Lo dices por el Intrans?

—Exacto.

—Pues estás en un error. Para lo del chalet, sí, ya es nuestro. Se demuestra que sin ayuda no lo habría resuelto, pero en nuestro asunto podría perfectamente decir que hablaba contigo para sonsacarte información.

—Para sonsacarme información me habría convocado en la central. Messié, esas fotografías son oro. Nosotros tenemos que negar nuestra participación en redondo. Tenemos un as: nunca hemos atracado bancos. Bueno, tú sí, pero en otro país. Se supone que no somos profesionales y menos aún para llevar a cabo un asalto de estas características. Es más: le ayudamos con lo del chalet porque queríamos que tuviera éxito y le nombraron oficialmente comisario jefe. Sería contradictorio que tratáramos de hundirle. Y también tenemos al director, que dará señas físicas que no se corresponderán con las nuestras.

—En realidad me preocupan otras cosas: Butxana y Marc. Son dos capullos de padre y muy señor mío. Después del Intrans quizá crean que todos estos líos con Tordera han sido tácticas de distracción. Me preocupa la rápida integración de Marc Sendra en nuestro ambiente.

—Es periodista de sucesos.

—¿Y por qué no le hemos conocido antes?

—Porque Butxana no nos lo había traído —respondió el Largo.

—¿Quién ha traído a quién? De repente, Marc aparece por todas partes. Paul está al corriente del lío de Tordera, excepto de la reunión de hoy. Pero ¿cuál será su reacción si también sabe que hay un periodista?

—Es periodista, pero especial.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le conoces bastante? —dudas del Messié.

—Si es amigo de Butxana es de confianza. Me parece normal que esté profesionalmente interesado en el asunto del chalet.

—¿Qué haría para saber lo del Intrans?

—Mucho, muchísimo. Sería la exclusiva del siglo.

—Tú lo has dicho.

—Pero, al margen de los que estamos dentro, nadie sabe nada. No conoce a Paul, ni al Gitano ni a Sara.

—Mira, Largo, por una vez le ocultaremos a Paul la reunión que hemos tenido con Tordera. Si se enterara, además de decirnos cualquier cosa menos bonitos, lo suspendería todo. Le conozco y lo haría.

—Tienes razón.

—Y ahora te pido un favor: estate quieto una temporada. Tus aportaciones han sido valiosas, pero estoy harto de oírlas.

—Hasta ahora no lo he hecho mal.

—Pero tengo la sensación de que estamos moviéndonos demasiado, de que quizá se nos vaya de las manos y se descontrole todo.

—Aún tengo otra idea —dijo el Largo, y el Messié suspiró cerrando los ojos—. Espera y escúchame. No tiene nada que ver con las demás. Se trata de ampliar el negocio.

—¿Cómo?

—He pensado hacer socio a Andresín en el bisnes del boxeo a cambio de *whisky* y tabaco. Eh, es una gran idea.

—¿Tener cerca a otro *dotor*?

—No olvides que, cuantos más negocios tengamos, menos sospechosos seremos en el asunto del Intrans. ¿Quién atracaría un banco si todo le va a las mil maravillas? Es una coartada perfecta. ¿No crees?

Pero el Messié pensaba que desde hacía unas semanas habían pasado de ser gerentes de un garito a controlar una multinacional de asuntos diversos.

—Messié, siempre me has acusado de ser un conformista. Me comparaste con un biscúter. En cambio, ahora...

—Quiero tu palabra de que Andresín será la última idea.

—¿Te gusta o no?

—La palabra, Largo.

—¿Hace falta que te la dé?

—Firmada y sellada.

Primero fue al garito de Andrésín para tratar de llegar a un acuerdo en el intercambio de negocios. Siendo justos, la maniobra del Largo de multiplicar los asuntos personales era una estrategia correcta para generar desconcierto policial, dado que Tordera perdería los estribos buscando a los autores del atraco al Intrans. Por eso se apresuraba a llegar a un acuerdo con Andrésín. De modo que el Largo le soltó una explicación hiperbolizada de los grandes beneficios del negocio del boxeo.

—Andrés —evitó lo de Andrésín para dar formalidad al convenio—, hay días en los que vienen un millar de personas —dijo enfatizando las palabras—. Todos apuestan en mayor o menor medida. La casa, nosotros, ya ganamos un quince por ciento de comisión. Pero la cosa no se queda ahí: también apostamos buenas cantidades.

—¿Y si perdéis?

—¿Qué dices? Sabemos de antemano quién ganará. Por supuesto no lo hacemos siempre, para no soliviantar al personal, pero el balance final es positivo.

—¿A cuánto asciende la recaudación total?

—A unas ciento cincuenta mil pesetas.

—¿Y el reparto?

—Entre tres.

—¿Tú, el Messié y yo?

—No, el Messié y yo somos uno. El tercero es el dueño del almacén.

—¿Y la bofia?

—El cinco por ciento.

—¿Con eso se conforman?

—Siempre redondeamos al alza. Merece la pena tenerlos contentos. Te llevarías más o menos veinte mil pesetas sin hacer nada. Ni hace falta que vengas.

—Me gusta el boxeo, más aún si eres tú el contable. Vayamos al trato y ve al grano.

—Todas las semanas tres cajas de *whisky* y tres de tabaco de importación.

—¿Y cuántos combates de boxeo celebráis a la semana?

—Hombre, una vez al mes. Hay que dejar un margen de tiempo para que los boxeadores se recuperen.

Andrésín puso por escrito sus cálculos en una libreta cuya parte superior tapaba con una mano. El Largo encendió un cigarrillo.

—Una y una —dijo terminada la suma y la resta.

—¡Andrés, me estás atracando!

—Largo, en tu puta vida me has ofrecido un negocio. ¿Por qué estás tan dadivoso conmigo?

—Porque me interesan el tabaco y el *whisky* como complementos para el garito. Eh, los podría conseguir. Ya sabes que tengo buenas amistades en el puerto.

—No saben ni quién eres.

—Para no poner en compromiso a mi contacto no te diré quién sería el proveedor. A ver, Andrés, aparte del interés comercial me guía un espíritu gremial. Si a todos nos va bien y la bofia cobra, nos dedicamos al bisnes y no nos peleamos. Nadie nos protege aparte de nosotros mismos. Yo no gano nada si a ti te va mal.

—Me han cerrado el local tres veces y siempre he tenido la sospecha de que ha sido por tu culpa, untando a la brigada.

—¿A los de la brigada? ¿A la bofia? Con ellos solo tengo tratos comerciales. ¡Andrés, me estás ofendiendo! ¿Me tomas por un delator? ¿Tienes alguna prueba contra el Messié o contra mí? ¿Sabías que hace un par de semanas el comisario Tordera se dejó caer por el garito? ¡A ti no te controlan tanto!

—No, a mí me cierran el local directamente. Si te visitó Tordera fue por las carteras del Gordo.

—Exacto, pero aquí no vino para molestarte. ¿Debería pensar que estáis conchabados? Oye, estamos peleándonos y perdiendo el tiempo. Habla.

—Una de *whisky* y dos de tabaco a precio razonable.

—¿Razonable? Tienen que ser gratis. ¿Dejo que participes en un gran negocio y tú quieres cobrarme la puta roña que me ofreces? Esto es como en el gimnasio, hay que pagar la matrícula.

—La matrícula solo se paga una vez.

—Y las mensualidades, Andrés.

—No hay trato, Largo.

—Un momento, hombre. Los tratos están para hablarlos. Diez de *whisky* y diez de tabaco y no te cobro las mensualidades.

Andresín volvió a recurrir a la libreta. Tenía unas manos tan grandes que el bolígrafo se le perdía entre los dedos, aunque también las sumas y las restas se le perdían en el cerebro. Como borraba cifras e iniciaba de nuevo el recuento, el Largo se levantó y dio una vuelta por el local para que no se sintiera vigilado. Se fue hasta un extremo y volvió justo cuando Andresín, ayudándose con los dedos, efectuaba la suma final.

—No lo tengo claro.

—¿Has sumado bien? —pero antes de que empezara el suplicio matemático el Largo se lo pensó mejor. Al fin y al cabo para él era un negocio pantalla—. Va, rematémoslo. Siete y siete, no se hable más.

Considerando que había exagerado la recaudación del boxeo, siete y siete era una estafa. No obstante, también era cierto que no le cobraba las mensualidades. Se lo reiteró en cuanto Andresín abría otra página en blanco para guerrear de nuevo con la contabilidad.

—Acepto, pero será un trato temporal.

—Perfecto, pongamos seis meses de prueba y si las ganancias no te motivan te largas. ¿Somos socios? —el Largo le dio la mano—. La semana que viene me traes diez y diez.

—¡Y una mierda! —Andresín retiró la mano en el acto—. Hemos quedado siete y siete.

—Hostia, tío, tardas tanto en sumar que se me olvidan los números.

Alentado por el entusiasmo que suscitaban en él todas las estrategias que había urdido, sintiéndose líder imprescindible de nuevo, el Largo, movido por una imaginación tan menguada unas semanas antes que incluso a él le sorprendía, decidió ir al centro del padre Rafel para comprobar *in situ* (aquel latinajo se lo sabía) si el espacio era apropiado para ocultar el botín del Intrans. De pronto creía en Paul y en su convicción de que el golpe sería tan gratificante como el francés les había certificado.

Llegó y aparcó junto a una cancha de básquet improvisada, rodeada de árboles que, al crecer, ofrecerían una sombra protectora y de bancos de madera aquí y allá donde los niños y familiares que acogiera el lugar meditarían sobre el hostil futuro que les aguardaba.

En un banco del otro extremo de la pista de básquet, el padre Rafel leía un libro tan absorto que no se dio cuenta de la presencia del Largo hasta que no le tuvo a un palmo de distancia.

—¡Hombre, qué alegría verte!

El cura se quitó las gafas y primero las dejó en el banco, pero enseguida se las metió en un bolsillo de los pantalones. Desmemoriado, más de una vez se había sentado encima, o bien pasado un rato no sabía dónde estaban.

—¿Qué lees?

—La biografía de un señor que se llamaba Montaigne.

—¿Interesante?

—Dice que tenemos un órgano en el cuerpo tan ajeno a nuestra voluntad que, a veces, sin que lo queramos, duerme, y que en otras ocasiones despierta y levanta una parte de la tela de nuestros pantalones.

—Y tú, cuando se te despierta ese órgano tan ajeno, ¿qué haces?

—Le digo «buenos días». ¿Me traes un regalito?

El Largo le dio mil pesetas.

—Es personal —le dijo.

—¿Los negocios no van bien? —se levantó Rafel.

—Estamos reestructurándolos para que funcionen mejor.

—Perfecto, aumentará la ayuda. Ni te imaginas cómo tengo el centro.

Entonces Rafel recitó, como era costumbre en él, todos los problemas que debía afrontar.

—Demos un paseo y me los enseñas —propuso el Largo, que, antes, mientras se acercaba a Rafel, había observado el hueco que ofrecía el tronco de un árbol como uno de los posibles lugares donde ocultar parte del dinero.

Empezaron por la guardería, que tenía goteras por tapar y también necesitaba una mano de pintura. El espacio era demasiado diáfano y solo había sillas, mesas pequeñas y una pizarra. Sin embargo, un falso techo con la excusa de unas obras podría ser un buen escondite, pensó el Largo.

—¿Ves? No tenemos calefacción y el invierno llegará pronto. La letra, con calorcito entra mejor.

—Y la capilla, ¿cómo la tienes?

—Antes pasemos por mi despacho.

El despacho era una copia más reducida de la escuela, con una biblioteca sencilla —un armario que el Largo abrió y cerró enseguida porque era de construcción muy simple—, una mesa y dos sillas. Lo observaba todo con atención mientras Rafel se quejaba por las reformas que hacían falta.

—Una estufa no me vendría mal.

—Anotado —dijo el Largo.

—Siempre que vienes anotas mucho, pero luego me sueltas unos billetitos que sirven de muy poco. A ver si con la reestructuración te estiras más.

Luego, Rafel abrió la puerta de otra aula, esta de música, donde los niños ensayaban dirigidos por un joven voluntario que les enseñaba solfeo. Al ver a Rafel y su acompañante, los niños se pusieron en pie.

—Seguid, seguid —continuaron solfeando—. Todas las habitaciones están igual. Además, hay que comprar instrumentos. Los que tenemos son de segunda mano, los compro o me los regalan las bandas de música de los pueblos —el Largo descartó la sala. No veía ningún sitio donde ocultar el dinero—. La música es muy importante, les aporta sensibilidad creativa.

—Y podrían ganarse la vida tocando en *cabarets*.

—Preferiría cualquier orquesta municipal. El mundo está lleno de músicos valencianos.

—Vamos a la capilla.

—Claro. Por cierto, ¿la has visto alguna vez?

—No soy aficionado.

—Pues un poquito de reflexión cristiana fortalecería tu espíritu. El Messié y tú tenéis demasiado afecto por los bienes materiales.

—Pero aún no has parado de pedir eso mismo.

—Una cosa es la necesidad y otra muy distinta el capricho y el lujo.

La capilla era diminuta y tenía seis bancos alargados para que rezaran los fieles. A la misma altura de lo demás estaba el altar, con una mesa de piedra de mármol con un cáliz. Detrás, más o menos a un metro, una efigie de la Virgen de los Desamparados. Popularmente, a la patrona se la conocía como la *Geperudeta*, y hasta allí, buscando el volumen de la chepa, se acercó el Largo para examinarla y cerciorarse de que cabía, por lo menos, una parte del botín. La tocó por varios sitios y era muy compacta. Una pena, porque bajo ella el dinero habría estado a salvo.

—¿Qué haces, Largo? No estarás frotándole en la chepa un número de lotería...

—Dicen que trae suerte.

—Déjalo, ya lo he intentado varias veces, sin que nadie lo supiera, y no me ha tocado ni la pedrea.

—¿Tienes sótano?

—No.

—¿Y dónde guardas los objetos de valor?

—¿Has visto alguno? A lo mejor la Virgen, pero si la roban les caerán chuzos de punta. No por ella, que es toda bondad, sino por los estibadores del puerto. Son muy devotos. Vienen siempre en Navidad y me entregan dinero que han reunido entre todos. La imagen me la regalaron ellos.

—Un poco de *whisky* de contrabando tampoco te iría mal.

—Sería un buen sustituto de la calefacción. Vamos a la cocina.

—Ya la conozco, Rafel. Necesitas una más nueva y más grande.

—Grandísima. Por las noches viene gente a cenar. Para algunos es el único alimento que toman al día. Largo, mis padres eran católicos, pero no estaban de acuerdo con el cristianismo que practico y solo recibí como herencia lo que denominan la legítima. Entonces compré el solar y la casa. Les he pedido a mis hermanos que me ayuden sin ningún éxito. Ya he desistido.

El Largo se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Si todo va bien, en unos meses podremos ayudarte —pensó en la propina del chalet y en el Intrans—. Pero debes tener paciencia.

—Rezaré para que os vayan bien los negocios.

—Reza mucho y todos los días. Lo necesitaremos.

Rafel le acompañó hasta el coche. Durante el trayecto le recordaba todos los desperfectos del centro, como una letanía a la que el Largo asentía mientras rumiaba sobre la idoneidad de un falso techo en la guardería y el hueco del tronco del árbol del patio, que quedó descartado por si se daba la eventualidad de que cayera un rayo castigador. Subió al coche y bajó la ventanilla.

—¿Cómo me has dicho que se llamaba el pensador que leías?

—Montaigne. Me gusta que quieras cultivarte, aún estás por sembrar.

Paul los convocó a todos en el almacén de boxeo. Tenía dos motivos: la presentación del nuevo miembro y un ensayo general. Él, el Messié y el Largo se habían adelantado a la hora de la cita para trazar con tiza en el suelo, una vez barrido el polvo, un simulacro aproximado de las dimensiones del banco, el lugar que ocupaba el vigilante jurado, la situación de los empleados, el despacho del director y la caja fuerte. Al terminar el dibujo, Paul preguntó al Largo si era correcto.

—Más o menos, pero servirá para un ensayo. En cuanto a la distancia hasta el vehículo, yo multiplicaría por cinco los pasos y el tiempo de un extremo a otro del almacén.

El Messié lo comprobó.

—Yendo deprisa, sin toparnos con excesivas dificultades, unos tres minutos —dudó—. Quizá cuatro para no pillarnos los dedos.

—Tenemos que actuar con energía si hay gente en la acera cerca de los edificios. Se supone que somos trabajadores con una alarma de emergencia —razonó Paul.

—La capucha nos la tendremos que poner en los peldaños previos a la entrada del banco —aportó el Messié.

Llamaron a la puerta metálica del almacén.

—Voy yo —dijo Paul.

Pero el Messié le detuvo:

—Déjame mirar por la ventana.

Los cristales, cubiertos de suciedad, no permitían ver el exterior. Cogió un papel de periódico que había en el suelo y tras un rato limpiándolos, saliva incluida, consiguió un pequeño círculo de claridad.

—¡Son tres! —gritó.

—Si el tercero va con Sara y el Gitano, que entren —dijo Paul.

El Messié les abrió la puerta sin dejar de observar al nuevo. Los tres accedieron en silencio mirando el almacén ante el gesto de extrañeza del Messié, que asió a Kim del brazo.

—¿Quién eres?

—Se llama Kim y forma parte del grupo —aclaró Paul.

Kim se había cortado el pelo, pero todavía llevaba barba y los mismos pantalones vaqueros y la camisa a cuadros. Cambiaba de aspecto gradualmente, como le había ordenado el francés.

—¿No tendrías que habérselo consultado? —preguntó el Largo.

—Tú no eres el más indicado para pedir eso —le contestó sin tapujos Paul. A pesar de todo distendió el momento—. No quería decíroslo por teléfono —entonces se dirigió a todos—: me reuní con Kim a propuesta de Sara. Después de hablar con él consideré que era apto.

El Largo miró al Messié en busca de una réplica.

—Hablemos —dijo.

—No hay nada que hablar —Paul—. Le necesitamos y vosotros no encontrabais a nadie. Con cuatro dentro será todo más rápido. Vayamos al grano, pero antes tenéis que llegar a un acuerdo con lo de vuestro reparto.

El Largo se sintió aludido, pero calló. Hubo un momento de silencio que rompió Sara:

—Estamos de acuerdo en repartirnos el cincuenta por ciento restante a partes iguales.

Una fórmula que no era del agrado del Largo. Aun así, no osó llevarle la contraria a Sara.

—Queda claro, no se hable más —resolvió Paul—. El Largo ha estado en el centro del padre Rafel.

—No implicaremos a Rafel —la voz de Sara pareció una orden.

—Soy yo el encargado de esconder el dinero —dijo el Largo—. He observado atentamente la casa y el patio y quedan descartados, pero si no fuera por eso no os lo diría. Supongo que confiáis en mí.

—Del todo —ratificó Paul—. Pero si encuentras un sitio no hace falta que nos lo digas. Venid —se reunieron en torno al francés donde empezaba el dibujo que se suponía que marcaba la entrada del Intrans—. El plano es aproximado, pero es perfectamente válido.

—¿Dónde están las cámaras? —preguntó Sara.

—No las hemos marcado porque no podemos perder el tiempo inutilizándolas. Lo más interesante —dijo Paul mientras entraba en el dibujo— es la posición del vigilante jurado —señaló el lugar—. No le daremos tiempo ni para desenfundar el arma.

—Si es que está en su sitio —intervino Sara, que entró en el interior del plano, pasó por delante de Paul y se fue al otro extremo, casi al final del dibujo—. Veo que es un rectángulo en cuyo exterior están los empleados. A veces, los guardas, por aburrimiento, hablan con ellos. ¿Y si está aquí, donde estoy yo? La distancia hasta la puerta de entrada le da más oportunidades.

—Cierto, el camino por recorrer es el doble. Sin embargo, no creo que pueda desenfundar —dijo Paul—. No está preparado, no se lo espera. En primer lugar, la sorpresa le paraliza. La mayoría de ellos jamás ha presenciado un atraco. En el caso de que tuviera buenos reflejos, tendría que abrir la funda, sacar el arma... y eso si es capaz de desenfundar al primer intento. Kim, Gitano, corred hacia Sara.

Ambos se situaron en la línea de la puerta, se miraron para iniciar el trayecto juntos y corrieron.

—Cuatro segundos —comprobó Paul con el reloj en la mano—. ¿Ves? —se dirigió a Sara—. El vigilante no tiene tiempo de nada. Kim es más rápido que el Gitano. Será el encargado de desarmar al guarda. Volved aquí.

—¿Qué hacemos con la cámara que enfoca la caja fuerte? —preguntó Sara.

—Aún no sé dónde está la caja, pero supongo que tiene pared medianera con el despacho del director. Una puerta separa ambas habitaciones. Tampoco sé si hay una cámara.

—¿Y cuándo piensas averiguarlo? —pregunta maliciosa de Sara.

—Dos o tres días antes —respondió Paul.

—Trato con él personalmente siempre que voy. Quedaría raro que le preguntara dónde tiene la caja fuerte, ¿no crees?

—¿Y no quedará raro el día que se lo preguntes? —Sara.

El Largo miró a Paul. ¿Tenía que contar lo de la encerrona del director? El francés decidió intervenir.

—Todo eso está planificado. Pero son detalles que, en caso de una caída, no hace falta saber. Forma parte de la labor del Largo, ni siquiera lo sabemos el Messié y yo —mintió el francés.

—Pero debemos tener la seguridad de que todo funcionará —Kim intervino por primera vez.

—De momento va todo bien —Paul—. Centraos cada uno en lo que tengáis que hacer. Mirad el plano: entrada, en medio y a la derecha el guarda, en el exterior del rectángulo los empleados y al fondo el despacho del director, la persona clave. Se supone que quedarán una tercera parte de los empleados o menos.

—A lo mejor menos —dijo el Messié— si es el primer día de la *mascletá*. Todo el mundo está ansioso por verla.

—Pero no tenemos una idea clara —Sara—. ¿Quién se encarga de los empleados?

—Kim y el Gitano. El Messié y yo, de la caja. Calculo que necesitaremos cuatro bolsas grandes. Como sabéis, los bancos desconectan las alarmas porque se disparan con el ruido de la *mascletá*. Kim y el Gitano encerrarán a los empleados en una habitación y arrancarán el hilo telefónico.

—¿Qué habitación? —preguntó Sara al comprobar que no había ninguna marcada.

—En la del director —dijo el Largo, señalando un dibujo que, con el polvo, apenas se veía—. He observado que tiene la puerta más gruesa. Cuando lleguéis con los empleados, el director estará en la de la caja fuerte, justo al lado.

—¿Habéis previsto que algún cliente entre en el banco?

Sara era un incordio, pero sus preguntas eran muy profesionales. A Paul le gustaban.

—Todos los atracos tienen imprevistos.

—Pero no es demasiado probable que entre algún cliente —el Messié.

—No es probable... —murmuró Sara dudando. Enseguida levantó la voz—. Todo se iría al garete.

—No podemos dejar a nadie vigilando la puerta —dijo Paul—. Todos somos necesarios por la rapidez que nos hace falta. Aun así, imaginaos la

escena. ¿En qué momento entra el cliente? Eso es fundamental, pero pongámonos en el peor de los casos: acabamos de entrar, el tío se percata de la situación, tiene que buscar un teléfono y llamar a la policía. De acuerdo, ya lo ha hecho. ¿Cuánto tiempo tardará la policía en llegar al Intrans? ¿Cuánta gente conoce el número de teléfono de la policía?

—La comisaría más cercana queda muy lejos en términos de infantería —dijo el Messié—. Tendrían que venir a pie por la circulación que encontrarían.

—¿Queda claro, Sara? —preguntó Paul.

—Sí, con matices. ¿Y si empieza a llamar a la gente?

—No conozco a ningún ciudadano que se juegue la piel evitando un atraco.

—Pero entonces os será más difícil llegar al vehículo.

—De acuerdo —admitió Paul—. Es un problema, pero se trata de lo imprevisible. Procuraremos resolverlo. Kim, que es más rápido, podría trasladarse enseguida hasta la puerta cuando termine lo que tiene que hacer. Sobre la marcha. En cualquier caso debemos planificar pensando en nosotros. Y ahora, ensayemos.

El Largo y Sara se distanciaron del dibujo. Paul:

—Llegamos por la acera del banco con los monos de trabajo y las bolsas. En los peldaños de la entrada nos ponemos la capucha y sacamos las armas —entonces hizo un inciso, sobre todo para Kim—. En ningún caso tenemos que utilizarlas. ¿Entendido? Ya lo he dicho, pero insistiré: prefiero un fracaso a un muerto o un herido por arma. No me cansaré de repetirlo. Son para disuadir y punto. Además, desarmaremos rápidamente al guarda. Y ahora, adentro.

Cada uno por su lado, el Gitano y Kim conminaron a los empleados imaginarios para que fuesen al despacho del director. Paul hizo lo mismo con el vigilante mientras el Messié iba directamente hasta el despacho de Pierre. El conjunto terminó por adoptar el cariz de una escena cómica.

—Pensándolo bien, me encargaré yo del guarda —dijo Paul mirando a Kim.

Lo repitieron. Pero, antes, Sara levantó una mano reclamando la atención del grupo.

—Si todo es imaginario resulta difícil llevar la cuenta del tiempo.

—Entraremos con gritos y gestos enérgicos —respondió Paul—. Que no tengan ninguna duda de nuestra intención de utilizar las armas; apuntándoles, empujándoles sin dejar de gritar. Mi experiencia... ¿No lo habéis hecho nunca? —preguntó a Sara.

—Sí.

—Pues sabrás que la reacción de los empleados es acatar las órdenes en el acto. Son trabajadores, no héroes. El Intrans, además, no ha sufrido ningún atraco. Obedecerán y lo harán más rápido de lo que pensamos —se dirigió a los demás—; para tener más tiempo entraremos antes de que empiece la *mascletá*. Hagámoslo otra vez.

Y de nuevo cada uno repetía los movimientos anteriores. Había gritos y gestos enérgicos y el Largo entró en el plano, también gritando, para poner fin al ensayo.

—No levantéis tanto la voz. Aquí al lado hay naranjos. Es temporada de cosecha.

—Tiene razón —dijo el Messié—. Repitémoslo en silencio.

Entonces el Largo salió del almacén. Se encendió un cigarrillo y echó un vistazo a derecha e izquierda del sendero, paseando con fingida placidez. A unos cincuenta metros, unos recolectores entraban y salían de un campo cargados con cestos de naranjas que dejaban apilados junto al camino.

El ensayo se repetiría tantas veces como hiciera falta para perfeccionar la estrategia, dijo Paul cuando dio por finalizado lo que él denominó entrenamiento. El Largo y el Messié le llevaron hasta la entrada de Valencia, como ya era habitual, y se dirigieron al local. Aquella noche, o mejor dicho madrugada (pasaban de las tres), el Largo le preguntó al Messié si le apetecía una copa en cualquier sitio, pero el Messié le aconsejó que se fuera a casa, recordándole el último incidente con el Gordo como acompañante; aun así el Largo, como siempre, no lo tuvo en cuenta. Cada uno se marchó en una dirección distinta. El comisario Tordera esperaba al Largo en la primera esquina, aparcado en doble fila. Cuando estaba a la altura del vehículo, Tordera silbó, el Largo se dio la vuelta y apenas verle mostró un gesto de fatiga.

—Entra, haz el favor.

Miró a la izquierda por si el Messié aún andaba cerca. Entró.

—Señor comisario, su insistencia cansa.

—Me dijiste que me proporcionarías novedades. Forma parte del trato.

—Si no le he dicho nada es porque no las hay. Si nos hubiera visto el Messié me habría metido en un buen lío.

—Quiero hacer un trato contigo... y con el Messié. No digas nada y escúchame. ¿Sabes cuántos garitos ilegales dedicados al juego hay en Valencia?

—Aproximadamente treinta.

—¿Qué te parecería si solo quedara uno?

—Horroroso, todo quisqui sospecharía de mí. Además, los de la brigada se le echarían encima.

—¡Me cago en los de la brigada!

—Pero yo no. Saben cómo joderme bien.

—Muy bien, cerraré la mitad.

—Si el trato es bueno, ya tarda.

—El trato es genial, Largo. Necesito atrapar al perista —el Largo hizo amago de salir del coche. Tordera le agarró por la manga de la cazadora—. ¡Coño, no seas impaciente! No he acabado de hablar. Todo quedará igual: Marc tendrá la exclusiva y vosotros la propina, pero la acción policial tiene que ser mía.

—¡Será suya! Lo hemos hablado.

—Sí, pero el proceso tiene que ser diferente. Yo iría informando al gobernador civil de cada paso en la investigación hasta el resultado final, de manera que él compruebe que es un trabajo exclusivamente mío. De lo contrario será un hecho consumado. ¿Qué crees que pensará si no le he informado previamente? Pues pensará que ha sido una información que me han dado, es decir, que mi mérito será escaso. Cualquier policía podría haberlo resuelto.

—Pensará que pisa usted la calle, que tiene informadores fiables. Un mérito enorme para un comisario jefe.

—Ni por asomo es lo mismo. Una investigación que dé sus frutos está muy bien valorada. Oye, Largo, ¿con quién creéis que viviríais mejor? ¿Conmigo o con otro comisario jefe al que enviaran desde Madrid?

—Con usted —por el baremo de ineficacia que observaba en él—. Sin duda —añadió—. Déjeme consultarlo.

—¿¡Qué hostias tienes que consultar!?! Como mucho tendrás que hacerlo con el Messié. Él y tú seréis los grandes beneficiados. ¿No entiendes que os haré de oro?

—Está pidiéndonos que traicionemos al grupo. Mire, podemos hacer una cosa: cuando tengamos el caso controlado le damos unos días para que, poco a poco, informe al gobernador como si se tratara de una investigación.

—No, no...

—¿Qué problema hay?

—Marc Sendra. No se esperará teniendo como tendrá una bomba informativa. Ahora mismo te haría una lista de las putadas que me ha gastado.

¡Es un no parar! No me fío, Largo. Es de izquierdas, está contra la autoridad.

—No gastará ninguna putada. Somos un grupo coordinado y cada uno tiene que hacer su trabajo cuando le toque. Respetará la palabra que ha dado. Y nosotros, también. ¿Sabe por qué? Porque al Messié y a mí nos interesa que usted recuerde, cuando sea oficialmente comisario jefe, que nos debe un favor —se lo pensó mejor—. Un gran favor. Por ejemplo, que nos quite de encima la comisión que pagamos del garito y del almacén de boxeo a los de la Brigada del Juego. Bueno, a lo mejor no hace falta que nos la quite toda, pero que no abusen. Y ahora seré sincero con usted, como prueba de confianza mutua: también andamos metidos en el contrabando de *whisky* y tabaco. ¿Entiende por qué estamos tan interesados en que se le atribuya a usted todo el mérito del asunto del chalet?

El espíritu policial de Tordera salió a la luz:

—Demasiados negocios ilegales, ¿no?

—También es ilegal lo que hacemos por usted.

—De eso me quejo. Es mi trabajo, no el vuestro. Deberíamos marcar una línea divisoria. ¿No te parece?

El Largo creyó oportuno dejar las cosas claras:

—Si cree que nos hemos pasado de la raya no se preocupe: las rayas las marcamos nosotros —quizá fue demasiado severo e intentó suavizarlo—. Está en un error. Si Marc o Butxana sospechan que le hago un favor está *kaput*. Entonces Marc sí que tendría la exclusiva para hundirle contando toda la ayuda que ha recibido, exagerándola hasta reducir al mínimo su participación, algo que echaría a perder todos sus méritos. Por no mencionar que, sin recrearme en exceso, Butxana, a través de Marc, haría públicas las fotografías.

El gesto derrotado de Tordera indicaba a las claras que la negociación era un fracaso. Al Largo le sabía mal. Entendía, por las circunstancias que rodeaban al comisario en la central, la inquietud que le atenazaba.

—Después de lo que nos ha sucedido me hago cargo de su desconfianza, pero reflexione sobre lo que le he dicho: tanto al Messié como a mí, y también al resto del grupo, nos interesa que obtenga un buen resultado. Créame, señor Tordera, a ninguno de nosotros se nos pasa por la cabeza lo contrario. Y todavía añadiré algo importante: estos encuentros no nos hacen ningún bien. La ciudad es demasiado pequeña para guardar secretos.

Involuntariamente, el Largo acrecentaba las preocupaciones del comisario. ¿Se conocería algún día el secreto que usaban para someterle?

Al principio iba todos los días al Intrans; luego, dejó de hacerlo con tanta frecuencia. Enviaba en su nombre a Felipe, el boxeador al que había descubierto y que tan escasa gloria había alcanzado hasta entonces, pero al que, como era buen mozo y discreto, había empleado en el local. Pese a su presunto desinterés por ir a efectuar el ingreso (el asunto Dolores estaba en plena ebullición), el Largo decidió acercarse al banco, ya que una ausencia prolongada tampoco era conveniente.

La cara del director se iluminó al verle y el Largo sabía por qué.

—Pierre, discúlpame por no haber venido antes, pero hay muchos asuntos que requieren de mi presencia. Ahora que lo pienso, no te he visto por el local... ni a Dolores.

Sonrisa cómplice del director. Pero, antes de que empezara con las intimidades, el Largo dejó el sobre con los billetes sobre la mesa. Entonces, Pierre llamó al empleado Martínez para que hiciera el recuento.

—Cuéntame, Pierre —se sentó el Largo.

El director siguió de pie, tal vez así se expresaría mejor.

—Excepcional, señor Largo.

—Tutéame.

—Es la costumbre del trato con los clientes. Dolores es una gran persona, muy comprensiva. Le hablé claro desde el primer minuto: tengo mujer y dos criaturas. Ciertamente, cuando se lo dije se quedó un poco decepcionada, algo lógico, pero lo entendió. Tal como tú me alertaste es una mujer que ha tenido desengaños y busca relacionarse evitando fracasos.

—¿Te has enamorado, Pierre?

—No exactamente, pero me encuentro a gusto.

Claro, ¿quién no se encontraría como un marqués con una mujer como Dolores?

—Tengo la impresión de que frecuentaba tu local buscando al hombre que ella consideraba ideal para relacionarse.

—No le observaba esa inquietud. Creo que ella buscaba algo más que un amante, alguien con quien poder hablar...

—Tenemos conversaciones larguísimas. Eso sí, evita que hablemos de las familias. De hecho, no sé nada de ella.

Entró el empleado con el sobre y una cantidad anotada en un papelito.

—El primer día que nos vimos en su casa me llamó la atención su austeridad. Apenas tenía muebles.

El Largo maldijo al tacaño de Butxana.

—Si vive sola no le hará falta gran cosa —la excusó el Largo—. Pierre, ¿qué tal en la cama? —en silencio, el director sopesó su actitud en la respuesta—. No entremos en detalles, pero como en cierto modo soy responsable...

—Primero, tímida; pero con el hábito ambos nos hemos soltado.

—¿Quieres decir que os veis cada día?

—Hasta ahora sí —un poco avergonzado.

—Es asunto vuestro, pero para ahorrarte quebraderos de cabeza en casa deberías dosificarlo.

El Largo, preocupado por si la familia del director se volvía disfuncional.

—Lo he pensado. Mi mujer... por el carácter que tiene, merece la pena no hacerla enfadar. Además, he descuidado mis labores en el banco, sobre todo por las tardes. Por cierto, fue un acierto tu consejo de no vernos por la noche. Pasados unos días habría tenido problemas de justificaciones en casa. Para mí, la familia es muy importante.

—Es la base de todo. Habla con Dolores —el Largo ya lo había hecho y ella estaba harta de las citas—. Entenderá tus obligaciones.

—Lo haré.

—Y modera el entusiasmo. A veces nos entretenemos tanto con algo que no tenemos en cuenta el entorno, ni siquiera el profesional. Vete a saber si algún empleado ha notado que estás demasiado disperso.

—Sigo tus consejos y agradezco que me los des.

La verdad es que estoy un poco disperso, pero, francamente, lo de Dolores no me había pasado nunca.

—Habla hoy mismo con ella y le dices que tenéis que espaciar más las citas por cuestiones familiares y laborales.

—Prefiero decirle que son cuestiones laborales. Aunque es comprensiva, mezclar a la familia puede hacerle daño.

—Cambiando de tema, quizá un día de estos te pida que me hagas un depósito.

—¿Quieres que te lo explique o te doy un folio y lo miras?

—Un folio, así lo verá mi socio.

Pierre buscó en un cajón, el Largo miró más allá de él y vio la puerta que, seguramente, daba a la habitación donde estaba la caja fuerte. Pero de eso ya

se ocuparía más adelante.

—Toma —Pierre le tendió un folio escrito a doble cara—. Eso es el interés legal. Como sabes tenemos otras cosas.

—Seamos legales —el Largo se levantó—. Oye. ¿Hacienda os ha hecho alguna inspección?

—Ni una. Si lo dices por tus ingresos puedes estar seguro de que todos los bancos tienen cuentas y depósitos irregulares. Espero que sigas confiando en nosotros.

—No puedes ni imaginártelo. Estamos muy contentos con el trato. Además, ahora compartimos secretos. Yo, el dinero; tú, la amante.

—Me costará distanciar las citas —Pierre, preocupado.

—Hazlo, no se aburrirá de ti, prestarás más atención al trabajo y a la familia y todo seguirá siendo normal, como si nada.

Como si nada. Ejerciendo de terapeuta, el Largo.

Paul venía a Valencia más a menudo de lo que creía el grupo, sobre todo el Messié, su hombre de confianza. Sus visitas estaban relacionadas con el falsificador, el Mítico Regino, que vivía en el Hotel Astoria; pero también, como profesional perfeccionista, revisaba en coche o a pie todos los movimientos exteriores del banco. Tenía fe en Sara, en su determinación. No obstante, se empeñaba en tener controlado lo que él creía más importante: el trayecto desde el Intrans hasta el vehículo y la salida sin problemas hacia el punto donde el Largo la esperaba, al menos el primer tramo, que el grupo efectuaría con ella.

Antes de acercarse al hotel en busca del falsificador, fue a la bifurcación de los dos callejones, el punto en el que Sara tendría el vehículo. La distancia hasta donde se situaría el público era de unos veinte o treinta metros y reflexionó que sería del todo necesario que el grupo llegara mientras todavía durase la *masclatá* o mientras la multitud alargara los aplausos, se quedara comentándola o se fuera rumbo a la plaza. También comprobó con qué dificultades se encontraría Sara si había un coche mal aparcado en la misma dirección por la que ella saldría. Los imprevistos de manual.

Llamó desde una cabina al Mítico Regino, que enseguida bajó a la puerta del hotel. Paul llevaba una gorra vieja y gafas de sol. Se saludaron.

—Mítico, ¿no es demasiado llamativo que vivas en un hotel de lujo?

—El personal es de confianza.

—¿Todos?

—Solo un par, pero controlan el hotel. En cualquier caso cambio de residencia cada dos meses. Pero me gusta tanto el Astoria que ya llevo tres.

—Quizá sería mejor que alquilaras un piso con un nombre falso.

—Eso lo hago con el taller.

Cogieron un taxi y se dirigieron al camino de Montcada, en las afueras de la ciudad. El Mítico dijo al taxista que los dejara en la entrada y caminaron aproximadamente un kilómetro hasta una alquería. En la planta baja tenía cuadros colgados.

—¿Son tuyos?

—Sí. Intento imitar a pintores tradicionales valencianos.

Imitar como eufemismo de falsificar.

El francés dio una vuelta y miró los cuadros a medida que iba pasando por delante de ellos.

—No los conozco, pero parece que se te da bien imitarlos.

—He de practicar más, pero no es difícil colocarlos. El personal no tiene ni puta idea. ¿Sabes dónde está el negocio?

—No, lo ignoro todo del arte.

—En las antiguas esculturas africanas. Más de la mitad por las que pagan una millonada son falsas. Algunos arqueólogos de renombre lo saben, pero no dicen nada. Ahora ya han llegado tarde, se hundiría un negocio que cuenta con un gran circuito de galerías, coleccionistas y museos.

—¿Has hecho alguna escultura africana?

—No se me dan bien. De lo contrario estaría retirado en la costa de tu país.

Fueron arriba. En medio había una gran mesa con plumas de punta fina, pegamento líquido, multitud de documentos de todas clases, una lupa de mano de gran tamaño, unas gafas y un flexo. De un cajón sacó una máquina fotográfica. Colgó una sábana blanca, la alisó e indicó a Paul el lugar ideal para posar y los gestos que debía hacer. Primero, con una camisa; luego, con una chaqueta y, por último, con unas gafas graduadas y una corbata. Pero antes, por consejo del Mítico, el francés se dirigió al lavabo y se enjuagó la cara y el cuello. El falsificador pretendía que adoptara un aspecto animado.

—En unos días lo tendrás.

—Desempeñas bien tu oficio. Hasta ahora no he tenido ningún problema. Mítico, tú conoces bien al grupo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podrías describírmelo?

—¿No te fías?

—No es eso, pero será bienvenida toda información que complete mis suposiciones.

—Al Messié le conoces bastante.

—Pero de su época en Francia.

—No me interesa nada al margen de mi trabajo, pero ya que me lo preguntas necesito saber de qué labor se encargarán.

—El Messié y el Gitano entrarán conmigo —no le dijo que había un miembro más—, Sara conducirá y el Largo se encargará de ocultar el dinero y la relación con el director.

—Supongo que sabrás que el Largo y el Messié nunca han atracado un banco.

—Conmigo, el Messié sí.

—Tuvisteis una caída. Pero de eso ya hace mucho. Fue mala suerte. Él no tuvo la culpa, pero se pierden facultades y a lo mejor se ha acomodado.

—Cuando se lo propuse aceptó enseguida.

—Quizá tenga una deuda pendiente contigo. Te aprecia mucho.

—No lo sé. ¿Tú les habrías encomendado el mismo trabajo que yo?

—No. Habría puesto a Sara dentro y al Messié fuera. Con Sara a su lado, el Gitano es más eficaz. Aunque, claro, el golpe es tan rápido que a lo mejor ni le da tiempo a dudar.

—Ella es muy buena conductora y la huida es esencial. Es lo que más imprevistos puede plantearnos.

—No pienso igual. No habrá muchos vehículos en la zona. En un día así, la gente no usa el coche.

—¿Y la intranquilidad que provoca saber que llevas mucho dinero? Hicimos una prueba con el Gitano y estaba un poco nervioso a pesar de que era un ensayo. Sara lo hizo a la perfección.

—Me imagino que lo habréis ensayado todo.

—Todavía tendremos que hacerlo más.

—Como sabes, no tienen nada que ver con la realidad, en la que no te puedes permitir ni un error, y menos aún con tan poco tiempo. Por otra parte, creo que necesitaríais más personal. Yo nunca he atracado ni un quiosco, pero me han contado muchos. Todos los que salieron mal tenían dos puntos en común: un imprevisto grave o el error de alguno de los participantes. Ambos son muy posibles. Si puedes eliminar lo previsto, mejor —el Mítico dio paso a un breve silencio—. Pero yo no estoy dentro, quiero decir directamente, y tampoco sé si soy el más indicado para aconsejarte. Es una opinión externa.

Paul decidió contárselo todo:

—Tenemos a un miembro más. Le he traído yo.

—¿Francés?

—No. Recurrí a Sara para reclutarle.

—Hasta ahora las acciones de ella han tenido éxito, pero comparadas con el Intrans eran trabajos menores. Es un golpe para gente con nervios de acero.

—Les he prohibido terminantemente usar las armas, ni un disparo al aire.

El Mítico sacudió la cabeza, pensativo:

—No estaría tan seguro, todo será muy rápido —calló un momento, meditaba una solución alternativa—. Puedo ofrecerte una idea.

—Te escucho.

—Armas simuladas.

—¿Simuladas?

—Armas que imitan muy bien a las reales. No son reproducciones exactas, pero ningún empleado o guarda, llegado el momento, las distinguiría. Si no quieres que haya desgracias es la mejor solución.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Para otros, sí. Fue bien. Es un material de plástico duro y compacto. Si a ti, que eres un profesional, te enseñara cuatro a una distancia de cinco o diez metros, no sabrías cuáles son las falsas.

—¿Tienes alguna?

—No. Pero si decidís entrar con armas falsas tenéis que dejarlas en el banco. Es un atenuante en caso de caída.

—Me gustaría que me hicieras una.

—¿Pistola o subfusil?

—Ya que son simuladas, prefiero un subfusil.

—Cuando vengas a por los documentos nuevos lo tendrás.

—Gracias, has sido de gran ayuda.

—Tendrás un problema con el grupo de Sara.

—¿Por qué?

—No creo que les guste llevar armas simuladas.

—No lo sabrán hasta el último momento, justo antes de entrar en el banco.

Tres días antes del atraco previsto al chalet del presidente de la patronal, Toni Butxana todavía no había conseguido resultados claros. Entonces, el Messié, el Largo y él, con el Gordo García en el coche, esperaban el contacto del perista en la acera de enfrente del edificio donde residía. El Gordo había montado guardia durante tres horas y ahora descansaba por la deficiente circulación de sangre en sus piernas. No obstante, vigilaba por el retrovisor, que le ofrecía una perspectiva de la calle. Eran casi las once de la noche y les preocupaba que no llegara. Para no llamar la atención, aunque circulaba muy poca gente, se separaron. El Messié y el Largo continuaron donde estaban pero distanciados, el detective se acercó a la puerta.

Diez minutos más tarde, el Gordo sacó una mano por la ventanilla y los tres se pusieron alerta. Un hombre de unos cuarenta años, de estatura normal, delgado y con un poblado bigote, caminaba distraído en dirección a Butxana. Cuando se disponía a meter la llave en la cerradura del portal, el detective le saludó:

—Buenas noches.

—Buenas...

El individuo no terminó de pronunciar el saludo, Butxana le indicaba con un dedo que mirara el cinturón de sus pantalones.

—¿Ves eso? Es un arma —sacó una placa policial falsa—. Soy inspector y querría hablar contigo.

Intentó dar media vuelta enseguida, pero tropezó con el Messié y el Largo. Los miró y dijo:

—No sois policías.

—Da igual. Aquí lo importante eres tú —dijo Butxana con una mano en el cinturón—. Camina, pasea tranquilo, como si viniéramos de tomarnos una cerveza.

El Messié iba a su lado. Le puso una mano en el hombro de forma amistosa. Detrás los otros dos. Llegaron al coche y el individuo esbozó una mueca de asco al ver al Gordo. Le sentaron en el asiento de atrás, custodiado por el Largo y el Messié, uno a cada lado.

Se acercaron al polígono industrial de Vara de Quart. Entraron en una nave abandonada cuya puerta abrió Butxana. Le llevaron al centro y le sentaron en una silla que cojeaba, el único mueble de la nave.

—¿Quieres fumar? —Butxana le ofreció un cigarrillo.

—Sí.

Le dieron fuego y dio una calada intensa.

—¿Cómo te llamas? —el detective se hizo cargo del interrogatorio.

—Antonio.

—El nombre auténtico, no el que le has dado al Gordo.

—¿Qué queréis?

—¿No te lo imaginas? —Butxana se encendió un cigarrillo—. Me caracterizo por la impaciencia y por mi mano suelta, de manera que lo recitarás todo. Además, tengo una buena noticia para ti: si eres obediente saldrás tal como has entrado.

—No tengo nada que decir.

El Messié le abofeteó.

—El de la impaciencia era él. Mira —dijo Butxana—, tu situación no es la ideal. Sé listo. Si no nos cuentas lo del atraco al chalet...

—¡No sé nada!

—¿Y por qué has contactado con el Gordo? ¿Por qué le habéis asignado labores de vigilancia? ¿Del perista tampoco sabes nada?

—Aplicale un poco de manicura. Le irá bien —dijo el Messié con gesto de experto en torturas.

—Recuperarás la memoria en cuanto empiece a arrancarte las uñas con unas tenazas.

Instintivamente, el Largo cerró los puños pensando en las tenazas, atormentado por pensamientos siniestros. Las bofetadas del Messié habían hecho que se le cayese el cigarrillo, y Butxana le dio otro.

—Antes de que te lo acabes nos lo habrás contado todo. No tienes ninguna salida. Ninguna. Solo, sin ayuda y lejos de la ciudad. Aunque grites como un loco nadie te oirá. ¿Qué ganas complicándote la vida? Te ayudaré: ¿para qué necesitabais al Gordo?

Antonio miraba al suelo y fumaba con resignación. Se sacó un pañuelo y se secó la nuca.

—Para despistar —dijo.

—¿De qué forma?

—Saben que el Gordo es amigo de estos dos —con la cabeza señaló al Largo y al Messié.

—¿Se lo dijiste tú?

—Sí.

—O sea —continuó Butxana—, que se trata de otro chalet.

—No. Parece un chalet con buenos cuadros. Yo no entiendo de eso.

—Pero ¿cuál es tu cometido?

—Hacer que el Gordo lo contara. Me reunía con él de vez en cuando para que me siguierais.

—Y de ti, al perista.

—Sí.

—¿Y el perista es el auténtico?

—Sí.

—No me lo creo. ¿Por qué no nos has llevado hasta él?

—Porque sería demasiado fácil y no os lo creeríais.

—No entiendo nada, el chalet y el perista son reales y hacéis que lo averigüemos.

—Se trataba precisamente de eso, de que fuera tan fácil que no lo creyeráis.

—Entonces son idiotas, porque teniéndote a ti lo tenemos todo. Para mí no encaja.

El Messié se adelantó para refrescarle la memoria.

—Un momento —le detuvo Butxana—. Deja que se explique. Mejor que lo haga yo: el chalet es el mismo, pero el perista no. ¿Es eso? —silencio—. ¿Es eso?

—Sí.

—¿Y quién es?

—La verdad, no lo sé. Es lógico que no me lo digan.

Todos miraban al Messié, que andaba en círculos frotándose la barbilla.

—¿¡No lo veis!?! —preguntó y exclamó—. El perista, descartado. Nos bastaría con acudir a él para tener los cuadros. ¿Por qué les dicen qué día será, al Gordo y a él, si quieren jugarlos? ¡Sería estúpido! Todo son señuelos excepto el chalet, pero en un día distinto, quizá dos días antes.

—¿Y por qué no uno? —preguntó Butxana.

—La gente se va de puente la víspera de festivo. Un momento, un momento —el Messié pidió un silencio que nadie había roto—. ¿Un chalet con cuadros valiosos no dispone de alarmas de tecnología punta?

—Contarán con un especialista —el Largo.

—Si no han estado nunca dentro les costará desconectarlas —el Messié—. ¿Un chalet así no tiene guardas? —él mismo se respondió—: claro que los

tiene. La clave son los guardas.

—¿Crees que hay dos? —preguntó Butxana.

—No lo sé, pero sea quien sea está implicado. Toni, ven.

El Messié y el detective se separaron del grupo y se situaron de espaldas a los demás.

—Tenemos que hablar con el guarda por la mañana.

—¿Preguntando por él?

—En efecto.

—¿Cómo?

—Hacia las diez de la mañana, el dueño se habrá ido a la empresa.

—Tengo una idea mejor. Llevar a Tordera. Solo con que le enseñe la placa se cagará encima. Le acompañaremos para asegurarnos de que cumpla el trato.

—¿Y si no está implicado? —el Messié albergaba dudas.

—No adelantemos acontecimientos.

Volvieron al corrillo. Butxana tomó la palabra.

—Oye, Antonio, mañana por la mañana irás en tren a Barcelona. Largo, Felipe tiene el día libre. Acompañará al señor durante todo el trayecto.

—¿A qué hora le tiene que recoger? —preguntó el Largo.

—Eh —dijo el Messié—, este pollo se viene con nosotros. Le instalaremos en un buen hotel. No hay que dejarle ni un minuto a solas. ¿Entendido?

—¿Adónde le llevarás? —Butxana.

—Lo decidiré por el camino, pero antes recogeré a Felipe.

El Messié ya sabía adónde; al almacén de boxeo, una estancia de dos días para tener tiempo de disipar las dudas que todo aquello le provocaba. No obstante, Toni Butxana aún tenía otra pregunta que ninguno de ellos había formulado.

—No nos has dicho quién contactó contigo. ¿Un extranjero?

—Sí.

—No me gusta que respondas tan deprisa, quitándote las pulgas de encima. ¿De qué nacionalidad?

Se lo pensó un momento.

—Me dijo que era inglés.

—Tratándose de cuadros tiene lógica. Los de aquí son más de cajas fuertes —dijo el Largo, y el Messié le amonestó con la mirada.

—De verdad, os agradezco mucho que rectificuéis.

—Tordera —Butxana, harto de oírle—, lo hacemos por pura necesidad. Mi placa falsa de inspector a veces no funciona de día. El Mítico Regino todavía no las ha perfeccionado. Pero, como te he dicho, nuestras normas siguen vigentes.

Estaban en la entrada de la urbanización, custodiada por un vigilante jurado metido en una cabina que leía las páginas centrales de la revista *Interviú*, con fotos de una actriz española en toples. El guarda, al identificarse Tordera, cerró de un manotazo la revista y les indicó el camino que llevaba al chalet del empresario. Incluso les dio un plano.

Llegaron en diez minutos y aparcaron poco antes de la enorme puerta de hierro. El chalet tenía un muro que impedía ver la casa.

—¿Y si viene la señora en vez del guarda? ¿Qué hago? —preguntó el comisario.

—¿Desde cuándo abre la puerta la señora? —se cabreó Butxana—, vete y haz tu trabajo. Te acompañaré, no andas muy fino.

En la puerta, ambos se alisaron la chaqueta y el comisario pulsó el botón del timbre. Al instante abrió un hombre en botas de agua, con un cabello envidiable, dotado de alguna mecha plateada y bien peinado hacia atrás, la frente un poco sudada y una manguera en las manos.

—Buenos días —saludó Tordera.

—Buenos días. ¿Qué quieren?

—¿Es usted el mayordomo?

¿Mayordomo? Butxana miró al cielo. Vive en el siglo XVIII.

—¿Tengo pinta de mayordomo? —con sorna.

Al comisario no le gustaron ni la respuesta ni el tono y sacó la placa que abría todas las cerraduras para poner un poco de orden.

—¿Te gusta? —casi le mete la placa en la boca.

El hombre la miró con atención.

—Eso es lo primero que debería haber hecho, identificarse.

—Ahora que las cosas están claras tienes un segundo para decirme quién eres.

—Soy Aurelio Ferrer, el dueño del chalet.

Tordera dio, automáticamente, un paso atrás.

—¿Usted es el presidente de la patronal? —intercedió Butxana.

—El mismo —con un punto de orgullo, reorganizando la escena.

Como ninguno de los dos sabía qué decir, Aurelio Ferrer les preguntó:

—¿Qué pasa? No les he llamado.

Entonces el comisario vio una gran oportunidad.

—Señor Ferrer, ¿podemos pasar?

Les abrió la puerta y entraron, pero no en la casa, enorme, rodeada por completo de un porche y con una gran piscina vacía. Allí mismo, en la entrada, les atendió.

—Ustedes dirán.

Se notaba que no solo era el dueño del chalet, sino también de la patronal, por su impulso de seguridad. El comisario, al hilo de la ocasión que se le presentaba, fue contundente:

—Van a atracar su chalet.

—¿El mío?, ¿por qué?

En aquel momento Butxana habría capado a Tordera.

—¿No se va de puente? —el comisario.

—No. Todo lo contrario, me tomo unos días de descanso. Francamente, deberían explicarse. ¿Quizá disponen de información?

—¿Tiene cuadros valiosos?

—Sí.

—Pues ahora el que no entiende nada soy yo —Tordera.

—¿Me quieren decir qué está pasando? —con un comportamiento algo colérico.

—No tengo más remedio que contárselo —Tordera miró a Butxana.

—Continúa, ahora ya la has cagado —murmuró entre dientes Butxana.

—La cagada es colectiva —le respondió también entre dientes el comisario.

—Oiga, le exijo una explicación —el empresario se dirigió a Tordera.

—Bien, mire, nos ha llegado una información que nos indicaba que usted se iba unos días y aprovechando su ausencia asaltarían el chalet.

—Vayamos por partes —dijo Butxana—. La información es correcta, pero tal vez la víctima no lo sea. Usted es coleccionista de arte. ¿Sabe de algún colega o de cualquier otra persona que lo sea?

—De mi nivel solo el presidente del Banco Industrial, el señor Sánchez Montull.

—¿Dónde vive? —Butxana.

—En un chalet de la carretera de Madrid.

—¿Cómo se llama la urbanización?

—No es una urbanización, está en el kilómetro diez de la carretera, en dirección a Madrid. Ahora le llamamos por teléfono.

—No, no hace falta.

—¿Cómo que no hace falta? —Aurelio Ferrer se encaró con Butxana.

El comisario se interpuso.

—Señor Ferrer, si le avisamos los delincuentes abortarán el robo. Es mejor que montemos guardia y los arrestemos. No ganaremos nada si no los atrapamos.

—¿Y si ocurre una desgracia?

—No les daremos tiempo. ¿Usted conoce al señor Sánchez Montull?

—Es un amigo.

—¿Puede llamarle por teléfono y preguntarle si se irá de puente? Solo eso. Si la respuesta es afirmativa, ya lo tenemos claro. ¿Estaría dispuesto a ayudarnos? Quizá se trate de una banda internacional peligrosa.

—Ahora voy.

Aurelio Ferrer se fue hacia la casa.

—Ya tienes lo que querías, ¿no? —Butxana.

—No podía hacer otra cosa. Tú lo has visto. Gracias a mí tenemos el chalet.

—Gracias a nuestra idea de venir aquí. Tú no sabías nada.

—Todo sigue igual. Simplemente ya lo sé todo, pero la exclusiva y la propina son vuestras. Por cierto, será una buena propina, es el propietario de un banco —concedió Tordera.

—No harás nada antes de que lo hablemos entre todos.

El Largo les preguntó qué pasaba.

—Unos minutos y te lo cuento. Vuelve al coche —Butxana.

El Largo se fue, el presidente de la patronal volvió.

—En efecto, Sánchez Montull se va unos días fuera.

—Supongo que no le ha dicho nada —Tordera, preocupado.

—No, pero quiero pedirle un favor.

—Por supuesto.

—Adopte alguna medida de vigilancia discreta en torno a mi chalet.

—Le enviaré a dos hombres de paisano. Escuche, es una operación de gran envergadura, quizá detengamos a una de las bandas más peligrosas. Por favor, nada de lo que hemos hablado debe salir de aquí.

—Por descontado. Y muchas gracias por avisarme.

—Dentro de un par de horas vendrán los policías. Uno de ellos se le presentará. Cada doce horas los reemplazaré.

El presidente de la patronal les dio la mano a ambos. Cuando lo hizo con Butxana, el detective, pensando en la propina, le preguntó:

—¿El señor Sánchez Montull es el dueño del banco?

—Como si lo fuera, es el mayor accionista. Se lo agradecerá, le tiene mucho aprecio a su colección.

—Nuestra misión es servir a los ciudadanos —Butxana hizo una pequeña reverencia.

Esta vez la asamblea tomaba otro cariz, en principio menos autoritario para Tordera, henchido por un éxito inesperado que, además, le habían servido en bandeja de plata. Con su ineficiencia, Butxana había implicado al comisario antes de tiempo. El motivo de la reunión era la forma de administrar la nueva circunstancia. Le citaron a las diez de la mañana en el garito. Previamente, el Messié se encargó de detallar el relato que también había provocado el encuentro.

—Me parecía todo tan obvio que me dejé caer por el almacén. Ya lo tenía pensado, pero cuanto antes lo aclarase mejor. Allí estaba Felipe con el contacto atado a una silla del vestuario. A mí este tío no me la juega, me dije mientras me dirigía a él con cara de pocos amigos. Desde un principio me parecía que todo lo que nos había dicho era demasiado surrealista. ¡Me dirás la verdad, malnacido! Deberíais haber visto el miedo que tenía. Antes de que respondiera le ordené a Felipe que le diera un buen repaso al cuerpo y a la cara: como si estuvieras en el *ring* jugándote el campeonato mundial. ¿No tienes bastante? Venga, Felipe. No tardó ni cinco minutos en cantar. Resultado: no era el chalet que había dicho y sabía el día. Enseguida cogí el coche y en la primera cabina que encontré en Valencia llamé al Largo.

—Pero el Largo estaba conmigo —dijo Butxana.

—Si nos hubieras avisado antes... —se lamentó el Largo—. Ahora ya no tiene remedio. Tordera dispone de todos los elementos.

—Exacto —dijo Marc Sendra—, pero tenemos que controlarle igual.

—¿Cómo? —el Largo.

—Con la amenaza de que, si se adelanta y se lo cuenta al empresario Sánchez Montull, no le arriendo las ganancias. Lo contaré todo.

Llamaron a la puerta.

—Es él —el Messié fue a abrir—. Pase, señor comisario.

—Muchas gracias —amable y satisfecho. Llegó a la sala de la reunión—. Buenos días tengan, señores.

Ahora todos eran señores.

—Siéntate, Tordera —Butxana le acercó una silla—. Precisamente hablábamos de ti.

—Lo primero que debéis saber es que todo continúa igual. Tal como les he dicho a Butxana y al Largo...

—Calla un momento —Marc se dirigió a Tordera en tono severo—. Ya sabes qué día y en qué chalet. Toda la operación será cosa tuya y de tus hombres, pero nosotros estaremos cerca, sobre todo yo. Tienes que saber que si te desvías un pelo de lo que acordemos estás periodísticamente muerto. Dime que lo has entendido.

—Lo he entendido.

—Cuando termines con la operación, un segundo después me lo contarás todo y al día siguiente lo publicaré.

—Marc, si lo publicas con tanta rapidez me echarás a la prensa encima.

—Diré que un conocido mío vio el despliegue y me avisó.

—Es mucha casualidad, ¿no crees?

—Sea como sea no renunciaré a la exclusiva. En el periódico ya saben que tienen que dejar libre la cuarta parte de la primera plana.

—¿Lo saben?

—Solo el director.

—¿Se lo has dicho?

—Ni loco. Enviaría a una tropa de periodistas. Si quieres que una exclusiva tenga éxito no se la cuentas ni al director, pero dada la hora necesitaba que me reservaran un espacio en portada y en el interior.

—¿Con fotos? —Tordera.

—No.

—Te lo agradezco. Habría parecido preparado —Tordera se levantó—. Ahora, para que comprobéis que voy de legal, os explicaré lo del operativo.

—¿Lo sabe Marcelino? —preguntó Butxana.

—Todavía no...

—¡Y una mierda! No vas al lavabo sin él.

—Butxana, te juro que solo lo sabe él.

—¿Ves, Marc?, ya se ha ido de la lengua.

—Tenemos que preparar el operativo —dijo Tordera—. Los demás lo sabrán a última hora. Tened confianza, por favor. Nos conviene a todos.

—¿A cuánta gente llevarás? —insistió Butxana.

—No sé... Veinte o treinta.

—Pero ¿¡qué dices!? —Marc Sendra—. Con la mitad es suficiente. Cuanta más gente haya más difícil será ocultarse.

—Quizá tengas razón, Marc —el comisario estaba de lo más complaciente—. Muy bien, diez. Todos de paisano. Nos posicionaremos, dispersos, ocultos

entre los árboles que rodean el chalet.

—¿Lo has comprobado? —Butxana.

—Sí, he ido... hemos ido Marcelino y yo y hemos echado un vistazo rápido para no levantar sospechas.

—A ver si ha sido tan rápido que te equivocas de chalet —Marc Sendra.

—No tiene pérdida, es muy visible y solitario.

—¿Y los coches?

—Nos llevarán y luego irán al pueblo más cercano.

—Coches particulares, ¿no? —preguntó Marc.

—¿Qué dices?

—He dicho, Tordera. ¿Y si la banda de camino al chalet pasa por el pueblo o sale de allí y ve los coches de policía?

—No lo había pensado.

—Para eso estamos aquí, para llenar las lagunas de tu memoria. Continúa.

—La idea es dejarlos entrar y media hora después actuar nosotros.

—Irán en una furgoneta o en un camión. Tenéis que controlarlo, quizá dejen a un hombre al volante.

—Lo tengo en cuenta, Butxana, pero no creo que vayan armados.

—No lo sabemos —Marc.

—Tiene razón, no llevarán armas —intervino el Messié—. No es un asalto de tipo violento.

—¿Y qué harán con los guardas? —preguntó Marc. Silencio—. Sí que llevarán armas. De algún modo tienen que persuadirlos.

—Oiga, señor comisario —dijo el Messié—. ¿Por qué quiere entrar allí si ellos, una vez tengan los cuadros, irán al camión? ¿Por qué quiere arriesgarse? Si controlan el vehículo es suficiente.

—Es que pensaba que no irían armados y podía trincarlos dentro, antes del robo.

—¿Ves por qué era necesario que lo planificáramos nosotros desde el primer momento? —le dijo Butxana.

—No me importa que lo planifiquemos entre todos, pero tengo que poner una condición: solo vendrá Marc. Los demás no hacéis falta.

—¡Pero si querías llevarte a veinte o treinta tíos! —se quejó Butxana.

—Mira, tú eres detective y no entiendes nada de dispositivos policiales; el Largo y el Messié son delincuentes... o lo han sido. O sea, el responsable soy yo.

—Responsable de que perdamos la propina.

—Oye, Butxana, no tenéis que ir —dijo Marc—. Cuanto más personal, más problemas. No pintáis nada allí.

—El Largo y yo no teníamos pensado ir —dijo el Messié—. Butxana, tú tampoco. Ya sé que te gusta husmear, pero esta no es la ocasión. Señor comisario, ¿lo de la propina queda claro?

—Absolutamente.

—¿Y qué hacemos con el Gordo? —Butxana.

—Continuará vigilando el chalet equivocado —respondió el comisario.

—Bien, Tordera, ¿te ha quedado claro? —le preguntó Marc.

—Coño, ¿otra vez? Perfectamente: llevaré diez hombres, en realidad no me hacen falta más; no entraré en el chalet, los esperaremos en el transporte; coches particulares en el pueblo más cercano y en cuanto acabe la operación hablaré enseguida contigo...

—Que estaré en el pueblo.

—En efecto. Te contaré todo lo que hemos hecho, lógicamente obviando nuestras reuniones... en fin, los detalles al completo, como si fuera una operación en marcha desde semanas atrás. Dicho eso, y quiero ser muy sincero, os estoy eternamente agradecido por toda vuestra ayuda.

—¿Eternamente? —el Messié.

—Era una forma de expresarlo, pero recordaré que estoy en deuda con vosotros.

—Te lo recordaremos si pierdes la memoria —dijo Butxana.

Con el escaso tiempo de que disponía Marc Sendra para cuadrar el titular y escribir la crónica, decidió cortar por lo sano y poner sin resaltados ni entradilla:

BRILLANTE OPERACIÓN POLICIAL

En el cuerpo de la noticia, el periodista escribió:

Anoche, el comisario Tordera, jefe provisional, desbarató un robo de cuadros muy valiosos que intentaba perpetrar una banda de delincuentes franceses en el domicilio de un importante empresario. El periodista que suscribe esta noticia tuvo la gran suerte de recibir el aviso de un amigo que, con su familia, se dirigía a su casa de campo para pasar allí unos días, y de inmediato se desplazó a la zona indicada. Allí, un operativo formado por diez policías de paisano, escondidos tras los árboles que rodean el chalet del empresario, situados cerca del camión al que trasladarían los cuadros, esperó, con paciencia y diligencia, a que los delincuentes consumaran el robo.

El dispositivo estaba en marcha desde hacía doce días gracias a una información que había recibido el comisario jefe Tordera, que enseguida inició todos los movimientos de seguimiento que han conducido a la detención de una banda de profesionales en robos de arte. La banda había operado en distintas ciudades de Europa sin que, hasta ahora, hubiera sido detectada, aunque el *modus operandi* era siempre similar.

El seguimiento del caso se efectuó con absoluta discreción. El comisario Tordera y tres policías más se ocuparon personalmente siguiendo al enlace entre los ladrones y el perista, aunque de este último aún se desconoce la identidad. Pasados unos días, y como el seguimiento del contacto no arrojaba los frutos deseados, el comisario Tordera resolvió detenerle y, después de intensos interrogatorios, el enlace reveló el día y la hora en que tendría lugar el asalto. A fin de que la operación fuese un éxito, el dueño del chalet no fue advertido, ya que no solo había que evitar el robo, sino también detener a una banda que estaba provocando grandes quebraderos de cabeza a la Interpol, dado que, según parece (aún está pendiente de confirmación), algunas de las obras de arte robadas terminaban en manos de intermediarios extranjeros.

Este periódico, a menudo crítico con las actuaciones policiales por motivos que ahora no son pertinentes, muestra sin ambages su satisfacción por una operación que no dudamos en calificar de excelente, además de felicitar al comisario jefe Tordera por la magnífica labor que ha llevado a cabo, que sitúa a la policía que dirige donde siempre debería estar: ocupándose de una extraordinaria tarea de prevención de los delitos al servicio de los ciudadanos. Asimismo, es necesario decir que, teniendo en cuenta la hora a la que se produjeron los hechos (hemos tenido que cambiar casi toda la portada e incluir parte de la crónica en el interior), mañana ampliaremos la cobertura sobre este operativo con todos los detalles que, por falta de tiempo, no hemos podido publicar.

Paul leyó la noticia que esperaba. Telefonó al Messié, le preguntó si estaba solo. Estaba con el Largo. Entonces le dijo que escuchara sin decir nada. En el robo de arte, le dijo, estaban implicados los dos individuos que les

habían traicionado cuando cayeron en Francia. Punto, no hace falta que sepas nada más. El Messié sonrió mientras colgaba. El Largo le preguntó si era una mujer. Su colega asintió.

El gobernador civil, el comisario Tordera y su ayudante, ahora Marcel-lí, brindaban con champán por el éxito de la operación.

—Por usted, señor comisario —levantó la copa el gobernador.

—Muchísimas gracias —Tordera también brindó con Marcel-lí.

—Es increíble lo que ha conseguido, y no lo digo solo por la operación (por cierto, he recibido una llamada de agradecimiento del director de la Interpol), sino también por el periódico *El Camí*. Qué elogio le dedican un diario y un periodista que a veces nos ponen a parir.

—Ante hechos tan evidentes supongo que no han tenido más remedio —ufano, Tordera.

—Oiga, ¿cómo es que el periodista estaba allí? Eso del amigo que le avisa...

—Absolutamente fortuito. Una chamba, señor gobernador. Piense que ese periodista no nos tiene ninguna simpatía, pero ha tenido suerte.

—¿Seguro?

—En mi vida le daría una exclusiva a un individuo como él. Ni a los demás. Debíamos llevarlo con mucha discreción.

—¡Ni siquiera me lo había dicho a mí!

—Lo lamento, pero era del todo indispensable hacerlo con sigilo. Además, como ya debe de saber, por desgracia sufrimos filtraciones en la central. Nos jugábamos mucho. ¿Recuerda las noches que Marcel-lí y yo pasamos en la calle? Pues íbamos detrás de la liebre.

El secretario del gobernador introdujo en el despacho al empresario Sánchez Montull, que se dirigió muy satisfecho al comisario.

—No se imagina cuánto le agradezco todo lo que ha hecho —le dio un enérgico apretón de manos—. Es una colección valiosísima que se remonta a mis abuelos y que yo, poco a poco, he completado.

—No tiene que agradecerme nada, señor. Estamos al servicio de los ciudadanos, en este caso también de los europeos. Era una banda internacional muy competente.

—Claro, claro... pero gracias a usted se ha impedido un robo y eso, oiga, lo aprecio enormemente.

—Mi ayudante Marcel-lí ha sido un apoyo muy importante.

—Muchas gracias —también le dio la mano—. Quizá no sea el momento, no lo sé, pero estoy tan contento que me gustaría gratificarles.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Tordera—. De ninguna manera. Nos sentimos pagados con el servicio que prestamos. En serio, no se moleste.

—No es molestia, al contrario, es una tradición que no querría romper. El trabajo que han llevado a cabo no tiene precio.

—No, no, por favor, señor...

El gobernador intervino:

—Comisario, tenemos que atender a la prensa.

—Señor gobernador, prefiero no comparecer. Quiero que el mérito se lo lleve usted. Además, como policías, no nos conviene hacernos famosos. Recuerde que debemos efectuar seguimientos.

Tordera pretendía ahorrarse las preguntas de los periodistas sobre detalles del operativo y, sobre todo, que le preguntaran por «la coincidencia» de Marc Sendra en el lugar de los hechos.

—Su humildad le engrandece más aún —le dijo el empresario—. Por cierto, yo tampoco asistiré. Quiero mantenerme en el anonimato.

—Lo entiendo —dijo el gobernador civil—. Bien, aquí tienen champán —señaló una cubitera— para continuar celebrándolo. Nos vemos luego. Me gustaría invitarlos a comer, señor comisario. Tenemos que hablar de un asunto pendiente.

—Será un honor —el comisario retuvo las últimas palabras. Atisbaba el final de su provisionalidad en el cargo.

El gobernador salió de la estancia.

—En fin, no tengo palabras —el empresario a Tordera.

—Si me permite, yo tengo unas cuantas.

—Dígame, por favor.

—Mire, en parte el éxito de la operación se debe a un exdelincuente arrepentido, humilde y trabajador, que nos puso sobre la pista. Gracias a él tiramos del hilo hasta llegar al final.

—Dígale que quiero darle trabajo en el banco, un empleo honorable para que pueda rehacer su vida.

—No, no... él se la gana, a duras penas, pero se la gana. Además, es un hombre orgulloso y emprendedor. Está empezando con un pequeño negocio y a lo mejor una ayudita le vendría muy bien.

—A personas así hay que ayudarlas —el empresario le dio una tarjeta a Tordera—. Que me llame de su parte y le gratificaré como merece.

—Muy agradecido. Me costará convencerle. Tiene un amor propio grandísimo, pero lo merece y le animaré a visitarle.

—¡Por supuesto, mañana mismo!

No fue al día siguiente: aquella misma tarde Toni Butxana, con voz entrecortada y tímida, pidiendo disculpas por la osadía de llamar por teléfono a un hombre tan importante, le dijo, después de que el señor Sánchez Montull insistiera, que pasaría a las nueve de la mañana por el Banco Industrial.

¿Cuál de los tres era el más apropiado para recibir la gratificación del empresario Sánchez Montull? La descripción de Tordera, «humilde y trabajador», no encajaba con ninguno de ellos. ¿Quién, pues, era el más farsante?

—Yo —dijo el Largo entusiasmado hasta la médula.

Toni Butxana y el Messié no se opusieron de forma contundente, pero permanecía en ellos el primitivo hábito de la desconfianza.

—No seáis capullos. Estamos exagerando un poco —dijo el detective—. Al fin y al cabo pagará con un cheque.

—Ah, ¿pensabais que me quedaría con algo más de lo que me corresponde?

—A propósito, de las partes todavía no hemos hablado —el Messié.

—Tres partes iguales —propuso el Largo.

—Eh, el trabajo lo he hecho yo —se quejó Butxana—. Vuestro interés por la propina era escaso. ¿No os acordáis?

—Nuestro interés aún no sabía que se trataba de un banquero. Eso lo cambia todo —respondió el Messié—. Tres partes iguales es lo más justo.

—Por mí, de acuerdo —el Largo.

—Ya suponía que tendríais mayoría absoluta. Hagamos una cosa: si la cifra es cuantiosa me quedo con un poco más —pidió Butxana.

—¿Qué es mucho? ¿Qué es un poco? —el Largo.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues lo decidiremos entre los tres —dijo el Messié.

—Es una democracia trucada. Sois dos en mi contra.

—Parece mentira que tres amigos discutamos por dinero. Escuchad, voy yo y ya resolveremos lo del reparto. Eso ahora no es lo más importante. Además, vete a saber qué entiende por gratificación. No se hable más, iré yo.

—Perfecto, Largo, pero te acompañaremos. Te esperaremos en el bar más cercano —ordenó Butxana—. Mañana a las nueve en la puerta del banco.

Poco antes de las nueve, el Largo estaba en la puerta del Banco Industrial. Se había agenciado un traje de segunda mano, de un gris oscuro desteñido, y llevaba una gorra leninista que quizá debería haber desinfectado antes de

ponerse. Entró en el banco y preguntó al primer empleado que encontró por el señor Sánchez Montull. Era un tipo rechoncho que le miró con un desprecio diáfano. Le preguntó cómo se llamaba y acto seguido descolgó el teléfono. Mientras le describía no le perdía de vista.

—Segunda planta —le dijo seco y casi ofendido. A él, Sánchez Montull ni le conocía después de diez años de trabajo en el banco.

Allí le esperaba otro empleado que le saludó con cortesía y le acompañó hasta la puerta del despacho, llamó y sin esperar respuesta hizo entrar al Largo y se retiró.

—Pase, señor, pase —el señor Sánchez Montull se levantó para recibirle.

Era una sala enorme y el Largo lo aprovechó para ensayar el primer acto de la comedia. Se quitó la gorra y miró, paralizado, aquella estancia grandísima con cuadros de señores serios de distintas épocas, seguramente antiguos presidentes del consejo de administración.

—¿Qué le parece?

—Estoy impresionado —el Largo, realmente aturdido.

Los muebles, de estilo clásico inglés, sugerían tradición y autoridad e imponían respeto en el subconsciente del invitado o del cliente. Ofrecían una buena imagen de formalidad y, sobre todo, de alta consideración; la manera de definirse como una gran empresa.

Sánchez Montull le cogió de un brazo y le invitó a sentarse en uno de los dos sofás que tenía delante de su mesa, también enorme, limpia y, como los demás muebles, de un caoba marrón brillante. Montull sacó una caja de cigarros.

—¿Un purito?

Con timidez, como si el ofrecimiento no fuera con él, cogió uno. Le dio un Dupont para que lo encendiera. Ambos consumaron las primeras caladas y la estancia recibió un toque de nobleza.

—¿Le gusta? Me los traen directamente de Jamaica.

—Fabuloso. No había fumado nunca uno así.

—Yo soy un gran aficionado a ellos.

—Claro, usted es un hombre de éxito. En cambio, yo...

—Le regalo la caja.

—Señor, yo...

Sánchez Montull se levantó para dársela. El Largo la cogió contemplándola como un tesoro.

—Tenga, el encendedor también.

—Pero...

—Nada, hágame el favor de aceptarlo.

No le estorbaban los regalos, al Largo; simplemente sufría por si toda la gratificación se limitaba a eso.

—Así que usted es el hombre que lo ha descubierto todo.

—Yo, en fin...

—No sea humilde. Cuénteme, ¿cómo ha sido su vida?

—Muy desgraciada —tratando de aumentar la propina—. Mi hermano y yo nos quedamos huérfanos desde muy pequeños y nos llevaron a una casa de acogida. Pasamos por toda clase de penurias. Y bien... ya lo sabe... no seguimos el camino correcto.

—Y su hermano, ¿qué hace?

—Murió de tifus.

—¡Dios mío, qué infancia más terrible! Y usted, perdone que se lo pregunte, ¿a qué se dedicaba cuando era delincuente?

—A todo, la necesidad me empujaba a robar. Le seré sincero, primero porque tenía que echarme algo a la boca y luego por puro vicio. Pero llegó un momento en que reflexioné y me dije: Largo, esto no es vida.

—Largo, claro, por la estatura.

—Siempre he sido muy alto pese a la mala alimentación.

—Fume, fume, que se le apaga.

Dio un par de caladas y se provocó un ataque de tos.

—Perdone, es la falta de costumbre —dejó el cigarro en un cenicero de mármol.

—Oiga, ¿sería tan amable de contarme cómo lo descubrió todo?

—Pues mire, cuando alguien como yo no ha hecho otra cosa que maldades siempre existe la tentación de regresar al pasado. Uno lucha una y otra vez consigo mismo, contra su instinto criminal, pero no hay manera.

—Luchar contra la propia conciencia, algo que en el mundo de los negocios se produce continuamente.

—Ya me lo imagino, igual que en el ambiente delictivo.

—Hombre, con algún matiz.

—Era para que me entendiese —el Largo, dándole vueltas a la gorra—. Pues yo luchaba con todas mis fuerzas, pero dondequiera que iba, a causa de mi pasado, me cerraban las puertas.

—Lamentable, pero me refería al asunto de los cuadros.

—Ah, sí. Ya había dejado la delincuencia y decidí especializarme en carpintería. De modo que monté un tallercito sencillo para reparar muebles. Hace unos meses se me presentó un antiguo colega del ambiente y me ofreció

vigilar su chalet sin decirme para qué. Planos, gente que vivía allí... El taller no funcionaba y acepté con la condición de que no hubiera desgracias. Oiga, me maldije cada día hasta que, como ya le he dicho, reflexioné y en vez de ayudarles descubrí quién era el contacto que coordinaba la acción exterior y puse en guardia al comisario Tordera.

—¿Le pagaban mucho?

—Tenían que pagarme con un porcentaje del botín. Sé que era mucho — dando valor a la propina—, pero mi voluntad de reinserción, por fin, pudo más que la avaricia.

—Una gran decisión, valiente y honrada. Habría ganado un montón de dinero.

—Ya lo creo, pero mi honestidad era el mejor precio. Seguiré intentando levantar el negocio, esforzándome por ser una persona útil para la sociedad.

—Entre nosotros: en el caso de que el negocio no funcione, pasen los años y no salga adelante, ¿estaría dispuesto a volver a delinquir?

—¡Jamás! Prefiero morirme de hambre.

—Tranquilo, que eso no pasará.

Entonces el señor Sánchez Montull sacó un talonario, arrancó un cheque y se lo dio.

—Espero —le dijo— que sea suficiente para que no sufra penalidades y pueda ganarse la vida dignamente trabajando en su pequeño taller.

El Largo plegó el cheque, echó un vistazo rapidísimo a los números y se lo guardó en un bolsillo de los pantalones.

—No... no... sé cómo agradecerse.

—¿No quiere conocer la cifra?

—Cualquier cosa será suficiente.

—Venga, hombre, mírelo.

Lo desplegó, lo miró, se llevó el cheque al corazón, dirigió la vista al techo como si allí estuviera Dios en su inmensa misericordia.

—Esto, esto, es demasiado. No sé si puedo aceptarlo.

—¡Claro que puede! —Sánchez Montull se levantó—. Habría ganado mucho más con la comisión que le ofrecían. Ni se imagina el valor de los cuadros, y menos aún el sentimental.

—¿Qué podría hacer para agradecerse? —dijo el Largo levantándose también del sofá.

—Ya lo ha hecho. Pero si alguna vez la tentación le ronda, venga a verme y lo hablaremos. Considéreme un amigo.

—Señor, estoy turbado. No me salen las palabras.

—Me satisface mucho lograr que un hombre vuelva por el buen camino. Los dos se dirigieron a la puerta.

—Me gustaría hacerle un regalo —le dijo el Largo—. Un recuerdo de este momento que celebre mi regreso a la dignidad, un momento que rememore que la bondad y la honradez son el camino si uno tiene la voluntad de cambiar. Mire, le haré una silla tradicional valenciana.

—Perfecto, me encantan las tradiciones.

El Largo cogió una de las manos del empresario:

—Gracias, muchas gracias —sacó un pañuelo roñoso y se frotó los ojos.

—Venga, hombre, no hay para tanto. Hágame un favor.

—Pídame lo que quiera.

—Dele una parte al comisario y a su ayudante. Él no lo ha querido aceptar, pero también lo merece.

—Seré generoso con él —el Largo abrió los brazos—. ¿Me deja darle un abrazo?

—Soy yo el que tiene que fundirse con usted.

Ambos se abrazaron rebotantes de fraternidad. Luego, el Largo se puso la gorra leninista y con la emoción y las prisas se dejó la caja de cigarrillos en el sofá. Fue andando hasta el ascensor volviéndose de vez en cuando para inclinar la cabeza un poco en señal de agradecimiento al empresario, que permanecía en la puerta del despacho despidiéndose de él. Antes de salir del banco tuvo el detalle de saludar al primer empleado que le había atendido, que apenas le miró. Butxana y el Messié no estaban en el bar, le esperaban en la puerta del Industrial.

—Ya pensábamos que te habías ido por otra puerta —dijo el detective.

—Vamos.

El Largo caminó deprisa hasta doblar la primera esquina. Sacó el cheque y se lo mostró: dos millones de pesetas. El Messié lo cogió para mirarlo mejor, luego lo hizo Butxana.

—¿No decís nada?

No tenían palabras. La cifra excedía con creces lo que tenían previsto pese a ser muy previsores.

—¡Hostia, me he dejado la caja de puros!

—Ahora puedes comprarte un estanco —replicó Toni Butxana con el cheque en las manos, sin dejar de mirarlo todavía incrédulo—. Veo un problema.

—Escuchad, entremos en un local y no llamemos la atención. Hay gente que nos mira —aconsejó el Messié, que quiso coger el cheque, pero Butxana

se lo impidió.

Entraron en el primero que encontraron y eligieron la mesa más solitaria, sin clientes alrededor.

—¿Qué decías de un problema? —empezó el Largo.

Pero, primero, pidieron al camarero, que también atendía la barra, tres *gin-tonics*. El Messié los llevó a la mesa. No quería que nadie se acercara.

—Bajad la voz. Venga, Toni, hagamos el reparto.

—He dicho que hay un problema: la cifra es indivisible.

—¿Invisible?

—In-di-vi-si-ble, Largo, que no podemos repartirla a partes iguales — aclaró el Messié.

—Exacto. Dos millones entre tres —calculó el detective mentalmente—. Saldríamos a 630 000, pero sobrarían 110 000...

—Que te quedarías tú, espabilado —el Largo—. Pues dividamos también el sobrante.

—Siempre sobra. Ya os he dicho que es indivisible.

—¿Cuánto sobra del sobrante?

—Noventa y ocho pesetas.

—Quédatelas —el Largo y el Messié.

—¿Queréis que me quede con noventa y ocho pesetas cuando si no fuera por mí no tendríais nada? ¿No podéis, ni siquiera por un instante, comportaros como personas decentes?

—El numerito con Sánchez Montull ha sido cosa mía.

—Largo, no ha sido una actuación complicada. Solo tenías que recibir la gratificación y punto —se enfadó Butxana.

—Seguro que el cheque ya lo tenía hecho —el Messié.

—¿No confiáis en mí?

—No —los dos a la vez.

—Oye, Toni, si te quedas más de cien mil pesetas sería un abuso —le dijo el Largo.

—Me debéis un montón de pasta del apartamento, las fotos, las horas perdidas con el seguimiento...

—Eso es una minucia —el Largo—. Recuerda que nos debes diez mil pesetas del juego.

—Que por cierto también son indivisibles —dijo el Messié.

—¿Pretendéis que me quede con noventa y ocho pesetas?

—Es justo que cobres más.

—Toni, deja el papelito del cheque sobre la mesa —ordenó el Messié, y prácticamente sonó como una amenaza.

Aún lo tenía en la mano. Lo dejó, pero no sin haber comprobado que estuviera limpia. Los tres lo miraban en silencio.

—Tengo una idea —el Largo, como siempre—, las cien mil que sobran para el padre Rafel.

—Le llevas esa cantidad y le da una lipotimia —Butxana—. Y, además, haría preguntas.

—Le dije que le ayudaría, que estábamos reestructurando los negocios. Lo necesita y le debemos mucho.

—Se lo debéis vosotros —Butxana—. Sois la hostia, no teníais que cobrar ni un chavo y ahora me discutís cien mil pesetas de nada.

—Votemos —dijo el Messié.

—¡Y una mierda! Siempre soy yo el que pierde —se indignó el detective.

—¿Es que no tienes corazón? —le preguntó el Largo.

—Lo que no tengo es un duro. Debo tres meses de alquiler y Natalia aún no ha cobrado el trimestre.

—¿Le pagas por trimestres?

—No, le debo un trimestre.

De repente, el Messié cogió el cheque y se levantó.

—Por la madre que me parió que si no llegamos a un acuerdo hago trizas el cheque —el Largo y Butxana le miraron aterrados—. Parece mentira que seáis tan casposos —con dos dedos en medio del cheque en actitud de romperlo—. Os doy cinco segundos.

No hizo falta ni uno.

—Espera, no pierdas la cabeza —Butxana—. Voto por el padre Rafel.

—De acuerdo —el Largo.

El Messié volvió a sentarse, pero sin soltar el cheque.

—Pasemos al segundo problema. ¿Dónde lo ingresamos? —dijo.

—Hombre, en el Banco Industrial. Nos lo ha dado el dueño —apuntó el Largo.

—Entonces verá que es una cuenta de tres —Butxana.

—El dueño de un banco no se ocupa de esas cosas —el Messié—. En cualquier caso, el Largo puede decirle que le ayudamos.

—Venga, vamos a ingresarlo. Hagamos tres cuentas de partes divisibles y el sobrante para Rafel —decisión del Largo—. ¿Puedo coger el cheque?

—Una cosa —intervino Butxana—. El sobrante de las cien mil de Rafel nos lo gastamos en una comida.

—Un momento —dijo el Messié, que tomaba notas en una servilleta de papel—. El sobrante de dos millones son dos pesetas.

—¿Has dividido bien? —Butxana.

—Es que yo, a diferencia de ti, no estudié en Harvard. Míralo —el Messié le mostró la división—: dos millones dividido entre tres son 666 666 pesetas. Si multiplicas esa cantidad por tres solo sobran dos pesetas.

—Toni, ya tienes lo que querías. Te llevas las dos. No son las noventa y ocho pesetas pero sigues cobrando más —rio el Largo.

—No, no —se opuso el Messié—. Las dos que sobran y las 6666 pesetas que no cuadren de cada uno para Rafel.

Con cada reparto se veía reducida la parte de la propina de Rafel.

—¿Y la comida? —el Largo.

—Le quitamos 666 de cada división a Rafel y lo que falte lo ponemos nosotros.

—¡Pero qué putos cutres sois! Va, retiremos sesenta mil de cada uno en metálico y montamos una fiesta que se caga la perra.

El Messié retomó la contabilidad de la servilleta.

—¡Déjalo ya, hombre! —el detective le arrebató el papel—. Cien mil para Rafel, 180 000 en metálico para nosotros y el resto en tres cuentas.

—¿Una fiesta de 180 000 pesetas? —el Largo.

—He pensado cómo lo haremos —Butxana—. Conozco un crucero donde se juegan partidas de póquer internacionales. ¿No os gusta la idea de multiplicarlo?

—¿Y si lo perdemos? ¿Y si perdemos todavía más de lo que tenemos, con lo que nos ha costado? —preguntó el Messié—. A ver, Toni, ¿qué gente juega?

—Millonarios, la mayoría franceses. El crucero parte de Barcelona. Y no perderemos nada si jugáis vosotros. Ellos no saben que vais juntos y os hacéis la pala. ¡Los dejaremos en la ruina!

—Si entran las cartas, claro —dijo el Largo.

—Tranquilos, nos inventaremos un código para comunicarnos. Por ejemplo: trío de ases, te tocas la nariz; pareja de reyes, arqueas una ceja; póquer de...

—Me toco la polla —el Messié se indignó ante las atrocidades que le oía decir a Butxana—. ¿Crees que son idiotas? ¿Y si la pala nos la hacen ellos a nosotros?

—Yo lo he visto. Son tíos elegantes y honrados, jugadores para los que perder millones es como un vermut. Hacedme caso. ¿Qué opinas, Messié?

—¿Cuántos días dura?

—Como mínimo tienes que jugar dos.

—Puede ser un buen negocio, Messié —le dijo el Largo—. Si perdiéramos sería con ganancias que no son nuestras.

—Ahora sí que lo son, Largo.

—Venga, Messié, no seas caguetas. O dinero o mierda —Butxana, alentándole.

—Con 180 000 no nos dejan ni sentarnos a la mesa.

Entonces Butxana, rígido y con voz autoritaria, les dijo:

—¿Tenéis cojones? Venga, decídmelo, ¿tenéis? —silencio expectante—. Cogemos los dos millones y nos vamos todos a la puta partida.

—Eh, lo de Rafel no se toca —el Largo a Butxana—. Por mí, de acuerdo. ¿Y tú, Messié?

Se lo pensaba. Miró a un lado y luego al otro con los labios fruncidos, con el rostro un poco crispado. Tenía que demostrarle al Largo su inconformidad vital, el empuje empresarial que perfilaba su carácter. Miró fijamente a Butxana:

—Toni, si perdemos te echo a los tiburones.

La operación Póquer fue un éxito remarcable que llevó al Messié y al Largo a pensar en una gran racha, ya que, como buenos jugadores, creían en la superstición del viento a favor que culminaría en el proyecto del Banco Intrans. Prepararon con todo detalle las partidas que tendrían lugar en el crucero hasta el extremo de llevarse al Gordo García como sirviente del Messié, para darle apariencia de rico. En cuanto a la «pala» que jugarían entre los dos, finalmente la idearon de acuerdo con las tretas del Largo. A saber: si encendía un cigarrillo Camel tenía un *full* medio-alto; si era un Marlboro eran ochos y nueves y cartas sueltas, pero había posibilidades de probar una fallanca y el Messié debía desistir si no llevaba una buena jugada; si era un trío de reyes o ases dejaba las cartas a la izquierda, y a la derecha si conseguía un póquer tanto alto como bajo. Para no sobrecargar la partida de ardides que habrían llamado la atención, el Messié los redujo a dos: calada profunda al cigarrillo si llevaba jugada de apuesta o calada sin tragarse el humo si era normal o baja. Evidentemente, en todas las rondas de la partida no era posible ni conveniente ensayar la estrategia, de modo que perdían alguna con los otros jugadores o entre ellos.

Toni Butxana se acercaba ocasionalmente a la partida como un turista más de los que solían hacerlo, ya que tenían lugar en un rincón del casino del barco. Los tres viajaron por separado y con identidades falsas. Al Gordo, que ejercía de ayudante del Messié, le prohibieron robar incluso una servilleta; en un espacio cerrado como un barco habría resultado problemático. El capitán llamaría a la policía en la primera escala y aquello imbuiría de suspicacia el ambiente. El idioma de las partidas era el francés, con un crupier que desempeñaba el papel de la banca y de traductor cuando hacía falta. Embarcaron en Barcelona y bajaron en Civitavecchia para ir a Roma. Cuatro días en total en vez de dos teniendo en cuenta que ganaban sin detectar sospecha alguna en los demás, aunque forzaron al Messié a perder a veces sumas de dinero que en parte recuperaba el Largo. El Messié justificó el acento de su francés aduciendo que era hijo de padres españoles residentes en el sur. En Roma pasaron dos días y dejaron libre al Gordo, que se puso las botas en un apasionante derbi entre el Roma y el Lazio.

Del crucero a Paul no le dijeron nada; pero el comisario Tordera efectuó dos visitas al garito y le extrañó no encontrarlos. Felipe no sabía nada, reiteraba cuando se lo preguntaba. En la tercera visita nocturna, Felipe le anunció con alivio personal que los jefes habían vuelto y le acompañó al despacho del Messié.

—Buenas noches —le saludó Tordera con un deje de sarcasmo.

—Adelante, por favor.

—Tenía ganas de verte, Messié. ¿Puedo sentarme? —lo hizo sin esperar respuesta alguna.

—¿Una copa?

—No bebo. Solo lo hago en Nochebuena por la cosa familiar, pero un día es un día. Supongo que me servirás un buen *whisky* de contrabando.

—El mejor. Es de Andrésín.

Le dosificó un Chivas de doce años. El comisario removió la copa como si fuera un vino de reserva, quizá para evaporar un poco el alcohol.

—¿Habéis ido de vacaciones? —Tordera, después de un sorbo y de una mueca—. Imagino que habéis ido a celebrar la propina.

—En efecto.

—Por curiosidad, ¿podrías decirme qué cantidad era?

—¿Cómo no se lo voy a decir, si gracias a usted hemos viajado a Roma? Una ciudad preciosa. ¿La conoce?

—Todavía no. Veraneo en Camarena. Nada del otro mundo, un pequeño hostel y quince días al fresco —se le notaba la ironía, circunstancia que no

auguraba momentos de placidez.

—Muy saludable. A mí también me gusta la playa.

—Messié, Camarena es territorio de interior. Pero nos habíamos quedado en la curiosidad.

—Ah, sí. El señor Sánchez Montull fue muy agradecido.

—¿Cuánto?

—No se lo creerá, señor comisario, pero nos dio quinientas mil pesetas. No sabe cuánto nos alegramos...

—¿Quinientas mil?

Entró el Largo avisado por Felipe.

—Hombre, comisario, qué satisfacción toparme con usted.

—La satisfacción es mutua. Me contaba el Messié lo espléndido que fue el agradecimiento de la propina.

—Brutal —dijo el Largo buscando la mirada del Messié, mientras Tordera controlaba la actitud de ambos.

—Concreta, Largo, que al Messié no le ha dado tiempo.

—Trescientas mil pesetas.

El Messié miró al techo.

—En diez segundos habéis sufrido una merma sensible en la contabilidad. El Messié dice quinientas, tú trescientas. Si ahora llamase a Butxana la propina sería agua de borrajas. ¿Por qué sois tan pelagatos? ¿Después de lo que he hecho por vosotros me pagáis con mentiras? No era el pago que esperaba.

Con aquello último Tordera documentó las tres visitas y se imponía la negociación.

—Señor comisario, no lo ha entendido bien —el Largo, intentando cuadrar las sumas—. El Messié se ha quedado con quinientas mil y yo con trescientas.

—¿Y Butxana?

—No lo sabemos. Lo cobró él y nos fiamos del reparto.

—O sea, que mi parte se la tengo que pedir a él.

—¿Qué parte?

—Largo, ¿no te dijo Sánchez Montull que tuvieras un detalle conmigo? Verás, el otro día me lo encontré en un acto institucional (ahora que soy oficialmente comisario jefe me invitan a todas partes) y volvió a felicitarme. Al hilo de la conversación me dijo que tú —le puso un dedo en el pecho— me darías una parte. Un detallito, vaya.

—¿Yo?

—Sí. Por las señas físicas y el apodo no hay duda de que tú fuiste al banco. Estabas tan emocionado que hasta se te cayó una lagrimita. Eres un artista.

—Comisario, un trato tiene que respetarse —el Messié.

—Le dijo la sartén al cazo. Ya no me sorprende que seáis tan delincuentes.

—Usted nos dijo que le bastaba con la medalla del cargo. Ya es suyo.

—Largo, tengo un problema: mi sueldo es el mismo; una puta mierda. Vosotros habéis estado en Roma, yo, como todos los años, seguiré yendo a Camarena, al hostel. Cada día sopa y pescado hervido. ¿No os parece injusto?

—A ver —el Largo—. Todos hemos recibido según el trato: Marc, la exclusiva; el Gordo, libre; nosotros y Butxana, la propina, y usted, el cargo oficial. Es más: las fotos que hizo Toni se han quedado en el cajón.

—¡Qué malnacido! ¡Quieres hacerme chantaje recordándome las fotos!

Llamaron a la puerta. El Largo abrió. Eran dos policías de paisano de la Brigada del Juego. En cuanto vieron a Tordera cerraron la puerta en el acto y desaparecieron sin saludar siquiera.

—¿Lo ve, comisario? Dos más que venían a que los untáramos —se quejó el Messié.

—¡Un abuso! —añadió el Largo.

—Yo solo abusaré una vez. Es mío, me lo he ganado. Largo, sé lo que te dio Sánchez Montull. A Butxana no puedo sacarle nada, pero vosotros tenéis un garito ilegal y...

—Oiga, hemos tenido muchos gastos en el viaje.

Perdimos al póquer una cantidad enorme. Palabra, pregúnteselo al Gordo.

—¿Al Gordo? ¿Quieres que se lo pregunte? Mentiría ante un tribunal militar. Mirad, no quiero gran cosa. Nada, un cambio de vestuario, un caprichito, un...

—¿Le parecen bien cincuenta mil pesetas? —ofreció el Messié.

—Cien. Tengo que repartir con Marcelino. Y que conste que pido un dinero que me corresponde, la gratificación es legal, una tradición. Cien y no regatees.

La propina y las partidas en el crucero hacían de la cantidad pedida casi una minucia, pero el Messié, mientras sacaba el dinero de un cajón, ponía cara de verse atracado. Contó los billetes y se los dio a Tordera, que los recontó.

—En mi lugar, otro os habría dejado la propina como el culo de una mona. Sé que eso que me dais es pura miseria, pero mi dignidad permanece

intacta y además, seamos prácticos, a caballo regalado...

—Qué nos va a decir a nosotros, que llenamos los establos de la Brigada del Juego... —dijo el Largo.

El comisario se levantó mientras guardaba los billetes. Les dio la mano a ambos.

—De ahora en adelante —les dijo—, en la intimidad me podéis tutear.

—Pues tarda muchos años en volver —le despidió el Messié.

1 de marzo de 1983

Sara despertó. El Gitano no estaba en la cama. Le vio sentado en una silla de la salita de estar, de espaldas al dormitorio, con las dos manos sobre la mesa y la mirada fija en la puerta del piso con rostro inexpresivo. Se levantó sin hacer ruido y le acarició la nuca.

—¿Has dormido?

—No.

—¿Ni una hora?

—Ni una.

—Te haré un café.

En la cocina comprobó que ya había tomado, como mínimo, dos tazas. Aún quedaba y le trajo otra. Se sentó a su lado. Observó cómo se lo bebía, le gustaba sin azúcar. No la miraba, tenía la vista perdida.

—¿Estás preocupado?

Dudó un instante, pero respondió:

—Sí.

—Te asusta decepcionarlos, ¿verdad?

Calló. Le asustaba decepcionarla a ella. Sara no era solo su pareja, era la persona que le protegía, la única en el mundo con la que se sentía resguardado. El Gitano unió, casi en una plegaria, las puntas de los dedos. No podía evitar sentirse avergonzado en aquella situación. Siempre tenía la sensación de que los demás le rechazaban y de que solo Sara le entendía. Delante de ella no disimulaba. Su fragilidad psicológica le hacía consciente de ser un hombre carente de personalidad.

—Creo en ti —le dijo Sara—. Si no fuera así no habría aceptado que participáramos.

¿Y si ella cae?, se preguntaba el Gitano. Era otro de los temores que le abrumaban, pero no osaba decírselo, no se atrevía a mostrar otro signo de debilidad. Estaban juntos desde que eran niños y no imaginaba la perspectiva de perderla durante años, ni tampoco si era él quien terminaba en la cárcel.

—Hemos hecho muchas cosas y han salido bien. ¿Sabes por qué? —el Gitano negó con la cabeza, pero lo sabía—. Porque estábamos cerca uno del otro. Hoy también lo estaremos.

No era exactamente así. En otras ocasiones Sara estaba a su lado y su energía, su decisión y su empuje le azuzaban. Entonces los temores desaparecían por todo lo que ella le contagiaba, porque bajo ninguna circunstancia se permitía desfallecer, alentado por el coraje que pretendía mostrarle.

Aunque no lo expresaba, sentía celos de todo el mundo; de Kim y de los demás y ahora de Paul y el resto, sobre todo del Largo, un hombre alto y atractivo con el que Sara tenía una relación especial, sutil, aunque él la intuía. Todos eran mejores. ¿Y si hoy fracasaba, cometía un error grave y Paul y el Messié, delante de Sara, le echaban la bronca? ¿Y si por su culpa el golpe era un desastre? Suspiró profundamente y agachó la cabeza. En aquellos momentos de rendición, Sara se enfrentaba a él, le levantaba la voz y le decía que no podían perder nada porque habían nacido perdedores, que nada era peor que la derrota que les había infligido la vida, y que precisamente ese era el eslabón que les mantenía unidos con una fuerza capaz de cambiar el rumbo de las cosas no solo para ellos, sino también para todos los que sufrían la misma desdicha.

Pero no era el día de las palabras temerarias ni de los gestos reivindicativos. Decidió recurrir a una estrategia distinta, aunque algo en su interior entendía que debían aflorar los sentimientos más apropiados.

—¿Sabes que te quiero mucho? —ni de eso estaba seguro el Gitano. Quizá le amaba como a un hermano desvalido—. Estaba pensando que nunca hemos disfrutado ni de un día de vacaciones; irnos a un hotel de montaña, pasear por los bosques en contacto con la naturaleza. Tú y yo, solos. ¿Te gustaría?

—Sí, mucho.

Le arrancó una sonrisa que, aunque casi indiscernible, era un indicio de cambio de ánimo, una grieta en sus dudas sistemáticas. Le asió por las axilas en un primer impulso para que se levantara y entonces le abrazó como nunca lo había hecho, para que sintiera no con palabras, sino con su cuerpo, la medida del afecto que le profesaba. El Gitano se aferró a ella con todas sus fuerzas. Era aquello lo que necesitaba, el sentido de pertenencia a Sara, impregnarse de la seguridad que le transmitía el hecho de que lo amara. Lo vivió como un momento único; aquel abrazo insólito aún le dio más valor a la evidencia de que no estaba solo, ni hoy ni en el futuro. Sara se separó de él

suavemente, manteniendo sus brazos en los hombros del Gitano, observando sus ojos vidriosos, y le abrazó de nuevo.

—Siempre, siempre, pase lo que pase, estaremos juntos. Eres el hombre de mi vida.

¿Era el hombre de su vida? Ella lo sentía con sinceridad, pero hablaba desde el marco emocional, quizá desde una idea solidaria. Sin embargo, jamás se había planteado sus sentimientos amorosos. No conocía ese estado de hechizo, no le había dado tiempo la vida, que la perseguía desde que era niña. La indignación por las injusticias era una prioridad, como también lo era la rebelión permanente contra una sociedad adversa. Era aquello lo que la unía a él, además de una promesa que le hizo cuando eran adolescentes y que Sara acababa de expresarle: siempre estarían uno al lado del otro, porque el Gitano y ella formaban parte de un todo indivisible, un todo que Sara había forjado y del que se sentía responsable.

No hacían falta más palabras. Le besó también con una intensidad insólita; jamás se habían enfrentado a una dificultad como la que hoy los aguardaba. De repente, Sara se dio cuenta de que toda aquella demostración de afecto quizá no era conveniente por el tono de despedida que se escurría entre los abrazos. Se separó de él y recobró su carácter indomable, incluso de persona intransigente que solo atendía a sus dogmas. Con la firmeza que imprimía a sus palabras, le dijo:

—Tenemos que comer.

Y el Gitano, que minutos antes no tenía hambre, almorzó como un rey.

Tres días antes del 1 de marzo el Largo se presentó en el despacho de Pierre. Hacía dos meses que había perdido a Dolores, pero ya se había recuperado. Estuvo un tiempo pensando cómo había desaparecido de un día para otro, sin ninguna explicación, sin ninguna nota de disculpas. Fue a buscarla al piso seis o siete veces, pero nadie abría la puerta. Se lo contaba al Largo, pero él tampoco tenía noticias. Todo es muy raro, Pierre, le respondía. No viene al local, nadie sabe nada. De hecho, al director del Intrans ya le había extrañado que ella no le relatara nada de su vida, ni siquiera en qué trabajaba, y, por eso, desde que desapareció no había podido encontrarla. Poco a poco, Pierre se recuperó de la pérdida y afortunadamente, cosa muy valiosa para él, su mujer no supo nada de su infidelidad. La vida continuaba, todo estaba en el punto del orden tradicional hasta que tres días antes del 1 de marzo el Largo, con cara de circunstancias, le visitó con una cartera.

—Hola, Largo. Ahora llamo a Martínez.

—No traigo dinero.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que traes?

Pierre observaba cómo el Largo, lentamente, abría la bolsa. No le decía nada y el francés estaba expectante, aunque no sospechaba la gran sorpresa que recibiría. Su ingenuidad pensaba en un regalo, un detalle por las atenciones que dispensaba a un cliente especial. El Largo dejó un puñado de fotos sobre la mesa. Pierre cogió una. La miró con incredulidad y se sentó. Decir que lo hizo afligido no sería exacto, se trataba más bien de confusión, incluso pensó en una broma. Pero aquello fue solo un instante, ya que enseguida se dio cuenta de lo que suponían las fotografías y no terminó de verlas todas.

—Lo lamento —le dijo el Largo, que antes de sentarse cerró la puerta del despacho—. Sinceramente lo lamento.

—¿Me chantajearás? ¿Qué quieres? No soy rico.

—Recibirás tu parte.

«Tu parte», he ahí el origen del chantaje.

—¿Cómo pude confiar en un hombre como tú? Tus actividades deberían haberme alertado.

—Aunque no te lo parezca, no quiero causarte ningún daño.

—¿Tienes la cara de decírmelo?

—Si me escuchas, comprobarás que no corres ningún riesgo. Lo tenemos muy bien planificado.

—¿Lo tenéis? ¿Quiénes sois?

—No te conviene saberlo. Lo que tienes que hacer es muy sencillo.

—¿Te parece sencilla la complicidad con delincuentes?

—De ti, la policía no sospechará. Está todo calculado para que no lo hagan.

—Ignoro cómo se hace un desfalco, si es lo que buscas.

—Un atraco.

—¿Cómo? —Pierre resopló—. ¿En un banco del centro de la ciudad? ¿Has perdido la cabeza?

—Tú déjanos la logística y ajústate a tu papel. Te he dicho que será sencillo y no te involucraré.

—¿Qué papel?

—Antes que nada una pregunta: ¿has recibido el aviso de una cantidad de dinero que te transferirán el último día del mes? —Pierre no dijo nada—. Por

tu bien tienes que colaborar. También tenemos fotos jugando en mi local, bebiendo, riendo. Jugador, bebedor...

—Basta, ya sé todo lo que he hecho. No hace falta que me lo recuerdes — dijo Pierre como si se arrepintiera de su capacidad de meterse en líos innecesarios—. El dinero lo tenemos aquí. Lo transfirieron ayer.

—¿Cuánto?

—Aún no lo he contado, pero según indica la transferencia son mil quinientos millones de pesetas.

El Largo se levantó, pero no lo hizo impactado por la cantidad, aunque no se la esperaba, sino porque enseguida atisbo el problema que tendría para ocultarla, a pesar de haberlo previsto. ¿Era conveniente dejar tanto dinero junto en el mismo sitio?

—¿Sorprendido, Largo?

—Sí. ¿Por qué una transferencia tan alta?

—Soy un empleado, las órdenes vienen de Francia, de la central. Yo también estoy sorprendido, como también me sorprende que llegues justo en el momento oportuno. Ya que parece que no tendré más remedio que colaborar, ¿podrías contarme algo?

—No. Por tu seguridad, la ignorancia te protegerá.

—¿Qué ignorancia? Soy el único del banco que sabe de la transferencia. ¿No te parece que soy sospechoso?

—¿Solo tú lo sabes?

—Sí, de momento. Lo dice la carta que he recibido. Imagino que la intención es fiscal y pasados unos días volverán a la central, de manera que soy el principal sospechoso.

—No lo eres. Con un intervalo de cuatro días, desde que recibes el dinero hasta el atraco, es imposible organizar un asalto.

—Así pues, hace meses que lo preparáis.

—Desde el día que efectué el primer ingreso.

—No lo entiendo. ¿Cómo podíais saber que por estas fechas tendríamos el dinero?

—Pierre, yo también soy un empleado. Pero el tema de la visita es otro: tu cooperación.

—Solo te pediré una cosa: que no sea evidente.

—No lo será. Y además, como te he dicho ya, recibirás tu parte.

—Aún no me has dicho qué debo hacer.

—Debes tener la caja fuerte abierta y el dinero preparado para que lo metan con rapidez en las bolsas. Supongo que tienes la caja en la habitación

de al lado. —Sí.

—Quiero verla.

—¿Por qué no vienes esta tarde?

—Tiene que ser ahora. Vengo a menudo y no es extraño que esté contigo de tertulia. Nunca he venido por la tarde.

Pierre sacó unas llaves de un cajón. Primero abrió la puerta que separaba el despacho de la habitación, luego la metió en la cerradura de la caja fuerte y manipuló el dial con una combinación compuesta de seis números. Era una caja grande, casi de la altura del Largo, repleta de billetes ordenados en fajos alineados en cada estante. El Largo comprobó que no hubiera ninguna cámara. Se lo preguntó.

—Están repartidas por todo el banco. Supongo que las tienes controladas.

—Supones bien. Debes meter todos los billetes en el estante de en medio.

—No cabrán.

—Pues en dos.

—Difícil.

—Tres como máximo. Los fajos de billetes más grandes cerca del exterior, los demás dentro. ¿Entra alguien más en esta habitación?

—No.

—Perfecto. ¿Cuánta gente del banco va a ver la *masclétá*?

—Se queda una tercera parte, quizá menos.

—¿La alarma está conectada?

—No, el ruido de la *masclétá* la dispara; las cámaras sí que funcionan.

—Lo tenemos previsto. Cuando no hay trabajo, ¿qué hace el guarda?

—Nunca tiene trabajo. Suele hablar con una empleada. Se llevan muy bien.

—¿Qué empleada?

—Una rubia que tiene su mesa a la izquierda, más o menos en medio del local, cerca de la mesa del guarda.

—¿La rubia va a la *masclétá*?

—No lo sé. Se lo han arreglado entre ellos. Un día van los de la derecha, al siguiente los de la izquierda, pero no sé en qué orden.

—Averígualo y llámame por teléfono. El 1 de marzo entrarán poco antes de las dos. En total no puede durar más de diez minutos. ¿A qué hora se van los de la *masclétá*?

—Un cuarto de hora antes de que empiece.

—Insisto en que tu colaboración es importante.

Pierre cerró la caja. Pasaron a su despacho. Ahora el director estaba muy tranquilo. Quizá demasiado, le pareció al Largo. Ambos se sentaron.

—Largo, no lo haré. De ninguna manera pienso colaborar.

—¿Qué? Oye...

—Óyeme tú. Soy indispensable, sin mi participación no podéis hacerlo. Si ese día no vengo no tenéis nada.

—¿Sabes lo que te juegas?

—Sí, y me importa una mierda. Se lo contaré a mi mujer, le explicaré que todo fue una trampa, que unos delincuentes me obligaron. Incluso el banco me felicitará.

El Largo se puso serio, muy serio. Si no le convencía, todo el mundo se le echaría encima.

—No sabes qué clase de gente son y hasta dónde están dispuestos a llegar si no colaboras. Pierre, son violentos.

—Por asesinos que sean querrán un acuerdo.

—Ya te he dicho que te lo pagaríamos.

—El precio lo marco yo: cien millones de pesetas. No esperabais tantos, de modo que cien millones es una cifra razonable —Pierre se encendió un cigarrillo, dio una calada y expulsó el humo con aspecto de dominar la situación—. Aún quedan tres días. Negocia con ellos, pero no rebajaré ni una peseta.

—No hace falta, tengo carta blanca para hacerlo. Pero cobrarás cuando nosotros lo digamos.

—Cobraré antes.

—¡Estás loco! Tendrás problemas.

—No tendré ninguno, la noche anterior me llevaré los cien millones. Así pues, diles a tus amigos que el botín son mil cuatrocientos millones de pesetas. Es un gran golpe, Largo. Incluso tú puedes llevarte la misma noche un buen puñado de billetes.

—No les engañaré, hay gente que se juega mucho y, además, son muy peligrosos —recalcó el peligro por si Pierre se lo pensaba y rectificaba, pero el gesto del director, con el cigarrillo entre los dedos y sentado cómodamente, no cambiaba.

—Muy bien, haz lo que creas conveniente —dijo Pierre—. Yo me he ganado mi parte.

—No era la que habíamos pensado.

—Ha sido un encuentro lleno de sorpresas, tampoco os esperabais la cifra de la caja.

—Pensándolo bien, eres un malnacido —el Largo no puso ningún rencor en sus palabras—. Probablemente, sin las fotos también habrías colaborado.

—No lo sé, pero ya metidos en harina... En fin, Largo, os deseo un buen golpe.

—¿Te imaginas, Pierre, que por circunstancias imprevistas no se lleva a cabo?

—Si a las dos del primer día de marzo no estáis aquí, la misma tarde devolveré el dinero. Pero sería una lástima. Podéis contar con mi entusiasmo en la colaboración.

—Francamente, creía que todo iba a ser más complicado.

—Como director de un banco estoy acostumbrado a los tratos.

—Pues, así las cosas, ha sido un placer.

El Largo estrechó la mano de Pierre. No lo hacía habitualmente, pero el acuerdo lo justificaba.

—¿Aún te interesa un depósito? —el francés lo preguntó con sorna.

—Ni es el banco más apropiado, ni el director el más conveniente.

De camino a la salida, el Largo se fijó en la rubia que había sentada tras una mesa en medio del local. Estaba inmersa en unos recibos que ordenaba a medida que los comprobaba, mientras con un bolígrafo verde los marcaba trazando un puntito en la parte superior. El guarda caminaba de acá para allá quizá por desentumecerse. Tenía unos cuarenta años y un físico hijo del aburrimiento. Ya en la calle pensaba en Pierre, en la facilidad con la que se había sumado al grupo cuando esperaba a un hombre derrotado, desesperado por la obligación de participar a la fuerza en un acto oprobioso. Quizá todos llevamos un delincuente dentro y para que salga a la luz solo hace falta la oportunidad idónea.

Antes de reunirse con el Messié, el Largo pasó por delante de Paul, que le esperaba ante uno de los escaparates de El Corte Inglés, y le hizo una señal con la punta del pulgar hacia arriba. Todo era correcto por lo que respectaba a la colaboración del director. Pero lo demás, las exigencias incontroladas de Pierre, lo hablaría con el Messié, en el local de ambos.

Habían concedido vacaciones pagadas al Gordo García, para tenerle alejado unos días y proporcionarle una coartada, aunque en un asalto del nivel del planeado para el Intrans, tan rápido como hábil, no sería sospechoso en absoluto. Sin embargo, preferían que le descartaran del todo a fin de que no diera ningún detalle previo al día del atraco. Solo Felipe se ocupaba del trajín

del juego y de la clientela, con la normalidad de siempre. Eran las doce de la mañana y el Messié recibía expectante las noticias de su socio.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó en cuanto entró en su despacho.

—Un par de sorpresas.

—Empieza por la buena.

—Hay mil quinientos millones de pesetas.

Acto seguido, el Messié, tras un gesto de estupor, se dispuso a dividir el cincuenta por ciento de la cantidad.

—¿No quieres oír la desagradable?

—¿Es grave? —el Messié continuaba con la contabilidad.

—Pierre se queda cien millones.

—¿Cien? —dejó la división—. ¿Eres idiota? —rebajó la tensión, y la voz —: ¿Por qué se lo has dado?

—La cifra es suya. Estaba decidido a no colaborar.

—¿Cómo es posible?

—Lo es. Incluso le he amenazado diciéndole que tú por menos, por mucho menos, te has cargado a un montón de individuos.

—Así que el psicópata soy yo.

—Yo no tengo la pinta e intentaba persuadirlo de que lo que me exigía no era una idea cristiana, pero estaba tan decidido que, hecha la suma y la resta de lo que esperábamos encontrarnos, me ha parecido barato considerando el poco tiempo que tenemos para abrir una ronda de negociaciones.

—¿Qué dice Paul?

—Nada. Habíamos acordado no hablar en la calle. Así que le he hecho la señal de todo correcto.

—Cuando se entere...

—Se lo tragará y punto. Él siempre ha hablado de ochocientos o mil millones. Aún te diré más: Pierre me ha ofrecido dinero. Ah, se me olvidaba: cobrará el día anterior. Lo descontará de la caja común; con cien millones menos el atraco será más rápido.

—Qué cacho cabrón, ¿no?

—Pues no. Tú y yo seguro que habríamos sacado más provecho.

—Somos profesionales.

El Largo tomó asiento:

—Tenemos que hablar sobre el asalto.

—¿Ha cambiado algo?

—No, pero hay gente que cobra sobornos y cobra mucho sin hacer nada.

—¿Ya estamos con la puta paranoia? Nos repartiremos setecientos millones. ¿Hace falta que te recuerde tus reservas para participar?

—Hay muchas casualidades: Paul sabe qué día llega el dinero, un director al que no le importa el chantaje y pide una cantidad muy por encima de la que queríamos darle, una central que envía un montón de dinero a una sucursal de otro país... Estoy con la mosca detrás de la oreja.

—Es obvio que Paul tiene información de alguien de la central. ¿Y qué?

—A ti no te hace pensar mal porque es amigo tuyo, pero a mí...

—Es que a mí los porqués no me hacen pensar en nada extraño. Voy a lo que me interesa: un pastón que no habíamos ni imaginado.

—Messié, te recuerdo que a Paul y a ti os la jugaron. ¿Y si nos están embaucando?

—El que perdería sería yo, que entraré en el banco.

—Pero, como tú me dijiste, si caes yo también tendré posibilidades de palmar. Y sobre todo me preocupan Sara y el Gitano. Soy el responsable de su participación. Me sabría mal.

—¿Das por hecho que te delataré?

—Tordera no se creerá que no estoy implicado. Iba casi todos los días al banco.

—No seas maniático. Es demasiado tarde para preocuparse por eso. Confío en Paul. Absolutamente —el Messié miró el papel en el que había hecho la división—. Oye, recuerda que de los setecientos millones del cincuenta por ciento que tenemos que repartirnos tienes que darle una parte al Mítico Regino.

—Ya se lo cuadraré.

—No me digas dónde, pero ¿cómo has pensado ocultarlo?

—¿Y si caes?

—Largo, si caigo no tendrás que cuadrar nada.

—Pensaba en una caída posterior.

—Entonces el problema será mío, no sabré dónde lo has escondido.

—¿Quieres saberlo?

—Te he preguntado cómo, no dónde. Tenemos que cumplir las reglas a rajatabla.

El Largo sacó una tónica de la neverita del Messié, se sirvió un poco de ginebra y añadió unos cubitos.

—Creo que he tenido una idea sensacional.

Entonces el Messié lanzó un resoplido de cansancio. Se conocían desde hacía muchos años y los hábitos amanerados del Largo le extenuaban.

—Suelta la gran idea.

—He alquilado un piso. Hablé con un albañil de confianza...

—¿Quién?

—De confianza. Si te lo digo le torturarás para que te lo cuente. Verás, después de visitar muchos pisos me decidí por uno que tiene un gran armario ropero empotrado. Le dije que mi socio y yo necesitábamos dos espacios vacíos, uno a cada extremo del armario, para guardar documentos y otras cosas. Una vez hechos, los he tapiado con una madera del mismo color de la pared interior de arriba abajo, pero dejando un centímetro en un lateral para poder extraerla, aunque disimulado. Luego he puesto un montón de ropa de invierno colgada que ocupa todo el armario. No lo encontraría ni el mejor chucho antidroga.

—Me conformo con que no lo encuentre la bofia.

—Como un día le dijo Butxana a Tordera, la bofia no encontraría ni a un cura en un saco de harina —dio un trago, satisfecho—. Pero ahora viene la pregunta, querido socio: ¿es conveniente tenerlo todo en el mismo sitio?

—¿Cuánto miden los huecos?

—Dos metros cuarenta y cinco de altura por cuarenta centímetros de ancho y veinticinco de profundidad. Lo he calculado y es suficiente.

—Eso creo. Supongo que no vivirás en el piso.

—¿Tan imbécil me crees? Tienes los nervios alterados y te comprendo. He alquilado el piso de modo que el dueño crea que es un picadero. No lo he hecho legalmente, le he pagado un año por adelantado. Iré de vez en cuando para comprobar que no hay ninguna anomalía.

—¿Acompañado?

—Claro, es la coartada.

—No armes revuelo, interesa que pases desapercibido para los vecinos. ¿El albañil es de confianza?

—¡Coño, absoluta! Me lo ha proporcionado Rafel y le dije que si se queda sin trabajo se lo daremos aquí. Le necesitaba agradecido —el Largo parecía ebrio de satisfacción—. ¿No quieres que hablemos de las casualidades?

—Largo, sabes cómo estoy de los nervios. Tengo que concentrarme en mi parte del trabajo. ¿Ya has hablado con Sara de vuestro punto de encuentro?

—Tranquilo, está todo controlado. Tú ocúpate de traerme la pasta. Gracias a Pierre las bolsas pesarán menos.

—¿En serio te ha ofrecido dinero y lo has rechazado?

—¿Te extraña?

—Al principio me has dicho que tenías dos sorpresas. En realidad han sido tres.

El primer día siempre acude más gente. Están los entusiastas, que llegan una hora u hora y media antes para situarse en primera fila, oír de cerca el estruendo de la *mascletá*, disfrutar del olor a pólvora recién estallada de las carcasas; pero no todo el mundo puede ocupar las primeras filas; y también hay quienes prefieren distanciarse por temor a alguna incidencia grave, porque las ha habido; y entonces buscan sitios más prudentes. Era allí donde se encontraba el matrimonio formado por Manuel Maceda y Pilar Boix, embarazada de tres meses. Ella no quería ir, la agobiaba la presencia de tanta gente tan apretujada. No se sentía bien y todavía quedaban veinticinco minutos para que empezara el primer espectáculo fallero.

Manuel estaba enfadado por las quejas de Pilar. Ya le había costado lo suyo conseguir que el encargado le diera unas horas libres con la promesa de volver a las tres, cuando se retomaba la jornada por la tarde. Manuel era amigo y un trabajador cumplidor y no se vio con ánimos de negárselo. Eso sí, tendría que fingir que no se encontraba bien, la migraña recurrente, por ejemplo, ante el resto de los empleados del almacén.

—Pilar, ya falta poco —la cogió por la cintura con delicadeza.

—Deberías tener más miramiento. También será tu hijo.

Él rio para aliviar la tensión.

—No abortarás aquí, ¿eh?

—No me haces ninguna gracia. No estoy bien ni me interesa la *mascletá*. Tengo ganas de vomitar. ¿No ves que no puedo moverme?

Manuel miró a su alrededor. Los que tenía cerca escuchaban y parecía, por sus gestos, que su actitud no era la correcta, sobre todo por la mirada reprobatoria de una señora que, posiblemente, no ignoraba el estado de malestar de Pilar.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó el marido.

—A cualquier sitio donde pueda respirar.

—¿Y cómo nos encontraremos luego?

—En la primera esquina a la izquierda. Allí no hay gente.

—Si te acompaño perderé el sitio.

—Puedo ir sola.

Antes de que él le dijera nada, Pilar, pidiendo por favor que le abrieran paso (el público, dado su aspecto amarillento, le facilitaba la salida), llegó a

duras penas a la esquina y se sentó en el alféizar de un ventanal del Banco Popular. Enseguida efectuó respiraciones profundas. Sara la observaba, mientras fumaba un cigarrillo apoyada contra la pared, a diez metros de distancia, en la misma fachada. No sabía qué hacer. Tiró el cigarrillo por un desagüe. Decidió esperar por si ella se iba. El imprevisto se presentaba.

En otra esquina, la que estaba al lado del Intrans, cuatro hombres con uniformes de Telefónica hablaban de asuntos banales. Daba la sensación de que estaban allí por si se producía alguna eventualidad, algo muy normal en las fiestas multitudinarias. Poco a poco, los empleados del resto de los bancos y comercios salieron y se mezclaron entre los espectadores. De los cuatro, solo Paul lo miraba todo con gesto displicente. Entonces vio a los empleados del Intrans salir del banco. No dijo nada; pensó que era mejor no contar lo que sucedía al grupo. Kim y el Messié aparentaban estar tranquilos, pero el Gitano se rascaba el pelo o alguna parte del cuerpo con un gesto que no era más que puro nerviosismo.

Paul le dedicó una sonrisa. Aunque el francés no era fumador habitual, había comprado un paquete de Winston en previsión de la impaciencia de la espera. Le ofreció un cigarrillo.

—¿Te gusta el fútbol, Gitano? —le preguntó para dotar de normalidad a la espera.

—No... no mucho.

—A él le gusta la lectura —intervino Kim, que sospechaba el porqué de la conversación.

—¿Qué lees? —El francés le ofreció fuego—. ¿Novelas románticas?

—No —expelió el humo—. Recomendaciones del padre Rafel.

—Teología —dijo el Messié, también para ayudar en la distensión.

El Gitano se encogió de hombros no sin indiferencia. Dado que no era un hombre de tertulias, y menos aún en aquel momento, Paul decidió reorientar la conversación y entrar en materia:

—La posición del público es perfecta, no llegan a la altura del banco.

Necesitaban el optimismo de las buenas noticias, sobre todo pensando en el Gitano. El francés consultó su reloj.

—¿Cuánto falta? —preguntó el Messié.

—En cinco minutos iremos a los peldaños de la entrada.

Por su parte, Pierre había intentado que la mañana fuese tan cotidiana como cualquier otra, excepto por la corbata, estampada con extraños dibujos de colores, como si alguien le hubiera vomitado encima. No obstante, entró cinco veces a la habitación de la caja fuerte. Todos los fajos de billetes

estaban amontonados en tres estantes. Él mismo imaginó con qué rapidez los meterían en las bolsas. Apenas había dormido, no tanto por el atraco sino por el escondite que había elegido para ocultar los cien millones de pesetas (al hilo de la cuestión, el Messié contó a Paul lo de la comisión del director, y el francés, primero se enfadó, pero luego se mostró de acuerdo; también le sorprendía la cantidad transferida al banco, más de lo que su informador le había dicho).

El director decidió meter su dinero en una caja de cartón envuelta en plástico y enterrarla en un pequeño bosque a un kilómetro de donde vivía. Por allí no iban excursionistas, exceptuando a los dueños de los perros que paseaban para que los animales hicieran sus necesidades. No era un lugar que considerara idóneo pero tampoco había tenido tiempo de pensar en otro mejor. ¿Quién se imaginaría que bajo un pino había cien millones? A pesar de todo, tenía previsto encontrar un escondite más seguro, aunque uno nunca lo está del todo con una cantidad así. Quizá tendría que hablar con el Largo. Ahora eran, por lo menos, cómplices.

Pilar, con los codos en las rodillas y las manos en la cabeza, estaba un poco inclinada, como turbada por la algarabía que había soportado y que aún se oía desde la calle en la que se concentraba el público. Sara no paraba de mirarla sin resolver qué hacer, pero tenía que tomar una decisión. El tiempo pasaba y su presencia era un riesgo. Encendió un cigarrillo, dio una calada y enseguida lo apagó al dirigirse a ella y, con voz melodiosa, preguntarle qué le pasaba.

—No me encuentro bien. Tengo arcadas, pero no quiero vomitar aquí, en la calle.

—Estaría mejor en una cafetería. Hay una al doblar la esquina. Allí estará más cómoda.

—Si doy un paso más caeré en redondo.

Sara se miró el reloj. Faltaban diez minutos para las dos y tenía que quitarse de encima a la señora.

—¿Quiere que la ayude? Por las aceras no hay tanta gente. Llegaremos en un momento.

—No, no puedo, gracias. Déjeme y se me pasará. Aquí corre un poco el aire.

—Señora, no es el mejor sitio. ¿Está embarazada?

—Sí, de tres meses.

—Créame, para usted la cafetería es el lugar más tranquilo. Ahora no habrá nadie y podrán darle unas sales.

—Lo que me va mejor en estos casos es agua del Carmen, pero no tendrán.

«Agua del Carmen», pensó Sara. Debía de ser católica. Era un placebo. Se preguntó qué podía hacer mirando de nuevo el reloj. La amabilidad no le funcionaba, enfadarse con ella no tenía ningún sentido y tampoco era conveniente.

—¿Va sola? —le preguntó.

—No, mi marido está en la calle. Cuando termine la *mascletá* vendrá a por mí.

Entonces Sara le ofreció una alternativa:

—Mire, si va más hacia allá —le indicó una de las dos calles de la bifurcación, desde la que no vería al grupo cuando viniera— se sentirá mejor. Allí puede sentarse sin tanto ruido.

—Cuando empiece la *mascletá* habrá ruido por todas partes. Además, tengo que esperar a mi marido.

—No se preocupe, cuando llegue le diré que vaya a buscarla.

—Déjelo, por favor. Se lo agradezco, pero no puedo dar ni un paso. Con la cabeza inclinada se me pasa —la mujer se quitó los zapatos en un intento de que el frío del suelo le aliviara el mareo.

Luego, Sara se fue a la furgoneta y abrió las dos puertas traseras. No podía hacer más que preparar el vehículo para cuando vinieran con las bolsas. Ahora deseaba que el grupo se presentara antes que el marido.

A seis minutos de las dos Paul cogió su bolsa y se marchó a paso normal hacia el Intrans. Los demás le siguieron. En los peldaños de la entrada les ordenó que se pusieran ante él. Aún pasaba gente en dirección a la plaza, pero estaban protegidos por las dos paredes, que los ocultaban a ambos lados.

—Todo el mundo sabe qué debe hacer —dijo Paul imprimiendo un tono de crispación a su voz—. ¿Estás bien, Gitano? —le dio un golpe en el pecho con la palma de la mano.

—Sí —afirmando y expulsando a la vez un chorro de aire.

—Guantes y capucha —ordenó.

Entonces abrió su bolsa y repartió los fusiles.

—¡Hostia! —exclamó Kim al coger el suyo—. ¡Son de plástico!

—Para ti y para todos son auténticos. ¿Entendido? Ellos no lo saben.

—Pero...

—Ponte la capucha.

Paul no dio tiempo a más discusiones. Se colgó la bolsa del cuello, los demás también lo hicieron, abrió las puertas del banco y empezó a gritar con

energía a todos los empleados mientras corría en dirección al guarda, de espaldas a la entrada, de pie en medio del banco. El hombre se quedó petrificado; antes de que intentara de manera torpe y furiosa desenfundar el arma recibió un golpe de culata del fusil por detrás y cayó al suelo no tanto por la arremetida, sino porque él mismo se lanzó. El Messié corría hacia el despacho del director (dos días antes, con permiso del francés, había entrado un momento en el banco y desde la puerta, evitando las cámaras, se cercioró de cuál era el camino más recto), abrió la puerta de un empujón con la bolsa en el hombro.

—¿Qué pasa? —dijo el director simulando una gran sorpresa.

—¡Calla, delincuente! —le habría dado una paliza por la estafa—. A la habitación de la caja. ¡Rápido!

Aún no había terminado de decirlo y Pierre ya estaba allí. Se hizo a un lado. El Messié abrió la cremallera de la bolsa junto a la caja fuerte.

—¡Ayúdame! —ordenó.

Pierre lo hizo con la diligencia profesional de un empleado de banca.

Como todos los trabajadores estaban a un lado del local, el Gitano y Kim no tuvieron ninguna dificultad para llevarlos al despacho del director. Con las prisas, la histeria y los temores, un empleado perdió los mocasines, otro tiró al suelo su silla al levantarse, a una joven se le cayeron las gafas, que pisó un compañero, y otros aún suplicaban clemencia pero les callaron apuntándolos con el fusil. Kim arrancaba cables telefónicos sin dejar de gritar. Parecía enloquecido. Por primera vez en su vida, el Gitano también gritó, pero sin la pasión de Kim aunque los empleados obedecían. Entraron en el despacho, los pusieron a todos detrás de la mesa del director, de cara a la pared, incluido el guarda, y desconectaron el teléfono. Paul fue hacia donde estaba la caja con tres bolsas y apartó al director de un manotazo. Ambos, el Messié y él, metían los fajos de billetes con rapidez y destreza.

El Gitano salió del despacho para desconectar los teléfonos de la parte de los empleados que estaban en la *mascletá*. Fue entonces cuando empezó. Primero lentamente, como era habitual: carcacas espaciadas. Paul lo oyó y dijo que iban muy bien de tiempo. Tenía sincronizado el ritmo del ruido con las secuencias del robo, por eso era menester entrar en el banco unos minutos antes del inicio de la *mascletá*.

El Gitano se aseguró de que todos los teléfonos quedaran inutilizados y luego se situó a un lado de la puerta principal, por si entraba alguien. Aunque la capucha le protegía, procuraba no mirar las dos cámaras instaladas cerca de él. A Paul y al Messié les faltaba un estante justo cuando el rugido de la

mascletá se intensificaba, pero todavía no indicaba el tramo final, más rápido y ensordecedor. Con rapidez empujó fajos de billetes hacia el interior de las bolsas. Paul dijo basta, quedaban pocos y de menor cuantía. Cerraron las cuatro bolsas, Kim se llevó dos, introdujeron al director en su despacho con el resto de los empleados y los encerraron con la llave que les había dado Pierre. Se fueron corriendo hacia la salida. Entonces, el guarda intentó abrir la puerta.

—¡Nos matarán a todos! —le gritó Pierre.

—Tenemos que hacer algo —el guarda, desesperado.

Los empleados estaban con el director: No, no, exclamaban con gestos iracundos.

—Usted va desarmado —le disuadió Pierre.

—Sí, por favor, no haga nada —exigió un trabajador con galones de veteranía—. ¿No ha visto las armas que llevaban? ¡Por el amor de Dios!

El guarda desistió, aliviado por no tener que enfrentarse a una banda de criminales y a la vez satisfecho por haber cumplido con su obligación.

—Saldremos del despacho cuando termine la *mascletá* —estableció el director—. Probablemente lo tenían planificado para aprovechar el ruido.

En el momento en que lo decía, un empleado joven puso una mano sobre la mesa, pero sus piernas flaquearon y cayó al suelo después de que su cabeza golpeará las piernas de Pierre. El director le abanicó con una carpeta de impagados.

Los cuatro salieron del banco y enseguida metieron los guantes de goma y las capuchas en la bolsa de Paul, donde también guardaron los fusiles, que habían olvidado dejar dentro, lo cual, tal como el Mítico Regino había explicado a Paul, habría sido un atenuante en caso de caída. Con las prisas tampoco seguían el orden que pretendía el francés, pero él se puso el último. La *mascletá* iniciaba la tirada final, un emocionante y atronador ruido continuo que tenía al público embelesado. Por la acera de la derecha, cada uno con una bolsa, caminaban al paso que marcaba el Messié, sin prisa pero sin pausa, disculpándose con la gente que había allí pese a que no les presentaba prácticamente dificultades.

Pilar todavía estaba sentada y con la cabeza gacha. Cuando Sara vio que el Messié doblaba la esquina rumbo a la furgoneta, abrió los brazos como si quisiera indicar la incidencia. Uno a uno pasaban por delante de la mujer sin mirarla, sin darle importancia, descargaron las bolsas en el interior y subieron. Pero al Gitano se le cayeron unos fajos de billetes al levantar la bolsa. Paul le empujó adentro y se disponía a recogerlos cuando Manuel Maceda, el marido de Pilar, irrumpió en el callejón. El francés se le quedó mirando, para ver su

reacción. Enseguida, el hombre se hizo una idea de lo que sucedía. Entonces el Messié bajó de la furgoneta y le dijo a Paul que él se encargaría.

La mujer se levantó, aún ignorando el incidente, al ver a su marido. El Messié se dirigió hacia él, le asió por las solapas de la chaqueta y le puso contra la pared.

—¡Si gritas te mato!

Manuel comprobó que el agresor no llevaba armas e intentó enfrentarse a él. Paul le dijo que lo dejara, desde el vehículo observaba el movimiento del público al empezar a marcharse, y quizá algunos lo harían por el callejón. Kim bajó con un fusil, el Messié se lo arrebató mientras el francés insistía en que subiera.

—Oye, no te haré nada —el Messié apuntaba a la pareja—. Dame el carnet —se lo dio enseguida—. Si callas te recompensaremos, si dices algo eres hombre muerto.

Nada más, se fue. Pilar se abrazó a Manuel con un llanto incontenible. No quería ir a la *mascletá* por el público que se congregaría y ahora se topaban con una banda de criminales que amenazaban con matarlos.

—Manuel, es... es...

—Un atraco —dijo automáticamente pensando en la suerte que habían tenido y no por salir con vida.

Sara arrancó la furgoneta y no evitó abroncarles por el tiempo perdido. No encontró ningún vehículo mal aparcado en las calles más estrechas. El primero en abandonar la furgoneta fue Paul, le siguió Kim, cinco minutos más tarde el Gitano y por último el Messié. Todos lo hicieron solo con la ropa ligera que llevaban bajo el mono de trabajo.

Paul paró un taxi y le dijo al chófer que le llevara a la Estación del Norte. Tenía la maleta en consigna y a las dos y cuarenta y cinco el tren a Barcelona.

—Tendré que dejarle en la plaza de Sant Agustí. Xàtiva está cortada, pero le queda cerca. ¿Extranjero?

—Inglés.

—¿Se va cuando empiezan las fiestas?

—No, voy a casa de mi hermano. Vive en Sollana.

—Mucho arroz en Sollana. Mi familia tenía unas cuantas hanegadas. Qué gran *mascletá*, ¿eh?

—Magnífica.

Generalmente le molestaban los taxistas parlanchines, pero ahora hablar le rebajaba la adrenalina.

—Nunca había visto una —dijo Paul—. Es como un bombardeo. Bestial, extraordinaria.

—Somos únicos con la pólvora —rio el taxista satisfecho y con un punto de chovinismo.

Kim entró en una cafetería y pidió una cerveza. Llevaba el pelo cortado a una longitud normal, una camisa blanca limpia y unos pantalones azul marino. Preguntó por el lavabo. Se sentó en la taza del váter y no salió hasta que el temblor de sus manos no se detuvo.

El Gitano se fue a casa a pie, aunque tenía que caminar cuatro o cinco kilómetros. Poco a poco normalizaba la aceleración de su corazón, un movimiento que sentía incluso en la garganta. Por su parte el Messié cogió el coche del *parking* donde lo había estacionado la noche anterior y se fue al centro de acogida del padre Rafel. Tenían la primera comida de fallas con los niños y luego, a las cinco de la tarde, un pasacalle por el barrio con un tamborilero y un dulzainero que había contratado. El Mítico Regino también participaría. Al verle, el Messié asintió con la cabeza, pero no dijeron nada.

Sara condujo con precaución hasta donde estaba el Largo, en una calle con poco tráfico pasado el puente de Ademuz. Le vio apoyado en su coche, fumando. Había consumido cinco en la última hora. Pisó el cigarrillo y abrió el maletero. Sara aparcó con una maniobra que hizo coincidir las partes traseras de los dos vehículos, con espacio suficiente para trajar las cuatro bolsas.

—¿Todo bien? —el Largo, nervioso.

—Sí —le entregó la primera bolsa.

El Largo miraba a un lado y otro. Pasaba poca gente, pero no se fijaban. Sin prisas, lo trasladaron todo al maletero.

—Deshazte de los monos y de los guantes.

—Los quemaré.

—Yo me ocuparé de las armas.

Se despidieron dándose la mano, simulando la entrega de un encargo que el Largo esperaba. Arrancó y se encendió un cigarrillo. A continuación buscó noticias en las emisoras. Nada, y faltaban quince minutos para las tres.

Había alquilado el piso en la avenida de Fernando el Católico, en un edificio frente al colegio de los jesuitas. Aparcó en el garaje, cogió dos bolsas y se dirigió hacia el ascensor. Pulsó el botón de bajada, abrió las puertas y se encontró con una señora de edad que llevaba un trapo entre las manos y un delantal de trabajo sobre el vestido.

—Disculpe —dijo el Largo con educación.

—Pase. Estaba limpiando el ascensor. Nadie lo hace.

—Son descuidados —dijo mientras entraba con las bolsas.

—Usted es un nuevo inquilino.

—Sí, señora. —Marcó el botón del tercer piso—. Estoy trasladando parte de la ropa.

—Ah, ya sé quién es. Ha hecho obras en el piso.

—En efecto, necesitaba ampliar un armario. ¿He molestado mucho?

—Lo normal, pero no ha sido largo. ¿Quiere que le ayude en algo? Soy viuda y tengo tiempo.

Una viuda, una mujer con tiempo para chismorrear. Tendría que buscarse una excusa. En el acto.

—Gracias, las bolsas no pesan. Aún tardaré en venir a vivir, pero de momento la ropa que no cabe en el otro piso y no necesito la dejaré aquí.

—¡Sí que tiene usted vestuario!

—Los niños y mi mujer tienen mucho.

—Claro, crecen y cada año hay que comprarles más. ¿Cómo se llama?

—Pepe.

—Mucho gusto. Yo, Teresa.

Se abrieron las puertas del ascensor, pero la señora viuda tenía ganas de palique.

—¿Y por qué tardarán tanto? En esta zona se vive muy bien.

—Para no interrumpir el curso escolar de los niños.

—¿Tiene muchos?

—Dos.

—Yo también, pero ya mayorcitos. Oiga, me alegro mucho de que venga al edificio una persona joven. ¡Todos somos viejos!

Por eso lo había elegido, entre otras cosas. El Largo sonrió y cogió las bolsas.

—Si necesita algo me lo pide.

—Muchas gracias, pero como le he dicho todavía tardaremos en mudarnos.

—¿En qué trabaja?

La señora era insistente. Llevaba cientos de millones de pesetas en las bolsas y tenía unas ganas enormes de ocultarlos.

—Contable en una administración de lotería.

—Yo siempre compro en Navidad, pero nunca me toca. Este año se la pediré a usted, a ver si cae alguna cosita.

—Disculpe, pero he de volver al trabajo. Me alegro de haberla conocido.

Salió pensando en el problema que la vieja podía suponer en el futuro, con la curiosidad que mostraba.

—¡Adiós, Pepe! —aún la oyó pese a que el ascensor ya tenía las puertas cerradas—: Si necesita algo...

La voz provenía posiblemente del segundo piso.

El Largo resopló, pero todavía le esperaban dos bolsas más en el maletero y tenía que quemar los monos y los guantes. Abrió la puerta del piso.

A las tres y cinco minutos de la tarde localizaron al comisario Tordera en un restaurante con su hermana y los dos hijos de esta, un niño de ocho años y una niña de cinco. Su cuñado no había podido venir, algo que a Tordera le satisfacía porque siempre llevaba la gorra puesta y tenía que pagar él, nunca se libraba. Ricardo ganaba poco en la serrería del pueblo donde vivían, cuyo propietario, un cacique según su hermana, no le había dado permiso para ir a Valencia pese a que tenían dos días de vacaciones con motivo del día de San José.

Aprovechando que eran cuatro (el cuñado comía como un sabañón), el comisario les invitó a una marisquería. Iban por el segundo plato (de primero les habían servido seis gambas y seis cigalas frescas, también indivisibles, de manera que los niños se comieron una cada uno), una lubina a la sal con guarnición de verdura para todos. De bebida, dos Fantas de limón y un vino blanco de la casa para los adultos.

Se veían poco. Así pues los hermanos tenían conversación, más aún con la novedad del ascenso confirmado del comisario. Su hermana se sentía orgullosa de él y el niño le repitió tres veces que quería ser guardia civil porque le gustaba muchísimo el uniforme.

—Médico, tú tienes que ser médico —casi le reñía Tordera—. Y la niña enfermera. La salud es lo primero.

Pero la suya estaba a punto de empeorar cuando se presentó un policía de paisano (una vez nombrado oficialmente comisario jefe, ya eran todos de confianza), que primero le saludó, también a su hermana, y acto seguido, con una de esas voces carentes de ímpetu, prácticamente en un susurro, le anunció:

—Señor comisario, han atracado el Intrans.

—¿El inqué?

—El Banco Intrans.

Tordera dejó el tenedor en el plato, junto a un trozo de lubina, sin asimilar aún el impacto de la noticia.

—A las dos de la tarde —añadió el policía.

El comisario miró un reloj, gentileza de la marca Lejía El Herrero («Lava la señora, lava el caballero»), que había en la pared de enfrente.

—¿A las dos y me avisáis ahora?

—No sabíamos dónde estaba.

—He dicho que comía con la familia.

—Pero no dónde y hemos tenido que llamar por teléfono a todos los restaurantes.

De un movimiento se quitó la servilleta que le colgaba del último agujero de la camisa, se puso la chaqueta y dio unos billetes a su hermana.

—Milieta, tengo que irme. Causa mayor.

La hermana contaba los billetes.

—¿Hay bastante?

—El dueño me conoce. Hale, id a mirar fallas.

—Tío, aún no están plantadas —dijo la sobrina.

Pero el tío Tordera ya estaba casi en la salida del restaurante, donde le esperaba un coche oficial con un policía de uniforme al volante.

—Pon la sirena —ordenó—. A la central.

El vehículo recorrió la distancia hasta la central ululando en señal de urgencia. Llegó, preguntó por Marcelino y le dijeron que estaba en el Intrans, adonde debería haber ido si no hubiera sido por las circunstancias, que le tenían ofuscado.

En la puerta del banco había muchos policías de uniforme y en la acera opuesta mucha gente. Entró y se dirigió al ayudante, que al verle acudió a recibirle.

—Tengo al director en su despacho, pero no he querido hablar con él hasta que llegaras.

Marcelino les presentó.

—¿Pierre? ¿Usted es extranjero?

—Francés, como el banco.

—¿Dónde están los empleados?

—Unos en casa y cuatro en el hospital con ataques de histeria —dijo Marcelino—. El señor Pierre tiene todos los detalles.

Pierre los llevó a la habitación de al lado y les señaló la caja fuerte abierta.

—Todo ha sido muy rápido, comisario. Yo estaba en la mesa del despacho revisando unos papeles...

—¿Qué cantidad se han llevado?

—Mil quinientos millones de pesetas.

—¿Mil quinientos? —Tordera resolló y se llevó las manos a la cabeza, por la cifra pero, sobre todo, por el problema laboral que se le venía encima.

—Un momento y le enseño el papel de la transferencia —el director abrió un cajón de su mesa y le tendió el papel.

El comisario comprobó la cifra. Lo demás estaba escrito en francés y no entendía nada.

—Pero esa cantidad no es normal, ¿no?

—Mire, comisario, entre los bancos nos damos créditos y como ha visto en el papel el dinero tenía que transferirse al Banco Industrial la semana que viene.

—Continúe con el atraco.

—Como le decía, estaba en el despacho y de repente he oído gritos. Primero he prestado atención y cuando me disponía a ver qué pasaba ha entrado un individuo y me ha obligado, apuntándome a la cara con un arma, a entrar en la habitación.

—¿Qué arma?

—No entiendo de eso, pero parecía una metralleta.

—¿Cuánto ha durado el asalto? —Marcelino.

—Cuatro o cinco minutos.

—¿En cuatro o cinco minutos, usted les ha abierto la caja, que supongo que tiene una combinación, y se han llevado todo el dinero? —el comisario, suspicaz.

—La caja estaba abierta.

—¿Abierta?

—Todos los días, hasta que no lo ingresamos todo, no se cierra.

—¿Había mil quinientos millones de pesetas? ¡Madre del amor hermoso! Es el robo del siglo.

—Se han dejado un pico.

—¿De cuánto?

—Veinte mil pesetas.

—¡Qué espléndidos! —el comisario.

Marcelino se acercó a la caja y miró el interior, con billetes y fajos esparcidos.

—¿Cómo es posible tanta rapidez? —se preguntó.

—Eran dos y me han obligado a ayudarles.

—¿Solo dos?

—Cuatro. Los otros dos se han ocupado de los empleados, el guarda y los teléfonos.

—Marcelino, que venga el guarda.

—Está hospitalizado —Pierre.

—Seguro que tiene diarrea. ¡Vaya tropa! —se quejó el comisario—. ¿Y las alarmas?

—Desconectadas.

—¿También han tenido tiempo de desconectarlas?

—No, lo hacemos nosotros. Todos los años, a causa de las *mascletaes*, se disparan. Las desconectan todos los bancos y comercios de la zona.

—En cuatro o cinco minutos... —refunfuñaba Tordera—. ¿Cómo eran los atracadores?

—Llevaban uniforme de Telefónica y capucha y guantes de goma. Cuesta admitirlo, pero ha sido un golpe de profesionales. Se lo digo por si le da una pista.

—Estos malnacidos han aprovechado el ruido de la *mascletá*. Marcelino, estamos ante una banda extranjera, como el robo de arte —al director—: ¿ha notado en ellos un acento extraño?

—Es difícil saberlo, comisario, gritaban con frases cortas. Eso sí, franceses no eran. Enseguida lo habría notado.

—¿Ustedes gritan de otra manera?

La campana salvó a Pierre.

Sonó el teléfono.

—¿Puedo? —preguntó el director—. Quizá es de la central de París.

—Adelante.

Cuando descolgó le dijo al comisario que era para él. El gobernador civil.

Cogió el aparato pensando qué decirle.

—Comisario Tordera, dígame.

—Soy el gobernador civil.

—Ah, ¿es usted? Disculpe, voy de cabeza con el atraco.

—De eso quería hablar. ¿Cómo lo tenemos?

—Interrogando al director, señor gobernador.

—¿Me puede adelantar algo?

—Todavía es demasiado pronto, pero le puedo decir con total seguridad que se trata de una banda extranjera. El atraco tiene toda la pinta de ser muy profesional para delincuentes de la zona, y como el banco es francés...

—Francés y también de capital valenciano.

—No lo sabía.

—Acabo de recibir una llamada del ministro del Interior. Todas las emisoras nacionales están dando la noticia y se ha puesto de los nervios. Es un asunto prioritario. No quiero presionarle, pero si en un plazo de diez días no lo aclara nos enviarán a inspectores de Madrid.

—Señor gobernador...

—No es cosa mía, yo confío en usted, me lo ha demostrado y así se lo he dicho al ministro. Pero lo de hoy se nos va de las manos. ¿Cómo se puede atracar un banco en diez minutos?

—Profesionales del más alto nivel, señor gobernador.

—Movilice a todos los efectivos a su disposición; interrogue a todo el mundo, haga lo imposible pero necesitamos resultados o haremos el ridículo. Ahora es cuando tenemos que demostrar que estamos preparados para cualquier contingencia. Infórmeme cuando tenga algún detalle de importancia que tranquilice al ministro. Venga, muchos ánimos.

—Gracias, señor gobernador.

El comisario volvió preocupado a la habitación.

—Parece la noticia del año —le dijo a su ayudante.

—Comisario, ¿puedo irme a casa? —suplicó Pierre, contrito—. Mi familia está muy preocupada.

—Váyase, pero antes déjeme personal en el banco. Necesitamos mirar y preguntar muchas cosas.

—Ahora llamaré por teléfono a algunos de los empleados que estaban en la *mascletá*.

—Oiga, necesito personal que lo haya visto, que me pueda aportar detalles desde fuera de su despacho.

—No se encuentran muy bien.

—Supongo que alguien se habrá recuperado. Dígalos que es importante.

—Lo intentaré —Pierre se fue a su despacho.

—Estamos vendidos, Marcelino. Nunca hemos tenido un caso de atraco bancario por parte de una banda internacional.

—¿Qué te ha dicho el gobernador?

—Pues no ha sido explícito, pero me ha amenazado: si no lo solucionamos en diez días, nos mandarán a inspectores de Madrid. Tenemos que espabilar, pero no sé por dónde empezar.

—Hay que transmitir la idea de que estamos por todas partes. Movernos, interrogar a todo cristo.

En la calle había numerosos periodistas tras el cordón policial. A fin de evitarlos caminaron junto al edificio hasta el coche. Allí le esperaba Marc

Sendra:

—Tordera, se te acumula el trabajo.

—No tengo nada que decir a la prensa.

Marc se acercó a él.

—No seas desagradable. Sé muchas cosas sobre ti. Va, un par de detallitos de tu cosecha.

—¿En un día como hoy también tienes ganas de joderme?

—¿Me lo dices a mí, que te dediqué un panegírico por tu sensacional trabajo en el robo de arte?

—No seas cínico —Tordera miró a sus espaldas por si había alguien más aparte de Marcelino.

—¿Qué te has comprado con la propina que te dieron el Largo y el Messié?

Touché y reacción fluida del comisario:

—OK, apunta: eran cuatro, probablemente extranjeros, muy profesionales, el asalto ha durado diez minutos, iban con monos de Telefónica, pasamontañas, metralletas, guantes de goma, han hospitalizado a cuatro empleados, entre ellos el guarda de seguridad...

—¿Y la pasta?

—Mil quinientos millones.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído.

—Veo un problema gordo. ¿Qué te ha dicho el gobernador?

—Eso es privado.

—Pero ¿te ha llamado?

—Sí.

—Pues ya pondré a trabajar la imaginación y construiré la conversación.

—Escucha...

—¿Qué quieres? ¡No me ofreces ninguna alternativa!

—Me ha dado ánimos y me ha dicho que movilice a todos los efectivos.

—¿Eso es todo?

—Nada más. Tengo que irme.

—¿Cómo es que había tanto dinero? No es normal, no es un banco de los importantes.

—Haces preguntas difíciles de responder. Todo es muy reciente. Aún no me ha dado tiempo de interrogar al director.

—Tengo entendido que estaba dentro.

—No he podido hablar con él, todavía no ha salido del lavabo.

—Le costará recuperarse —abundó Marcelino—. Un sobresalto así es difícil de asumir.

—La rueda de prensa la darás mañana, ¿eh?

—¿Me lo estás ordenando?

—Es un consejo. Si la haces hoy repetirías lo que me has dicho y todo es muy pobre. ¿No te lo parece?

—Gracias, Marc. Te contrataré como asesor en comunicación.

—Primero desinfecta la central.

El Messié comprobó con el carnet de identidad el domicilio de Manuel Maceda, el hombre que los había sorprendido mientras cargaban las bolsas en la furgoneta. Vivía en una calle paralela a la avenida del Puerto, un barrio con muchos edificios de viviendas. Pulsó el timbre del piso y esperó la respuesta por el interfono.

—¿Quién es? —voz masculina.

—El que quedó contigo ayer para hablar. Traigo tu DNI. Baja.

—Ya están aquí —le dijo a su mujer.

—Manuel, por favor, sé prudente. Son peligrosos.

—No quiero saber nada. Que me devuelvan el carnet y acabemos con el problema.

«El problema» había tenido lugar el día anterior, pero el Messié —y también el Largo— quería resolverlo enseguida y evitarse uno de los quebraderos de cabeza, el único imprevisto, que sin duda se les echaba encima. Tordera no tardaría en visitarlos. Eran las nueve de la noche.

—Hola —dijo Manuel.

—¿Qué tal? —el Messié le dio la mano con cordialidad. Se oía el vago eco de un trompetista aficionado—. He venido a cumplir con mi palabra.

—No le he dicho nada a nadie.

—Gracias. Queremos recompensarte. Demos una vuelta.

Ambos caminaron por la acera de la finca de Manuel. Pasados cien metros, el Messié le indicó que giraran a la derecha. No había tanta gente.

—El atraco ha tenido mucha audiencia —Manuel frotándose las manos, ansioso—. He oído las noticias cada hora.

—Cuentan muchas mentiras.

—¿También en lo del botín?

—También. Son sensacionalistas. Además, el banco ha hinchado la cifra por motivos del seguro.

—¿Podría preguntarte cuánto habéis sacado?

—No, entre otras cosas porque no lo sé.

—Me parece extraño.

—No lo es, Manuel —el Messié, paciente—. El dinero lo oculta una persona, que ignoro quién es, yo no soy el *boss*, y pasado un tiempo nos

avisarán para darnos nuestra parte a cada uno. Se hace así por si cae alguien de la banda que no pueda decir nada del dinero.

—¿Te han dicho que vengas a hablar conmigo?

—Me han ordenado que seas buen chico y aceptes lo que te demos.

Manuel se detuvo. Levantó la cabeza (tenía el pelo rizado y las cejas pobladas) y, con ánimo envalentonado, dijo:

—Quiero diez millones de pesetas.

Manuel pensaba que el Messié se cabrearía con la cantidad demandada, pero no observó ninguna reacción colérica. Al contrario, reinició el paseo y, tras un corto silencio, le dijo:

—Aún no tenía previsto hablar de tu dinero.

—¿A qué has venido?

—A hacerte una advertencia. No sé por qué ya me imaginaba que eres un listillo; un idiota, si he de ser sincero. Lo más seguro es que no sepas con quién te la juegas. De la gente que viste yo soy el más pacífico y el último que me tocó los cojones ahora va en una silla de ruedas que le regalé. No seas insensato, tengo un carácter difícil.

—Podría ir a la policía.

—Ya lo he valorado, pero no llegarías. Cerca de tu casa hay dos individuos que esperan mi señal. Te meteremos en el coche y caerás por un barranco —el Messié le miró—. Manuel, antes de conocerme no tenías nada y ahora el destino te envía una propina.

—¿Una propina?

—Argot del mundillo —callaron. Al Messié le preocupaba que el encuentro no fuera plácido—. ¿De verdad quieres meterte en un lío?

—Gano poco y tendré un hijo.

—Trabaja más.

—Tú no lo haces.

—Ni te imaginas lo que cuesta atracar bancos. Te juegas la vida. ¿Me la juego, junto a otros, para que ahora venga un espabilado a joderme? Reflexiona. ¿Quieres que tu hijo se quede huérfano o con un padre inútil? Coge lo que te dé y olvídate de todo.

—¿Cuánto?

—Veinte mil pesetas. Un poco por debajo de tus aspiraciones pero suficiente para llevar a la señora a Benidorm.

—Mi silencio vale más, es demasiado poco. Quiero cincuenta mil.

—Hecho.

La rapidez del Messié al cerrar el trato dejó a Manuel boquiabierto, mirándole aturdido, sin saber si darle al Messié la mano que tenía tendida para estrechársela.

—¿Qué te pasa, Manuel? Estoy dispuesto a darte lo que me has pedido.

—Te había pedido mucho más.

—Ya lo sé, lo has hecho para regatear y yo he aceptado. Soy un hombre de palabra y te pagaré treinta mil más de lo que había pensado.

A continuación sacó un sobre del bolsillo interior de la cazadora y se lo tendió.

—¿Aquí hay cincuenta mil?

—Ni un duro menos. Es lo que está estipulado en el gremio, es lo que me has pedido.

—¿Cómo sabías...?

El Messié no respondió. Le dio el carnet y se fue.

A pesar de todo, tenía la sensación de que volvería a toparse con él.

El mismo día, a las once de la noche, el comisario Tordera hizo acto de presencia en el local de juego. Felipe los avisó. Estaban en el despacho del Messié comentando las incidencias del Largo con la abuela del edificio en el que había alquilado el piso, y ambos decidieron que lo mejor era no salir a recibirle, habría sido demasiado reverencial y tenían que adoptar una actitud normal. En cualquier caso no hizo falta, el comisario abrió la puerta, se sentó en el sofá y les pidió un *whisky*. Tenía pinta de no haber dormido.

—¿Lo quieres con o sin hielo? —preguntó el Largo.

—No me tutees.

—Nos diste tu consentimiento.

—La visita es oficial.

—Pues pagarás el *whisky*.

—Largo, déjate de mandangas. He tenido la deferencia de no convocaros en la central. Por cierto, no he visto al Gordo.

—Está de vacaciones.

El Messié le sirvió el *whisky*.

—Y tú, Messié, ¿no dices nada?

—Buenas noches.

—Muy buenas no son, al menos para mí. ¿Así que de vacaciones? ¿Desde cuándo?

—Una semana —el Largo.

—¿No estaréis encubriéndole?

—¿Tú crees... usted cree —el Messié— que el Gordo puede atracar un banco en diez minutos?

—Ah, ¿hablaba del Intrans? —ironizó Tordera.

—¿Ha pasado algo más, señor comisario jefe?

—Quizá el Gordo no tenga las aptitudes físicas, pero sirve en la logística. ¿No creéis?

—Sí, eso se le da muy bien —el Largo—. De hecho, gracias a él, usted se puso una medalla en el robo del chalet del señor Sánchez Montull.

—Por la propina que recibisteis, parece que el robo fue cosa vuestra.

—Fue una propina colectiva. ¿Se acuerda? ¿Recuerda que nos estaba eternamente agradecido?

—Sí, Messié, lo recuerdo, pero ahora tengo un problema y me echaréis una mano.

—¿Cómo?

—Os la echaré yo primero descartándoos del Intrans. Sois demasiado tarugos para un golpe de auténticos profesionales; luego, ayudándoos en el local para que sigáis ganándoos la vida. De momento he dado vacaciones a la Brigada del Juego.

—En ese caso estamos a su disposición.

—Gracias, Largo.

—No debería ser despectivo con nosotros —dijo el Messié—. Nuestros trabajitos, en nuestros tiempos, también eran muy profesionales.

—Sobre todo los tuyos, que la cagaste en Francia y te enchironaron.

—Me delataron. Ahora que lo pienso, los que asaltaron el chalet también eran franceses. ¿En qué cárcel están?

—¿Quieres llevarles tabaco? Los extraditamos. Allí tenían un montón de robos sin aclarar.

—Mejor, que la mierda nos quede lejos.

—Eso, volvamos a nuestro estercolero. Largo, tengo entendido que conoces a una tal Sara Benet y a su marido... ¿Cómo se llama?

—El Gitano. Sí, los conozco. El padre Rafel aún más. Le ayudan en el centro.

—Vaya, quizá la tal Sara es santa Teresa de Jesús. Lo que sé es que son muy radicales y peligrosos.

Seguro que han atracado algunas sucursales, como la de Benetússer.

—Probablemente, son humildes y el Intrans es algo que los supera.

—Pues ya he interrogado a algunos de esa calaña, pero con ellos no doy. En el barrio donde viven, le han dicho a Marcelino que se fueron de viaje. ¿No es raro que el Gordo esté de vacaciones y Sara y el otro también?

—¿Por qué debería serlo?

—Porque, Largo, son demasiadas casualidades con gente en principio sospechosa. Como vosotros. En principio, ¿eh? Por ejemplo, el Messié es fallero.

—Me gustan las tradiciones.

—¿Así, de repente?

—Me lo pidió el padre Rafel. Por los niños, les hacía mucha ilusión y he pagado la fiesta.

—Hablaré con el padre Rafel, un hombre muy solidario. Durante el franquismo acogió a muchos subversivos. No es una idea muy cristiana. Pero, bueno, poco a poco iremos encajando las piezas... con vuestra ayuda. Como el atraco al Intrans ha sido cosa de profesionales y probablemente extranjeros, por fuerza han debido tener contactos durante un tiempo. ¿Podríais averiguarme, prestando atención e indagando, quién ha preparado la logística?

—¡Y tanto! —el Largo.

—Me gusta tu entusiasmo. Además, tú puedes ser el más indicado. Tenías una cuenta abierta en el banco y da la casualidad, solo una coincidencia, de que la abriste hace cinco meses.

—¿Soy sospechoso por abrir una cuenta? Las condiciones eran fenomenales.

—Tú siempre eres sospechoso, pero, mira por dónde, ahora un poco más. Abres una cuenta y, de paso, informas sobre las cámaras, la caja fuerte, la ubicación del guarda... elementos que cualquier banda necesita.

—Lo podían hacer ellos.

—Pero si son extranjeros necesitan, como os he dicho, personal autóctono.

—Comisario —el Messié creyó oportuno intervenir—, aparte de que rechazamos cualquier lío, si el Largo y yo estuviéramos implicados en un robo tan jugoso no nos habríamos conformado con una propinilla.

—Vivimos muy bien con nuestros asuntos —el Largo—. De hecho, le ayudamos en el chalet para evitarnos problemas. Para nosotros, lo mejor es la tranquilidad.

—Debería estarnos agradecido —añadió el Messié.

—Lo estoy, pero me presionan y me estreso. ¿Sabéis que si en diez días no lo soluciono me traerán a inspectores de Madrid? Ellos no serán tan

amables como yo con vosotros. Tienen la mano suelta.

—Tenemos derechos, lo dice la Constitución —el Largo.

—También dice que no hay que robar o que todos tienen derecho a un trabajo digno. O eso supongo, porque no me la he leído. Escuchad, dejémonos de mariconadas y echadme una mano. Nos conviene.

—Enseguida nos pondremos manos a la obra, señor comisario.

—Perfecto, Messié. Espero buenas noticias.

Tordera se levantó y sin despedirse siquiera se fue cojeando de la pierna derecha, como consecuencia de las horas que llevaba sin tumbarse en la cama, trajinando de acá para allá. No había tomado ni un trago de *whisky*. El Largo cogió el vaso para beber.

—Déjalo, le he puesto Dyc.

Lo de ir al centro social del padre Rafel en coche oficial acompañado por dos policías de uniforme fue una acción plenamente deliberada. Tordera llegó al extremo de entrar en el terreno interior de la casa en vez de aparcar junto al muro que la rodeaba. Los niños se acercaron al vehículo, pero a una distancia de unos diez metros, ya que la presencia impactante de los policías, de pie cada uno a un lado del coche, con la sirena en silencio pero iluminada, les infundía respeto y curiosidad a la vez. El comisario le preguntó a una niña dónde estaba el padre Rafel. La niña le acompañó, satisfecha por haber resultado elegida, hasta la cocina. A través del Mítico Regino y del Messié, el cura estaba avisado de que le visitaría. Así pues, al verle se dirigió a él con una sonrisa.

—Usted es el comisario Tordera, ¿no? Su foto sale en todos los periódicos —Rafel dio las últimas indicaciones a dos señoras voluntarias que limpiaban la cocina a fondo—. Ahora le atiendo.

Tordera se sentó en una silla de una mesa alargada del comedor. Rafel salió al patio por el alboroto de los niños. La última vez que había oído gritos, un chiquillo amenazaba a otro con una navaja de las que solían llamarse de Albacete. Entonces vio a los policías, el vehículo, la sirena luminosa y a los niños discutiendo si eran auténticos o una sorpresa más de Rafel para la fiesta fallera. Al cura le impresionó la escenografía del comisario, pero se recuperó de vuelta al comedor.

—¿Quiere un café?

—Ya he tomado, gracias.

—Es de perol, pero fantástico. ¿Una infusión, un bocadillo de queso?

—Déjelo, vengo a hablar con usted.

—No le haré perder el tiempo —se sentó a su lado—. ¿Conocía el centro?

—De oídas. Durante el franquismo tenía mucho renombre en ciertos ambientes.

—El Señor dice que debemos acoger a los perseguidos.

—¿A todos?

—A todos los que lo necesiten.

El comisario abrió una libretita. Las hojas estaban en blanco y en la primera anotó, como título: *Centro del padre Rafel*; y lo subrayó. El cura echó un vistazo.

—Lo inauguramos —dijo— a finales de la década de los sesenta...

—Eso no hace falta que me lo cuente...

—Era una ruina de edificio, pero poco a poco, con la ayuda de almas cristianas, lo hemos convertido en una casa decente, aunque siempre hay cosas por arreglar. No se imagina...

—Padre Rafel, quiero hacerle unas preguntas sobre algunos personajes a los que conoce.

—¡Conozco a tantos! ¡Hay tantos desvalidos!

—Serán unos pocos. ¿Qué sabe de Sara y de su marido?

—Dos ejemplos para la humanidad. Cada día, después de trabajar, vienen a ayudarnos.

—¿Y sabe dónde están?

—En Montanejos, una población...

—Sé dónde es. ¿Cuándo se fueron? —Tordera anotó Montanejos y los dos nombres. Le vino a la cabeza que el otro era el Gitano.

—No lo recuerdo bien, quizá hace dos o tres días... o cuatro. ¿Cuatro? No, creo que cinco. ¡Tengo tantas cosas en la cabeza! Su marido no se encontraba bien y eligieron un lugar tranquilo para practicar excursionismo.

—No estará tan jodido si practican excursionismo.

—Entiéndame, pasear y esas cosas.

—¿Estos últimos días los notó normales? Quiero decir si abandonaron alguno de sus hábitos.

—No. Como le he dicho venían, hablábamos de las necesidades del centro, limpiaban alguna habitación... La de los niños necesita atención continua. Usted no sabe...

—Quiero hacerle una pregunta y me gustaría que me respondiera con sinceridad.

—Un cura tiene prohibido mentir, señor comisario.

—Me da una alegría, porque ambos son sospechosos.

—¿Sara y el Gitano? Me deja de piedra.

—Así me he quedado yo por el asalto al Intrans.

—¿Viene por lo del Intrans? He leído que han sido profesionales forasteros.

—Bueno, sí, pero quizá han recibido alguna ayuda, poca cosa pero importante para mí. Usted no ignorará que ambos son radicales, que son sospechosos de haber cometido algún atraco. El inspector Sospedra los interrogó a propósito de un robo a una sucursal bancaria de Benetússer, pero no encontró la forma de demostrarlo.

—Claro, hombre, claro. Mire, le confesaré algo: en efecto, son radicales. En el barrio lo saben todos. Sara destaca por ser una oradora brillante en las asambleas; el Gitano, en cambio, es más apocado y discreto. No ha superado la desgracia de perder a sus padres en un accidente, cuando fueron a trabajar al extranjero. Pero... ¿un atraco? ¡Por el amor de Dios! ¡Eso supera todas las radicalidades, infringe todos los mandamientos!

—Ellos no se consideran delincuentes, dicen que expropian al sistema capitalista.

—Oiga —gesto serio de Rafel—, soy cristiano y sigo al pie de la letra las enseñanzas de Dios...

—Que ya me ha dicho que hay que acoger a los perseguidos.

—Exacto, pero no a los delincuentes. Pongo la mano en el fuego por ellos.

—¿Se confiesan?

—No pretenderá que viole el secreto de confesión. Usted es católico, ¿no?

—Y cumplidor con los preceptos de la Iglesia.

—Como usted sabe todo queda en el confesionario. Es una regla inmutable. Si lo hiciera, caería en desgracia divina. Pero, entre usted y yo, el personal confiesa pecados sin importancia. Haga el favor, respete los hábitos.

—Usted no lleva.

—No quiero manchar la sotana. Solo tengo una.

Tordera no sacaba nada en claro.

—¿Puede darme la dirección del hotel de Montanejos?

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no la sé. Simplemente me dijeron que iban a ese pueblo.

—Ya lo averiguaré. Ahora pasemos a hablar de dos cristianos a los que también acogió en sus tiempos: el Messié y el Largo.

—Virgen santa, ¡qué dos elementos! Me engañaron.

—¿Le engañaron?

—De manera vil. Se lo cuento: a principios de los años setenta, una noche de invierno, ya de madrugada, llamaron a la puerta. Como solía pasar (supongo que puedo contárselo), creí que eran perseguidos políticos. Abro la puerta y veo a tres desconocidos: eran el Largo, el Messié y el Carpanta. Les proporcioné refugio, ya le digo que no los conocía.

—¿Cuándo se dio cuenta de que eran delincuentes?

—Al cabo de unos años.

—¿Y no los expulsó de la casa de Dios?

—Comisario, la casa es mía. La compré.

—Pero usted es religioso.

—Sí, pero la casa es mía. La casa del Señor la tengo al otro extremo del centro, pero allí no entran nunca.

—En definitiva —Tordera, expulsando el aire—, ¿qué hizo con ellos?

—Nada, y le diré el porqué: con el tiempo me ayudaron muchísimo. Así como los políticos se han olvidado de mí, ellos, el Largo y el Messié, siempre me echaban una mano. ¿Expulsarías de aquí a dos benditas almas caritativas?, me pregunté.

—A dos pobres diablos, más bien.

—No, me respondí. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad. Rafel, enderézalos, haz que vuelvan por el buen camino.

—Pues ha fracasado estrepitosamente.

—¿Usted cree?

—¿No sabe a qué se dedican?

—Según ellos tienen una casa de juego.

—Ilegal.

—¿Por qué no la clausuran?

—Es una historia muy larga de equilibrios laborales.

—¡Exactamente! Le pasa como a mí, que si uno pone en una balanza lo que hacen y lo que entregan a la comunidad, siempre se decanta a su favor. Lo único que me importa es que ayuden a los desheredados, a los pobres, a los...

—¿Ha notado un aumento en la ayuda?

—Hace unos meses me dieron una gratificación extra. La llamaron «la propina», una colaboración con la policía que impidió que se robaran unos cuadros muy valiosos y que el propietario del chalet les recompensó. Qué satisfecho y orgulloso me sentí de ellos. No sabe cuánto me alegré.

—¿Por la ayuda?

—También, pero sobre todo porque mis plegarias se habían visto atendidas. La ayuda, sin ser nada del otro mundo, me sirvió para instalar calefacción, pintar el centro, arreglar la cocina... Siempre, siempre, hay que dar una segunda oportunidad al personal.

—Démela a mí y dígame qué sabe de ellos esta última semana.

—Al Largo no le he visto, y el Messié viene cada día a las celebraciones falleras. Tiene un corazón enorme. Me dijo: padre Rafel, tenemos que darles una alegría a los niños. Y aquí estamos, señor comisario, celebrando las fallas como en los barrios normales. ¿Quiere ver la falla? La tengo en el despacho. Es pequeñita, pero muy resultona.

—No tengo tiempo, otro día.

—La ha hecho un gran artista: el Mítico Regino.

—¿También le conoce? ¿También le ha acogido? ¡Lo que usted tiene es un hogar para delincuentes!

—Perdone, pero el Mítico es pintor.

—¡Pero, hombre de Dios, si es un falsificador con una ficha kilométrica! No habrá instalado el taller aquí...

—¿Falsificador, el Mítico? Sé que hizo algunas cosillas durante la dictadura, pero ahora se dedica a la cerámica. Me ha hecho un san Sebastián de categoría. No le cabe una flecha más. ¿Quiere verlo?

—Que no, coño, no tengo tiempo. Disculpe mi lenguaje. Tengo los nervios destrozados.

Los tenía y Rafel no le ayudaba en exceso a calmarlos.

—Pues que sepa que estoy encantado de colaborar con usted.

—Me alegro. Hágame el favor de decirme si entre sus «colaboradores» ha visto algo anormal últimamente.

—No... francamente. Ahora bien, no les pregunto nada sobre su vida privada. A menudo hablamos de las necesidades del centro. No sabe usted...

—Ya conozco sus problemas. Mire, he venido a hacerle una petición oficial. ¿Me entiende? Quiero decir que no soy yo solamente quien se la hace, sino el ministro del Interior, el gobernador civil..., porque, oiga, eso del Intrans es un tema de Estado, están muy cabreados. ¡En solo diez minutos se han pulido mil quinientos millones de pesetas! No ha pasado en ningún lugar del mundo. ¡Un desastre! De modo que, si gracias a su aportación lo solucionamos, tenga la certeza de que le montaremos un palacio.

—Usted está bien relacionado, ¿no?

—Muy bien.

—Pues dígales a los de la administración que hace meses que espero una subvención. ¡Solo hacen que pedirme papeles y más papeles! ¿Le pido yo a usted papeles? No, simplemente le ayudo como un buen ciudadano.

—No se preocupe, si usted me da buenas informaciones se lo arreglarán todo y vendrá el gobernador civil a inaugurarlo.

—Puede contar con mi colaboración.

—Le dejo una tarjeta con mi teléfono directo.

Por cierto, ¿ha visto al Mítico Regino? No le encuentro en ningún hotel.

—Pues ahora que lo dice yo tampoco.

—Pero ¿no es el artista de la falla?

—Ya sabe cómo son los artistas, trabajan cuando les da la gana.

—Si le ve que me llame.

Ambos se pusieron en pie. En el patio, los niños jugaban a baloncesto. La presencia de la policía, la sorpresa y la curiosidad, ya les era indiferente.

—Señor comisario, me alegro de haberle ayudado.

Tordera le miró con displicencia y subió al coche oficial. Desde dentro le dijo adiós con la mano. Rafel veía alejarse el vehículo. Así que me construirán un palacio. Veinte años tenía el centro y ninguno de ellos se había acercado a preguntarle qué necesitaba. Tiró la tarjeta del comisario a una papelera y se puso a jugar al baloncesto con los críos. Luego, comió con el Messié y con el Mítico Regino. Tenían que organizar el pasacalle por el barrio, con una banda de música y no con la grosería de las cornetas y los tambores. ¡Cómo se había extendido la estúpida costumbre de militarizar las fallas!

Los primeros días posteriores al atraco, el Largo, cuando el local se quedaba vacío, no tomaba copas. El Gordo, espléndido y agradecido, pretendía invitarle (le pagaron las vacaciones en Tarragona, para que se entretuviera con las murallas romanas y con algún catalán distraído), pero se excusaba con la fatiga. Quería dormir en el piso, abrir las dos tablas de madera del armario ropero para comprobar que el dinero seguía allí. Se entretenía tocándolo (aún no se había atrevido a contarlo).

En plena madrugada no se topaba con la vieja, y de día, cuando regresaba al local (ni él ni el Messié se dejaban ver por la ciudad a no ser que fuera imprescindible, o sea, una ronda por el mundillo a fin de que a Tordera le llegara la información de que le ayudaban preguntando a presuntos sospechosos), bajaba por las escaleras con cuidado de no tropezarse con la señora, aunque llevaba una bolsa vacía, como si volviera de dejar ropa o utensilios de cocina. Sin embargo, el Messié le prohibió que fuera, por si el comisario, enloquecido por controlarlo todo, descubría el nuevo domicilio. El Largo admitió que tenía razón, pero la inquietud le sobrepasaba. Estaban hablándolo, en el despacho del Messié, cuando Toni Butxana hizo acto de presencia con una idea:

—¿De cuánto pensáis —les dijo— que sería la propina si facilitáramos una pista para resolver el caso del Intrans? Prestad atención un momento. En este asunto también tenemos un contacto, el organizador de la logística, el que prepara el terreno a una banda extranjera, que si es profesional, y realmente lo es, no se dejará ver por la ciudad y menos aún por el banco. ¿Sabíais que Sánchez Montull, el de los cuadros del chalet, es accionista del Intrans?

—No —el Messié, escuchándole atentamente.

El Largo se hacía el longui.

—¿No leéis la prensa? En las crónicas de Marc figuraba la lista de los accionistas valencianos. Aurelio Ferrer... ¿le recuerdas, Largo?

—¿Ferrer? No.

—Joder, el presidente de la patronal, aquel que fuimos a ver Tordera, tú y yo pensándonos que su chalet era el objetivo de los ladrones.

—Ah, sí, pero me quedé en el coche. No sé qué pinta tiene.

—Pues Aurelio Ferrer también es accionista. ¿Os imagináis la propina que nos caería si logramos encaminar a Tordera para que lo solucione? Si por los cuadros nos dieron dos millones de pesetas, conseguiremos cien o más si descubrimos quién es el contacto.

—¿Y tú qué cantidad te quedarías?

—A partes iguales, aunque sea indivisible. Con lo que sobre, probamos de nuevo en el póquer del crucero.

—Ni borracho vuelvo al barco —se opuso el Messié—. Todavía se preguntan cómo dos individuos desconocidos, a los que no habían visto nunca, ganaron tanto dinero.

—Se lo damos a Rafel —contribuyó el Largo para simular interés.

—OK, a Rafel siempre le toca —Butxana—. Tengo un plan para descubrir al contacto del Intrans. Primero, enviar al Gordo a las casas de juego, que compruebe si algún casposo tira de billetes más de lo habitual...

—Toni —dijo el Messié—, al contacto no le darán un duro hasta que todo se aquiete. Lo saben los niños de párvulos.

—Es más —añadió el Largo—, no tocarán el dinero en un año, o más aún. Un robo así no se le olvida a la policía en mucho tiempo.

—Correcto si te refieres a la cantidad, pero la propina ya se la habrán pagado al contacto. Sigo, ahora voy a la idea central: ¿cómo pueden llevar a cabo un atraco en diez minutos sin conocer de cabo a rabo todos los rincones del banco? Personal, guarda, caja fuerte... ¡y el DI-REC-TOR! El director es la clave, nuestra solución.

Urgente hablar con Pierre, anotó mentalmente el Messié. Con el delincuente de Pierre, que, por su parte, también quería hablar con el Largo, a fin de buscar un lugar más idóneo para sus cien millones. Paseaba todos los días por el bosquecillo para asegurarse de que el escondite seguía virgen. Le decía a su mujer que pasaba tanto tiempo encerrado y rodeado de humo que ya no sabía si el aire fresco se tenía que respirar o embotellar. Iba allí a menudo y, por el camino, la inquietud le consumía por si se encontraba un hoyo, un vacío enorme como el universo, pero aparte de las cacas de perro, que apartaba con un chute con la derecha, el escondrijo estaba intacto.

—El director, ¿no os dais cuenta? —insistía el detective—. Es del todo imposible coordinar un asalto tan rápido sin ayuda interna. Y ahora, la guinda: ¿cómo sabían que había tanto dinero? ¡Mecagoenlaputa, por el director!

—¿Y el guarda?

—¡No jodas, Messié, el guarda no sabe nada!

—Eso lo dirás tú. Saben cuánto dinero descargan.

—Según Marc Sendra, ni siquiera desenfundó —dijo el Largo.

—¡Porque son unos inútiles! —Butxana imprimía pasión en sus palabras

—. No han visto un atraco en su puta vida. Los tienen allí para disuadir.

—¿Y las cámaras? Se habrá visto algo, ¿no crees? —el Messié intentaba desviar la atención del detective del culpable.

—Nada, individuos encapuchados moviéndose. Hablamos de profesionales que sabían que las alarmas estaban desconectadas, que las cámaras no aportarían más que sombras... ¡Hostia, si la caja fuerte estaba abierta esperándolos!

—He leído que la abrían todos los días para los ingresos en efectivo.

—Ah, ¿pero leéis la prensa? Me extrañaba que un asunto de vuestra incumbencia...

—¿De nuestra incumbencia? —saltó el Messié, pero de inmediato se sentó.

—Vosotros sois más modestos, pero del mismo gremio que los del Intrans.

—Algo hemos leído porque lo escribía Marc —dijo el Largo con manifiesta indiferencia.

—¿Y no os ha llamado la atención el hecho de que en fallas la caja la cierren antes, dado que a la una y media ya no entran clientes? Pues a las dos estaba abierta.

—Es una diferencia de media hora. No tiene ninguna importancia —el Messié—. Quizá el director tenía trabajo y hasta que no la preparó no lo hizo. Oye, Toni, nosotros vamos bien de negocios y no queremos líos.

—Además, estás cometiendo un error imprudente.

—¿Cuál, Largo?

—¿Quieres un *whisky*?

—No, quiero escucharte.

—Es escocés.

—¡Que no, coño, que no! Dispara —Butxana, excitadísimo.

—Una cosa es la propina del chalet, un caso en el que trincaron a los autores, y otra muy distinta es ayudar a la bofia a encontrar a una banda que, si ha sido capaz de organizar con éxito un asalto temerario, no dudaría en pelarnos por joderles mil doscientos millones de pesetas.

—Mil quinientos —corrigió Butxana.

Error voluntario del Largo, como si no tuviera ningún interés en el atraco.

—Da lo mismo. En cualquier caso vendrían a por nosotros.

—Y estamos satisfechos con nuestra empresa. ¿Por qué deberíamos arriesgarnos?

—Porque, Messié, hablamos de mucha pasta, de retirarnos...

—Temporalmente. Ellos quizá se jubilen, pero con la propina...

—Perdona, Largo, propina doble, del banco y del seguro ahora que caigo. Qué actitud más conformista tenéis.

—¿Conformista? —se enfadó el Largo, que recurrió a la coartada preparada—. Los negocios, multiplicados: tabaco, *whisky*, el póquer del crucero, el boxeo, la propina del robo del chalet, el local... ¡Si no sabemos dónde meterlo! Toni, no hay nada como una vida plácida y copiosa. ¿Verdad, Messié?

—¡Y que lo digas!

No obstante, Butxana seguía sin rendirse:

—De acuerdo, no cuento con vosotros. Eso sí, cuando me haga con un saco de pasta vendré todos los días a restregároslo por la cara. ¡Piojosos!

—¿A restregároslo o a pedirnos refugio porque quieren liquidarte?

—Pactaré con Tordera el anonimato.

—Pacta también la propina con él.

El Messié y el Largo rieron de forma un poco forzada pero con aparente franqueza, aunque cuando Butxana se fuera del local se pondrían en contacto con Pierre.

Pierre recibió una llamada del Largo. Necesitaba hablar de su cuenta corriente para transferir una parte a un depósito a largo plazo. Como no podía desplazarse a su despacho, le convocaba a comer en un restaurante que ambos conocían el miércoles a las dos, lo cual significaba, según el código que habían establecido, que el encuentro tendría lugar a las doce del lunes. Dos horas y dos días antes en el parque de Viveros, tal como sabía Pierre si lo que le proponía era un restaurante.

El Largo esperó a Pierre en la entrada. Fue un cuarto de hora antes. Vio que llegaba por la acera y fue hacia el interior del parque, con el francés siguiéndole a distancia. Había gente: mujeres, hombres, niños, perros que tiraban de la correa de sus dueños, parejas de novios buscando el rincón apropiado, pero el Largo, mientras caminaba, no observó nada extraño. Con un dedo señaló a Pierre el banco de madera que había ante la enorme jaula de los pájaros. El francés se sentó y desplegó un periódico, el Largo dio una vuelta ratificando la normalidad del encuentro, incluso volvió a la entrada,

echó un vistazo a la calle e hizo un trayecto diferente para regresar a la pajarera. Unos niños gritaban entusiasmados ante el vuelo de las aves, que piaban al mismo tiempo que se desplazaban de un sitio a otro. Perfecto, cuanto más ruido más discreta sería la conversación.

—¿Todo bien? —le preguntó a Pierre.

—El comisario ya me ha interrogado tres veces.

—Cierra el periódico, parecemos dos espías de tebeo. ¿Qué te pregunta?

—Está desesperado, necesita un culpable, alguna pista, pero siempre le respondo que tuve la mala suerte de encontrarme en el despacho cuando se produjo el atraco, en vez de haberme ido a la *mascletá*. Me ha preguntado por ti, por la casualidad de que abrieras una cuenta hace unos meses; también por qué te atendía personalmente. Le dije que fue una petición tuya por la singularidad de tu negocio.

—Lo has hecho bien.

—Para que no me moleste tanto le he dicho que estoy deprimido —sacó unas pastillas sueltas—, que me tomo una de estas por la mañana y otra por la noche y, a veces, también a mediodía.

—Pídete vacaciones por enfermedad.

—Ya lo he hecho. La semana que viene viajaré unos días a Francia para recibir tratamiento. Conozco a un psiquiatra que me hará un informe. Duermo poco a fin de presentar un aspecto deplorable.

—No te esfuerces, siempre lo has tenido. ¿Qué te han dicho en el banco?

—Los directivos me han dado ánimos. Han sido comprensivos. Son ellos quienes me han aconsejado unos días de reposo, pero los del seguro me acribillan a preguntas: ¿cómo era posible que hubiese tanto dinero? Pues por la coincidencia de una transferencia de crédito interbancario al Banco Industrial, ya que el dinero lo trajeron en metálico el 26 de febrero, a las siete de la tarde. El interbancario es un tipo de crédito frecuente. ¿No lo sabéis? Además, no soy yo el que ha ordenado la transferencia.

—Veo que lo tienes controlado.

—No lo sé, me asusta contradecirme.

—Debes mantener la actitud.

—Para ti es fácil decirlo. Te tienden trampas, vuelven a hacerte preguntas que ya te hicieron el primer día para comprobar si dices lo mismo.

—No les digas lo mismo. Tienes que introducir pequeños cambios que no afecten a la respuesta anterior. Es normal que no lo cuentes todo igual, o creerán que es una lección aprendida.

—Querría verte en mi situación.

—Tu situación nos ha costado cien millones de pesetas —el Largo miró lo cerca que estaba la gente—. He tenido que poner freno a la mala hostia del grupo. Están que trinan contigo. Querían quitarte de en medio.

—Todo el mundo ha sacado algo, el banco ha gritado la cifra a los cuatro vientos. ¿Por qué no debería hacerlo yo?

—Porque se supone que eres un hombre honesto, porque te habríamos recompensado.

—¿Con cien kilos? No me hagas reír. ¿En qué suma habíais pensado?

—Cincuenta millones —exageró el Largo—, por no mencionar que te beneficiaste a una señora espléndida. ¿No era suficiente?

—En absoluto. Sé cómo actúan los bancos en estos casos. Además, presentarán pérdidas contables y no pagarán o pagarán muy poco a Hacienda. Estaba hasta los huevos de ver dinero y vivir con un sueldo miserable.

—Si paga el seguro, Hacienda se lo cobrará. Esos sí que son delincuentes.

—Pero este año no. El banco tardará mucho en cobrar de la aseguradora... si no tienen problemas.

—No los tendrán, cuentan con buenos abogados.

—Y las aseguradoras, con los mejores detectives si tienen que pagar una cifra enorme.

—¿Son sobornables?

—No lo sé. ¿Pretendes que se lo pregunte? —sarcasmo de Pierre—. Lo único que deseo es quitármelos de encima.

—Pide un traslado.

—Se me ha pasado por la cabeza. La semana que viene, en París, hablaré con el director general y con el de recursos humanos. Los conozco, sobre todo al último, e intentaré convencerlos. Pero mi mujer y mis hijos no quieren irse. Ella tiene familia aquí y a los niños les gusta vivir en Valencia. También tendré que convencerlos, pero no me lo ponen fácil.

—En eso no te puedo ayudar.

—Pero con el dinero sí.

El Largo le miró fijamente, sorprendido y con cara de pocos amigos; ya que intuyó que le pediría más.

—Pierre, terminarás mal. Ya te has quedado con...

—No es eso, es que no sé dónde ocultarlo mejor.

—¿Dónde lo tienes?

—No, no te lo diré. Estáis muy cabreados conmigo.

—Pues tú verás.

—Te equivocas, si lo encuentran o se estropea caerás tú.

—Eres un malnacido formidable.

—Dime qué tengo que hacer con él. ¿No te parece que os conviene?

—¿Dónde lo has dejado? No hace falta que me digas el sitio.

—Enterrado en un bosque.

—Rodeado de naturaleza está perfectamente.

—No, cada día pienso que se habrá echado a perder.

—¿Lo has enterrado a pelo, sin ninguna protección?

—En una caja de cartón y plástico.

—El plástico es para envolver el dinero, no la caja. Parece mentira que seas banquero.

—Banquero... soy un trabajador. Oye, estoy preocupado y tienes que resolvérmelo. Dime, ¿qué habéis hecho vosotros con el dinero?

—Al extranjero, vía marítima.

—Supongo que no me dirás a qué país.

—Eres una lumbrera. Mira, tengo una solución para tu problema. Dámelo y lo enviaré donde lo tenemos nosotros.

¿Qué trampa le preparaba el Largo? Pierre dudó por unos instantes, pero tenía la sartén por el mango.

—¿Sabes qué te pasará si me engañas?

—Sí, Pierre, acabas de recordármelo. Ya formas parte de los personajes inolvidables.

—¿Lo tenéis en un banco?

—No son de fiar.

—¿Me permitirás que te acompañe hasta el barco?

—¡Y una mierda! —el Largo volvió a mirar a la gente. Se le había escapado el tono—. El capitán pensará que soy un insensato. Por cierto, se quedan con el veinte por ciento. Si no estás de acuerdo, quédate con el problema. La regla del porcentaje es para todos. Se paga al instante, cuentan la pasta y te lo restan.

—Parece que no me queda otra alternativa.

—Parece que te acabo de quitar veinte millones. Con todo:

—Pierre, me parece que el lugar donde lo tienes es bastante seguro.

—No, no. ¿Me puedes decir dónde lo tenéis?

—En un piso franco, guardado en una caja fuerte mejor que la del Intrans, bien escondida. No lo sabe nadie, ni siquiera el grupo.

—Imposible.

—Lo entenderás cuando te lo explique: si cae alguien del grupo se salva el dinero. Es la prioridad y si solo lo sé yo es porque no he participado

directamente en el golpe. ¿Te parece correcto?

—Lo encuentro lógico.

—Otra cosa no menos importante: no recibirás tu parte hasta que todo se calme.

—¿Cuánto tiempo?

—No podemos saberlo. Veremos cómo va todo sobre la marcha, pero hazte a la idea de que será mucho. Si aceptas, formas parte del grupo y acatas sus normas.

—Acepto. ¿Cómo te hago la entrega?

—En una bolsa de deporte o similar, en un viejo almacén que tenemos. Mañana mismo. Metes el dinero en el maletero y te esperas a las diez de la noche en la salida de Massanassa, en la carretera de Alicante. Si a las diez y cuarto no has llegado, entenderé que te has arrepentido. Si nos vemos, dame la bolsa y no me digas ni buenas noches. Tiene que ser rápido. Di que estás de acuerdo.

—Así es.

—Me voy. Vuelve a leer el diario diez minutitos.

H —ace días que quiero decírtelo, Messié. Estoy satisfecho y muy agradecido porque me metieras en el golpe. En realidad me obligaste. Pero tenías razón, y cuando la tienes no me parece mal dártela.

—A veces eres demasiado conformista, Largo.

—No lo soy tanto, ya has comprobado que he multiplicado los negocios.

—No te enfades, pero comparado con el Intrans es insignificante. Aun así, me alegra que tengas iniciativas y que no sea yo el que piense continuamente. Ya te dije que el asalto era una gran idea de Paul, que, excepto por el incidente de la delación que sufrimos en Francia, es un gran profesional. Estaba segurísimo del éxito, no deja nada fuera de control y gracias a eso hemos dado el pellizco de nuestra vida.

—De acuerdo con lo del pellizco, y eso que el que siempre piensa en dejarlo para otro día eres tú. Ahora bien, espero que haya sido el último atraco. ¿Palabra?

—Palabra. Nunca más —el Messié sirvió dos *gin-tonics* y brindó—. Por nosotros.

Dieron un trago ávido. El Largo chasqueó la lengua contra el paladar.

—Cabronazo, qué buenos los preparas.

—He gozado de una formación excelente. Tú también, ¿eh, Largo?

—Ahora que estás tan cariñoso, ¿podrías responderme a una pregunta?

—Deja esa puta obsesión con Paul. Me has dado demasiado la matraca con eso. Un poco de humanidad, por favor —reclamó el Messié.

—No es Paul, eres tú.

—¿Yo?

—Mírame como amigo, colega, hermano, y respóndeme: ¿me has seguido para saber dónde he ocultado el dinero?

—No.

—Lo has dicho demasiado pronto. Mírame como si fuera tu padre, o mejor tu madre, a una madre no hay que engañarla...

—No.

—Sé honesto, te lo pido por...

—Sí, te he hecho seguir.

—¡Lo sabía! ¿Por qué me has mentido?

—Largo, no soy tu madre. Además, me has preguntado si te había seguido yo.

—¡Pero qué joputa! ¿Quién lo ha hecho?

—Una persona de confianza a la que ordené seguirte por si llevabas mujeres al picadero. No sabe nada del botín.

—Pero tú sí que lo sabes.

—¿Y si te pasa algo?

—¿Y si caes? Messié, has quebrantado la regla fundamental. ¿Qué diría tu admirado Paul al respecto?

—Nada, no lo sabe.

—¿Seguro? No vas a cagar sin pedirle permiso.

—No lo sabe. Palabra.

—No tienes crédito. Me has fallado.

—No te pongas melodramático.

—¿No te das cuenta de que tú eres más sospechoso, al haber intervenido directamente?

—Tienes razón, no lo pensé cuando di la orden. Fue un impulso. Pensaba: ¿y si le falla el corazón al Largo?

—¿Y si le falla a tu puta madre? Tengo una salud de hierro.

—¿No entiendes que al menos alguien más tenía que saberlo y yo era el de mayor confianza?

—Ya no lo eres. Debiste habérmelo dicho.

—Pensaba hacerlo, de veras. Por cierto, muy buen escondite. Te felicito.

—Llegas tarde para lamerme el culo. Me has decepcionado. No confiabas en mí y me duele.

—No era un problema de confianza, sino de previsión. ¡Es mucho dinero! Venga, hombre, no te enfades, no revientes un buen día. Lo has hecho todo muy bien. Soy sincero. La jugada contra Pierre ha sido fantástica. Hemos recuperado veinte millones. Los has dejado en el piso, ¿no?

—Sí, ya no voy allí a diario. Iré una vez al mes.

—Cuando quieres eres un tío inteligente. El puto Pierre... Me dan por saco los listillos.

Aún no lo sabían, pero en el garito estaba a punto de entrar otro.

—Oye —dijo el Largo—, he pensado que podríamos tantear a Tordera.

—¡Eh, no somos una fundación social! Ya se llevó la propina del chalet. ¿Cuánto crees que nos pediría ahora?

—Nos quitaríamos un problema de encima.

—Tordera no entraña ninguno. Está absolutamente desorientado.

—Y desesperado. Si le presionan mucho acabará enchironándonos.

—No demostrará nada. Contaremos con los mejores abogados.

Felipe llamó un par de veces a la puerta, esperó unos segundos y entró. Les anunció la presencia de un hombre que preguntaba por el Messié.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—No, dice que es urgente.

—Dame cinco minutos —Felipe volvió a la sala de juego—. Largo, ve a tu despacho, no quiero que te conozca.

—¿Quién es?

—El segundo listo. Hoy es el día del espabilado.

—Ya me contarás —se despidió el Largo.

Llamaron con unos golpes a la puerta, bajito, como si pidieran permiso. El Messié espetó un «pasa» en voz alta y enojada mientras se levantaba de la silla giratoria. Con la pierna derecha la empujó y casi hizo que se estrellara contra la pared, mientras Manuel Maceda (el hombre que pretendía obtener diez millones de pesetas por su silencio, y que se llevó cincuenta mil por regatear precisamente con el individuo que más hartó estaba de hacerlo) lo presenciaba aterrado.

—Buenas noches —inaudible, dando vueltas con las manos a una gorra que llevaba, porque era consciente de la clandestinidad de su acto.

—¡Te has convertido en mi pesadilla! —gritó el Messié—. Pero no tanto por el dinero, sino porque ya no sé qué hacer contigo para que los demás no te quiten de en medio. ¿Sabes qué me decían antes de negociar contigo? No seas idiota, los chantajistas nunca tienen bastante, actúa como debes hacerlo: hombre muerto no declara, pero yo...

—Oye...

—¡Ni oye ni hostias! Te lo advertí —el Messié se le acercó, a un palmo de la cara—. Tienes un minuto para irte cagando leches o llamo a un par de chorbos grandes como armarios que te dejarán la cara irreconocible y te romperán los brazos y... ¿Cómo me has encontrado, malnacido?

—Yo, yo...

—Eres un insensato —el Messié estaba colérico. Por la puerta de su despacho se filtraba la bronca, que el Largo oía—, un imbécil que no aprecia a su familia, un...

—Basta, no he venido a pedirte nada. Vengo a ofrecerte un negocio. Cálmate, por favor. Te gustará. ¿Puedo sentarme?

No le dijo nada. Maceda se sentó. El Messié cogió la silla y la puso en su sitio, detrás de la mesa, pero siguió de pie.

—¿Qué coño de negocio quieres ofrecerme?

—Es fácil, rápido y limpio.

El Largo, que ya tenía una oreja en la puerta, casi rompe a reír. Aquello era lo que le había dicho el Messié cuando intentaba involucrarle en el atraco del Intrans. Messié, prueba tu propia medicina.

—¿Un banco?

—No, no, mejor. No por el dinero, que no será una suma tan cuantiosa, pero sí porque en unos minutos se resolverá.

El afilado instinto para el latrocinio del Messié prestó atención sin rebajar su aspecto enojado.

—Dime.

—Trabajo en un almacén de fruta. Muchas operaciones se llevan a cabo en negro, y el dueño, que es un explotador, guarda el dinero en una caja fuerte del despacho.

—¿Conoces la combinación?

El Largo se enojó. ¿No me habías dado tu palabra de que no cometeríamos ningún atraco más? Dudaba si entrar, decirle de todo al Messié y expulsar del local a aquel individuo, pero decidió esperar porque su instinto de ladrón era similar al de su colega, vete a saber si se trataba de una oportunidad realmente sencilla y rápida de aprovechar.

—No, pero puedo conseguir la llave del despacho.

—Sin la combinación no tenemos nada.

—Hay dos formas, una con explosivos (el almacén está en un polígono prácticamente vacío), no hace falta que sean muy potentes, y la otra llevándoos la caja fuerte y abriéndola en un descampado, si no os va bien la primera opción.

—¿«Llevándoos»? ¿Insinúas que nos esperarás en el sofá de tu casa?

—No soy un ladrón... disculpa, quiero decir profesional, como vosotros.

—Si lo hacemos, vendrás. ¿Cuánta pasta hay?

—No lo sé, pero mucha. Es el mejor momento, la temporada de la naranja ha terminado y la han vendido toda.

—¿Y cómo es que de pronto te ha dado por la delincuencia?

—Lo necesito para unas reformas en casa. Como sabes, mi mujer está embarazada y en el piso tenemos que echar abajo una pared para hacerle una habitación a la criatura, pintar, cambiar la nevera... en fin, obras. Francamente, pensaba que no tenía que pedírtelo. Tú ya cumpliste.

—¿Tu mujer lo sabe?

—No, pero si se lo dijera se alegraría. El dueño es un cabrón. No nos paga las horas extras y cuando lo hace es a mitad de precio.

—Haced huelga.

—Hay mucha gente en paro, y si nos despidiera ellos harían el trabajo.

—Plantadle cara.

Messié, pensó el Largo, ve al grano.

—De verdad que es muy sencillo. No hay vigilante —insistió Maceda.

El Messié se barruntaba que asaltar el almacén, aunque el resultado fuera magro, era una idea perfecta para involucrar a Manuel Maceda. Sería un delincuente y acabaría con el problema de la tentación de contarle algo a Tordera.

—¿Estás de acuerdo en participar directamente?

—Sí. Abriré el almacén y el despacho. También puedo conseguir un vehículo para transportar la caja.

—¿Cuántos hombres hacen falta?

—He calculado cuatro.

—¿Incluido tú?

—En ese caso quizá cinco.

El Messié levantó la voz:

—Largo, entra.

Lo hizo enseguida. ¿Era el tipo que tenía que liquidarle?, pensó Maceda. Alto, fibroso y con las patillas anchas por debajo de la oreja, como Curro Jiménez. Le dio la impresión de ser un individuo sin escrúpulos.

—¿Tú quién eres? —le preguntó a Maceda.

—Sobran las presentaciones —dijo el Messié—. Como has podido oír, por tu mala costumbre de escuchar conversaciones ajenas, este señor lleva un plan fácil, rápido y limpio. Necesita a cuatro hombres.

—Los tengo —dijo el Largo.

—Aquí ya somos tres —dijo Manuel Maceda.

—Aquí solo hay uno. ¿Crees que nosotros, tal como está el patio, vamos a participar? Ahora mismo somos los más buscados del planeta.

—¿Los otros son buenos? —preguntó Maceda.

—Para lo que los quieres, los mejores —el Messié—. Os lo repartiréis a partes iguales, sea cual sea la cantidad.

—Yo creo que encontraremos cuatro o cinco millones de pesetas —informó Maceda.

—¿Tanto?

El Messié estaba a punto de participar, pero le detuvo la mirada recriminatoria del Largo.

—Más o menos, si el dueño no ha sacado dinero.

—Pues lo haremos mañana por la noche —ordenó el Largo.

—¿Tan pronto?

—Has dicho que era muy fácil. Además, tenemos que hacerlo antes de que el empresario la deje vacía.

—¿Con quién?

—Te reunirás con la gente hoy mismo, pero aquí no. Lo haréis en un sitio discreto y les cuentas el plan. ¿Tienes un teléfono de contacto?

Recitó los números y el Messié los anotó.

—No me habrás dado el de la empresa...

—El de casa.

—Permanece atento, en pocas horas te llamarán.

—No me moveré de casa ni un segundo. Os estoy muy agradecido.

—Estás encantado de habernos conocido.

Manuel Maceda les dio la mano con respeto a ambos y cerró la puerta.

—¿En quién has pensado? —preguntó el Largo.

—En el Gordo. Llámale.

Vino el Gordo García. Tenía aspecto lustroso, como si se hubiera hinchado más, y la piel de su rostro relucía de tan estirada. Las vacaciones.

—Tenemos un trabajito para ti —el Messié.

—Fácil, rápido y limpio —el Largo.

—¿Cartera?

—La caja fuerte de un descuidado.

—Un poco de ejercicio me vendrá bien, pero Tordera está movilizado.

—Tenías coartada.

—Aun así me ha llamado. Ayer me hicieron ir a la central. Me encontré allí con Andresín y el Carpanta.

—¿Te preguntó por nosotros? —el Largo.

—Sí, le dije lo que habíamos acordado: que no os movíais del local y que, como yo, estabais cabreados por lo del atraco. Pero él todavía está más enfadado.

—Gordo, ¿no sabes nada? —el Messié.

—Nadie tiene ni repajolera idea. ¡Es increíble! ¿Cómo lo han hecho sin que nosotros nos hayamos enterado? Un golpe así requiere tiempo de preparación.

—Eso mismo nos preguntamos y, como tú, estamos igualmente sorprendidos.

—Messié, deberíamos echarle una mano a Tordera.

—Ya lo hacemos, Gordo, pero no han dejado ni rastro. Vayamos a lo nuestro. Toma este número de teléfono, pregunta por Manuel y quedas con él. Hazlo ya, el golpe será mañana por la noche. No hay que planificar nada: entrar y llevarse la caja. Él dispone de vehículo. Se necesitan cuatro y él, pero con tres bastará. ¿Los tienes?

—Claro. Si me pidieras veinticinco te los traería.

—Elige bien.

—Los tengo pensados, Largo.

—No me lo digas. No queremos saber nada. A partir de ahora el golpe es tuyo. Y una cosa, sobre todo para ti, aparte de la caja no te lleves nada. Tenéis que ser rápidos. La caja la revientas en la nave de la pista de Silla. Es un lugar discreto y solitario.

—Sé cómo conseguir explosivos.

—¡Eh, para! —se alarmó el Messié—. Eres capaz de volarme la nave. Asaltaréis un almacén de fruta, no creo que tengan una caja bancaria. Con un soplete puedes abrirla.

—Correcto, no te preocupes. Escuchad, ¿no os habéis preguntado por qué encontraron abierta la caja del Intrans?

—Probablemente, el director estaba conchabado con ellos —respondió el Largo, pero al Messié no le hizo ninguna gracia la respuesta—. Un capullo egoísta, pero eso no es asunto nuestro.

—Nos debes el quince por ciento por la organización del atraco al almacén de fruta —le pidió el Messié.

—Hombre, un poco abusivo, ¿no?

—Si no fuera por la información que te hemos dado...

—Y el contacto —añadió el Largo.

—Y la clave para abrirla —insistió el Messié.

—En realidad deberías pagar el cincuenta —abundó el Largo.

—Me voy. Si me quedo aún tendré que dároslo todo.

Se fue con la tarjeta de Manuel Maceda entre las manos para llamarle desde una cabina. Desde el local no le habrían dejado hacerlo.

—Messié, ha sido buena idea pedirle el quince por ciento. Sería extraño y sospechoso que no sacáramos beneficios. No obstante, ¿qué te parece el tal Maceda? Un hombre honesto jamás robaría nada. Cada día nacen miles de anormales...

—... Que necesitan una coartada moral para justificarse: el dueño es un explotador, el niño necesita una habitación, que si la nevera se les ha quedado vieja... De todo menos trabajar.

A ninguno de los dos le convenía que los vieran juntos. Marc Sendra vivía en Benicorlí, el primer pueblo de la salida sur de Valencia, y se citó con el policía José Pons, jefe de prensa de la central, en el bar Antonio, el local donde solía desayunar. Así que saludó a todo el mundo con un rutinario buenos días, cogió el periódico para comprobar qué erratas habían cometido en su reportaje, el quinto de «el caso Intrans». Solo encontró dos saltos de letra y un resaltado cambiado, quizá porque era demasiado largo.

Le pidió a Antonio un café con leche sin cruasán. De camino al fondo del bar, donde tenía la costumbre de sentarse, había echado un vistazo a la bollería y se había dado cuenta de que no eran recientes, aunque el horno estuviera cerca. Era un local para gente de posición social humilde y Antonio lo aprovechaba todo, dado que la clientela tampoco era exigente.

—¿Los encontraréis? —le preguntó el dueño del local mientras le servía el café con leche sin espuma. A Marc le aterraba que la leche estuviera en la jarra recalentada desde el día anterior.

—¿A los del Intrans? Yo solo lo cuento, pero me parece complicado.

—¡Coño, Marc, mil quinientos kilos! Un pellizquito no me vendría mal.

—¿Qué opina la parroquia?

—Lo mismo que yo.

El bar estaba lleno y tres clientes le urgieron a que los sirviera. Su mujer había ido al mercado a comprar lo que necesitaban para el almuerzo, una tradición autóctona que consistía en un homenaje al colesterol: habas y col frita, huevos estrellados, longanizas... a veces todo en el mismo bocadillo. Y aceitunas del Cuquello o picantes y cebollita con vinagre.

Vio a José Pons entrar y le recibió levantando una mano.

—Buenos días —saludó el policía—. Tiene éxito, el local.

Entonces aún había un bar por barrio. Pasados los años se instalarían diez por cada cien metros cuadrados, la única industria que funcionaba en el país. La segunda era el paro.

—Si tienes hambre tendrás que esperar media hora.

—Con un café me basta.

Antonio se lo sirvió enseguida. Tanto Marc como sus invitados tenían preferencia; un periodista era un ser casi reverencial en aquel ambiente.

—Supongo —dijo Marc— que ha sido Tordera quien te ha enviado a reunirte conmigo.

—Amansar a las fieras forma parte de mi trabajo.

Pons dio un sorbito al café.

—¿Qué tal está?

—Como el de la central, un poco aguado. Debe de ser la cafetera.

—Y la clientela. El de Antonio es el primer bar que conocí en el pueblo. Abre a las seis de la madrugada y si quieres una copa a las once de la noche todavía está abierto. ¿Qué quiere el comisario?

—Que dejes de encabronarle.

—También forma parte de mi trabajo, ¿es que soy el único que lo hace?

—Pero exageras demasiado. Vas por la quinta entrega cuando los demás medios apenas hablan del tema.

—El de hoy era el último. ¿No te parece la noticia de la década?

—Le presionan mucho.

—¿Ya han llegado los inspectores de Madrid?

—No vendrán. Son listos, saben que fracasarán y se lo endosan a Tordera. En mi opinión es un caso muy difícil de resolver.

—Pues el comisario no para de hacer interrogatorios, incluso varias veces a la misma persona.

—Es lo que tiene que hacer, demostrar que hace todo lo posible. También me ha movilizad a mí.

—¿Y quién se encarga de la prensa?

—Un ayudante mío, pero le echo una mano.

—Así que ahora eres policía.

—Ya lo era.

—¿Tienes algo?

—No, vengo en misión de paz. Si no le fastidias tanto, el gobernador civil tampoco lo hará. Para los políticos lo peor es la prensa.

—Pons, he hablado más de diez veces con Tordera y no me da nada.

—No tiene nada que darte. Palabra, Marc. El pobre hombre duerme en su despacho.

—¿Se lo cepillarán?

—No les interesa. Cepillárselo sería como admitir que el gobernador se ha equivocado en su nombramiento. Pero conozco la estrategia, dentro de un año o dos aducirán una reestructuración y le relevarán.

—Es injusto.

—Pues no le castigues tanto. No puede hacer nada.

—Escribiré un artículo sobre los inspectores de Madrid, sobre el hecho de que se han acobardado. Será una manera de ayudar a Tordera diciéndole que le han dejado solo. Es lo máximo que puedo hacer por él.

—¿Sin nada a cambio?

—Nada.

—Te lo agradezco, sobre todo porque mi encuentro contigo habrá tenido un resultado positivo. Te puedo añadir, y puedes decirlo, que cargos de la central le sabotean el trabajo.

—¿Todavía lo hacen?

—No lo digas exactamente así, se armaría un alboroto mediático y se reviviría el caso en los demás medios. Llámalo pasividad, si aceptas mi consejo, al recaer toda la tarea en la misma persona.

—¿Por qué no se queja al gobernador?

—Ya lo ha hecho, pero el gobernador no quiere líos con los veteranos de la central.

—Porque también serían pasivos en otros casos.

—Correcto.

—Efectos colaterales de la transición política. ¿Qué haces ahora tú como policía?

—Interrogar. Ayer hablé con dos amigos tuyos: el Largo y el Messié.

—¿Cómo sabes que son amigos míos?

—Al menos conocidos. Marc, en la central tienen todo tu historial. No de manera oficial, claro.

—Aún tienen costumbres franquistas y, por tanto, como periodista díscolo, soy un delincuente.

—Más bien conocido como un experto en los bajos fondos.

—¿Me siguen?

—Los primeros días sí. Ahora no.

—¿Seguro?

—No nos conocemos lo suficiente, pero si afirmo algo ante ti créelo. Si no, me lo callaría. Te habría podido mentir perfectamente, pero prefiero mantener una relación franca contigo.

—Pierdes el tiempo con el Largo y el Messié. Los autores son auténticos profesionales en los robos de bancos. ¿La Interpol investiga?

—Nos ha dado información sobre profesionales extranjeros.

—¿Puedo escribirlo?

—Sí.

—¿Lo tienen los demás?

—No nos lo han preguntado y, como no concedemos ruedas de prensa, no lo tienen.

—¿Por qué no dais?

—No hay novedades y, además, Tordera se pone enfermo cada vez que tiene que dar explicaciones públicas.

—¿Y el gobernador? Debería dar la cara.

—El gobernador es un cargo político. A pesar de todo, el comisario tendrá que convocar a la prensa. No puede dejar que pase tanto tiempo sin abrir la boca. Le están preparando un dossier con todas las actuaciones que ha llevado a cabo. De momento estamos fracasando, pero trabajamos como locos.

—En cierto modo, me da lástima el comisario. No puede hacer nada, es un caso imposible, el golpe perfecto.

Pons apuró el café. Pidió otro. Antonio se lo sirvió enseguida. En el bar, el ruido se había ido reduciendo, como la gente; algunos aún tenían trabajo.

—No es tan perfecto —dijo Pons.

Marc se sorprendió.

—¿Quizá tienes algo?

—De cosecha propia, sin contrastar —hizo una pausa—. No hace falta una banda tan profesional para el golpe del Intrans. Es obvio que tienen experiencia, pero no es el robo del siglo, como el caso de Niza. ¿Lo conoces?

—No lo recuerdo.

—Aquel sí que fue magistral. Aprovecharon un puente largo, eran catorce. Entraron por el alcantarillado, sabían en qué punto exacto tenían que perforar el techo para acceder justo a las cajas de seguridad del banco. Tranquilamente, sin ningún ruido excesivo, las abrieron todas; sabían que no llovería y que no tendrían problemas con el volumen de agua de las cloacas, y, claro, sabían que el botín era enorme. Trabajaron durante tres días, es decir, hasta un día antes de que el banco abriera las puertas, con lo cual ganaron veinticuatro horas. Magistral.

—Ahora lo recuerdo. Dejaron escrito en la pared: «Sin odio, sin armas, sin violencia».

—En 1976. Toda la policía europea estudió el caso... menos la española.

—¿Por qué?

—Era una policía que venía de un régimen dictatorial y no se fiaban. Ahora sería distinto.

—No tan distinto, Pons. Son los mismos.

—Pero no a nivel oficial. La oposición política lo ha maquillado. Como te decía, el caso Intrans, en mi opinión, no es magistral. Es hábil, muy hábil. La

clave es la logística: estudiar el banco, palmo a palmo, para hacerlo en diez minutos... y la ayuda interna.

—¿El director?

—Por ejemplo.

—¿Por qué no le habéis arrestado?

—No hay pruebas. La única posible, el motivo de tener la caja abierta, está contrastada con el banco, que defiende que había que mantenerla así hasta que terminase la jornada laboral. Solo hay un pero: si había tanto dinero, un mínimo de prevención exigía cerrarla. Pero no es culpable de no haberlo hecho. El banco apoya al director —un sorbo de café—. ¿Sabías que el Largo tenía una cuenta corriente en el banco?

—Hay muchas cosas de sus negocios que no conozco.

—Excepto la partida de los martes —sonrió Pons.

—¿También estáis al corriente de que juego?

—Si te reúnes con delincuentes, o presuntos delincuentes, la mancha te salpica.

¿Sabía Pons todo lo que rodeaba al atraco de los cuadros del chalet?

—¿Qué más sabes de mí? —preguntó Marc.

—No tengo ningún interés en tu vida privada. Lo que sé no lo he averiguado yo.

—Si te hace falta algo más, me lo dices. No tengo nada que ocultar.

—No me hace falta, volvamos al Largo. Cuatro meses antes del atraco abrió una cuenta. El director le atendía personalmente. Pero también tiene coartada: dado el negocio tan singular del cliente, tenía que atenderle él. Dinero en negro.

—Con eso podríais detenerle.

—¿Al director? Tendríamos que detener a todos los de España. Todos efectúan depósitos a largo plazo en negro, con intereses que rozan el veinte por ciento con clientes como jugadores de fútbol de élite, cantantes famosos o todo quisqui que tenga unos buenos ahorros. Pero, si el Ministerio de Hacienda no dice nada de las carreteras secundarias de los bancos, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros?

—No podéis, los hundiríais.

—Algún día nos saldrá muy caro eso de los bancos. Son los primeros en fomentar la economía sumergida.

—Nos hemos quedado en el Largo.

—¿No te parece algo casual? Un exdelincuente atendido por el director durante meses, prácticamente a diario. Podría formar parte de la logística del

atracó.

—Si el director está implicado, le habréis seguido.

—Desde ayer, por consejo mío.

—¿También al Largo?

—Y al Messié. Aunque me esté mal decirlo, mis colegas son unos ceporros. Deberían haberlo hecho desde el principio. Ciertamente, Tordera no recibe mucha ayuda y el trabajo se le acumula. Insisto en que son solo suposiciones, pero el atraco al Intrans no ha sido tan fantástico como dicen. Es la preparación lo que ha posibilitado que lo parezca. Y la «casualidad», te lo digo entre comillas, de una transferencia de mil quinientos millones de pesetas a consecuencia de un crédito interbancario. Si tú sabes que allí tienen esa cantidad, que la caja estará abierta, que más de la mitad de los empleados van a la *mascletá*, que las alarmas estarán desconectadas porque se disparan a causa del ruido... sabes demasiado y lo único que te queda es la habilidad de materializarlo en diez minutos.

—Que no es moco de pavo.

—En efecto, no lo es, pero la clave de todo la tenemos ahí. No me creo lo de la banda extranjera, que de tanto repetirlo se ha convertido en un dato que nadie discute. Para el atraco no hacía falta una banda hiperprofesional. Tal vez alguno de ellos lo fuera, por la osadía que supone el asalto, que bien pensado a ningún delincuente de aquí se le habría ocurrido, pero la mayoría de los integrantes son autóctonos. ¿Sabes que ningún colega mío había hablado aún con el Mítico Regino?

—Si la banda es de aquí no les hace falta documentación falsa.

—Claro que sí, Marc. Para huir al extranjero, concretamente a América del Sur o a África.

—¿Has hablado con él?

—Sí, por sorpresa. Le seguí hasta donde tiene su estudio (laboral, por decirlo así), en una alquería del camino de Monteada, pero, como es perro viejo, la mesa donde falsifica documentos estaba vacía. Por no tener no tenía ni el flexo ni la lupa habituales.

Solo cuadros, imitaciones, me dijo, de grandes artistas locales. Intentó venderme uno. A precio especial, añadió.

—¿De manera que estás convencido de que el golpe al Intrans ha sido obra de delincuentes autóctonos?

—De acuerdo, todo es una suposición y, además, me faltan pruebas. ¿Podemos acusar al Largo de abrir una cuenta corriente en un banco atracado meses después? No. ¿Podemos hacerlo con el director por atenderle

personalmente? No. El director puede atender a la clientela según su criterio. En cuanto a la casualidad de la transferencia, el mismo banco la defiende, pueden hacerla cuando quieran. ¿Podemos acusar al banco de que en el momento del asalto no estuviera allí ni la mitad de la plantilla? No. Es una tradición asistir a la *mascletá* por turnos que los mismos empleados organizan. En fin... todo está estudiado al milímetro, pero sin la ayuda interior no habría sido posible.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

—Esperar un error.

—¿Cuál?

—Por ahora no lo sabemos. Tenemos controladas a veinticinco personas. Veremos si alguien nos da una pista. Pero el encuentro era para pedirte que no nos agobies tanto, y menos al comisario Tordera. Danos una tregua.

—En cualquier caso no puedo escribir a propósito de tus suposiciones.

Que es lo que a Marc le gustaría: poder contarlas, le parecían lógicas; pero en el diario no encajarían, ni siquiera sugiriéndolo sutilmente. No se meterían en ningún lío de querellas.

—El banco —dijo Pons— recompensará con veinticinco millones de pesetas a la persona que dé una pista a la policía que ayude a resolver el caso. Lo harán público mañana, pero tú ya lo habrás publicado. Es la primicia a cambio de una tregua.

—Es buena, gracias, y también por la confianza de revelarme tus suposiciones.

—He leído que también eres una persona de palabra.

—¿Crees que no les diré nada al Messié y al Largo?

—Si estuvieran en peligro, quizá sí, no lo sé. Pero a estas horas ya saben que los controlan.

—¿Tan mal lo hacéis?

—Normal... pero han contratado a un detective, un tal Toni Butxana, para que controle a los policías. ¿Le conoces?

—Por tu tono sarcástico sabes que sí. Me ha proporcionado buenos reportajes. Pons, dedicaré un artículo a la recompensa del banco.

—¿Te da para un artículo?

—Imagina una ciudad con todos los vecinos haciendo de policías.

El Messié tenía un apartado de correos. Solo lo sabía él, solo le escribiría Paul. Era la primera carta que recibía, más bien una nota en la que le comunicaba a qué día y hora le llamaría el francés, pero con el código de dos días y dos horas antes. Tiró a una papelería el sobre, que recogió el policía que le controlaba. Por el rabillo del ojo el Messié lo observó. Lo que el policía ignoraba, aparte de la fecha y la hora adelantadas, era el número de teléfono en el que recibiría la llamada, un piso de la población de l’Horta Nord. Hasta allí el controlador no le podría seguir. Como lo hacía a pie, el Messié tenía previsto coger un taxi de repente, para no darle tiempo de reaccionar. Diez minutos después cogería otro, por si habían anotado la matrícula del primero e interrogaban al chófer. La carta tenía un remitente falso, una dirección de Madrid, pero Paul estaba en Montecarlo.

Volvió al local, donde le esperaba Toni Butxana.

—Ya saben que me habéis contratado —le dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me siguen.

—¿Y ahora qué?

—Como me lo suponía he urdido el plan B. He contratado a dos ayudantes que me informarán. Creo que pronto dejarán de seguiros si no hacéis nada anormal.

—No lo hacemos. El Largo está avisado. Vida normal.

El detective cruzó las piernas:

—Messié, ¿soy de confianza?

—Qué pregunta más absurda.

—Entonces, ¿podemos intimar?

—No necesitas permiso, Toni.

—¿Tenéis algo que ver con el Intrans?

—Qué pregunta más imbécil. Ojalá, no me importaría contártelo e incluso darte una propinilla por el trabajo que haces para nosotros.

—La propinilla la pagaréis igualmente. Oye, ¿no tenéis ni idea de quién lo ha hecho?

—No. Ha sido un trabajo extraordinario, una obra maestra. Es imposible que participara gente de aquí.

—¿Por qué sois sospechosos?

—En estos casos lo somos todos, tienen que justificar su trabajo, y porque tenemos una cuenta corriente en el banco.

Lo dijo y al instante se arrepintió.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, se ocupa el Largo. Quizá haga dos o tres años.

Acuérdate de avisar al Largo, pensó el Messié.

—Así que una cuenta en el Intrans...

El tono de Butxana puso en alerta al Messié.

—Teníamos cuentas en tres bancos y el Largo decidió unificarlo todo en uno. Es más sencillo y no has de tratar con tres directores. Por la característica del negocio.

—Ya —Butxana se frotó la barbilla.

—No busques cosas raras, no las encontrarás.

—¿Por qué crees que las busco?

La cosa se liaba.

—Porque eres un malpensado. Te conozco. Además, están siguiendo a todo el gremio. Me lo ha dicho el Gordo. ¿Quieres un adelanto por el trabajo?

—Qué generosidad —Butxana tendió la mano, afirmando—. ¿Pretendes desviar la conversación?

—Qué pesado eres, hijito. ¿Cuánta pasta quieres?

El Messié abrió un cajón. Tenía que sacar el dinero rápidamente y distraerle con una alegría.

—Aprovecharé la ocasión: quince mil.

El Messié contó el dinero y se lo dio.

—Has pagado en el acto y sin rechistar, lo cual te vuelve aún más sospechoso.

—¿Acaso te hemos ocultado secretos alguna vez?

—No puedo saberlo.

—¿Te cuento uno? El otro día organizamos un asalto a un almacén de fruta y se lo regalamos al Gordo. ¿Sabes por qué? No queremos ningún lío fuera de nuestros negocios. Te aseguro que era jugoso. ¿Te imaginas que hubiéramos aceptado un asalto tan bestia como el del Intrans?

—Me imagino al Largo embaucando al director. ¿Recuerdas que le alquilé un piso con cámaras?

—Un tipo que no nos pagaba.

Entró el Largo. El Messié arqueó las cejas, en señal de advertencia.

—Hola, Toni. ¿Qué tal la bofia?

—¿Tienes una cuenta en el Intrans?

—¿Yo? Bueno, no me acuerdo, ¡tenemos tantas!

El Messié miró, desesperado, al techo. De un color blanco desteñido por la nicotina.

—¡Putos delincuentes! —se enojó Butxana—. Habéis participado en el atraco. ¿Qué creéis, que os pediré una parte? ¿Tan miserable me consideráis?

Silencio sepulcral. El Largo miraba al Messié, que abrió una libreta de contabilidad que había sobre la mesa.

—Parece mentira que no confiéis en mí. ¿Cuándo os he traicionado? Sé un montón de cosas sobre vosotros que os costarían muchos años entre rejas. ¿Sabéis qué? Os retiro la protección y tendréis que contactar con una agencia de detectives que os pregunte por qué os persigue la policía. ¡Iros a tomar por culo!

Hizo el amago de irse, incluso les dio la espalda y llegó a poner la mano en el pomo de la puerta, pero sabía que le necesitaban.

—Toni —le detuvo el Messié—, hemos tenido una pequeña participación.

Butxana sonrió:

—¿Muy pequeña?

—Nada, un par de informaciones.

—¡Y una mierda! Si ya has cantado, afina bien —se sentó como si quisiera indicar que esperaba una buena revelación—. Siempre he sido y seré una tumba. Baja la voz y confiesa.

—Un par de informaciones era una forma de hablar —dijo el Messié con visos de derrota.

—Sabía que era más.

—No, ha sido mucho menos de lo que piensas, aunque significativo.

«Significativo», en aquel momento se produjo una inflexión que no le pasó desapercibida al detective.

—Verás —continuó el Largo—, un alemán se puso en contacto con nosotros y nos pidió, sin explicarnos nada más, que abriéramos una cuenta corriente en el Intrans y recabáramos información.

—OK, me haré el idiota por un instante y me creeré que era un alemán que vino desde Berlín directamente a hablar contigo. No pretendo que me lo contéis todo. Continúa, Largo.

—Entablé amistad con el director...

—Al que pillaste gracias al piso que te alquilé y a la señorita que llevaste allí.

—No, Toni, eso es diferente. Palabra. El alemán me pidió la situación de las cámaras, el guarda, los empleados, la caja... Ninguno de ellos quería aparecer por el banco.

—¿Te pidió todo eso cuatro meses antes? Os recuerdo que estáis hablando con un investigador con experiencia. Y que, todo sea dicho, es amigo vuestro.

—Largo, déjame a mí —dijo el Messié—. Mira, Toni, es cierto que le tendimos una trampa, para que nos ayudara en la logística. Pero ya está.

—Eso me gusta más. Francamente, no os veo participando en el asalto. Sois de otra categoría.

—Ni locos lo haríamos —el Largo.

—Bien —Butxana se levantó—, ahora que no sois sospechosos, sino directamente culpables, tengo una idea y una noticia para vosotros. En primer lugar, quiero expresaros mi más sincero agradecimiento por la confianza.

—Cuentas con ella plenamente —el Messié.

—Ya, por eso me lo has contado todo nada más verme. Pero vayamos al grano. La idea es la siguiente. Se me ha ocurrido cómo hacer que dejen de seguiros. Fácil: quedaos una semana en casa sin salir.

—Y así te ahorras pagar a los ayudantes.

—Messié, igualmente pagaréis por la idea; pero, aparte de eso, la bofia, que ahora necesita a todos sus efectivos, no perderá el tiempo con dos individuos inmovilizados.

—Es una gran idea —aprobó el Largo.

—Para ti sí, que vives en un chalet, pero yo vivo en un piso —se quejó el Messié.

—Pues te sacas películas de un videoclub y te entretienes. Hazme caso. A mí, cuando seguía a alguien, me lo han hecho y he desistido. Es inútil y desesperante.

—Messié, la idea es aburrida, pero buena.

—Parece que no me queda otro remedio...

—Es la idea perfecta —se autofelicitó Butxana.

—¿Y la noticia? —preguntó el Messié.

—¿La noticia? Ya no me acordaba. Esta mañana me ha llamado Marc diciéndome que el Banco Intrans anunciará mañana la recompensa de veinticinco millones de pesetas para el ciudadano que proporcione a la policía una pista que facilite la resolución del caso. Es una bomba, ¿no?

De neutrones. El silencio que se hizo en el despacho era tan ensordecedor como la noticia. Butxana esperaba atentamente su reacción.

—Os habéis quedado petrificados.

—Es que no sabemos qué quieres decir —el Largo.

—¿De verdad que no se os ha pasado nada por la cabeza? ¿Ni una pizca de sentido común?

—Toni, ¿nos estás insinuando una comisión? —el Messié, como si no se lo creyera.

—Totalmente legal, por el trabajo de protección.

—¿Y de cuánto estaríamos hablando? —el Largo.

—¿Cuánto habéis recibido?

—Tenemos que pagar tu trabajo, no el nuestro —respondió el Messié.

—Todo va al mismo saco. Si no fuerais sospechosos, no haría falta protección. Se llama efecto interrelacionado.

Silencio de nuevo.

—Nos pagaron un millón —el Largo, casi con la boca cerrada.

—O sea, diez como mínimo.

—¿Por la información? —se escandalizó el Messié.

—Una información crucial, sin la que no habrían podido llevarlo a cabo. Messié, eres un buen negociador, conozco tus ardidés. Lástima que ahora me tengas enfrente.

—Dale el millón y acabamos —resolvió el Largo.

—No, me lo dais todo: dos millones.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, el Largo y el Messié hicieron gestos frenéticos.

—Con amigos como tú...

—Eh, Messié, ¿me entraparás por una puta propinilla? ¿Regatearás con quien os ha dado una gran idea? Solo el diez por ciento de los mil quinientos millones son ciento cincuenta millones. Yo solo os pido migajas.

—De mala gana, pero lo aceptamos...

Butxana abrazó primero al Messié y luego al Largo.

—Estoy orgulloso de vosotros. Pensaba que erais unos robagallinas, pero habéis llevado a cabo un trabajo de maestros, inolvidable... la historia hablará de vosotros...

—Si no lo haces tú te lo agradeceremos mucho.

—Renuncio a los veinticinco millones del banco. No delataría a dos amigos. ¿Cuándo me pagaréis?

—Tendrás que esperar a que cobremos nosotros.

—Lo entiendo, que todo se calme. Ponme una copa, Largo. Tenemos que celebrar un día así. Ah, y acordaos de que soy vuestro jefe de seguridad, sobre

todo ahora que también estoy implicado. Una semana encerrados en casa a cal y canto. Yo me encargo del negocio.

—Ser putas y pagar la cama.

—No seas victimista, Largo.

El Messié se saltó un día el precepto de Toni Butxana de quedarse en casa. Al salir se dio cuenta de que le habían cambiado al policía que le controlaba. Como había pasado dos días encerrado, el aire de la ciudad le pareció el de la sierra. Pensaba en el policía anterior que le habían asignado, debía de haber terminado harto de esperar y quizá por eso tenía otro. Abandonó el piso porque Paul tenía que llamarle por teléfono.

Mientras caminaba hacia el centro urbano permanecía atento por si pasaba un taxi. Vio dos, pero iban ocupados. Entonces tuvo una idea al llegar a la calle Colón. Se dirigió hacia El Corte Inglés con paso más lento, pero una vez dentro aceleró, subió las escaleras mecánicas a zancadas de tres peldaños hasta el segundo piso y luego se fue a la puerta de los lavabos. Desde allí observó al policía mirando a un lado y al otro: no le encontraba. Entonces, el policía subió a la tercera planta, él bajó con rapidez, salió por las puertas del jardín del Parterre y cogió un taxi en dirección a Alboraya. Cuando llegó, antes de llamar al timbre, todavía dio una vuelta para cerciorarse de que no le seguían. Diez minutos después le abrió la puerta Pere, un señor de edad que había trabajado con él unos años antes de jubilarse.

—¿Qué tal, Pere?

—Le esperábamos, señor Messié.

Le hizo pasar al comedor. Su mujer estaba sentada en un sofá con las piernas tendidas sobre una silla que tenía una almohada encima. El Messié la saludó. Pere abrió la puerta de la salita en la que estaba el teléfono y cerró. El Messié se encendió un cigarrillo mientras observaba la calle. Paul era estrictamente puntual, de manera que no tardaría en llamarle.

El francés se hospedaba en el Hotel París de Montecarlo, uno de los mejores de Europa, muy cerca del famoso casino. Apuró el Martini seco en la terraza del hotel y buscó una cabina tras saludar a los camareros, que apreciaban las propinas que les daba. Marcó el número acordado.

—Soy yo —dijo el Messié en francés.

—¿Todo en orden?

—Con alguna variante —prefirió obviar la comisión de Butxana para no inquietarle—. Hay veinticinco millones de pesetas para quien dé pistas a la

policía.

—¿Supone un problema?

—No. Nos están controlando, no solo a nosotros, pero nos hemos encerrado en casa hasta que se cansen.

—¿Y los demás?

—No sé nada.

—Deja que pase un tiempo y habla con Sara. Hazlo tú. Comprueba qué vida llevan.

—De acuerdo.

—¿El director?

—Hemos tenido que hacerle un favor.

—¿Cuál?

—Ocultarle el dinero. Nos hemos quedado el veinte por ciento. Cree que hemos sacado el nuestro vía marítima.

—No volváis a reuniros con él.

—Ya lo sabe —el Messié tenía una cuestión pendiente—. Explícame lo de los cuadros, lo de los dos delatores.

—Por un colega supe que preparaban un robo de arte en España, pero no me imaginaba que lo harían en Valencia. Entonces, urdí una estrategia en la que os involucrasteis sin saberlo, para que los atraparan. Ahora están a la sombra.

—Justicia divina. Me habría gustado denunciarlos personalmente.

—Da igual, están pagándolo. Les hemos devuelto la putada y ni se han enterado. Volvamos a lo nuestro. No hace falta que te lo diga, pero todo el mundo tiene que hacer vida normal, sin que parezca demasiado normal. Ya me entiendes. ¿El comisario ha tomado represalias contra vosotros?

—No, pero supongo que lo hará, aunque nos pidió ayuda. Aquí, todos creen que lo ha hecho una banda extranjera con logística autóctona, pero van muy desorientados. Buena parte de la prensa apenas habla del tema. Pronto ya no dirán nada.

—Es buena señal, pero cuidado con los detectives del seguro. Trabajarán en silencio durante mucho tiempo. No os relajéis. ¿La policía sabe algo de mí?

—En absoluto. El Mítico Regino me dijo que habían ido a verle, pero no encontraron nada relacionado con los documentos.

—Lo teníamos hablado. Quedamos en que se desharía de todo y solo dejaría las pinturas en la alquería. Limpió mis posibles huellas. Pagadle bien.

—Todavía no nos ha pedido lo que le corresponde, sabe que tiene que esperar. Cobrará cuando se calme un poco la cosa.

—No se lo des en mano.

—Sé cómo hacerlo. De vez en cuando le veré en el centro de Rafel. Se lo dejaré en algún rincón de la casa. Antes nos veíamos allí. Daremos normalidad a nuestras relaciones.

—Perfecto. Te volveré a llamar el 20 de abril a las doce del mediodía. Te lo recordaré por carta.

—¿Aplico el código de cambio de hora y día?

—Siempre. Si pasa algo de interés, envíame un aviso al apartado de correos de Madrid.

—No puedo, tiré el sobre a una papelera y el policía que me seguía lo recogió.

—Anota otra dirección, de Toledo.

El Messié la memorizó.

—¿Estás en Madrid? —le preguntó.

—No, pero alguien se ocupa del correo. Le diré que lo haga desde Toledo.

—La próxima vez lo quemaré antes de salir de correos. Paul, ¿qué hago si nos surge alguna urgencia?

—Entonces me llamas por teléfono a este número.

También lo memorizó.

—Conozco el prefijo —sonrió Messié por los viejos recuerdos.

—Me quedaré unas semanas. Messié, no me llames si no es urgente.

—Entendido.

—Y no anotes el teléfono en ninguna parte.

—Ya sabes que tengo muy buena memoria. Paul, tengo ganas de celebrarlo contigo, en el sitio donde estás, en la terraza, tomándonos un Martini y mirando al mar.

—Y luego jugaremos al *black jack*, pero ahora nuestra carta es la resistencia, aguantar. ¡Salud!

Paul colgó. El Messié mantuvo el auricular junto al oído, con una sonrisa de felicidad; su mente estaba en Montecarlo, el Hotel París, sus habitaciones majestuosas, las espléndidas ricas americanas que pululaban por las calles, los coches deportivos... en fin, colgó. En cuanto tuviera la posibilidad no se lo perdería. Con el Largo, que nunca había estado en el París.

Salió de la salita y dedicó unos momentos de amabilidad a la señora, a la que no conocía. Con delicadeza, le preguntó cómo estaba.

—Ya ve, el médico dice que tengo *albómina* —la mujer quería decir albúmina—, una artrosis de caballo. Míreme las rodillas —las tenía hinchadísimas—. La vista jodida por el azúcar...

—Tenga paciencia, señora.

—¡Ya lo creo, que la tengo! Páselo bien mientras sea joven. ¡Hacerse mayor es muy feo!

Se despidió de ella con dos golpecitos en la mejilla. En la puerta de casa, le dio quince mil pesetas al marido.

—Pere, lleva a tu mujer a Lourdes.

—Muchas gracias, señor Messié. Salude al señor Largo.

El comisario Tordera ya había ordenado que controlaran el apartado de correos de Madrid. Paul llamó por teléfono al hombre que tenía en aquella ciudad para decirle que abriera otro apartado en Toledo, también con documentación falsa. Con tal de matar el tiempo hasta la hora de comer, cuando se había citado con dos conocidos, el francés dio una vuelta por las calles.

Paul se detuvo frente al escaparate de la tienda de Hermés para ver el precio de las corbatas, los relojes, los perfumes... ¿Cómo era posible gastarse tanto dinero en un objeto del que, básicamente, pagabas la marca? El Hotel París era caro, sin duda, pero lo disfrutabas, eso pensaba, más plácidamente. Y qué decir de la comida que pronto tendría, aunque suponía que le invitarían dos conocidos, los empresarios valencianos Sánchez Montull, presidente del consejo de administración del Banco Industrial, y Aurelio Ferrer, presidente de la Patronal Valenciana.

Entró en el hotel y se dirigió al restaurante. No se acostumbraba a la belleza del inmenso *hall* del París, con sus enormes alfombras y las grandes lámparas ribeteadas de oro. Un empleado le atendió enseguida, pero Paul dijo que no necesitaba nada. En el restaurante, le esperaban los dos conocidos, uno vestido con un traje azul oscuro y el otro de azul claro, camisas blancas y corbatas de un color discreto. Paul, siempre minucioso, escrutó la elegancia de los empresarios. Se levantaron para saludarle con una cortesía exuberante. Los tres tomaron asiento. Aurelio le sirvió una copa de champán Louis Roederer.

—¿Le gusta comer con champán? —le preguntó Sánchez Montull.

—No me parece mal.

—Hemos pensado que una ocasión como esta lo requería —añadió Aurelio.

Entrechocaron sus copas al brindar por el éxito de todo.

«De todo». Les tenía que explicar unas cuantas cosas. Sánchez Montull le acercó la carta de los menús. Paul la rechazó con gesto elegante.

—Sé que tienen buen gusto. Pidan ustedes.

Entonces Aurelio Ferrer leyó el menú que habían elegido:

—Suflé de langosta, medallones de rodaballo con calamares rellenos de salmón, fricasé de ternera lechal y cangrejos de río.

—Perfecto —aprobó Paul.

El *maitre*, que estaba al acecho a una distancia prudencial, se acercó y tomó nota.

—Señor Paul —dijo Sánchez Montull—, nos habían hablado bien de usted, pero los resultados han superado las expectativas.

—Gracias, pero su ayuda y su confianza en mí han sido inestimables.

—Estamos ansiosos por saberlo todo desde el principio.

Paul tomó un sorbito de champán. Los demás le observaban sin perder detalle y él se sentía satisfecho al ser el protagonista.

—El principio fue una reunión con usted —dijo a Sánchez Montull...

—No directamente.

—En efecto. Contactó con una persona para que lo hiciera junto a un profesional de los robos de arte. La persona con la que contactó es un conocido mío. Me explicó en qué consistía su encargo y yo admití que podía hacerlo, aunque no es mi especialidad. Entonces usted pidió a su contacto conocerme personalmente.

—Nos reunimos en Barcelona.

—En octubre del año pasado, concretamente el día 3. Le pregunté qué quería exactamente, con todos los detalles, tanto del robo como de usted.

—Pretendía que me robaran mi pinacoteca para cobrar el seguro — Sánchez Montull se lo decía a Aurelio Ferrer, que por prudencia no conocía todos los detalles—. Pero entonces, el señor Paul, al decirle que yo era el presidente del Banco Industrial y que tú y yo pertenecíamos al consejo de administración del Intrans, me preguntó si la idea era blanquear dinero. En principio, la pregunta me incomodó, pero usted —le dijo a Paul— me exigía saberlo como condición irrenunciable. Lo confirmé. Siga, por favor.

—Entonces urdí la trama del Intrans, ya que ambos tenían intereses en el banco.

—¿Por qué rechazó el robo de cuadros? —preguntó Aurelio Ferrer.

Un camarero muy pulcro, con un uniforme que parecía el de un alto cargo de la marina mercante, les sirvió el suflé de langosta, primero a los dos empresarios, que eran los invitados. También les sirvió un poco de champán.

—Como ustedes me pagan, tienen todo el derecho a saber la verdad.

—A propósito del pago, tengo que anunciarle que ayer transferimos parte del dinero convenido al banco de Ginebra que nos indicó —Aurelio Ferrer le entregó el resguardo.

Paul ni siquiera le echó un vistazo antes de guardárselo en el bolsillo de la americana.

—Cuéntenos, señor Paul.

—Miren, ya hace unos años, me permitirán que no lo especifique, dos individuos nos traicionaron, al Messié y a mí, una delación que pagamos con la cárcel. Cuando usted me explicó el asunto de los cuadros y le confirmé que daríamos el golpe al Intrans, enseguida pensé en ellos para el asunto del chalet. Todos salíamos ganando: por una parte, ustedes blanquearían igualmente el dinero. Por otra, advirtiendo a la policía con la ayuda de la misma persona a la que usted encargó buscar a los especialistas, yo me vengaría. Él contactó, aconsejado por mí, con los dos individuos, para ofrecerles el robo de su chalet asegurándoles que tendrían ayuda logística, ya que no conocían la ciudad.

—Entonces, la persona con la que contacté urdió el plan con usted.

—En efecto, señor Sánchez. Fue él quien recurrió a un contacto en Valencia al que presentó a los dos individuos como alguien de confianza. Esta persona, además, conocía a un tal Gordo García, al que contrató porque sabía lo que yo pretendía, que comunicara el robo a dos colegas míos, el Messié y el Largo.

—Por cierto, qué gran actuación del señor Largo el día que le recompensé con la propina. ¿Qué le parece si probamos el suflé de langosta? Tiene una pinta espléndida.

Era espléndido, por la pinta y por el sabor. De hecho se lo comieron en respetuoso silencio. El comedor estaba lleno, con una clientela en gran parte norteamericana, por la indumentaria, según el criterio de Paul. El camarero les llenó las copas y aquello, que estuvieran pendientes, sí que molestaba al francés.

—Mis dos colegas, el Largo y el Messié, a los que ya había explicado el plan del Intrans, hicieron lo que por lógica me imaginaba: con tal de quitarse de encima la etiqueta de sospechosos, ayudarían al comisario Tordera a resolver el caso. Si lo hacían, difícilmente los podrían acusar de algo, ya que

habrían demostrado que no les interesaba el ruido, que querían que todo estuviera tranquilo. Al hilo de la cuestión, le ruego, señor Sánchez, que hable con el comisario para que no moleste más a los dos colegas. Usted, además de tener autoridad para hacerlo, cuenta con la coartada de la ayuda que le ofreció el Largo.

—Lo haré, aunque naturalmente con sutileza dada la movilización, por otra parte normal, que ha suscitado el robo.

Les sirvieron los medallones de rodaballo con calamares rellenos de salmón.

—*Merci beaucoup* —dijo Aurelio Ferrer ensayando el escaso francés que dominaba.

—Pero, señor Paul —comentó Sánchez—, estaba usted al corriente de todo.

—El Messié, que era y es persona de mi confianza, me informaba. Yo ejercía de moderador, procurando que no se les fuera de las manos. A veces, incluso poniendo obstáculos para que no sospecharan de mi plan, aunque el Largo, según me dijo el Messié, albergaba dudas sobre mí.

Aurelio Ferrer dedicó un comentario favorable al rodaballo y preguntó:

—¿Quiénes eran los demás?

—Recluté a tres personas más, pero no hace falta que lo sepan.

—Correcto —afirmó Sánchez—. ¿Y el director? Supongo que le implicaron. No soy ningún experto en robos —sonrió como si se disculpara—, pero me parece una pieza clave.

—Bien, el personaje es un tema aparte —Paul probó el rodaballo—. Tenía usted razón —le dijo a Ferrer—. Exquisito.

—¿Algún problema con el director? —preguntó Sánchez.

—Demasiado espabilado. En el último momento exigió cien millones de pesetas.

—¿El mismo día?

—Tres días antes. Acepté porque no teníamos tiempo para negociar.

—¿Quiere que le confiese algo? Sabría cómo hacerlo sin poner en peligro el plan.

—No, por favor. Todo se ha resuelto y no tenemos que remover nada. En cualquier caso, sin él habría sido imposible. Lo ha hecho muy bien —Paul frunció el ceño—. ¿Saben? Tengo la sensación de que Pierre se olía algo, sobre todo a partir del momento en que el Largo le presentó a una señora. Dejó que todo ocurriera de manera fácil, demasiado fácil, y quizá ha querido

cobrárselo. Pensábamos pagarle, pero no tanto. Ya ha perdido un veinte por ciento.

—¿Han regateado con él después? —Aurelio, atento al relato.

—Necesitaba ocultar bien el dinero y mis colegas se lo han solucionado a cambio de un porcentaje.

—¡Cien millones, qué cara más dura! —exclamó Sánchez.

Paul miró la mesa más cercana, dos ancianos con, seguramente, dificultades auditivas.

—Ningún problema, intentaré dar con la fórmula para recompensar al resto de mis colegas, pero tenemos que dejar pasar todo el tiempo que sea necesario.

—La policía bajará el ritmo, pero los de la aseguradora no —advirtió Aurelio.

—Estén tranquilos, no habrá ningún reparto hasta que todo, todo, se calme. Todo el mundo está avisado respecto a los detectives, que recurren a la estrategia de fingir que se han distendido para que nos confiemos.

—Supongo —dijo Sánchez— que el dinero lo habrá ocultado muy bien.

Paul sonrió.

—Ignoro qué han hecho con él.

—¿Cómo? —Aurelio Ferrer tenía un trocito de rodaballo colgando del tenedor, sorprendido.

—Aurelio —respondió Sánchez—, si cae alguno de los integrantes salvan el dinero; si no caen, el nuestro también está a salvo. Los demás tampoco lo sabrán, ¿no?

—Solo uno que no participó directamente.

—Debe de ser el Messié, que es de su confianza.

—Podría serlo.

Ellos no imaginaban hasta qué punto Paul desconfiaba de todo el mundo.

—Disculpe que seamos tan cotillas —dijo amablemente Sánchez Montull—, ¡pero es tan interesante!

—Oiga —intervino Aurelio—, ¿conoce al periodista Marc Sendra?

—No personalmente.

—¿Y alguno de sus colegas?

—Sí.

—Está dedicando tiempo y espacio al Intrans.

—Es periodista.

—Los otros medios apenas lo hacen ya. ¿Sabe si es venal?

—Aurelio —se enfadó Sánchez—, no la liemos más. A lo mejor alguno de sus compañeros podría intentarlo, ¿no, señor Paul?

—No, ni pensarlo. De ninguna manera. Lo que se tenía que hacer está solucionado. No hagan nada sin mi consentimiento. Se lo ruego. Solo nos queda esperar. De hecho, ustedes se han reunido conmigo demasiado pronto.

—Hoy mismo volvemos a Valencia por vías distintas —dijo Aurelio como si fuera un plan muy estudiado, esforzándose por situarse a la altura del anfitrión.

—Toda precaución es poca —Paul.

—No se preocupe, es público y notorio que tenemos negocios en Francia. Venimos con cierta frecuencia —dijo Sánchez Montull—. ¿No quiere saber cómo hemos convencido al presidente francés del Intrans para hacer la transferencia? Usted nos ha demostrado que es un gran profesional, discreto y competente, y nos ha otorgado una confianza que no nos importa devolverle.

—Gracias, pero no.

—Si en un futuro —prosiguió Sánchez— le necesitamos, ¿podemos contar con usted?

—Sí, como asesor.

—¿Solo asesorando? Aún es joven para retirarse.

Y vosotros también, pensó Paul, que no quería más vínculos con ellos en un futuro, excepto desde la periferia desde la que todo se domina y no se deja rastro.

—Como asesor —insistió Paul.

—¿Ya tiene pensado dónde retirarse? Montecarlo es muy cara.

—Ya lo decidiré.

—Según para qué cosas, la vida es muy larga —aconsejó Aurelio—. A lo mejor, pasados unos años, necesita volver. ¿Cómo daríamos con usted?

—Se lo preguntan al Largo, él se lo dirá al Messié.

—¿No es peligroso para usted que él lo sepa?

—Confío plenamente en él. No me ha fallado en nada y es un buen amigo. Aprovecharon un momento de silencio para dedicarse al plato.

—Realmente, eso del Intrans ha sido un trabajo muy profesional. La *mascletá*, diez minutos...

—Usted —le dijo a Sánchez— nos lo facilitó haciendo la transferencia el día que le indiqué y también me otorgó su confianza en lo de su chalet, que era un asunto personal mío para ajustar cuentas con dos individuos.

—No se quite méritos.

—Todo tenía que estar controlado en el punto exacto y necesitaba cada detalle. Todos los peldaños de la trama tenían que funcionar. Y la suerte, un aspecto también fundamental. No ha habido más que algún imprevisto sin importancia. Un matrimonio nos descubrió mientras cargábamos las bolsas en el vehículo.

—¿En serio? —Aurelio, preocupado—. ¿Cómo lo han resuelto?

—Como se hace habitualmente, pagando. Es un tema zanjado.

—Admito —dijo Sánchez Montull— que apostándolo todo por usted me arriesgué. Todo se basaba en la confianza, yo no le conocía ni siquiera superficialmente, pero di el paso. Una cuestión de química, causó buena impresión en mí. Me pareció una persona seria. Podría habernos chantajeado.

—Podía, tengo las conversaciones de nuestros encuentros grabados. Por eso quería conocerle personalmente.

Paul sacó una cinta de casete. Se la dio a Sánchez. Ambos se quedaron atónitos.

—Pero...

—Señor Sánchez, no tengo ninguna copia. No me hace falta, pero entienda que podía haber sido una trampa. No soy tan confiado como usted.

—¿Cómo podía pensar eso?

—Pienso en todo. Me traicionaron una vez y bajo ninguna circunstancia me lo habría imaginado. A ustedes deberían satisfacerles mis escrúpulos. Por favor, retire la cinta de la mesa.

Sánchez Montull aún echó un vistazo antes de guardársela en el bolsillo.

—Todo lo que tenía que saber de ustedes por cuestiones del plan ya lo sé. No quiero saber, por ejemplo, de dónde proviene el dinero en negro que han blanqueado.

—Es cuestión de impuestos.

Y una mierda, pensó y sonrió ante Aurelio Ferrer. ¿Es dinero en bruto de la compra y venta de solares, del contrabando de tabaco o de droga? No pienso en vuestro dinero, sino en el mío. Mañana se iría a Ginebra con Adrien Le Brun, el amigo que contactó con Sánchez Montull cuando este necesitaba un plan para el asunto del chalet. En la ciudad suiza le pagaría su parte y la de su contacto, Antonio, ahora cumpliendo condena por el mismo asunto, para que se la enviara a su familia.

Esos eran los pensamientos de Paul, mientras Sánchez Montull y Aurelio Ferrer, desde la revelación del casete, se habían quedado un poco aturridos, comiendo en silencio, degustando el plato. ¿Cuánto sabía el francés de ellos? No osaron preguntárselo. ¿De verdad no se reservaba ninguna copia un

hombre que había urdido una trama tan compleja? Ninguno de los dos estaba seguro. La inquietud crecía de manera exponencial a medida que pasaban los minutos.

—Señor Paul —dijo Sánchez Montull—, el resto de nuestro pago lo recibirá en un par de semanas también en Ginebra.

—No me lo esperaba, pero muchas gracias.

Era el efecto rebote del casete.

—El buen trabajo tiene que pagarse de inmediato —a Sánchez Montull incluso le había cambiado el tono de las palabras. No eran tan seguras—. Permítame que en nombre de los dos le felicite efusivamente. Ha sido un gran placer, y una gran suerte, haberle conocido.

—En un futuro, si lo necesitan, les puedo asesorar.

—Por supuesto —Aurelio Ferrer no puso en ello la convicción necesaria. Ambos estaban ansiosos por volver a casa y perderle de vista.

Unos días después, la vida en Valencia era prácticamente la habitual. Al Largo y al Messié, gracias a la sutil intervención del señor Sánchez Montull, habían dejado de vigilarlos. El empresario ponía la mano en el fuego por el Largo, un humilde y honesto trabajador al que no tenían que arruinar de nuevo el camino recto que sin duda había elegido. De rebote, el Messié se vio beneficiado. Toni Butxana, pues, los convenció de que tenía razón al decirles que se cansarían de controlarlos. Los otros dos lo reconocieron.

Era un martes, día de partida, aunque esta vez era familiar. Los tres y Marc Sendra jugaban al cincuenta y cuatro con una apuesta inicialmente humilde, de mil pesetas, en atención al periodista. El Largo ejercía de banca y también jugaba hasta que Butxana protestó:

—La banca tendría que correr, ¿no te parece?

—¿No te fías?

—Siempre gana Marc, a quien por un casual tienes a la derecha.

Más bien era causal. El Largo barajaba de manera que el periodista recibiese dos ases en la primera tirada. No obstante, Marc se mostraba meditabundo; lo estaba desde la primera ronda.

—Ganas más de cuatro mil pesetas —le acusó el detective.

—Por mí puedes coger la banca y me quedaré a pie. No me importa.

—¿Perdonándome la vida, Marc?

—Ni me he dado cuenta de que el Largo tenía la banca.

—¿Algún quebradero de cabeza? Pareces pensativo.

—Frustrado, Toni. Pagaría las ganancias de todos los martes que quedan de año por conocer las interioridades del Intrans.

Sorpresa y silencio que llamó la atención del periodista. Hasta entonces no les había preguntado nada del atraco. Colgó las cartas en medio de la mesa.

—¿No sabéis nada? —primero miró al Largo, luego al Messié.

—Juega y déjate de cábalas —Butxana.

Pero Marc no se quitaba de la cabeza las conjeturas que le había comentado el policía José Pons sobre el Largo y el Messié. No podía expresarlas, de modo que especuló:

—Ha sido un golpe que necesitaba mucha preparación y actores autóctonos. ¿Y dos tipos del ambiente como vosotros no saben nada? O tres, si te cuento a ti.

—¿A mí? Soy detective, estoy de parte de la ley.

Marc no perdió el tiempo con la ironía:

—Pero conoces el ambiente. Tanto como ellos dos.

—Y tú también.

—He acudido, he preguntado, pero nadie sabe nada. Solo me falta preguntaros a vosotros.

Se refería al Largo y al Messié. Marc se levantó.

—Si ellos estuvieran implicados, ¿crees que te lo dirían? —preguntó Butxana.

Los otros dos seguían callados.

—Algo podrían decirme.

—¿Qué quieres que digamos? —el Messié.

—Por poco que sea me vendrá bien.

—Supongamos que estén implicados... —hipótesis de Butxana.

—Toni, si lo están tienen mi palabra de que no los delataré. Me he ganado vuestra confianza con creces.

—Por supuesto —el Largo—. Entendemos tu actitud de periodista, tu tesón profesional. De hecho, te metimos en el asunto del chalet. ¿Por qué no lo haríamos ahora? Serías el socio perfecto, distorsionando la información para cubrirnos.

—Ahora es distinto —respondió Marc.

—¿En qué lo es? La confianza es para todo y para siempre.

—Pero hay más gente implicada y sospecharían de vosotros.

—Tú lo has dicho —se puso en pie Butxana tratando de reordenar la tertulia—. ¿Pretendes buscarles la ruina?

—Ni aunque hubieran participado lo haría.

—Marc, más que se lo he preguntado yo... Los conozco mucho más que tú y, francamente, no los veo capacitados para un golpe tan profesional —miró al Largo y al Messié—. Disculpad, pero es lo que pienso.

—Disculpado, Toni. Además, estamos retirados —dijo el Messié.

—Estáis retirados... —Marc lo expresó de forma rutinaria—. Lo sé, que lo estáis, pero a una logística que no supone demasiado riesgo y bien retribuida no os negaríais. Estoy convencido de que lo han hecho extranjeros —no lo estaba del todo y por eso mismo necesitaba alguna pista—. ¿Quién queda aparte de vosotros? Pura mierda, no servirían ni de correos. Además, Largo, abriste una cuenta en el Intrans.

—¿Estás interrogándolos? —Butxana, a trancas y barrancas para que Marc no ahondara.

—Si lo parece pido disculpas, pero... ¿cuatro o cinco meses antes abrí una cuenta? El tiempo justo para organizarlo.

—Teníamos tres en tres bancos distintos y decidimos, si nos ofrecían un buen trato, unificarlas en uno. La contabilidad se vuelve más leve —dijo el Messié—. ¿Te propongo una idea?

—Te lo agradecería.

—Habla con el director.

—El banco no lo permite, dicen que está de baja laboral. Tienen a otro que han traído de Sevilla. ¿Por qué crees que debería haber hablado con él?

Butxana se adelantó al Messié:

—Es de una lógica aplastante. Sin él era imposible.

—Pues tenía todas las coartadas, incluso el banco le defiende.

—El banco quiere cobrar del seguro. Han inflado la cifra, me jugaría el patrimonio —Butxana, firme.

—En cualquier caso es imposible demostrarlo. Lo cierto es que tenía una última esperanza en que vosotros me aportarais algo —se lamentó el periodista—. No porque os suponga implicados, sino por si habíais prestado atención.

—Así ha sido, Marc —reconoció el Largo—. Por curiosidad, solo por eso. Nos gustaría saber quién ha preparado la logística, ya que como tú has dicho no conocemos a nadie capaz de intervenir en un golpe tan serio.

Felipe abrió la puerta de repente:

—¡El comisario!

—¡El que faltaba! —se le escapó a Butxana.

—¿Le digo que entre?

—No hace falta, vendrá él —el Messié lo dijo resignado.

Aún no había salido Felipe cuando Tordera ya estaba dentro. Al contrario de lo que esperaban no lo hizo como un caballo desbocado, sino cansado, harto, preocupado. Se sentó en el sitio de Marc con la cabeza gacha, suspirando, mientras dejaba caer los brazos al lado.

—¿Mucho trabajo, Tordera? —le preguntó el detective.

—Ojalá —una voz apagada por la fatiga. Levantó la cabeza—. Creo que tendréis que emplearme.

—Ya tenemos empleados de la Brigada del Juego —apuntó el Messié.

El comisario miró a Marc:

—Pronto tendrás la noticia de mi dimisión.

—¿Voluntaria?

—Un día de estos me enviarán al motorista con la carta.

—Eso del motorista era en la época de Franco —respondió Butxana.

—La época de Franco... —el comisario adoptó un gesto nostálgico—. Si me hubieran dejado la mano suelta ya lo habría resuelto.

—¿Problemas ideológicos? —dijo Marc.

—Problemas con todo cristo —Tordera recobró un poco de energía—. Estoy solo, me lo han endosado todo, nadie quiere hacerse responsable...

—Ya ves, con las ganas que tenías de ser comisario jefe —le recordó el detective.

—Los inspectores de Madrid que tenían que enviar no han aparecido —Tordera continuaba con su letanía—, algunos supuestos colegas me ponen la zancadilla, el gobernador me da por saco todos los días... ¿Qué coño quieren que haga? He hurgado en todos los rincones.

—Pide ayuda a la Interpol.

—Marc, he recibido fichas de todos los delincuentes que podrían haberlo hecho. ¿De qué me sirven si ningún empleado es capaz de dar una pista física?

—Me pongo en su lugar y los entiendo. Para empezar nunca les habían atracado, aunque nadie se acostumbra a que le atraquen, claro está. Y por otra parte, deben de estar cagados. ¿Y si los ladrones los tienen fichados y los han amenazado si cuentan algo? —silencio—. ¿Has hablado con el director? —le preguntó Butxana y el Messié torció la boca. Ya estaban pasándose de la raya con el puto Pierre—. Precisamente hablábamos de él antes de que llegaras.

Genial, Butxana. El Messié quería despellejarle. Mira que recordarle al comisario quién era la pieza clave.

—¿El director? Tiene una depresión profunda diagnosticada por un psiquiatra francés. Me trajo el papelito su abogado. Es como si todos los elementos se hubieran conjurado para hacerme fracasar. A todo esto, los investigadores del seguro no quieren compartir nada con nosotros.

—Tranquilo, son unos inútiles —Butxana conocía a unos cuantos.

—¿Sabéis cómo se nos conoce en la central, a Marcelino y a mí? —Tordera los miró de uno en uno—. Los Intrans Boys.

—Comprendo tu desánimo.

—¿Te burlas, Marc?

—Me solidarizo: tú no puedes encontrarlos, yo no puedo contarlos. Nuestra sociedad funcionaba perfectamente.

—Venga, señor comisario, arriba ese ánimo —le alentó el Largo—. ¿Quiere jugar una rondita?

—¿Qué pretendes, desplumarme? Sería lo único que me faltaba —volvió a suspirar y recuperó parte de su espíritu policial—. Escuchad, pese a nuestras diferencias resolvimos de forma extraordinaria el asunto del chalet, como ahora recordaba Marc. Deberíais haber visto la cara y el cabreo de algunos colegas que optaban a mi cargo. Ni se imaginan cómo lo resolví. Bien, quizá sea mejor así, teniendo en cuenta a los ayudantes —Tordera se levantó—. Como sabéis, el Intrans compensará con veinticinco millones de pesetas al ciudadano que nos dé una pista que resuelva el caso. ¿Quién es un ciudadano? Vosotros —los señaló con un dedo—, vosotros podéis llevaros veinticinco kilos. Coño, es una suma importante y, además, no quiero ni un duro. Si nos reunimos y trazamos un plan...

—¿Qué plan, Tordera? —le interrumpió Marc.

—Pues un plan que registre cada rincón, vigilar a cada individuo sospechoso, tener ojos y oídos en todas partes. Estoy seguro de que la logística ha salido de aquí.

—¿De aquí? —Butxana.

—Del ambiente, quiero decir. Vosotros los conocéis. Yo tengo límites en mis interrogatorios, pero si los cogéis de uno en uno y los amenazáis a base de bien...

—¿Torturándolos?

—Marc, hablo de un simulacro. Eso funciona. Amenazándolos alegando que pretendo encerrar al Largo y al Messié en la cárcel. Que les digan: eh, si no cantáis, lo pagaremos nosotros —el comisario cambió de registro.

—Quizá sea buena idea —dijo el Messié—. ¿No te parece, Butxana?

—Extraordinaria. Pero ¿y si nos denuncian por maltrato?

—La queja no pasará de recepción —afirmó el comisario—. Yo estaré detrás de vosotros, prestándoos apoyo.

—¿Y todo eso a cambio de qué? —preguntó el Largo.

—Te lo diré: los de la Brigada del Juego sabrán quién soy. Hasta ahora he sido permisivo, pero a partir de mañana lo llevarán claro. Se ha terminado lo de aceptar sobornos. A mí me hacen el vacío y yo les vaciaré los bolsillos. Largo, Messié, quiero todos los nombres de todos los corruptos que vienen por aquí. ¿Entendido?

—¡Ya era hora, nos atracan cada semana! —el Messié.

—Lo haremos con mucho gusto —el Largo.

—¡Corruptos de mierda! —se indignó Tordera.

—¿Quieres que lo publique? Gracias a tu incompetencia en el Intrans no tengo material.

—Marc, ningún comisario, ni el más curtido, lo resolvería. Por cierto, Largo, el empresario Sánchez Montull me ha pedido, como favor especial, que os deje tranquilos. Dice que eres una gran persona. Y yo no le contradigo —Tordera palpó amigablemente un hombro del Largo—. Y muy hormiguita: tenías una cuenta en el Intrans.

—Sí, señor, pero por suerte el banco ha tranquilizado a los clientes —enseguida, el Largo cambió el rumbo de la conversación—: Oiga, le echaremos una mano. Elaboraremos una lista de todos los posibles sospechosos y hablaremos con ellos, pero esta vez lo haremos en serio. Si hace falta, repartiremos estopa.

—Con manicura incluida —añadió Butxana—. ¿Y si no aportan ninguna novedad?

Tordera frunció los labios mientras negaba con la cabeza:

—Entonces tiraré la toalla. Es mi último cartucho.

—Supongo que no estarás presente en los interrogatorios —dijo Marc.

—No puedo hacer nada fuera de la ley. Ahora están muy meticulosos, pero tenéis que informarme de los progresos para comunicárselos al gobernador. Será una forma de mantenerle tranquilo.

—Tordera —preguntó Butxana—, ¿quieres una propina de los veinticinco millones?

—Ya te lo he dicho, ni un duro.

—La última vez dijiste lo mismo.

—Eran otras circunstancias. Los veinticinco serán vuestros.

—En eso no estoy de acuerdo —replicó el Largo—. La idea es suya y merece que se lo compensemos.

—Yo también lo pienso —añadió el Messié—. No sería justo. Se trata de una cantidad apreciable y no es ninguna molestia darle una parte.

—Tómalo como una propina laboral —le aconsejó Marc—. Al fin y al cabo es una tradición. Consúltalo con tu ayudante.

—Preferiría que Marcelino no lo supiera.

—¿Lo del plan o lo de la propina? —preguntó Marc.

—Ninguna de las dos cosas, una lleva a la otra.

—Así pues, aceptas que te lo compensemos —Butxana lo daba por hecho.

—Sí, pero que conste que no lo he pedido.

—Queda constancia —ratificó Butxana—. ¿Te parece bien el diez por ciento?

—¿El diez?

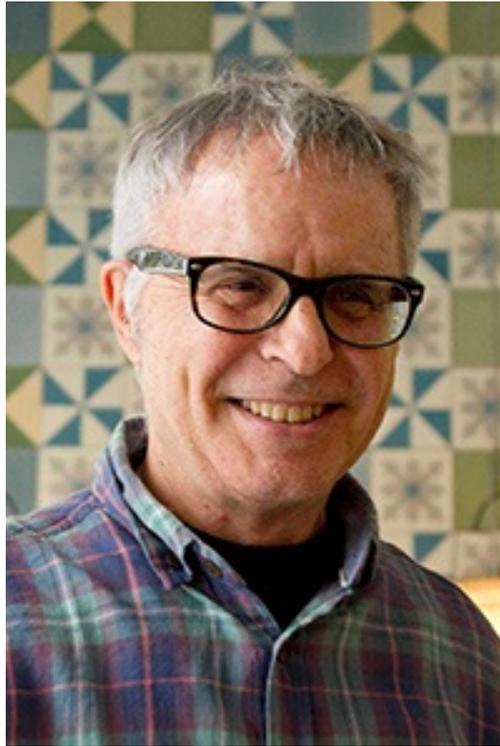
—Si es mucho te lo dejamos en un cinco por ciento.

—Ahora que volvemos a ser un grupo, no os discutiré un diez de mierda —y dirigiéndose al Largo y al Messié—: podéis tutearme en la intimidad.

—Cada vez que sacas el alma de delincuente sacas la educación.

—¡Messié, el abuso de confianza no te lo tolero! Solo somos una empresa... —el comisario miró a Marc— ¿se dice coyuntural?

—No, es la segunda vez que te incorporas. Lo tuyo es crónico.



FERRAN TORRENT (Sedaví, Valencia, 1951). Es uno de los escritores más populares desde que publicó *No emprenyeu el comissari* (1984) [No me vacilen al comisario (1987)], como confirman las constantes traducciones — italiano, castellano, francés, alemán— y versiones cinematográficas de muchos de sus libros, como por ejemplo *Un negre amb un saxo* (1989) [Un negro con un saxo (1994)], *Gràcies per la propina* (1994) [Gracias por la propina, (1996)] o la más reciente *L'illa de l'holandès* (1999). Después de recuperar sus primeros personajes en *Cambres d'acer inoxidable* (2000).

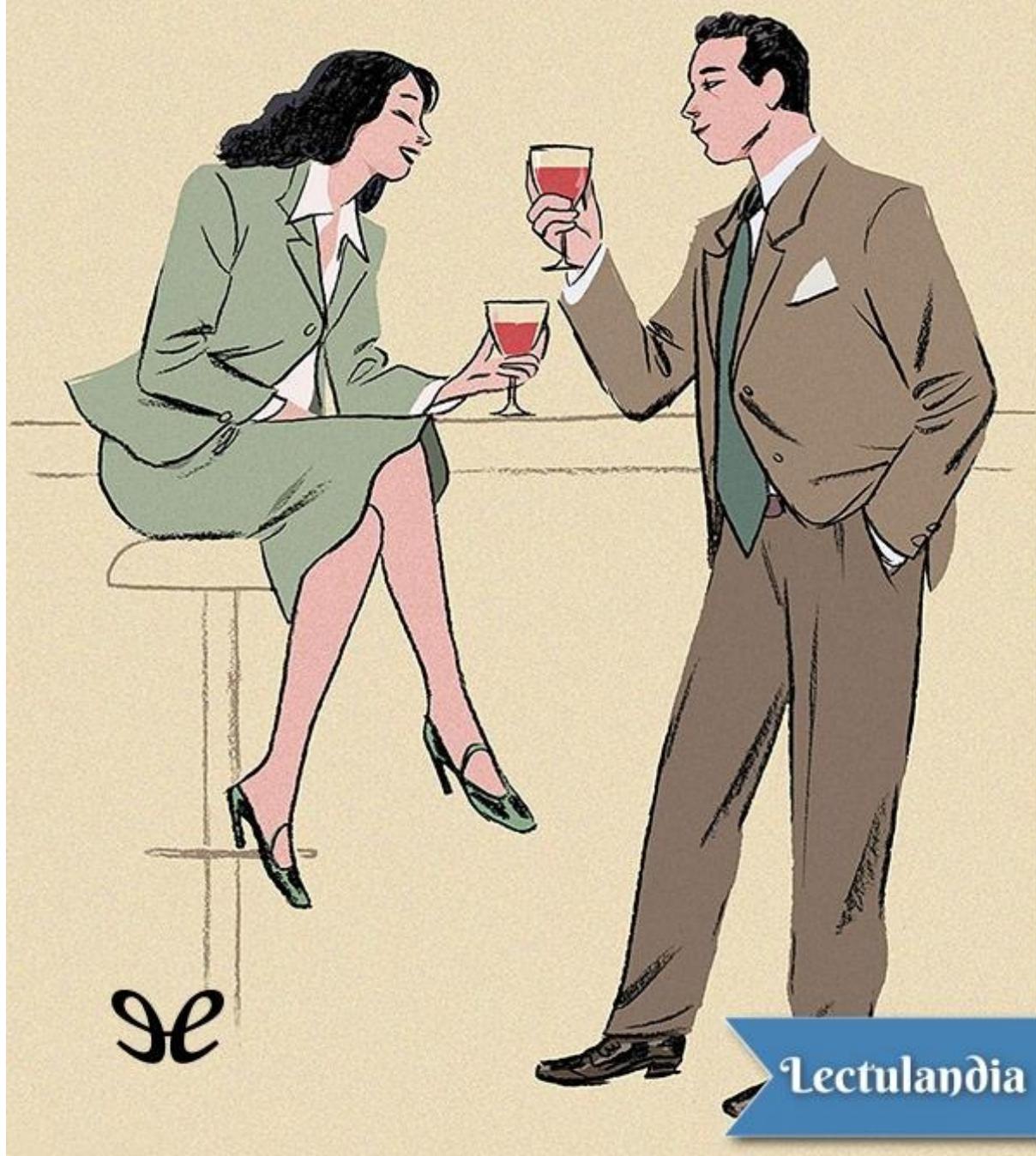
Notas

[1] En castellano en el original. <<



Ferran Torrent

Poder contarlo



se

Lectulandia